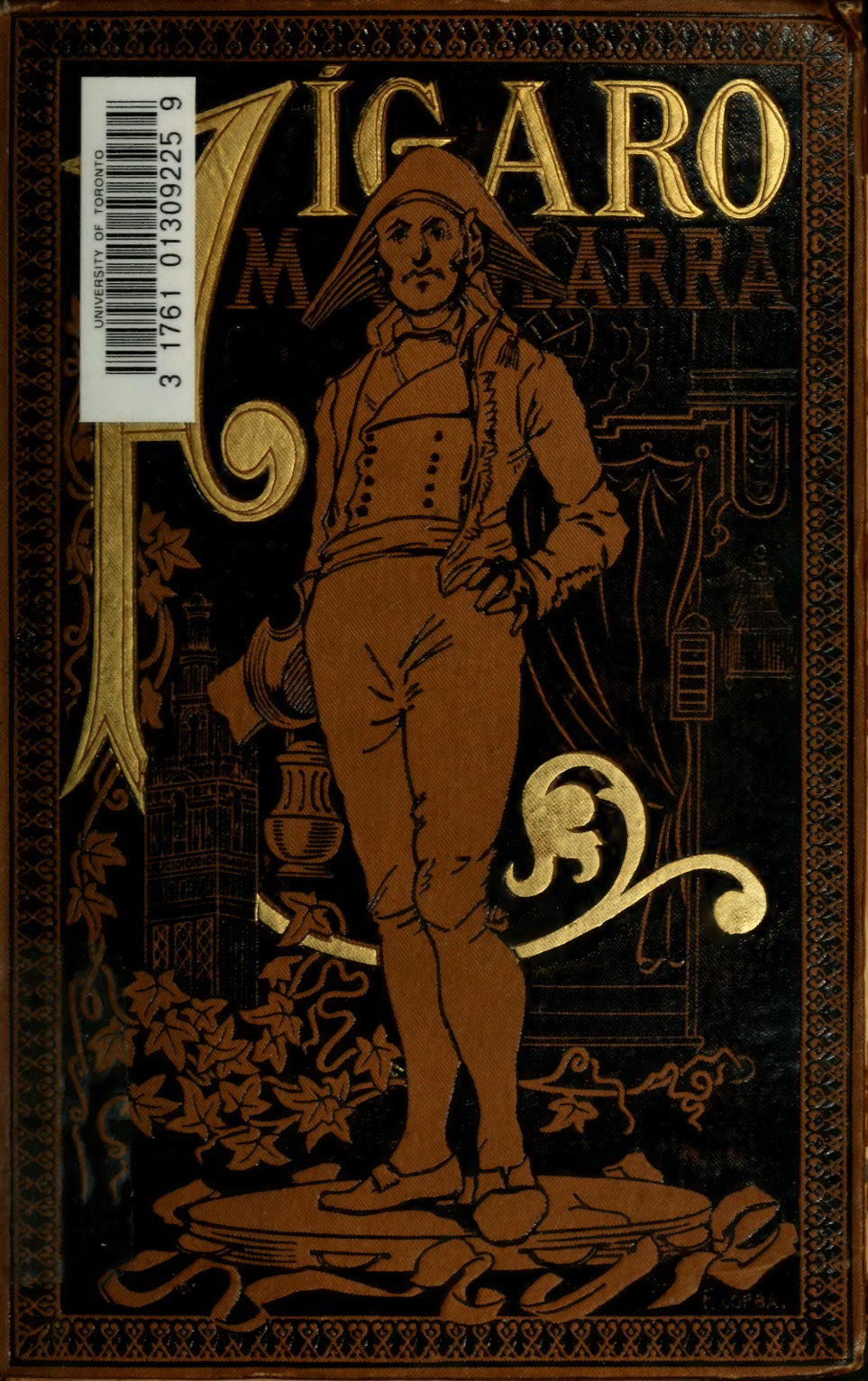
FIGARO

MARCARRA



UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309225 9

FÍGARO

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

BIBLIOTECA AMENA É INSTRUCTIVA

FÍGARO

Coleccion de Artículos
Filosóficos, Satíricos, Literarios y Políticos

PUBLICADOS BAJO EL ESPRESADO PSEUDÓNIMO

POR

D. Mariano José de Larra

é ilustrados con dibujos

DE

D. TOMÁS SALA

DEPARTMENTAL LIBRARY

Precedida de la Biografía del Autor

POR

J. A. R.

BARCELONA

Administracion: Nueva S. Francisco, 11 y 13

1884

144
17/3/1890

Imprenta y Litografía de los Sucesores de N. Ramirez y C.ª—Barcelona.

BIOGRAFÍA.

ocos son los hombres cuyos primeros pasos en la vida dejen huella tan profunda, trascendental é inborrable como los de don Mariano José de Larra, conocido en el mundo literario con el pseudónimo de Figaro.

Efectivamente: puede decirse que murió cuando á penas habia empezado á vivir; y en los breves instantes que dedicó á las letras, dejó un nombre que puede escribirse, decimos mal, que debe ser grabado en los anales de la literatura española con los mismos caractéres que los de Cota, Cervantes, Quevedo y Moratin. Y téngase en cuenta que el inimitable autor de *La Celestina*, el gran creador del *Quijote* y el profundo narrador de la vida de Marco Bruto como el pintor de *El Sí de las niñas*, murieron todos sexagenarios, mientras que el primero de nuestros críticos, acaso el único á quien puede llamarse verdaderamente tal, falleció antes de cumplir veinte y ocho años.

Don Mariano José de Larra nació en Madrid á los 24 de Marzo de 1809, criándose al lado de su abuelo paterno, fiel administrador de la Real casa de Moneda de la corte, entre cuyos empleados contaba otros parientes. La facilidád con que aprendió el catecismo y cuantos ejercicios se le enseñaban para formar aquella educacion católico-mogigata de que fueron víctimas nuestros padres y abuelos, dió á entender desde luego la precocidad de un talento claro y superior.

Cuando por los acontecimientos de 1812, las tropas francesas dejaron la península, su padre, médico de primera clase de los ejércitos del imperio, pasó á Francia llevándose á su hijo, en donde le puso en un colegio en el cual permaneció hasta el año 1817 en que regresó á España. Como era su padre un hombre instruido y de educacion esmerada supo cumplir con los deberes que su posicion y relaciones sociales requerian, cultivando merecidamente el talento y nobles aficiones de su hijo. Este, por su parte, no desperdiciaba leccion, consejo ni adver-

tencia alguna de las que se le hacian, pues puede decirse de él que jamás se supo si su aplicacion superaba á su talento ó su talento á su aplicacion. Odiaba toda otra distraccion que no fuesen los libros, y muchas veces derramaba lágrimas en abundancia al tener que separarse de ellos para atender al natural descanso de su cuerpo.

Como desde la edad de tres años á la de ocho, ó sea en la que aprendemos á hablar, habia estado nuestro niño en un colegio francés, era éste el único idioma que poseia y en el que naturalmente estudiaba. Queriendo su padre que aprendiese el español, puesto que en España debia vivir, le hizo entrar en el instituto de San Antonio Abad de Madrid, en donde no sólo aprendió perfectamente los conocimientos de su idioma nativo si que estudió tambien la literatura latina. Es por demás consignar que su aplicacion, de que era modelo, no se desmintió un punto como su poca aficion á toda clase de juegos, transigiendo únicamente, por la amistad que le unia á su condiscípulo el conde de Robles, en acompañarle de cuando en cuando en el ajedrez por no desmentir con ello la comunidad de gustos é inclinaciones de ambos amigos.

Al salir del colegio, en el cual no se le tuvo que reprender ni castigar una sola vez, pasó á Navarra á reunirse con su padre, quien ejercia entonces de médico en la ciudad de Corella; y así en el seno de la familia como antes en el colegio, siguió estudiando con igual aplicacion é incansable afan. Durante las noches del crudo invierno de 1822 á 1823, en las que sólo descansaba breves momentos por consideracion á los reiterados ruegos de su madre, tradujo por completo del francés al español la *Iliada* de Homero y el *Mentor de la Juventud*, escribiendo además una gramática de la lengua castellana y un cuadro sinóptico de la misma, cuando solo contaba trece años.

A instancias de su padre, quien queria que estudiara resueltamente una carrera, volvió á Madrid á perfeccionar su educacion, invirtiendo tres años en aprender matemáticas y las lenguas griega, italiana é inglesa, despues de los cuales pasó á Valladolid á estudiar filosofía al objeto de seguir luego la carrera de leyes.

Despues de ganar el primer curso vino á interrumpir bruscamente los estudios de nuestro ilustre jóven un acontecimiento íntimo que no se ha revelado todavía y que cambió radicalmente su modo de ser. El que habia sido niño estudioso al par que vivaracho y alegre como su edad requeria, tornóse de repente en taciturno y reflexivo; parecia como que se hubiese despeñado de un salto de la ingenuidad de la niñez, á la profunda cima de la desconfiada senectud.

Hubo amigos suyos que aseguraron ser tal la herida que recibieron entonces sus sentimientos, que de ella arrancaron todas sus desgracias sucesivas. Lo que resulta verdaderamente cierto es que tuvo que separarse, á pesar suyo, de su familia, y que prévio permiso de su padre pasó á proseguir sus estudios en la Universidad de Valencia; pero á los pocos dias de haberse trasladado á esta poblacion recibió órden del mismo para volver á Madrid, donde gracias á las influencias

de la amistad se le proporcionaba un empleo. Vióse pues arrastrado por *las circunstancias* (1) á suspender la carrera que tan brillantemente habia comenzado.

Como un hombre de la naturaleza y talento superior de Larra, no podia avenirse fácilmente á encauzar la impetuosidad de su genio en los reducidos y monótonos límites de la vida de oficinista, renunció el empleo, poco despues de haber probado su agradecimiento aceptándolo.

¿Pero qué hacer entonces? habia perdido ya mucho tiempo en idas y vueltas, y no cuadraba á su natural dignidad, y por qué no decirlo, al orgullo que su superioridad engendraba en su pecho, el volver á la Universidad y encontrarse postergado á otros que no *habian perdido el tiempo,* y que gracias á los obstáculos de los reglamentos escolares habia de tener siempre delante, y enamorado además, de la que debia ser su esposa, resolvió no salir de Madrid. Obligado como estaba á vivir de su trabajo, escogió la manera más difícil de conseguirlo en aquellos tiempos, como en los presentes, y se dedicó á la literatura.

Hemos de confesar, no obstante, que Larra se sentia con fuerzas superiores para conseguir en este terreno mucho, muchísimo más que la masa comun de los que en él luchan. Así es, que á pesar de las trabas de toda especie que los gobiernos de aquellos tiempos, como los de ahora, han puesto á todo cuanto sea difundir la ilustracion y conocimientos útiles, supo encontrar, en parte, la manera de sortearlos; y eso que su «oda á los terremotos de Múrcia», dedicada al Comisario general de la cruzada Varela, no encontró apenas quien se atreviese á leerla, y que D. José M.ª Carnerero le hizo suspender la publicacion de su folleto *El duende satírico,* y de algun otro trabajo que corrió una suerte parecida.

Sin embargo, hubo varias personas, señaladas entónces por su buen gusto literario, que adivinaron la valía del novel escritor, entre los cuales se distinguia el citado Sr. Varela.

Antes de los acontecimientos de la Granja, en Setiembre de 1832, empezó la publicacion de sus hojas de *El pobrecito hablador,* bajo el nombre de *El bachiller D. Juan Perez de Munguía,* y en el que se censuraban todos los defectos sociales, políticos y artísticos de aquella época con el acierto y graciosa acritud inimitables en nuestro satírico, cuyas hojas adquirieron una popularidad desconocida en aquellos tiempos, hasta el extremo de que se preguntaban las gentes con avidez por el dia en que debian salir á luz las habladurias del bachiller. No hay por qué añadir que en cuanto habia noticia de la salida de una nueva hoja, sus aficionados, que eran casi tantos cuantos sabian leer, se precipitaban á la librería llevándose la edicion en pocos minutos. De entónces arrancó la popularidad de que gozó, hasta que

(1) Recomendamos al lector el notable artículo titulado *Las Circunstancias.*

su desgraciada muerte vino á aumentarla, puesto que se unieron al número de sus admiradores públicos, los que le aborrecian por sus ideas políticas ó envidiaban por la superioridad de su talento.

Poco antes de desaparecer el *Pobrecito hablador* bajo el peso de una censura torpe y suspicaz (males ingénitos de toda censura, porque nadie que tenga mediana idea de lo que es progreso, se presta á servir de cerrojo de los valladares que levanta la ignorancia azuzada por el miedo); poco antes de desaparecer, repito, los últimos ecos de *El Pobrecito hablador*, fué Larra llamado á formar el nervio de la redaccion de *La Revista Española*, uno de los primeros periódicos de aquellos tiempos que acababa de fundar D. José M.ª Carnerero; en cuya Revista comenzó á firmar sus artículos con el pseudónimo de *Figaro*, bajo el cual quedó ya completamente formada su reputacion presente, como es ensalzada su fama póstuma (1).

Además de los articulos publicados en los citados periódicos, como despues en *El Observador* y *El Español*, escribió una novela histórica original bajo el título de: *El doncel de D. Enrique el Doliente*, y un drama: *Macías*, en el que se desarrolla el mismo asunto, la comedia de costumbres *No más mostrador*, y varias traducciones tambien dramáticas, á más de la de: *Palabras de un creyente* de «Lamennais».

Y sin embargo, aquel *Figaro* tan aplaudido y celebrado que llevaba la risa á todos los labios y arrancaba el aplauso de todos los corazones, decia de sí mismo, desgraciadamente no sin razon, al hablar de los escritores satíricos:

«El escritor satírico es, por lo comun, como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon puede decirse que da lo que no tiene. Ese mismo dón de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámanle la atencion en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez de una Venus, donde no ven los demás sino la proporcion de las facciones y la pulidez de los contornos, vé detrás de la accion aparentemente generosa, el móvil mezquino que la produce; ¡y á eso llaman, sin embargo, ser feliz!... y refiriéndose luego á Molière y Moratin continuaba: Y si nos fuera lícito, en fin, encontrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingénuamente que sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás».

Júzguese ahora cuántos y cuántos habian de ser los momentos de tristeza de quien no hacia otra cosa que *divertir á los demás* con sus escritos, durante el tiempo que le dejaban libre las innumerables personas que á fuer de admiradores del escritor querian intimar con él y

(1) Estos artículos unidos á los más populares de *El pobrecito hablador*, han sido objeto de la presente edicion, única ilustrada de que tenemos noticia de las obras de tan esclarecido autor.

llamarse sus amigos. Contánbase entre ellas el embajador de Inglaterra lord Clarendon, Martinez de la Rosa, el general Castaños, el conde de Toreno, el duque de Ribas y la misma reina Cristina, á quien fué presentado por el conde de Torrejon, y por decirlo de una vez cuantas personas encerraba la corte distinguidas por sus aficiones literarias y políticas, con sus interminables séquitos de aduladores, los cuales, por no ser ménos que su señor ó iefe, hacen siempre coro á sus deseos y aficiones.

Por otra parte, y á semejanza de los grandes hombres, y téngase presente que no me refiero á generales, reyes ni santos, y si solo á los grandes por el éstilo de el Dante, Milton ó Byron, casó muy jóven y desacertadamente para sus aficiones: resultando de ello que el interior doméstico del alegre *Fígaro* fuese una especie de infierno prematuro, alimentado por el desencanto, y en el que era atormentado de continuo D. Mariano José de Larra, víctima de una pasion ilegal, segun los códigos de su país y la religion de sus mayores.

Al objeto de sustraerse á los sinsabores de la vida privada, como ahora se dice, y queriendo estudiar las costumbres de países más adelantados, resolvió hacer un viaje por Francia é Inglaterra, el cual tuvo que emprender por Extremadura y Portugal por estar interceptadas nuestras comunicaciones con aquellos países, en la parte de los Pirineos, á causa de la rebelion carlista de las provincias vascongadas que infestaba toda la cordillera.

En Lisboa, lo propio que en Lóndres y Paris, fué objeto de las más distinguidas atenciones así de literatos eminentes como de todos los aficionados á estudiar nuestras costumbres, quienes se felicitaban de poder agasajar en la personalidad de Larra los méritos del profundo satírico y gracioso *Fígaro*. El baron Taylor, á quien ya conocia de España, solicitó y obtuvo su colaboracion para una obra que se publicaba en Paris, bajo el título de *Descripcion de la Península*.

Deseoso de volver á su patria regresó á ella á los diez meses de ausencia, volviendo á reanudar desde luego sus trabajos literarios en las columnas de *El Español*, periódico célebre por sus formas, seriedad y tamaño desconocido hasta entonces en Madrid, trabajos que el público acogió con mayor gusto y afan si cabe del que lo habian sido los anteriores. Es verdad que si en algo se diferenciaban estos de aquellos era solo en la demostracion del aumento de solidez y profundidad que habia adquirido el estilo de su autor con el estudio constante de los hombres y de los libros, objeto principalísimo de su último viaje.

Al dividirse el partido liberal español ó sean los anticarlistas, en revolucionarios y templados, creyó Larra perjudicial al país aumentar sus calamidades con nuevos trastornos y se afilió á los últimos; pero cuando con su nombramiento de diputado por Avila podia haber difundido sus conocimientos políticos desde las Cortes, estalló el movimiento de la Granja que llenó de amargura su corazon al comprender que nada bueno podia hacerse en un país en que las personalidades se anteponen de continuo á toda necesidad política, y presintió sin

duda que lo que en otros tiempos habian sido bandos y comunidades de espada, iban á ser sustituidos por banderías ó partidos parlamentarios, resueltos unos y otros á acudir á la última razon de los reyes cuando la fuerza de la razon no estuviese de su parte, lo cual suponia que la salvaje razon de la fuerza habia de ser aun por muchos años reina de España.

Completamente descorazonado por el golpe mortal que acababan de sufrir sus convicciones políticas quiso refugiar su espíritu en los consuelos de la vida íntima, pero atraido por la irresistible fuerza de una pasion de que no era digna la mujer que se la inspirára, sucumbió impelido por los brazos de la adúltera arrepentida, quien despues de haberle arrebatado todas sus afecciones y cariños, no vaciló en demostrarle que la que por espacio de cinco años habia faltado por ligereza ó por capricho á su esposo, á su religion y á las leyes de su país, por otra ligereza queria romper aquellos lazos que él creia eternos é indisolubles, sin sospechar que semejante rompimiento pudiese cortar la vida del que habia sido su amante, puesto que á ella nada le costaba. ¡Así son muchas!

Larra no pudo resistir este último desencanto y buscó en el cañon de una pistola la única paz, en que no sin razon creyó Espronceda, ya que nuestra vida no es otra cosa que una lucha continuada entre lo positivo y lo ideal, más ó ménos violenta, segun sea el temperamento de cada cual, pero lucha siempre.

Así murió á los 13 dias del mes de Febrero de 1837 el primer crítico español del siglo XIX, cuando no habia cumplido aun 28 años.

La sangre en que encontraron bañado el cadáver de Larra sus pequeñuelos hijos fué el último tributo pagado por aquel ser altivo y generoso á la fatalidad de que le hizo víctima el triste privilegio de ver detras de to la accion aparentemente generosa, el móvil mezquino que la produce; de quien solo en momentos de tristeza, le era dado *divertir* á los demás, entre los cuales se encontraba indudablemente y no en último término, *aquella* Magdalena arrepentida.

J. ALONSO DEL REAL.

MI NOMBRE Y MIS PROPÓSITOS.

Figaro. ..... Ennuyé de moi, dégoûté des autres .. supérieur aux événements, loué par ceux-ci, blâmé par ceux-là; aidant au bon temps, supportant le mauvais; me moquant des sots bravants les méchants.... vous me voyez enfin...

Le Comte. ¿Qui t'a donné une philosophie aussi gaie?

Figaro. L'habitude du malheur. Je me presse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer.

BEAUMARCHAIS. *Le Barbier de Séville,* act. I.

Mucho tiempo hace que tenia yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro, no precisamente porque más que otros le entienda, sino porque más que otros quisiera que llegasen todos á entenderle. Helo dejado siempre, porque dudaba las unas veces de que tuviésemos teatro, y las otras de que tuviese yo habilidad; cosas ambas á dos que creia necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenia además: la primera, si me querrian oir: la segunda, si me querrian entender: la tercera, si habria quien me agradeciese mi cristiana intencion, y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante á los unos y disgustar á los otros más de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba, cuando uno de mis amigos (que algun nombre le he de dar) me quiso convencer no solo de que tenemos teatro, sino tambien de que tengo habilidad: mas fácilmente hubiera creido lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo: que en lo de si tenemos teatro, yo era quien habia de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo habia de decir á mí. Acerca del miedo de que no me quieran oir, aseguróme muy seriamente que no seria yo el primero que hablase sin ser oido, y que como en esto más se trataba de hablar que de escuchar, más preciso era yo que mi auditorio. Ridículo

es hablar, me añadió, no habiendo quien oiga: pero todavía seria peor oir sin haber quien hable. Acerca de si me querrian entender, me tranquilizó afirmándome que en los más no estaria el daño en que nc quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco á unos, y disgustar mucho á otros, «¡pardiez! me dijo, que os embarazais en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas bicocas, no veriamos tantos autores que viven de fastidiar á sus lectores: á mas de quedaros siempre el simple recurso de disgustar á los unos y á los otros, dejándolos á todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto.» (1)

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aun que elegir un nombre muy desconocido que no fuese el mio, por el cual cupiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribia; porque esto de decir *yo soy fulano*, tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante: y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debia de llamarme Fígaro, nombre á la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlantan, enredador y curioso además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes; tirando siempre de la manta y sacando á la luz del dia defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir á todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que ó no dicen lo que piensan ó piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy á conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeñeces habrá que deje á un lado continuumente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdiccion de mi crítica.

Con respecto por ejemplo á los actores, y sobre todo á los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daria el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaria yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado ayuntamiento. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores, muchos, pero malos, me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posicion, y recibió aviso de que se acercaba á mas andar el enemigo.—Mi general, le dijo su edecan, ¡el enemigo!—¿El enemigo, eh? preguntó el general. Déjele usted que se acerque.—¡Señor, que ya se le ve! dijo de allí á un rato el edecan.—Cierto ¡ya se le ve!—¿Y qué hacemos,

(1) Las palabras atribuidas al amigo son de Cervantes.

mi general? añadió el edecan.—Mire usted, contestó el general como hombre resuelto, mande usted que le tiren un cañonazo, veremos como lo toma.—¿Un cañonazo, mi general? dijo el edecan. Están muy lejos aun.—No importa, un cañonazo he dicho, repuso el general.—Pero, señor, contestó el edecan despechado, un cañonazo no alcanza.—¿No alcanza? interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad, ¿no alcanza un cañonazo?—No, señor, no alcanza, dijo con firmeza el edecan.—Pues bien, concluyó su excelencia, que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público á ver cómo lo toma. ¿No alcanza, no gusta? darle dos.

Menos diré por consiguiente que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse, sin escrúpulo de conciencia, que los más dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivia en Madrid no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicacion con su familia. Movido de los ruegos de ésta, fuele á visitar un amigo, y en el desórden de su cuarto notó entre otras cosas que no debia de hacer nunca su cama: tal estaba ella de mal parada. ¿Pero es posible, señor don Braulio, le dijo el amigo al loco, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni...?—No, amigo, no; es mi sistema.—¿Pero qué sistema?—Tengo razones. —¿Razones?—No, amigo, respondió el loco, no haré mi cama, no la haré; y acercándosele al oido añadió con aire misterioso: «no la hagas y no la temas.» A este refran se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. No hacemos la comedia, dicen como el loco, porque: *no la hagas y no la temas.*

Pues tan comedido como con los teatros, he de ser un poco más ó ménos con todas las demás cosas. Ni pudiera ser de otra suerte: en política sobre todo, y en puntos que atañan al Gobierno ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos á encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sujeto de Ubeda, cuyo caso no he de callar por vida mia, mas que en cuentos y relatos me llame el lector pesado.—Habia llamado el tal á un pintor, y mandádole hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato habia sido darle un ducado por vírgen, que por cierto no fué caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni habia para qué poner las todas: habia, pues, imaginado el pintor de Ubeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así solo podrian contarse alguna docena en primer término, dos ó tres docenas en segundo, é infinidad de cabezas que de las puertas salian; contó callandito el aficionado á vírgenes las que alcanzaba á ver, y preguntóle en seguida el artista cuánto valia el cuadro conforme al contrato.—Respondióle aquel, que claro estaba: que once mil ducados.—¿Cómo puede ser eso? le repuso el que habia de pagar, si aquí no cuento yo arriba de cien cabezas.—¿No ve vuestra merced, contestó el pintor, que las demás están en el templo y por

eso no se ven? Pero...—¡Ah! pues entonces, concluyó el aficionado, tome vueslra merced por hoy esos cien ducados que corresponden á las que han salido, y con respecto á las demas yo se las iré pagando á vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nues ro ilustrado Gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Así que, me iré muy á la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprensible, veré cómo y cuándo, y á quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué ángel malo me inspira esta maldita tentacion de reformar, y que entro en esta obligacion con la misma disposicion de ánimo que tiene el soldado que va á tomar una batería.

REPRESENTACION

DE LOS

ZELOS INFUNDADOS, Ó EL MARIDO EN LA CHIMENEA,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

de Don Francisco Martinez de la Rosa.

La pasion de los zelos, tratada ya por otros en el teatro con más ó ménos felicidad, ha sugerido al señor Martinez de la Rosa esta produccion, de que presentamos á nuestros lectores un rápido análisis.

Don Alselmo, hombre entrado ya en la edad madura y enlazado en matrimonio con doña Francisca, jóven y hermosa, sufre el tormento de los zelos, y como dice el autor en su bella exposicion:

Marido entrado en edad
Y mujer de pocos años,
¿Qué habia de suceder?

Don Eugenio, hermano de ésta, que acaba de llegar de la Habana, acompañado de su primo Cárlos, intenta á instancia de este jóven atolondrado, corregir á don Anselmo de su manía, que alimenta diariamente con chismes y enredos un bribon de criado de estos que

Son como perros de puerta,
A una sombra, á un espantajo
Le ladran, se avanzan, muerden:
Viene un ladron disfrazado,

Les echa un poco de pan,
Y le dejan libre el paso.

Don Anselmo no conoce á los recien llegados, y así es muy fácil hacer pasar al primo por el hermano: pónese el plan en ejecucion, y don Anselmo cree tener en su casa en el amigo de su cuñado, que se finge sordo para poder ejecutar su parte más á la libertad, al seductor más perfecto de la tierra. Inútil es advertir que un hombre, ya por sí zeloso, no puede vivir tranquilo con semejante huésped, y mas si á esto se agregan los continuos avisos del redomado sirviente. Préstase, pues, á una infinidad de ridiculeces que pone en práctica para averiguar las intenciones de su natural enemigo, y desciende hasta el extremo de esconderse en la chimenea para oir sus galanteos á su propia esposa.

Don Eugenio, como es de esperar, carga la mano en sus requiebros, y el marido sale de la chimenea cubierto de hollin, y decidido á echar de su casa al que, segun él, intenta deshonrarle, lo cual pone en práctica por medio de una esquela.

Pero el seductor fingido, fuera ya de la casa, soborna fácilmente al criado, y se hace introducir en la habitacion de doña Francisca durante la ausencia de su esposo: es de presumir que ha de dejarse sorprender para la realizacion de su plan. Vuelve don Anselmo, escóndese en una despensa á don Eugenio: de allí á poco un ruido extraordinario alarma al marido: su mujer tiembla las consecuencias de su inocente intriga, y se arroja á sus piés toda turbada. Don Anselmo corre en busca del escondido, y en el momento en que una trágica aventura hubiera podido desgraciar todas las benéficas intenciones de nuestros intrigantes, don Cárlos descubre apresuradamente el enredo: le pone ante la vista la inocencia de su esposa, la identidad de sus personas, como hermano y primo, la índole del criado en que ponia su confianza, y que tantas veces ha dado lugar con falsas sugestiones á sus infundados zelos, y lo ridículo, en fin, de la posicion de un marido que cree ver un seductor en todo hombre, y de la manía que le espuso á tener zelos de su mismo cuñado. El zeloso queda convencido, reconocidos los parientes, despedido el tunante del criado; y mas enamorado don Anselmo que nunca de su virtuosa consorte, promete no volver á importunarla con nuevas sospechas injustas.

Un lenguaje puro, y hábilmente manejado, un estilo decoroso, un diálogo bien cortado, lleno de viveza y donaire, una versificacion robusta, un conocimiento extremado de los recursos dramáticos, y de los efectos teatrales, y el hombre reducido á la conviccion por medio del redículo nos revelan al filósofo, al autor cómico, al poeta. Nuestra posicion nos impone, sin embargo, el deber de entrar en pormenores mal nuestro grado. Primeramente, estos planes, como este (y como el de la *Indulgencia para todos* por ejemplo), en que no nacen los incidentes y la conviccion de la naturaleza de las cosas y de los acontecimientos que ocurren diariamente al protagonista, sino en que los demás personajes pro-

ducen los sucesos á placer por medio de disfraces ó ficciones, no nos parecen los mas seguros, porque de su naturaleza ha de resultar necesariamente que al descubrir al suejeto á quien se quiere corregir que todo ha sido un artificio, su conviccion se ha de debilitar y se ha de volver en contra precisamente del fin que se desea. Un zeloso, que duda de la virtud de su mujer, y que escondido la oyó quedar triunfante, se tranquiliza; pero si se le descubre que el seductor era hermano de su mujer, y que esta lo sabia, el hombre dará por nula esta prueba, y querrá justamente recurrir á otra: el demostrarle que su criado era capaz de soborno, no solo no puede tranquilizarle sino que debe hacer renacer en él mil dudas antiguas acaso ya desvanecidas. Este zeloso, por otra parte, á quien se le presenta una nueva seduccion de su mujer para hacerle ver que sus zelos son infundados, no es ningun visionario, no tiene tales infundados zelos, supuesto que él mismo la oye requebrar. El único medio de corregir á un zeloso, si hay alguno, es demostrarle hasta la evidencia que su mujer es virtuosa, y al zeloso de Martinez de la Rosa solo se le demuestra que el que galanteaba á su esposa es su hermano. Así que, solo quedará para corregirle el cuadro fuertemente coloreado de las ridiculeces á que se entrega el que vive de esta manera dominado de una manía de semejante especie. Baron en su zeloso incurrió, si mal no nos acordamos, en el mismo defecto de hacer galantear á su esposa por un su hermano; el zeloso dirá siempre una vez descubierto el estrecho parentesco, ¿era su hermano? cierto: soñé ofensas, pero y cuándo no lo sea?

Nos parece algo traido por los cabellos el modo de enterarse el criado de la conversacion de los dos hermanos, y el señor Martinez de la Rosa hubiera podido encontrar un medio mas dramático y motivado. ¿No podria haberse justificado algo mas la mudanza repentina del criado, á quien vemos en el primer acto tan adicto á su amo? No basta siempre el soborno, es preciso antes que el espectador esté convencido de que es sobornable el criado. Hemos creido notar algun trozo en que el autor ha remedado algun otro del *Viejo y la Niña*, sobre todo en el papel de Juan.

Algunas otras observaciones haríamos, si no nos detuviese una reflexion que no podemos desechar, cuando se trata de un autor como el señor Martinez de la Rosa. ¿Serán estos que nos parecen defectos realmente defectos, ó nos lo harán parecer tales nuestros cortos conocimientos? Mucha fuerza nos hace esta consideracion, y más si recordamos las bellezas de *los Zelos infundados:* la exposicion, la escena cómica de la chimenea y la cinta, la sordera tan oportunamente imaginada, de que ha sacado el autor tanto partido, el empeño de don Anselmo de hacer borracho al criado, su cojera supuesta y la manera original con que en esta escena aclara sus dudas al zeloso, etc., etc., y el final, en fin, tan rápida como aguda y delicadamente concluido.

YO QUIERO SER CÓMICO.

Anch' io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillon, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiria para un artículo que me correspondia ingerir aquel dia en la Revista. Queria yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocia toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de

atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga mas que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó ménos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogeria por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me queria hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado Fígaro?...

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un jóven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasion.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño!—¿A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted... segun algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pié en una corporacion.

—Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así

será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No, señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latin, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leido una sola línea de eso, ni he oido hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectacion todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *abtitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.

—¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caractéres históricos...

—Nada, nada, no, señor.

—Perfectamente.

—Le diré á usted... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; segun... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del dia, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.

—¡Ah! ¡ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galan ó á la dama, segun el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar solo para desmentirle á uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—¿Y de educacion, de modales y usos de sociedad? ¿á qué altura se halla usted?

—Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administracion, me echaron por holgazan,

y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razon.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazon humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caractéres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicacion, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer mas.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de piés y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me coje desde las narices hasta el colodrillo; bien que esta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin...

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y

parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oir á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la rie. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni ménos lo nota. Así es que no hay nada mas comun que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No mas, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que solo comian los hombres bellotas y pacian á su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiendole las más eficaces recomendaciones.

YA SOY REDACTOR.

¿Por qué extraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? Preguntémosle á un jóven barbilucio qué desea? ¿Cuándo tendré barbas? exclama en su interior. Nácenle las barbas, y héle allí maldiciendo ya del barbero y de la navaja. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia, le grita en el fondo de su corazon un deseo innato de amar y de ser amado? Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar á Amira que le desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vividor, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden sin encontrar jamás sino imperfecta satisfaccion? El padre Almeida, si mal no me acuerdo, dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestiguase eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinacion, y que la satisfaccion de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra más perfecta y duradera. Así debe de ser, y cierto, que vivimos de todas suertes agradecidos á la prevision y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo que no tengo un ápice de metafísico, y que dejo la resolucion de estos problemas á aquellos que tienen más noticias ciertas que yo de nuestro destino, me ciño á decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me habia tentado el enemigo malo, y sentí los primeros pujos de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veia, y era mi pio por mañana y noche: «¿Cuándo seré redactor de periódico?» Figurábaseme, sí, desde luego obra de romanos el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público; pero en cambio era para mí de la mayor consideracion el imaginarme á la cabeza de una seccion literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo diariamente consignadas en indelebles caractéres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin mas trabajo, á mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin del mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilizacion del país.

Dejemos aparte las causas y concausas felices ó desgraciadas que de vicisitud en visicitud me han conducido ol auge de periodista: lo uno porque al público no le importarán probablemente, y lo otro porque á mí mismo podria serme acaso mas difícil de lo que á primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista: miréme de alto abajo, sorteando un espejo que á

la sazon tenia, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y dime á escudriñar detenidamente si alguna alteracion notable se habria verificado en mi físico; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. *Ya soy redactor*, exclamé alborozado, y echéme á fraguar artículos, bien determinado á triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrin literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdiccion. Pero ¡ay de mí! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir, por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado é inoportuno desinterés; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito á un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

¡Señor Fígaro! un artículo de teatros.—¿De teatros? Voy allá. —Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad: el teatro, pues, no es teatro: la comedia es ridícula: el actor A. es malo, y la actriz H. es peor. ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado á renglon seguido en mi papel y en todos los contemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es excelente, y el articulista un *acéfalo*: se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro á mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fátuo que nos critica? ¡Pícaro traductor, ladron, pedante!!! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustracion? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señoron encopetado acaba de publicar una obra indigesta. «Señor redactor, me dice en una carta seductora, confio en el talento de usted y en nuestra amistad, de que le tengo dadas bastantes pruebas (por desgracia suele ser verdad), que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial (imparcial llama él á un juicio que le alabe), y espero á usted á comer para que juntos departamos acerca de algunas ideas que convendria indicar, etc., etc.» Resista usted á estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios tienen sus acerbos detractores, y unos ú otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma, desenvuelvo el inmenso papel extranjero; ahí van tres columnas.—¿Tres columnas he dicho? Al dia siguiente las busco en la Revista, pero inútilmente.—Señor director, ¿qué se hicieron mis columnas?—Calle usted, me responde, ahí están; no han servido: esta noticia es inoportuna; es arriesgada; la otra no conviene; aquella de mas allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida!—Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas, replico lleno de entusiasmo; el hombre llega á cansarse...—Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos...

—Me dolia ya la cabeza...—Al buen periodista nunca le debe doler la cabeza...—¡Oh qué placer el de ser redactor!

Dejémonos de fárrago, yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo; ojeo el Say y el Smith; de economía política será. «Grande artículo, me dice el editor, pero, amigo Fígaro, no vuelva usted á hacer otro.—¿Por qué?—Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que le lea, si no es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene además cinco columnas... todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo.—¡Oh qué placer el de ser redactor!

—Encárguese usted de revisar los artículos comunicados, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias...—Ay, señor editor, pero habrá que leerlas...—Preciso, señor Fígaro...—Ay, señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces...—¡Señor Fígaro!...—¡Oh qué placer el de ser redactor!

Política y más política ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos á la obra; junto palabras y digo: conferencias, protocolos, derechos, representacion, monarquía, legitimidad, notas, usurpacion, cámaras, cortes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seduccion, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesion, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolucion, órden, centros, izquierda, modificacion, bill, reformas, etc., etc. Ya hice mi artículo, pero ¡oh cielos! El editor me llama.—Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo...—¿Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. ¿Conque tanta malicia tiene?...—Si usted no tiene pulso...—Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo lo hice jugando...—Pues si nos para perjuicio, usted será el responsable...—¿Yo, señor editor? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Oh, si esto fuese todo, y si solo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ah! tocamos á otro inconveniente: supongo yo que no apareció el autor necio, ni el actor ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fué dicha en él. ¿Quién me responde de que algun maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿Quién me dice que no se pondrá *Camellos* donde yo puse *Comellas*, *torner* donde escribí yo *Forner*, *ritómico* donde *rítmico*, y otros de la misma familia? ¿Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡Oh qué placer el de ser redactor! ¡Santo cielo! ¿Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mio, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo con sobrada razon exclamar ahora que ya lo soy: ¡Oh qué placer el de ser redactor!

DON CANDIDO BUENAFE

ó

EL CAMINO DE LA GLORIA.

Don Cándido Buenafe es un excelente sujeto, de estos de quienes solemos decir con envidiable conmiseracion: «Es un infeliz.» Empleado desde pequeño en un ramo de no mucha importancia, es todo lo mas, si sabe leer la *Gaceta*, y redactar, con mala sintaxis y peor ortografía, algun oficio sobrecargado de fórmulas y traslados, ó hacer un extracto largo de algun expediente corto; pero en medio de su escasa ciencia, es bastante modesto para desear que su hijo Tomasito sepa más que él, para lo cual no le es necesario felizmente extraordinarios esfuerzos ni sacrificios. En el tiempo de la libertad de la imprenta, leia ó devoraba don Cándido los muchos papeles públicos que veian la luz, y llegó á formar alta idea de todo hombre capaz de escribir para el público; cosa que él vea por consiguiente en letra de molde, tiene para él una autoridad irrecusable, porque cuando ve que hay quien se toma la pena de imprimirla, mecanismo de que no tiene idea alguna, dice para sí: ¡sabido se lo tendrá! Por lo tanto era de buena fe liberal en los años nulos, porque acababa de leer, y exclamaba: tiene razon; y despues ha sido realista de buena fe en los años válidos, porque lee la *Gaceta* y exclama: ¡ya se ve! que dicen bien. Un partidario de este temple es una alhaja impagable para toda especie de gobiernos mientras haya imprenta; y más si añadimos que cree como en su salvacion en los partes de los encuentros y escaramnzas que en los papeles públicos suelen venir consignados y se extasia de placer cuando se encuentra con aquello de que: «de los enemigos murieron tantos centenares de hombres, y nosotros no hemos tenido más que un contuso y algun sargento desmayado» ó cosa semejante. «Daria yo, dice algunas veces, la mitad de mi sueldo por poder escribir un artículo de esos retumbantes de política. ¡Voto va! ¡qué hombres esos, y qué talentos! ¡Y cómo le convencen á uno con sus discursos! ¡Media vida diera yo, y la mitad de la otra media porque mi hijo Tomasito pudiera el dia de mañana hacer otro tanto!» Llevado de esta idea ha hecho aprender latin al muchacho, y en el dia le ha dado un maestro de francés, porque dice que en sabiendo francés ya se sabe todo lo que hay que saber; y que él conoce á no pocos sabios de campanillas en esta tierra que no saben otra cosa. Como dos meses llevaria el angelito, que tiene á la sazon catorce años, de traducir mal y leer peor el *Calypso se trouvait inconsolable du départ d' Ulysse*, cuando me lo trajo una mañana su papá, y ambos á dos me hicieron una visita, cuyos interesantes detalles no quiero en ninguna manera perdonar á mis curiosos lectores.

«Señor Fígaro, me dijo don Cándido abrazándome, aquí le presento á usted á mi hijo Tomás, el que sabe latin; usted no ignora que yo le crio para literato; ya que yo no pueda serlo, que lo sea él y saque de la oscuridad á su familia. ¡Ay, señor Fígaro, como yo lo vea famoso, muero contento!» Hízome á esta sazon Tomasito una cortesía tan zurda que no pude menos de fundar grandes esperanzas en sus disposiciones literarias. Su exterior y sus pala-

bras estaban en armonía con las de casi todos los jóvenes del dia; díjome que era verdad que no tenia sino catorce años; pero que él conocía el mundo y el corazon humano, *comme ma poche;* que todas las mujeres eran iguales, que estaba muy escarmentado, y que á él no le engañaba nadie; que Voltaire era mucho hombre, y que con nada se habia reido más que con el *compére Mathieu*, porque su papá, deseoso de su ilustracion, le dejaba leer cuanto libro en sus manos caia. En cuanto á política me añadió: «Yo y Chateaubriand pensamos de un mismo modo;» y á renglon seguido me habló de los pueblos y de las revoluciones como pudiera de sus amigos de la escuela. Confieso que se me figuró el muchacho esa fruta que suelen vender en Madrid, que arrancada verde aun

del árbol, y madurada por el traqueteo y la prisa del viaje, tiene todo el exterior de la pasada madurez, sin haber tenido nunca la lozanía ni el sabor de la juventud y de la sazon. «Los muchachos del ilustrado siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes.» Sentáronse mis amigos, el viejo jóven y el jóven viejo. y sacó don Cándido de su faltriquera un legajo abultado.

—Dos objetos tiene esta visita, me dijo: primero, para que Tomasito se vaya soltando en el francés, le he dicho que traduzca una comedia; hala traducido, y aquí se le traigo á usted.

—¡Hola!

—Sí, señor: algunas cosillas ha dejado en blanco, porque no tiene allí mas diccionario que el de Sobrino... y...

—Sí...

—Usted tendrá la bondad de enmendar lo que no le parezca bien; y como usted entiende eso de darla al teatro... y las diligencias que hay que practicar...

—¡Ah! ¿Usted quiere que se represente?

—Sin duda... le diré á usted: el dinerillo que saque es para él...

—Sí, señor, dijo el muchacho, y papá me ha prometido hacerme un vestido negro para cuando acabe una tragedia excelente que estoy haciendo.....

—¡Tragedia!

—Sí, señor; en once cuadros..... ya sabe usted que en París no se hacen ya esas obras en actos..... sino en cuadros.....

—Es una tragedia romántica. El clasicismo es la muerte del genio, como usted sabe..... ¿Le parece á usted que se podrá representar?

—¿Y qué inconveniente ha de haber?

—Le diré á usted, interrumpió don Cándido, tiene dada ya una comedia de costumbres.

—Con perdon de usted, se apresuró á decir Tomasito: cuando la hice no habia leido á Víctor Hugo: ni tenia los conocimientos que tengo en el dia.....

—¡Ah! ya.

—Pues mi hijo dió esa comedia, y verá usted lo que sucedió, á mi entender. Entregámosle á un sujeto que corre con recibir las comedias: dijo que era corriente; y que la enviaria á censura: la envió, pues.

—Papá, perdone usted, primero se perdió.....

—Cierto..... se perdió, y nunca se pudo encontrar, y hubo que sacar otra copia, y pasó á censura.

—Papá, perdone usted; que antes fué al corregimiento.

—Es verdad: fué al corregimiento, y de allí..... pasó despues á la censura eclesiástica; por más señas que fué á un excelente padre, y en un momento, esto es, en un par de meses, la despachó: volvió al corregimiento y fué de allí á la censura política: en una palabra, ello es que en ménos de medio año salió prohibida.

—¡Prohibida!

—Sí, señor, y yo no sé á lo verdad...,.. por qué mi comedia.....

—Diga usted que hicieron bien, señor Fígaro: ¡este escribe siempre con una intencion!!! lo que ha mamado en sus libros..... baste con decirle á usted que su madre se moria de risa al leerla, y yo lloraba de gozo..... hubo que rehacerla..... y por fin se logró que pasara la nueva.

—¡Hola!

—Pere aguarde usted: como los señores que dirigen la cosa no están muy allá que digamos en eso de comedias, la hubieron de enviar á un cómico que dicen que es hombre que lo entiende, y tiene gran mano en las compañías; este dijo que no valia cosa, y todo fué, segun yo pude averiguar, porque no tenia él un buen papel para lucirse: recogimos la comedia, y este le puso un papel que era lo que habia que ver; volvió y dijo que tampoco valia nada, y fué, segun me dijeron, porque el papel era muy largo y él no debe de tener muchas ganas de trabajar. Dímosla al otro teatro, mas allí contestaron que ellos no eran ménos que los del otro coliseo, y que no tomaban sobras: á fuerza, sin embargo de emplear más empeños que para lograr una prebenda, se consiguió una órden á rajatabla de los señores que estaban á la cabeza del teatro; pero ya era tema: una actriz, sobre si la habia dado el papel de segunda siendo ella la primera, se puso mala la víspera; otro actor, tambien por eiiquetas y rencillas, armó una intriga de todos los diablos: se

pagó gente para el efecto, y si una noche se representó, una noche se silbó.....

—¿Se silbó?

—¡Ya ve usted! intrigas.

—¡Picardía!

—Con que yo quisiera que no sucediese otro tanto con la traduccion esta y la tragedia. El segundo objeto que nos trae es el de que usted le dirija, dándole algunos consejos á mi Tomasito, porque yo ya le he dicho que no debe limitarse al teatro..... que el campo de la literatura es muy vasto, y que el templo de la fama tiene muchas puertas.

—Dice usted muy bien, señor don Cándido. Aquí recapacité, coordiné mis ideas un momento, y de la manera que el lector va á ver, enderecé poco más ó ménos á mi jóven cliente por la via de la gloria literaria, á la cual, si él sigue y observa mi reglamento, temprano ó tarde debe sin duda llegar. Supongo, dije por último, dirigiéndome á mi Tomasito, que usted no querrá abarcar honra y provecho: esas estupendas rarezas que por aca nos vienen contando los viajeros de los Walter Scott, los Casimir Delavigne, los Lamartine, los Scribe y los Victor Hugo, de los cuales el que ménos tiene, amen de su correspondiente gloria, su palacio donde se da la vida de un príncipe, son cosas de por allá y extravagancias que solo suceden en Francia y en Inglaterra; verdad es que no tenemos tampoco hombres de aquel temple, pero si los hubiera sucederia probablemente lo mismo.

No habiendo usted de reunir, honra y provecho, querrá uno ú otro. Si quiere honra paréceme que está en camino de lograrla: en primer lugar usted no tiene sino catorce años; esa es la edad en el dia, ó poco más: *la valeur n'attend pas le nombre des années.* En cuanto á saber, usted no sabe sino francés, y, como dice muy bien el señor don Cándido, tiene usted solo con eso ya la mitad del camino. Haga usted unas cuantas poesías fugitivas; tal cual soneto, muy sonoro y lleno de pámpanos poéticos: no se apure usted si no dice nada en él: corra entre los amigos, saque usted mismo copias furtivas, y repártalas como pan bendito, sean destinadas sobre todo sus poesías á las mujeres, que son las que dan fama: haga usted correr la voz de que está haciendo una obra grande, cuyo título se sabrá con el tiempo: procure usted á fuerza de trasposiciones y de palabras desenterradas del diccionario, no sabidas de nadie que digan de él: ¡Cómo maneja la lengua! ¡es hombre que sabe el castellano! Porque aunque lo ménos que puede saber un literato es saber su lengua, esto es, sin embargo, el ápice de la ciencia en el país: y en cuanto usted vea que pasa por muchacho de esperanzas, vaya usted á viajar: esté usted fuera diez ó doce años, en los cuales puede vivir seguro de que se hablará de usted más de lo que sea menester. Vuelva usted entonces: reuna usted en un tomo alguna comedia; media docena de odas y un romancito: diga usted en el prólogo que las hizo en los ratos perdidos que sus desgracias le dejaron libres: que las publica por haber sabido que algunas composiciones de ellas se han impreso en Amberes ó en América,

sin su licencia y con faltas, hijas de la incuria de los copiantes, y que dedica usted á su cara patria aquel corto obsequio, y déjelas usted correr. No vuelva usted á escribir nada: silencio y aristocracia literaria, y yo le respondo á usted de que llegará una edad provecta oyendo repetir á los pájaros: *don Tomás. don Tomás, don Tomás es un sabio*; y entonces ya puede usted con seguridad darle al público comedias, folletos, comentarios: todo será bueno ¡que es de don Tomás!

Si usted no quiere honra, y sí solo el corto provecho que de aquí puede sacarse, es preciso tomar otro camino: póngase usted bien con los cómicos; mantenga usted un corresponsal en París, y cada correo una comedia de Scribe, que aquí las reciben con los brazos abiertos: busque usted medios de ingerirse en las columnas de un periódico, y diga usted que todo va bien, y que todos somos unos santos; ajústese usted con un par de libreros, los cuales le darán á usted cuatro ó cinco duros por cada tomo de las novelas de Walter Scott, que usted en horas les traduzca; y aunque vayan mal traducidas, usted no se apure, que ni el librero lo entiende, ni ningun cristiano tampoco. *Sic itur ad astra*, señor don Tomás.

Aquí se arrojó don Cándido en mis brazos; y tomando de la mano á Tomasito: Ya se ve que dice bien el señor: ¡llega hijo mio, le decia, y da las gracias á tu protector: ya lo ves, nada necesitas saber más de lo que sabes ya! ¡qué fortuna, señor Fígaro! ¡ya tiene hecha mi hijo su carrera! Folletos, comedias, novelas, traducciones..... ¡y todo con solo saber francés! ¡Oh francés! francés! ¡Ah! ¿Y periódicos? ¿No es verdad, señor Fígaro, que tambien ha dicho usted periódicos?—Sí, amigo mio, lo he dicho; concluí conduciéndolos hasta la puerta y despidiéndolos; pero le aconsejaria de buena gana que en eso de los periódicos no se fijase mucho, porque ya sabe usted que aquí no los hay siempre.....—Sí, es verdad, es una casualidad el haberlos.—Así lo mejor será que se atenga á mis demás consejos. Este es el camino.

EN ESTE PAÍS.

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nacion, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caida de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oidos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de es-

cenas y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeron. Su destino es, efectivamente, como sonido vago, que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; estas sirven en las revoluciones para lisonjear á los partidos, y á humillar á los caidos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo solo un funesto padron de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este pais..... este es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: *¡cosas de este pais!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nacion? No creo que pueda ser este su orígen, porque solo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce, de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarian realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusion de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del pais en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresion. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transicion, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavia el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una jóven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavia ni sus goces; su corazon sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo gérmen y cuyos medios

de satisfaccion tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivia; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el orígen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aun el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará más tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razon en decir á propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Solo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante jóven, cuya instruccion está reducida al poco latin que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros mas filosóficos; que no conoce, en fin, mas ilustracion que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salon del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitacion mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desórden de que hubo de avengonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera, me dijo. ¿Qué quiere usted? en este país...—Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido habia encontrado.

Empeñóse en que habia de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefstek con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette*; y que en París los que pagan ocho

ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitacion en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el dia con él; y yo, que habia empezado ya á estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio; de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que habia tenido más empeños que él.—¡Cosas de España! me sal ó diciendo, al referirme su desgracia.—Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son santos varones, y los hombres ni son hombres.

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de más luces que él.— ¡Cosas de España! me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: ni uno.

—¿Lo ve usted, Fígaro? me dijo: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En Paris hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo.

—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? le pregunté sin embargo.

—No, señor, en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times!!!*

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país, y clamaba: ¡Qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metia el pié torpemente en un charco. ¡No hay limpieza en España! exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo,—¡Ah! ¡país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Lóndres no se roba; en Lóndres donde en la

calle acometen los malhechores á la mitad de un dia de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre.—¡En este país no hay más que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y—¡Oh qué horror! decia mi don Periquito con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! gritaba.

Se hablaba de viajes.—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezon de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atrás, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocia en la corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no habia más caminos en España que el del cielo; en que no existian más posadas que las descritas por Moratin en el *Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del *Hijo Pródigo*, ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrian más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartian á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representacion de las comedias de figuron y dramas de Comella; en que no se conocia más ópera que el *Marlborough* (ó *Mambruc*, como dice el vulgo) cantando á la guitarra; en que no se leia más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin..... en que.....

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven á mirar atrás porque habria de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos sin embargo de explicar nuestra idea claramente mas que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oimos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustracion se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspeccion examinar, nada extrañamos en su boca, sino es la falta de consideracion y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oimos la expresion despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles sobre todo que no conocen mes país que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignacion límites en qué contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresion que no nombra á este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos, y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; solo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros articulos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresion que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos mas favor ó justicia á nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inaccion con la expresion de desaliento: *¡Cosas de España!* contribuya cada cual á las mejoras posibles; entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

REPRESENTACION

DE LA COMEDIA NUEVA

de

DON MANUEL EDUARDO GOROSTIZA,

TITULADA

CONTIGO PAN Y CEBOLLA.

Es un error, en nuestro entender bastante general, creer que las novelas tienen la culpa de las locas bodas y desatinados enlaces que en el mundo se hacen y se han hecho. No está todo el daño en las novelas: la mayor parte está en el corazon humano; el amor, ora le llamemos como nuestros abuelos, que no veian más que el lado hermoso de las cosas, una noble pasion; ora le llamemos como nuestros despreocupados del dia, que sólo ven el lado feo de las cosas, una vil necesidad rebozada, el amor existe en la naturaleza, y mientras exista, podrá ocurrir en la vida frecuentemente que no se halle de acuerdo con el interés. Desde los tiempos fabulosos que se remontan á la más atrasada antigüedad, desde Piramo y Tisbe, desde Leandro y Hero, que ciertamente no habian leido ninguna novela moderna, son conocidos estos desastrados amores. La organizacion de una mujer es la verdadera novela perniciosa, y por desgracia, es la que no se le puede quitar;

este es el libro donde aprende á amar: á una belleza fria, de quien nada reclame su insensible corazon, dénsele todas las novelas del mundo, y dénselas sin cuidado; nosotros respondemos de su inalterable tranquilidad y de su eterna sensatez: aquella empero, que ha recibido de la naturaleza el funesto don de una extrema sensibilidad, quítensele las novelas y será en balde; mientras no se le quiten los ojos respondemos de que hará todas las locuras del mundo por seguir el objeto que una vez la haya deslumbrado; por este estilo creemos que son la mayor parte de las locuras que hacen los hombres miserables; imperiosas leyes que impone la naturaleza y que paga el hombre. Los autores dramáticos van sin embargo con los tiempos: la recogida educacion de los jóvenes del siglo pasado autorizaba la tiranía de los padres, y Moratin creyó hacer un señalado servicio á su país dando *el Sí de las Niñas*. De entonces acá hemos andado con pasos agigantados: y las costumbres del dia, mas que de la tiranía de los padres, resiéntese de la licencia é insubordinacion de los hijos. Esto no es debido tampoco únicamente á las novelas. Otros muchos libros ha sido preciso escribir; muchas revoluciones de todas especies han debido pasar por los pueblos; otros hombres, á más de los novelistas, habian tenido que nacer antes para dar este impulso extraordinario en poco más de medio siglo al entendimiento humano. El hecho es con todo positivo; el abuso existe y reclama urgentemente la férula del poeta cómico. En el siglo actual se pueden contar tantas desgraciadas víctimas de los enlaces poco meditados, como en el pasado de las obligadas reclusiones de entonces. Era, pues, preciso sacar á la plaza toda la ridiculez de aquellos jóvenes irreflexivos que todo lo abandonan por el amor, las más veces sin considerar si se hallan verdaderamente enamorados, ó si sólo creen estarlo cuando exclaman: *Contigo pan y cebolla.*

El señor de Gorostiza, poeta ya conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz y ha escogido un asunto de la mayor importancia. ¿Hálo desempeñado como de su talento nos debíamos prometer? Oiga el lector el argumento, y podrá responder á tan atrevida pregunta.

Matilde, hija de un padre, que, segun de la comedia resulta, no conoce sus inclinaciones ni su carácter, ama á don Eduardo de Contreras, jóven de talento, rico, y que ocupa un puesto distinguido en la sociedad; pero ignora estas circunstancias sin embargo de que entra en su casa con frecuencia. Anímase don Eduardo á pedir la mano de Matilde á don Pedro, quien gustosísimo se la concede, pero en el momento de convenir en tan deseado enlace, sabe la heroina que don Eduardo no es pobre, nota que no hay en esta boda los obstáculos que en las de sus novelas ha leido, desama de pronto á quien tanto amó y despide á don Eduardo. Este, que conoce de dónde le viene el golpe, propone al padre, aturdido de tal mudanza, una ingeniosa ficcion que ha de llevar á cabo sus deseos. Fíngese desheredado de un tio suyo, y desairado por don Pedro: aparenta la novelesca desesperacion de un amante despedido, y estos extraordinarios medios hacen renacer

el acomodaticio cariño de Matilde, que por lo visto solo ama en casos dados. El padre sigue haciendo del negado, y cuando vienen segunda vez entrambos á importunarle, se lleva la niña de un brazo y despide para siempre al amador. Con esto por fuerza ha de subir de punto la frenética pasion de Matilde: inténtase una escapatoria, la cual se verifica sin maldita la oposicion del padre, que está él mismo en el complot que se le arma, y cooperando á ella un pobre criado á quien no le vale su honradez. El padre no ha querido oirle por no verse comprometido á impedir el rapto, y le amenaza por una parte don Eduardo con tirarse un pistoletazo, y por otra Matilde con tragarse un veneno que posee, si no abre una reja, por donde se escapa nuestra deslumbrada, sin embargo de hallarse la puerta libre y desembarazada; y en atencion, segun dice ella misma, á ser de rigor el salir en semejantes casos por la ventana.

En el cuarto acto, que parece un acto de otra comedia, Matilde se halla el dia de tornaboda en una miserable boardilla, pero en compañía de su constante esposo; no han comido la víspera, no se han desayunado aquel dia: medios, Dios los dé; dinero, por las nubes: en una palabra, pobres de solemnidad y solemnes pobres; la infeliz Matilde tendrá que levantar la cama, que por mas señas está á la vista del espectador en un estado de desórden propio del dia; tendrá que barrer, que jabonar, que pasar hambres, que estar sola, porque su marido habrá de salir á buscar dinero. Matilde comienza ya á padecer los inconvenientes de su posicion: humíllala el casero, humíllala una antigua compañera de colegio, marquesa, que vive en la misma casa, y que dice que una cosa es casarse, y otra enamorarse; en lo cual nos parece su señoría un si es no es verde y alegre de cascos: humíllala, en fin, una vecinilla ordinaria entre cotorra y contrabandista: llora Matilde y conoce su yerro. Vuelve entonces su esposo, y vienen impacientes papá y el criado honrado, descúbrese la ficcion, y se van todos muy convencidos de que para quererse mucho es indispensable por lo ménos haber comido algo; verdad indisputable de todos los tiempos y países, y que no bastarán á echar tierra todas las pasiones reunidas que pueden agitar á un mísero mortal.

Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor á su disposicion. El señor Gorestiza no las ha desperdiciado; rasgos hemos visto en su linda comedia que Molière no repugnaria, escenas enteras que honrarian á Moratin. El carácter del criado y las situaciones todas en que se encuentra son excelentes y pertenecen á la buena comedia: del padre pudiéramos decir lo que dice la marquesa de su marido; ni es feo, ni es bonito: es un hombre pasivo, es un instrumento no más del astuto don Eduardo. Este es un bello carácter; la carta que escribe es del mayor efecto y pertenece á la alta comedia. El lenguaje es castizo y puro; el diálago bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos qne le deslucieseu algunas demasiado chocarreras, como la de los malhadados *fetos* por *efectos*, la de la *cebolla* que *repite*, etc., y otras que no queremos citar porque no se nos tache

de rigorosos. Estas gracias son de mal tono, de no muy buen gusto, y de baja sociedad, por más que el público las ria y las aplauda en el primer momento.

Despues de haber tributado el debido homenaje de elogios que de nuestra pluma reclamaba imperiosamente la divertida comedia del señor Gorostiza, ¿nos será permitido indicar algunos de los defectos de que rara obra humana consigue verse completamente purgada? ¿Se dirá que nos ensangrentamos, que somos parciales, si ponemos al lado del elogio el grito de nuestra conciencia literaria? Quisiéramos equivocarnos, pero el carácter de la protagonista nos parece por lo ménos llevado á un punto de exageracion tal, que seria imposible hallar en el mundo un original siquiera que se le aproximase. Estas niñas románticas, cuya cabeza ha podido exaltar la lectura de las novelas, no reparan en clases ni en dinero; este podrá ser su yerro; enamóranse de un hombre sin preguntarle quién es; esta es su imprudencia: si sale pobre, verdad es, nada las arredra, y en las aras del amor sacrifican su porvenir; mas si sale rico, como ya estén enamoradas, por esta sola circunstancia no se desenamoran. Por la misma razon, si tratan de escaparse, y no tienen otro recurso, se arrojan por una ventana; mas si tienen la puerta franca, aquel paso ya no es ni medio verosímil. Esta exageracion hace aparecer á Matilde loca las más veces; quiere ser el don Quijote de las novelas. Pero acordémonos de que Cervantes para huir de la inverosimilitud que de la exageracion debia resultar, hizo loco realmente y enfermo á su héroe, y una enfermedad no es un carácter. Si la comedia pedia un carácter, era preciso no haber pasado los límites de la verosimilitud, pues pasándolos, Matilde no resulta enamorada sino maniática; por eso en varias ocasiones parece que ella misma se burla de sus desatinos: lo mismo hubiera sucedido con don Quijote si no nos hubiera dicho Cervantes desde el principio: *miren ustedes que está loco*. Peca además el plan por dónde los más del mismo poeta: ya en otra ocasion hemos dicho que estos planes en que varios personajes fingen una intriga para escarmiento de otro, son incompletos y conspiran contra la conviccion, que debe ser el resultado del arte.

En Molière y en Moratin no se encuentra un sólo plan de esta especie: el poeta cómico no debe hacer hipótesis; debe sorprender y retratar á la naturaleza tal cual es: esta comedia hubiera requerido una mujer realmente enamorada, y que realmente hubiera hecho una locura, como en *el Viejo y la niña* sucede; verdad es que entonces no hubiera podido ser dichoso el desenlace, y acaso habrá huido de esto el señor Gorostiza; este era defecto del asunto, así como lo es tambien la aglomeracion en horas de tantas cosas distintas, importantes, y regularmente más apartadas entre sí en el discurso de la vida. Si Matilde no se ha de casar más de una vez con Eduardo, si esa vez que se ha casado no ha hecho realmente locura alguna, supuesto que Eduardo es rico, ¿de qué puede servirle el escarmiento y el ver lo que le hubiera sucedido si hubiera hecho lo que no ha hecho? A ella no, nos contestarán,

á los demás que ven la comedia. Tampoco responderemos, porque las que crean en novelas al pié de la letra, creerán al pié de la letra en la comedia, que es otra nueva novela para ellas; en la novela leen que aquel que se presentó incógnito se descubre ser luego hijo de algun señoron oculto, y en la comedia se descubre ser rico luego el pobre. Se enamorarán, pues, sin cuidado, seguras de que hácia el fin de su boda se ha de descubrir la riqueza del marido, así como creian que debian salir por la ventana por decirlo las novelas.

A pesar de estas observaciones, que no podemos ménos de hacer, nos complacemos en repetir que es mayor la suma de las bellezas que la de los defectos de la comedia. El señor de Gorostiza ha adquirido un nuevo laurel, y nosotros quisiéramos que la obligacion de periodista se limitara á alabar: mucho nos daria que hacer, aun en este caso, esta composicion dramática.

En cuanto á la representacion, podemos asegurar que no nos acordamos de haber visto en Madrid nada mejor desempeñado en este género.

Sepan los actores que ningun placer podemos tener mayor que el que nos proporcionan el dia en que solo elogios tenemos que escribir de ellos. Para el elogio corre nuestra pluma rápidamente. Cuando se trata empero de vituperar, sólo á fuerza de horas podemos dar concluido á la prensa el artículo más conciso.

DON TIMOTEO Ó EL LITERATO.

Genus irritabile vatum ha dicho un poeta latino. Esta expresion bastaria á probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester más pruebas de esta incontestable verdad que la simple vista de los mas de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto exclusivo de los que por su talento se distinguen: generalmente se puede asegurar que no hay nada más temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa más insoportable que la conversacion y los dengues de la hermosa que lo es á sabiendas? Mírela usted á la cara tres veces seguidas; diríjala usted la palabra con aquella educacion, deferencia ó placer que difícilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree á usted su *don Amadeo*, ya le mira á usted como quien le perdona la vida. Ella sí, es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del leon, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasion que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza á la de la cuna. ¡Qué

amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus inferiores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazon, es una honra que cree dispensar, una limosna, que cree hacer al plebeyo. Trate este diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad: ocasiones habrá en que algun manoplazo feudal le haga recordar con quién se las ha.

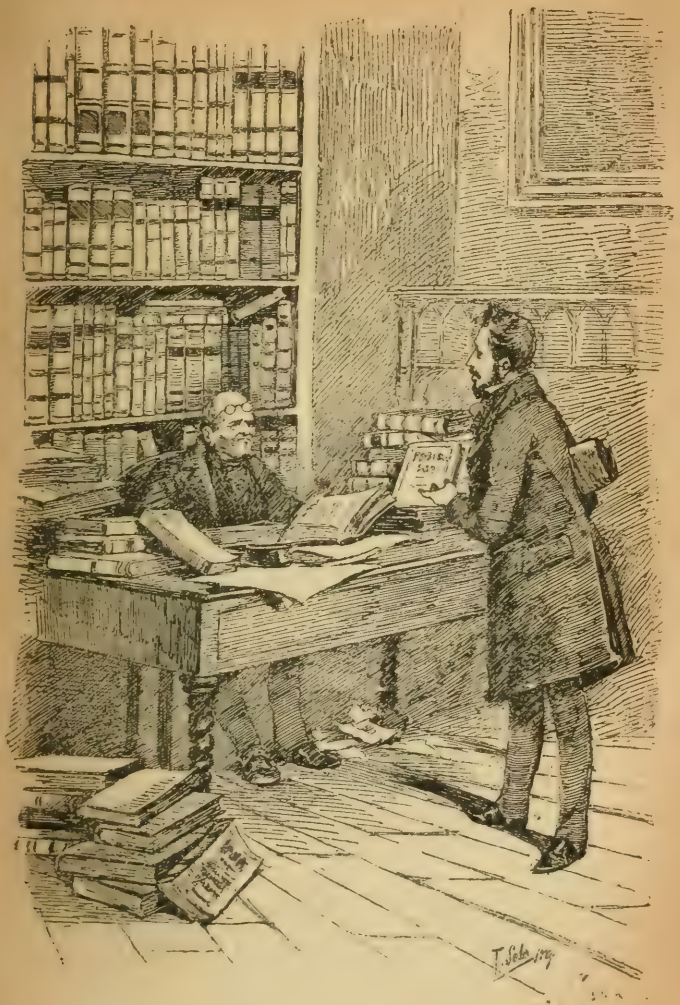
No hablemos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es esta: la que se funda en la riqueza, que todos pueden tener: en el oro, de que solemos ver henchidos los bolsillos de este ó de aquel alternativamente, y no siempre de los hombres de más mérito; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte á ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algun orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento, y más disculpable ciertamente donde es á toda luz más fácil nacer hermosa, de noble cuna, ó adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace, que solo acarrea sinsabores; y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejon sin salida. El estado de la literatura entre nosotros, y el hesoismo que en cierto modo se necesita para dedicarse á las improductivas letras, es la causa que hace á muchos de nuestros literatos más insorportables que los de cualquiera otro país: añádese á este el poco saber de la generalidad, y de aquí se podrá inferir que entre nosotros el literato es una especie de oráculo que, poseedor único de su secreto y solo iniciado en sus misterios recónditos, emite su opinion oscura con voz retumbante y hueca, subido en el trípode que la general ignorancia le fabrica. Charlatan por naturaleza, se rodea del aparato ostentoso de las apariencias, y es un cuerpo más impenetrable que la célebre cuña de la milicia romana. Las bellas letras, en una palabra, el saber escribir es un oficio particular que sólo profesan algunos, cuando debiera constituir una pequeñísima parte de la educacion general de todos.

Pero, si atendidas estas breves consideraciones es el orgullo del talento disculpable porque es el único modo que tiene el literato de cobrarse el premio de su afan, no por eso autoriza á nadie á ser en sociedad ridículo, y este es el extremo por donde peca don Timoteo.

No hace muchos dias que yo, que no me precio de gran literato, yo, que de buena gana prescindiria de esta especie de apodo, si no fuese preciso que en sociedad tenga cada cual el suyo, y si pudiese tener otro mejor, me ví en la precision de consultar á algunos literatos con el objeto de reunir sus diversos votos y saber qué podrian valer unos opúsculos que me habian traido para que diese yo sobre ellos mi opinion. Esto era harto difícil en verdad, porque, si he de decir lo que siento, no tengo fijada mi opinion todavía acerca de ninguna cosa, y me siento medianamente inclinado á no fijarla jamás: tengo mis razones para creer que este es el único camino del acierto en materias opinables: en mi entender

todas las opiniones son peores; permítaseme esta manera de hablar antigramatical y antilógica.



Fuíme, pues, con mis manuscritos debajo del brazo (circunstancia que no le importará gran cosa al lector) deseoso de ver á un

literato, y me pareció deber salir para esto de la atmósfera inferior donde pululan los poetas noveles y lampiños, y dirigirme á uno de esos literatazos abrumados de años y de laureles.

Acerté á dar con uno de los que tienen más sentada su reputacion. Por supuesto que tuve que hacer una antesala digna de un pretendiente, porque una de las cosas que mejor se saben hacer aquí es esto de antesalas. Por fin tuve el placer de ser introducido en el oscuro santuario.

Cualquiera me hubiera hecho sentar; pero don Timoteo me recibió en pié, atendida sin duda la diferencia que hay entre el literato y el hombre. Figúrense ustedes un sér enteramente parecido á una persona; algo más encorvado hácia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinado sobre el bufete; mitad sillon, mitad hombre; entrecejo arrugado; la voz más hueca y campanuda que la de las personas; las manos *mijt* y *mijt*, como dicen los chuferos y valencianos, de tinta y tabaco; gran autoridad en el decir; mesurado compás de frases; vista insultantemente curiosa, y que oculta á su interlocutor por una rendija que le dejan libres los párpados fruncidos y casi cerrados, que es manera de mirar sumamente importante y como de quien tiene graves cuidados; los anteojos encaramados á la frente; calva, hija de la fuerza del talento, y gran balumba de papeles revueltos y libros confundidos que bastaran á dar una muestra de lo coordinadas que podia tener en la cabeza sus ideas; una caja de rapé y una petaca: los demás vicios no se veian. Se me olvidaba decir que la ropa era adrede mal hecha, afectando desprecio de las cosas terrenas, y todo el conjunto no de los más limpios, porque este era de los literatos rezagados del siglo pasado, que tanto más profundos se imaginaban cuanto ménos aseados vestian. Llegué, le vi, dije: este es un sabio.

Saludé á don Timoteo y saqué mis manuscritos.

—¡Hola! me dijo ahuecando mucho la voz para pronunciar.

—Son de un amigo mio.

—¿Sí? me respendió. ¡Bueno! ¡Muy bien! Y me echó una mirada de arriba abajo por ver si descubria en mi rostro que fuesen mios.

—¡Gracias! repuse, y empezó á hojearlos.

—«Memoria sobre las aplicaciones del vapor.»

—¡Ah! esto es acerca del vapor, ¿eh? Aquí encuentro ya.... Vea usted..... aquí falta una coma: en esto soy muy delicado. No hallará usted en Cervantes usada la voz *memoria* en este sentido; el estilo es duro, y la frase es poco robusta..... ¿Qué quiere decir *presion* y....?

—Sí; pero acerca del vapor.... porque el asunto es saber si....

—Yo le diré á usted; en una oda que yo hice allá cuando muchacho, cuando uno andaba en esas cosas de literatura..... dije.... cosas buenas.....

—Pero, ¿qué tiene que ver....?

—¡Oh! ciertamente ¡oh! bien, me parece bien. Ya se ve; estas ciencias exactas son las que han destruido los placeres de la imaginacion: ya no hay poesía.

—¿Y qué falta hace la poesía cuando se trata de mover un barco, señor don Timoteo?

—¡Oh! cierto..... pero la poesía..... amigo..... ¡oh! aquellos tiempos se acabaron. Esta..... ya se vé..... estará bien, pero debe usted llevarlo á un físico, á uno de esos.....

—Señor don Timoteo, un literato de la fama de usted tendrá siquiera ideas generales de todo, demasiado sabrá usted.....

—Sin embargo..... ahora estoy escribiendo un tratado completo con notas y comentarios, mios tambien, acerca de quién fué el primero que usó el asonante castellano.

—¡Hola! Debe usted darse prisa á averiguarlo: esto urge mucho á la felicidad de España y á las luces..... Si usted llega á morirse, nos quedamos á buenas noches en punto á asonantes..... y.....

—Sí, y tengo aquí una porcion de cosillas que me traen á leer; no puedo dar salida á los que..... ¡Me abruman á consultas....! ¡Oh! estos muchachos del dia salen todos tan..... ¡Oh! ¿Usted habrá leido mis poesías? Allí hay algunas cosillas.....

—Sí; pero un sabio de la reputacion de don Timoteo habrá publicado además obras de fondo y.....

—¡Oh! no se puede..... no saben apreciar..... ya sabe usted..... á salir del dia..... Solo la maldita aficion que uno tiene á estas cosas.....

—Quisiera leer con todo lo que usted ha publicado: el género humano debe estar agradecido á la ciencia de don Timoteo..... Dícteme usted los títulos de sus obras. Quiero llevarme una apuntacion.

—¡Oh! ¡Oh!

—¿Qué especie de animal es este, iba yo diciendo ya para mí, que no hace más que lanzar monosílabos y hablar despacio, alargando los vocablos y pronunciando más abiertas las *aes* y las *oes*.

Cogí sin embargo una pluma y un gran pliego de papel presumiendo que se llenaria con los títulos de las luminosas obras que habria publicado durante su vida el célebre literato don Timoteo.

—Yo hice, empezó, una oda á la *continencia*..... ya la conocerá usted..... allí hay algunos versecillos.

—*Continencia*, dije yo repitiendo. Adelante.

—En los periódicos de entonces puse algunas anacreónticas; pero no con mi nombre.

—*Anacreónticas*; siga usted; vamos á lo gordo.

—Cuando los franceses, escribí un folletito que no llegó á publicarse..... ¡como ellos mandaban....!

—*Folletito* que no llegó á publicarse.

—He hecho una oda al Huracan y una silva á Filis.

—*Huracan Filis.*

—Y una comedia que medio traduje de cualquier modo; pero como en aquel tiempo nadie sabia francés, pasó por mia: me dió mucha fama. Una novelita traduje tambien.....

—¿Qué más?

—Ahí tengo un prólogo empezado para una obra que pienso escribir, en el cual trato de decir modestamente que no aspiro al

título de sabio: que las largas convulsiones políticas que han conmovido á la Europa y á mí á un mismo tiempo, las intrigas de mis émulos, enemigos y envidiosos, y la larga carrera de infortunios y sinsabores en que me he visto envuelto y arrastrado juntamente con mi patria, han impedido que dedicara mis ocios al cultivo de las musas; que habiéndose luego el Gobierno acordado y servídose de mi poca aptitud en circunstancias críticas, tuve que dar de mano á los estudios amenos que reclaman soledad y quietud de espírilu, como dice Ciceron; y en fin, que en la retirada de Vitoria perdí mis papeles y manuscritos más importantes; y sigo por ese estilo.....

—Cierto..... Ese prólogo debe darle á usted extraordinaria importancia.

—Por lo demás, no he publicado otras cosas.....

—Con que una oda y otra oda, dije yo recapitulando, y una silva, anacreónticas, una traduccion original, un folletito que no llegó á publicarse, y un prólogo que se publicará.....

—Eso es. Precisamente.

Al oir esto no estuvo en mí tener más la risa, despedíme cuanto antes pude del sabio don Timoteo, y fuíme á soltar la carcajada al medio del arroyo á todo mi placer.

—¡Por vida de Apolo! salí diciendo. ¿Y es este don Timoteo? ¿Y cree que la sabiduría está reducida á hacer anacreónticas? ¿Y porque ha hecho una oda le llaman sabio? ¡Oh reputaciones fáciles! ¡Oh pueblo bondadoso!

¿Para qué he de entretener á mis lectores con la poca diversidad que ofrece la enumeracion de las demás consultas que en aquella mañana pasé? apenas encontré uno de esos célebres literatos, que así pudiera dar su voto en poesía como en legislacion, en historia como en medicina, en ciencias exactas como en..... Los literatos aquí no hacen más que versos, y si algunas excepciones hay, y si existen entre ellos algunos de mérito verdadero que de él hayan dado pruebas positivas, no son excepciones suficientes para variar la regla general.

¿Hasta cuándo, pues, esa necia adoracion á las reputaciones usurpadas? Nuestro país ha caminado más de prisa que esos literatos rezagados; recordamos sus nombres que hicieron ruido cuando, más ignorantes, éramos los primeros á aplaudirlos; y seguimos repitiendo siempre como papagayos: *Don Timoteo es un sabio.* ¿Hasta cuándo? Presenten sus títulos á la gloria y los respetaremos y pondremos sus obras sobre nuestra cabeza. ¿Y al paso que nadie se atreve á tocar á esos sagrados nombres que solo por antiguos tienen mérito, son juzgados los jóvenes que empiezan con toda la severidad que aquellos merecerian? El más leve descuido corre de boca en boca; una reminiscencia es llamada robo; una imitacion plagio, y un plagio verdadero intolerable desvergüenza. Esto en tierra donde hace siglos que otra cosa no han hecho sino traducir nuestros más originales hombres de letras.

Pero volvamos á nuestro don Timoteo. Háblesele de algun jóven que haya dado alguna obra. No lo he leido. ... ¡Cómo no leo esas

cosas! exclama. Hable usted de teatros á don Timoteo.—No voy al teatro; eso está perdido..... porque quieren persuadirnos de que estaba mejor en su tiempo; nunca verá usted la cara del literato en el teatro. Nada conoce, nada lee nuevo; pero de todo juzga, de todo hace ascos.

Veamos á don Timoteo en el Prado; rodeado de una pequeña corte que á nadie conoce cuando va con él: vean ustedes cómo le oyen con la boca abierta; parece que le han sacado entre todos á paseo para que no se acabe entre sus investigaciones acerca de la ruina que á nadie le importa. ¿Habló don Timoteo? ¡Qué algazara y qué aplausos! ¿Se sonrió don Timoteo? ¿Quién fué el dichoso que le hizo desplegar los labios? ¿Lo dijo don Timoteo, el sabio autor de una oda olvidada ó de un ignorado romance? Tuvo razon don Timoteo.

Haga usted una visita á don Timoteo; en buena hora: pero no espere usted que se la pague. Don Timoteo no visita á nadie. ¡Está tan ocupado! El estado de su salud no le permite usar de cumplimientos; en una palabra, no es para don Timoteo la buena crianza.

Veámosle en sociedad. ¡Qué aire de suficiencia, de autoridad, de supremacía! Nada le divierte á don Timoteo. ¡Todo es malo! Por supuesto que no baila don Timoteo, ni habla don Timoteo, ni rie don Timoteo, ni hace nada don Timoteo de lo que hacen las personas. Es un eslabon roto en la cadena de la sociedad.

¡Oh sabio don Timoteo! ¿Quién me diera á mí hacer una mala oda para echarme á dormir sobre el colchon de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para hacer ascos de la literatura; para recibir á las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que mas haga: «es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete;» para mirarle á la cara con aire de proteccion y darle alguna suave palmadita en la mejilla, como para comunicarle por medio del contacto mi saber; para pensar que el que hace versos, ó sabe donde han de ponerse las comas, y cual palabra se halla en Cervantes, y cual no, ha llegado al *summum* del saber humano; para llorar sobre los adelantos de las ciencias útiles; para tener orgullo y amor propio; para hablar pedantesco y ahuecado; para vivir en contradiccion con los usos sociales; para ser en fin ridículo en sociedad sin parecérselo á nadie?

LA POLÉMICA LITERARIA.

> ... á Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feuillistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malheureux gens de lettres, achevait de déchiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait.
>
> BEAUMARCHAIS. *Le Barbier de Séville*, act. I

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observacion de los diversos caractéres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso,» exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus, qué entrañas!» ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta.—Y no se desgañite para decirle al público:—«Señores, que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme.»—¡Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.—¡Ni por esas!—Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él.—Que no se parece á don Cosme en nada.—No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «ese soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fé que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrírseme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debia de hacer más caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venia musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenia que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no queria abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

—¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le habia leido impreso, cuando zás, ya me han contestado?

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

—Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no se piensa en otra cosa en el dia sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco más ó ménos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide,

se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré á usted: de nada: el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

—Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de...?

—De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo ménos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

—¡Ay, amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

—¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendrá seis piés?

—Más, más: hágale usted más favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

—Bravo: añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

—Pero, señor, haremos reir al público...

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien: á él: la opinion, la verruga: duro en sus defectos.

¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pizpirigaña ó á la pata coja?

—¿Pero adónde vamos á parar?...

—A la tetilla izquierda, señor: usted no se desanime: ¿le coje usted en un plazo? El testo en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contársele.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es una tal; y usted es más: este es el modo.

—Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

—¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente: que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fé y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos, si puede, acerca del mayor número de suscriciones que reune el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mútuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público... y á mí me da vergüenza...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos en que tiene usted vergüenza!... y... ¡voto va! Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y mas látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mio, las más son cuestiones de personas.—Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan solo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.—Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «ahí va el cliente de Fígaro, ese es el del artículo,»—no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

LA FONDA NUEVA.

Preciso es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer: gracias por el contrario si se come para vivir: verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos: no hay género de diversion que no nos falte: no hay especie de comodidad de que no carezcamos. «¿Qué país es este?» me decia no hace un mes un extranjero que vino á estudiar nuestras costumbres. Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que ménos concibe el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española.—Grandes carreras de caballos habrá aquí, me decia desde el amanecer: no faltaremos.—Perdone usted, le respondia yo; aquí no hay carreras.—¿No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas? ¿No corren aquí siquiera los caballos?.....—Ni siquiera los caballos.—Iremos á caza.—Aquí no se caza: no hay dónde, ni qué.—Iremos al paseo de coches.—No hay coches.—Bien: á una casa de campo á pasar el dia.—No hay casas de campo, no se pasa el dia.—Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa..... habrá jardines públicos donde se baile; más en pequeño, pero habrá sus *tivolis*, sus *ranelagh*, sus *campos elíseos*... habrá algun juego para el público.—No hay nada para el público: el público no juega.—Es de ver la cara de los extranjeros cuando se los dice francamente que el público español, ó no siente la necesidad interior de divertirse, ó se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos: creia mi extranjero que yo queria abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado, «paciencia, me decia por fin: nos contentaremos con ir á los bailes que den las casas del buen tono y las suarés...»—Paso, señor mio, le interrumpí yo: ¿con que es bueno que le dije que no habia gallinas y se me viene pidiendo...? En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla ó reza, ó hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada más cierto sin embargo que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un dia solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué: (1) los demás dias examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo el dia más alegre del año redúcese su diversion á calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen piés), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la ágria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las par-

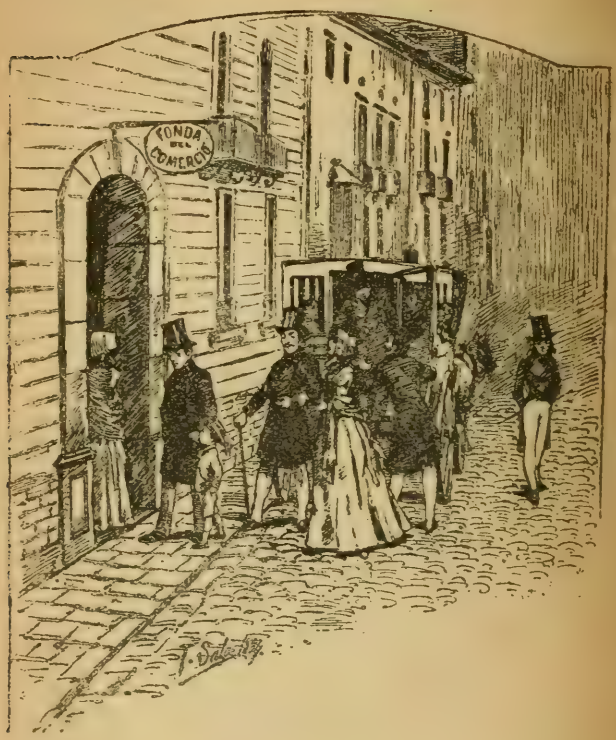
(1) Los lunes, eran los dias en que tenian lugar las corridas de toros en Madrid.

tidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos ó tres tiendas de la calle de la Montera. Allí se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse á comer, si no hay sobre todo noticias gordas de Lisboa, ó si no dan en pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinion se pueda comprometer, en cuyos casos varia mucho la cuestion y nunca falta qué hacer.—¿Qué se hace por la tarde en Madrid?—Dormir la siesta.—¿Y el que no duerme, qué hace?—Estar despierto; nada más. Por la noche, es verdad, hay su poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir á silbar un rato la mala voz del bufo caricato, ó á aplaudir la linda cara de la *altra prima donna;* pero ni se proporciona tampoco todos los dias, ni se divierte en esto sino un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto á la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez más, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa solo de una manera se divierte. ¿Llegó un dia de dias? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegron que hay que recibir. Solo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero más gran familia: seis personas coje el coche á lo más. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo: la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y á la fonda. La esperanza de la gran comida, á que se va aproximando el coche, mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero alborotan á nuestra gente en tal disposicion, que desde media legua se conoce el coche que lleva á la fonda á una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el dia solo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con más rapidez de lo que algunos piensan, ó el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme á semejante despropósito. No hace mucho sin embargo que un conocido mio me quiso arrastrar fuera de mi casa á la hora de comer.—Vamos á comer á la fonda.—Gracias; mejor quiero no comer.—Comeremos bien; iremos á Genyeis: es la mejor fonda.—Linda fonda: es preciso comer de seis ó siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas: el adorno ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano,

ni... ni Burdeos, ni Chapagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por más raíz de lirio que se le eche.—Iremos á los Dos Amigos.—Tendremos que salirnos á la calle á comer, ó á la escalera, ó llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga.—A cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van



á dar bien de comer.—¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos: sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podria acertar á tener nombre más alusivo; estofado de vaca á la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de todos los dias; vino de la fuente; aceitu-

nas magulladas; frito de sesos y manos de carnero, hechos aquellos y estos á fuerza de pan: una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana.—Y tambien nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato.—Pero mucha paciencia, amigo mio, que aquí se aguanta mucho.

No hubo sin embargo remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenia capricho de comer mal un dia. Fué preciso, pues, acompañarle, é íbamos á entrar en los Dos Amigos, cuando llamó nuestra atencion un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figon de Perona dice: *Fonda del Comercio.*—¿Fonda nueva?—Vamos á ver. En cuanto al local, no les da el naipe á los fondistas para escoger local; en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados á no pagarnos de apariencias; nosotros decimos: ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos sin embargo la diferencia de las caras de ahora, y las que hace medio año se veian en aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto excelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es lo mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era tambien la mejor cuando se instaló: esta será, pues, otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá á la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil reducir lo poco: se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demás no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si á su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frio y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se rien tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No, señor; se rien de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime; que no debiera estar tan alegre solo por haber comido.—Allí está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oidos por no ver, por no oir!!!

Aquel jóven que entra venia á comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata: dejóse coger tambien por la negra honrilla, y solo por los testigos pide de á duro. Si como son solo conocidos, fuera una mujer á quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de á doblon: á pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡Necio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquel otro? Aquel recorre todos los dias á una misma hora varias fondas: aparenta buscar á alguien: en efecto, algo busca; ya lo encontró: allí hay conocidos suyos: á ellos derecho: primera frase suya:—¡Hombre! ¿Ustedes por aquí?—Coma usted con nosotros, le responden todos.—Excúsase al principio; pero si habia de

comer solo... un amigo á quien esperaba no viene..... ¡Vaya, comeré con ustedes. Dice por fin y se sienta. ¡Cuán ajenos estaban sus convidadores de creer que habian de comer con él! Él sin embargo sabia desde la víspera que habia de comer con ellos: les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los más dias de oidas, y algunos por haber oido.

¿Qué pareja es la que sin mirar á un lado ni á otro pide un cuarto al mozo y...? Pero es preciso marcharnos, mi amigo y yo hemos concluido de comer: cierta curiosidad nos lleva á pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado á comer sin testigos aquel oscuro matrimonio... sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma á los que no quieren ser oidos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misántropo nos advierte nuestra indiscrecion y nuestra impertinencia. Paciencia, salgo diciendo: todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar oscuro en un cuadro: sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de *La Revista Española.*

POESIAS

DE

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Es tan conocido el mérito del autor de esta nueva coleccion poética, son tan justamente apreciados en España y fuera de ella los varios ensayos didácticos y composiciones dramáticas que en anteriores tomos ha publicado, que no es mucho que entremos con respeto y miedo á juzgar al que puede juzgar á los demás. El justo criterio, el gusto depurado son las dotes que más brillan en

sus escritos; pero no contento el señor Martinez de la Rosa con haber indicado el camino que deben trillar los que á la gloria inmortal de poetas aspiren, nos quiere dar el ejemplo al lado de la admonicion. Harta empresa es esa para un solo hombre. No presta el cielo al mismo tiempo la fria severidad del crítico y la ardiente imaginacion del vate, y mal pudiera prestarlas sin contradecir sus propias leyes. Si alguna vez, pues, se ven ambas calidades reunidas puede reputarse fenómeno. Recorramos la lista de los primeros poetas; no hallaremos en esa á los grandes didácticos: preceptos será lo que en sus obras encontraremos, preceptos de inspiracion: rara vez preceptistas. Homero, Virgilio, Anacreonte, Píndaro, Taso, Milton, etc., etc., se contentaron con la parte que les tocó; verdad es que les tocó lo mas, porque nunca harán los preceptos un poeta Recorramos por otra parte las obras de los grandes maestros del arte. Si Aristóteles hubiera probado á entonar la trompa épica; en balde hubiera ensayado á observar sus mismas reglas. Longino, que tan bien entendió el sublime, no hubiera dado nunca con él. El severo Boileau quiso pulsar la lira, y Apolo la rompió en sus débiles manos; toda su oda á la toma de Namor puede darse por el peor concepto de su arte poética. La Harpe dió modelos, pero modelos de escuela. En una palabra, la cabeza puede aventajarse en el hombre, pero es por lo regular á costa del corazon. Dos nombres colosales, que son los que más acaso á la perfeccion en distintos géneros se han acercado, pudieran citarse como poderosas excepciones de nuestro aserto: Horacio y Voltaire. Esto sin embargo, podria ser objeto de larga discusion en que no podemos entrar ahora; en ella apareceria tal vez que el Horacio del arte poética y de las sátiras no es el Horacio de las odas, que el Voltaire prosista es infinitamente superior al Voltaire autor cómico, trágico y épico.

En beneficio del señor don Francisco Martinez pueden solo resultar estas breves observaciones, á que la grata lectura de su libro da lugar. Nadie puede dudar del alto puesto que entre los preceptistas ocupa; y de su talento poético no seremos ciertamente nosotros los que dudemos. Y no decimos tampoco que el señor Martinez es poeta porque creamos que otros lo duden, sino porque en decirlo gozamos y en repetirlo, nosotros sobre todo, que juzgaremos al autor con sus mismas leyes, y que abundamos afortunadamente en sentadas opiniones suyas. Sentimiento, intencion, es lo que buscamos en el poeta: sentimiento, intencion, encontramos en el señor Martinez de la Rosa. «No remontemos, dice el autor en su prólogo, tan desacordadamente el concepto y la frase que cueste trasudores el entendernos.» «No recuerdo un solo rasgo sublime, dice en otra parte, en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con sencillez.» Esta idea adoptada por nuestro poeta y tan bien seguida en su *Edipo*: esta imitacion de la griega sencillez es la que distingue sus obras poéticas de las demás de su época: la oscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía, nada mas necesario que el que se resuelvan los jóvenes en fin á segregar del fruto precioso el lujurioso pámpano

que le ahoga. No es la palabra lo sublime; séalo el pensamiento; parta derecho al corazon; apodérese de él, y la palabra lo será tambien. «Hágase la luz, dijo Dios, y fué la luz.» Nada hay escrito más sublime, nada sin embargo ménos ampuloso. Oigamos otra expresion grande y sencilla. Muere una mujer, y exclama su amiga: «¡Con que esta es la primera noche que vas á pasar en la tierra!» ¡Qué apóstrofe hay mas enérgico! ¡Qué formas sin embargo más sencillas! Todas las palabras son sublimes cuando la pasion las emplea. Siguiendo estos principios, es difícil ser á veces más poeta que el autor de esta coleccion. ¡Hay ternura en sus composiciones, sentimiento en sus versos, profundidad á veces, dulce y melancólica filosofía! Bien quisiéramos citar algunos trozos de los que han señoreado en su lectura nuestro corazon. Pero el público se hará con estas poesías, y citar fragmentos fuera imponernos la difícil tarea de la eleccion. Respondemos que serán leidas con placer por los que abriguen sentimiento; con entusiasmo por los que recibieron del cielo la sensibilidad como primera condicion de su existencia.

Una cosa confesaremos á nuestro pesar: uno de los géneros á que más lugar ha dado en su tomo el señor Martinez de la Rosa ha sido un género desgastado ya; un género en que tanto y tan bueno se ha escrito, que es harto difícil sobresalir en él. No es decir esto que sus composicienes ligeras no puedan competir con las de Anacreonte, con las de Gesner, con las de Melendez; pero la tendencia del siglo es otra: si las sociedades nacientes alimentan su imaginacion con composiciones ligeras, la sociedades gastadas necesitan sensaciones mas fuertes. Acaso en esto lleve el poeta ventaja á la sociedad en que vive; acaso las causas de la decadencia de este género no hacen favor á los adelantos de la civilizacion; pero no por eso es ménos cierto que buscamos más bien en el dia la importante y profunda inspiracion de Lamartine, y hasta la desconsoladora filosofía de Byron, que la ligera y fugitiva impresion de Anacreonte.

Los versificadores que solo hacer versos saben, mas no sentirlos, podrán tachar de poco robustos algunos del autor; nosotros, aunque conocemos la necesaria cooperacion de la más completa armonia posible en la poesía, pasamos ligeramente sobre ese reproche, y siempre daremos la preferencia en todo caso á las ideas.

Concluiremos dando el parabien al señor Martinez de la Rosa por su nueva publicacion, y deseando que la juventud estudiosa saque tanto partido de su ejemplo como de las lecciones con que en sus obras anteriores ha sabido hacerse el órgano del buen gusto y el honor de su patria, que colocará su nombre en la corta lista de los que en el dia pueden retribuirla gloria sólida é imperecedera.

LAS CASAS NUEVAS.

«La constancia es el recurso de los feos, dice la célebre Ninon de Lenclos en sus lindas cartas al marqués de Sévigné; las personas de mérito, que saben por donde quiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazon, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

«Estos son generalmente los que temerosos de perder el bien, que conocen no merecer preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesion de sensaciones tan vivas como diferentes »

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes es sin embargo profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar más de una exacta aplicacion. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazon, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenia yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacia ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre efectivamente se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse á buscar otras, como se figure acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazon á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habian puesto á mi familia, lograron hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los dias, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los dias, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes: esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Que de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquellos? ¿Se intimó la amistad? ¡A Dios!

como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted; todos son desaires, todas crudas y ácedas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa; un dia ceno y otro meriendo: ni tengo horas fijas ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses sólo para hablar en francés una hora al dia: me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decia Cárlos V que hablaria á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los dias desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fuí el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés Niporesas*, ora *Fígaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aun que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los dias en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazon del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi familia, hágome la ilusion de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los más recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: «¡Qué hermosura! exclamo; esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia.» Si es chica: «Gracias á Dios, me digo, que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo ménos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre tan reducido tambien y limitado.» Si es cuarto bajo; «No tiene escalera, digo, y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas.» Si es alto el piso: «¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilacion y qué pureza de aires!» Si es caro: «¿Qué importa? lo primero es tener buena habitacion.» Si es barato: «Mejor; con eso emplearé en galas lo que habia de invertir en mi vivienda.»

Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caractéres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la más firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean uste-

des á mi hombre descontento ya con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere, cuando ménos, mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque esta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el orígen de esta conocida costumbre, ni ménos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es solo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están reducidas á una ó dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala reparticion y combinacion de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirijímonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la poblacion de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La poblacion que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó, con razon, que se sigue en todas el método antiguo de construccion: sala, gabinete y alcoba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construccion á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros países lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrian sustituir vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí con sútiles listones de madera, que harian siempre mejor efecto á la vista y darian más entrada á la luz? ¿No convendria desterrar esas pasadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas-ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas, sobre todo más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frio el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbon, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, además del agua que debia naturalmente caerle del cielo, toda la que no debia caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros, más que al interés público consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno*; ese es su principio; *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje:* cada habitacion es en el dia un baul en que están las personas empaquetadas de pié, y las cosas en la posicion que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podria viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre ó un poco ménos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piececitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡este cuarto es mio!* exclama.—Pero acabemos de ver.—Nada; inútil, quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.—De allí á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenia mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; á lo ménos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusion de óptica.—¿Qué tiene usted que mandarme?.... —¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?... —Sí, señor.—Hay varios cuartos en la casa.—Están dados.—¡Cómo! si no están hechos... —Ahí verá usted. –¿Pero no habria?... —Un tercero queda.—Bueno; he dicho que quiero casa nueva.—No es tampoco de los más altos, caballero; no tiene más que noventa y tres escalones y un tramito.—Ya se vé que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento; quiero casa nueva.—¿Pagará usted adelantado?—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado. —Pues déjelo usted.—¡Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes?—Tres meses ó seis.—Pero, hombre...—Dejarlo.—No, bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y es?rechas, y...—Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le ponga en doce. —¡Diez reales!—Si no acomoda...—Sí, señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!—Fiador.—¿Fiador?—Y abonado.—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de...—¿Marqués? no, no, señor.—El coronel de...—¿Militar? ménos.— Un mayordomo de semana. — ¿Tiene fuero? no, señor.—Pero, hombre, ¿adónde he de ir á buscar?...—Ha de tener casa abierta.—Pero si yo no me trato con taberneros, ni...—Pues dejarlo.—¡Voto va!

No hubo más remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse por fin las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padron, y cogió... ¿qué habia de coger por último? el cielo con las manos, lectores mios. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcon, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y, al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamante la que le habia estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por ménos; fué preciso pagar los daños: el bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared á fuerza de rascarle el yeso

con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fué imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichon, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! mi amigo tiene un suegro sumamente gordo; verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á éste no se le podia romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente.—¿Meterlo por el balcon? no es para todos los dias. ¡Santo Dios! ¡que no se hagan las casas en el dia para los hombres gordos! En un palabra, desde ayer están los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

REPRESENTACION

DE

LA FONDA, Ó LA PRISION DE ROCHESTER,

Y DE

LAS ACEITUNAS.

Ó UNA DESGRACIA DE FEDERICO II,

COMEDIA EN UN ACTO.

Era tiempo de peste en Cádiz, y daba su parte á la autoridad un sargento que estaba de faccion en Puerta de tierra, diciendo en los términos siguientes: «Sin novedad: hoy han salido por esta puerta veinte muertos con sus respectivos cadáveres. Sargento fulano.»—Eso mismo decimos hoy nosotros al público al darle parte de las dos funciones nuevas que acabamos de ver desaprobadas con tanta razon por el auditorio. «Sin novedad: se han representado en este teatro dos comedias con sus respectivas silbas:» que silbas y comedias son cosas ya tan inseparables como cadáver y muerto.

Pero vamos á la primera cosa que se representó en esta funesta noche. Casóse un labrador, y proponíase tener muchos hijos; tantos, que le pareció venir allí de molde un libro de memorias, donde pudiera ir apuntando sus nombres y no confundirse él, ni confundirlos jamás. Encuadernó, pues, su libro en blanco, é iba

apuntando así: «Hijos del labrador Anton Antunez: el primer hijo, no fué hijo sino hija.»

Lo mismo decimos nosotros: comedias del 24: la primer comedia, no fué comedia, sino farsa. Júzguelo sino el lector. El caso ocurre en Lóndres en tiempo de no sé qué príncipe, que acaba de desterrar á su favorito el conde de Rochester, por ciertas sátiras que el señor conde se ha tomado la libertad de escribir en mala hora, en peor sazon, y en aciago dia. El conde, que es hombre taimado, así se cuida de cumplir su destierro como de adorar al zancarron de Mahoma. El príncipe le destierra; pero él no se da por desterrado. Todo lo contrario; quédase el conde escondido; y ¿dónde les parece á ustedes que se esconde? En alguna guardilla ó sótano, en algun... nada de eso: escóndese en medio de una fonda pública que ha arrendado y beneficia en persona: ¿quién le ha de conocer allí? En las fondas de Lóndres no se conoce á nadie. Esto parece una paradoja; pero el hecho es que un constable encargado de prender al desterrado, y que lleva sobre sí todas sus señas, le vé, le habla, y no le conoce. Entretanto el príncipe, que está cansado de los pesados cargos del Gobierno, ó que acaso ha encontrado alguna mosca en la sopa y anda torcido con su cocinero, coge la capa y el sombrero, y váse á comer á la fonda como si fueran los dias de su mujer. ¿Y á qué fonda ha de ir el príncipe? á la misma que ha arrendado Rochester, El príncipe acaba de comer, y como habia de tomar café para despejarse la cabeza, se pone á hacer versos, como chico que acaba su plana, porque el príncipe es poeta, por más que parezca imposible. Acaba su composicion éste, que deberá ser alguna anacreóntica, y consulta á un muchacho de paja y cebada de la fonda, que hace tambien versos. En tanto Rochester soborna al ayuda de cámara del príncipe, el cual no hace versos, pero hace cuanto le mandan, que es mucho mejor. De allí á poco viene el constable y quiere prender al príncipe creyéndole Rochester. El príncipe, temblando que le lleven á la cárcel y le den azotes por haber hecho novillos de su oficio de gobernar y haber traido la vida del hombre malo comiendo de figon en figon, imagina la idea de darle al constable un papel con su firma, donde está el perdon del conde. Este, que anda á caza de descuidos por este estilo, atrapa el papel, y con esta superchería queda perdonado. En celebridad se casa la muchacha de la fonda con el mancebo de los versos, porque ya hemos dicho que en esta farsa todos son poetas ménos el autor. Casada la chica, perdonado el conde, se acaba la comedia y empieza la silba.

Seguia la apuntacion del labrador Anton Antunez, y decia: «El segundo hijo murió al nacer, por lo cual no fué hijo ni hija.» La segunda comedia, pues, fué todo mentira: ni fué cierta ni verosímil. Federico de Prusia acaba de ser dorrotado por los rusos, gente descomunal ya desde aquellos tiempos, y se echa á buscar solo y de incógnito casa de huéspedes por los pueblos de la comarca: Llega á uno donde mete mucho ruido un pleito sobre unas aceitunas (que por lo malas deben de ser de la fonda de Rochester arriba expresada.) Un sargento prusiano dejó al partir para la

guerra, ocho años antes, un barril de aceitunas en depósito á un vecino del pueblo, pero dejó tambien oculta en el barril una suma de dinero. El taimado depositario le vuelve á su regreso las aceitunas, mas no las monedas. En el momento en que acaba de llegar Federico, ha sentenciado el pleito en favor del infiel depositario un majadero, es decir un alcalde de pueblo. El rey, que está desocupado, ya que no pudo ganar la batalla, se empeña en ganar el pleito: un muchacho que es muchacha, y á quien le sucede lo mismo que al hijo de Anton Antunez, porque le representa la señora Castillo vestida de hombre, da en conocer la falsedad del depositario al notar que las aceitunas son frescas, cosa imposible llevando ocho años de depósito; lo cual es una prueba convincente de que anduvo en las aceitunas la mano del gato, ó la del depositario, que gatos y depositarios se van allá. El rey, pues, hace justicia seca, entre polvo y polvo, porque Federico tomaba mucho tabaco; y castigado el vicio, y recompensada la virtud, y dicha la moraleja, de la cual se deduce que es muy peligroso cambiar las aceitunas cuando se trata de robar, y comenzada de nuevo la batalla, que suena en el teatro á vejigas reventadas, y descubierto el rey, y quedándose solo en majadero el que era antes majadero y alcalde todo junto, cae la cortina; lo que comunicamos al público para su satisfaccion. Aquí vuelve á empezar el estribillo de la silba con que rematan ahora todas las piezas.

¿Dónde hemos leido nosotros que poseia el teatro tantas comedias nuevas para la próxima temporada cómica? Por la cruz que tenemos á cuestas con este teatro, no lo creemos, y no lo creemos porque recordámos cierto caso que queremos contar á nuestros lectores, ya que con tanta comezon de contar nos encontramos hoy. Reñian un andaluz y otro andaluz, el uno más feo que el otro, y echábanse á la cara mil denuestos, cuando cansado ya el uno del mucho vocear, y del no decirse nada en limpio, empínase en las puntas de los piés, y dícele á su adversario:—Pero ¿qué habla usted ahí, compadre? si todo el mundo sabe que usted es hombre de dos caras. A lo que repuso el ménos feo, no bien lo hubo oido:—Amigo, siento mucho no poder decir a usted otro tanto. —¿Y por qué? diga usted, preguntó el feo.—Porque si usted tuviera otra cara, repuso el chulo, no le veriamos nunca esa que trae hoy.

Si tuviera el teatro buenas comedias, ¿cómo le habiamos de ver nunca esos harapos de farsa que nos enseña?

VARIOS CARACTÊRES.

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer

maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicacion, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leido? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atencion en una sola cosa trato de fijarla en todas; sálgome á la calle, éntrome por los cafés, vóime á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de Pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y ménos, color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que más me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningun amigo ni conocido que encuentro, porque esto seria hacer yo tambien un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que solo para divertirme á mí creo por entonces que representa al mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abruma con su peso, no puedo tener más que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas; no hay amor, no hay ódio.

Esta es la razon porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexion la cosa que hoy emprenda inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo.—Acaso encontraria, investigando metafísicamente mi corazon, la causa que ha podido ponerme hoy en esta extraña disposicion de ánimo; pero este trabajo me cansaria, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones sino recibirlas. En estos dias es, sin embargo, cuando colocado detrás de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos: é imparcial, ajeno de consideracion que á él me ligue véole tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada accion que observo indolentemente.

—¿Qué hace don Julian en ese café? Todos los dias viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra: apenas se ha colocado aquel en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupacion de don Julian. Tomar café una vez cada dia.

—¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años há que viene: todas las tardes juega su partida de ajedrez: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor: ni él hace más en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

—¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro.

¡Ah! es un jóven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado; ni una mota, ni una arruga lleva el frac: la bota es un espejo: el guante blanco como la nieve: la corbata no hace un pliegue: el pelo rizado, mejor diremos pintado: en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone, nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamás. Es solo de extrañar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurin, de lo mal que bailó el solo Gasparito; esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

—¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos,

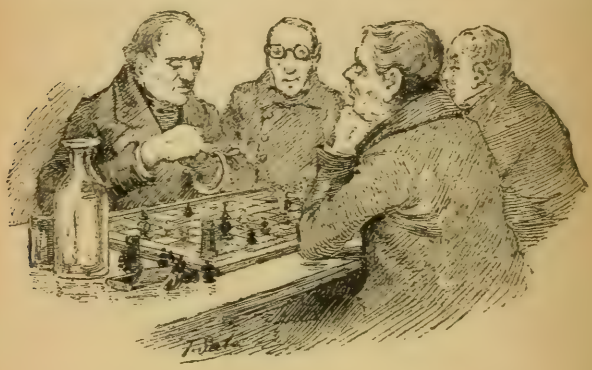
unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leido, hagan una accion digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

—¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo, los mismos guantes, el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo, el mismo pantalon, la misma postura de sombrero...? ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

—¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los dias á las ocho de la mañana:

alarga una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la *Revista*, mañana el *Boletin....* Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa ó en Badajóz: entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros: pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oido: contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir: de resueltas, si le encuentran á usted, le dirán al oido muy secretamente: «Buenos dias: beso á usted la mano.»

—¿Hay nada más torpe en estos hombres amigos de usted que



le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mí con los brazos abiertos aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si... ¡Válgame Dios! y líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable: esa me volvería loco.

—Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? «Vengo de allí: hace estragos horrorosos.»—¿Ha llegado el tenor nuevo? «Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento; le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo. Es gran muchachon, rubio, alto, ¡extranjero!» Al otro dia se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco...—

¿Está malo algun sujeto marcado? «Hoy está mejor, dice; se ha reido mucho conmigo; una hora he estado con él.» Luego se averigua que el que tanto se ha reido estaba ya enterrado.—¿Quién es aquel botarate?—¿Aquel? un mónstruo; aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben; hay una mujer hermosa; nada la dice; sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza; la acompaña al Prado; en baile ó sarao donde está ella está él; siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella; cuando ella no le ve, finge mirarla con zelos de algun otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se reirán? Siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su víctima que no lo conoce!

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO,

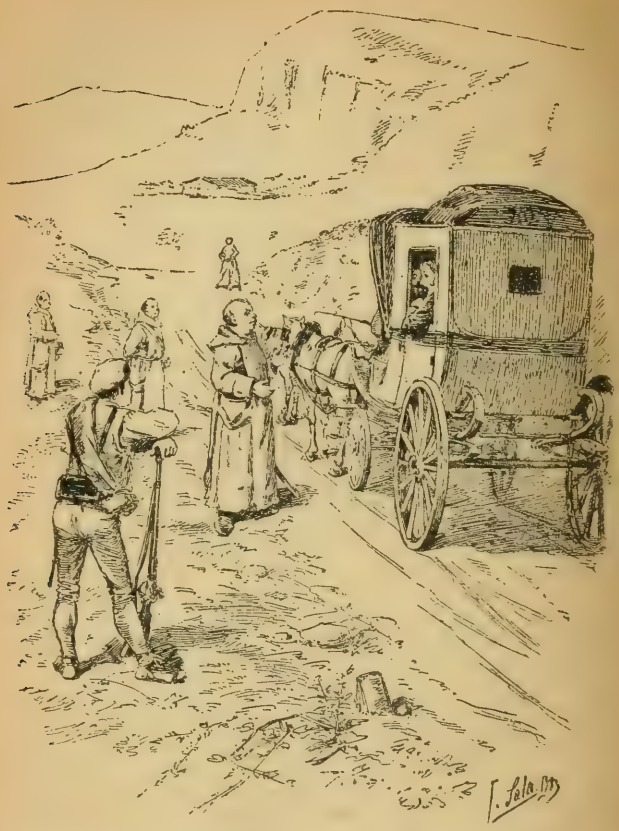
ó

LOS VIAJEROS EN VITORIA.

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision; en España parece que lo toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de parar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde París á Madrid no habia antes más inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero héte aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de París á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que exclaman:—Pues qué, ¿no hay más que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Alava uno de los primeros dias del corriente, y amanecía poco más ó ménos como en los demás países

del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carretera de Francia la precipitada carrera de algun carruaje procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros,



francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo los hacia en el aire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca.) Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la órden de de-

tener á los ilusos viajeros.—¡Hola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase.—¡Nadie pase! repitió el español.—*¿Son ladrones?* dijo el francés.—No, señor, repuso el español asomándose, *son de la aduana*. Pero ¿cuál fué su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metia? Dudoso todavía el viajero, extendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro más alla, y ciento más, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo.—¡Santo Dios! exclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traido usted al yermo ó á España?—Señor, dijo el cochero, si Alava está en España, en España debemos estar.—Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las há de haber usted, señor viajero.—¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras.—Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo...—¡Ay Dios mio! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creido en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran.—Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablaremos.—Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Cárlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumia que podia ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores,—¡Cáspita! dijo en su lengua, que no sé como lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés.—¡Contrabando! clamó el uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormia, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

—Mejor es ahorcarle, decia uno, y servia el español al francés de truchiman.—¡Cómo ha de ser mejor! exclamaba el infeliz.—Conforme, reponia uno, veremos.—¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creia que soñaba y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caido en poder de osos, ó en el país de los caballos, ó Houinhoins, como Gulliver

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultrama-

rinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacian en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecia sino

que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre más reverendo que los demás, comenzó á interrogar á los recien llegados.

—¿Quién es usted? le dijo al francés, y el francés callado, que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

—¡Pues! francés, dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

—Su majestad Luis Felipe, rey de los franceses.

¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted añadió entre dientes, si no habrá algun sacerdote en todo París que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

—¿A qué viene usted?

—A estudiar este hermoso país, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

—¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos ai tribunal de Logroño...

—¿Qué trae usted en la maleta? Libros .. pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algun autor de marina: algun herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué más? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... *London*... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

—Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

—*De comiso,* dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstante cogió un reloj, y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase más pronto la del refectorio.

—Pero, señor, dijo el francés, yo no los traia para usted...

—Pues nosotros los tomamos para nosotros.

—¿Está prohibido en España el saber la hora que es? preguntó el francés al español.

—Calle, dijo el padre, si no quiere se le exorcice; y aquí le echó la bendicion por si acaso. Aturdido estaba el francés, y más aturdido el español.

Habíanle entre tanto desvalijado á éste dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con más de tres mil reales que en él traia.

—¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco, ¿qué es? ¿quién es?

—Soy español y me llamo don Juan Fernandez.

—Para servir á Dios, dijo el padre.

—Y á su majestad la reina nuestra señora, añadió muy complacido y satisfecho el español.

A la cárcel, gritó una voz; *á la cárcel*, gritaron mil.

—Pero, señor, ¿por qué?

—¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay más

reina que el señor don Cárlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

—¡Ah! yo no sabia.

—Pues sépalo, y confiéselo, y...

—Sé y confieso, y... dijo el amedrentado dando diente con diente.

—¿Y qué pasaporte trae? Tambien francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Qué de prisa han vivido estas gentes!

—¿Pues no es el año en que estamos? ¡Pesi á mí! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

—En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1.° de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

—¡Santo Dios! en el año 1.° de la cristiandad. ¿Con qué todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡Pues vive Dios que esto va largo!—Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraíso.

Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia por qué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian jamás, podria ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacia cabeza sin tenerla: Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Alava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia: el Gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos. Extendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:

†

AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

NOS, fray Pedro Jimenez Vaca.—Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

—Yo, además, que soy padre intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de su majestad el emperador Cárlos V, y el padre administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitan del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza

con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal: y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no extrañó que en un país donde cada 1833 años no hacen más que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre prior, y del desgobernador gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en expurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero.*

LA PLANTA NUEVA,

Ó EL FACCIOSO.

HISTORIA NATURAL.

Razon han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres: duros guerreros ha producido siempre el norte, tiernos amadores el mediodia, hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el Africa: séres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia, meditabundos aburridos el nebuloso Albion. Cada país tiene sus producciones particulares: he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragon, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cria sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos; que se trasplanta con facilidad, y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de poblacion: esto no es decir que no sea tambien en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos, en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es que en todas partes se crian; solo el órden y el esmero perjudican mucho á la cria del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan: el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata yedra el árbol á que se arrima, tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafètida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo ó se conocia poco, ó no se conocia por ese nombre: la verdad es que ni habla de ella Estrabon, ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni

Plinio el jóven, ni ningun geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organizacion, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en este el sér que más se parece al hombre, así el faccioso en aquel es la produccion que mas se parece á la persona; en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy experto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa por entre facciosos habla: hé aquí el orígen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa tambien, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como puas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle cualquiera diria que tiene ojos en la cara, pero seria grave error; distínguese esencialmente de los demás séres en estar dotado de sinrazon.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás séres, no extrañará cuanto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos á decir. ¿Hay nada más singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediacion de su macho, y que arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita, y perece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia, solo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicario; lo más que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprehensible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservacion, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorben su sangre, que es su verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa mas particular. Es planta enemiga nata de la correspondencia pública; donde quiera que aparece un correo, nacen en el acto de las mismas piedras facciosos por todas partes; rodéanle, enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan; si no suelta la balija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si ha lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora, ¿y para qué quieren la balija, si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprehensible la naturaleza; toda la explicacion que puedo dar es que se vuelven siempre á la balija como el heliótropo al sol.

Notan tambien graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas, llenas de puas y en forma de erizos, que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, así los facciosos, sobre todo los más talludos y los vástagos principales, se agarran á las

cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que, en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojo de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algun pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de vapor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejársele; bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda sino desnuda y arañada.

Muchas de las calidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse, como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso; pero tambien la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antídotos, dispuso que se supiesen remedios especiales á los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y donde quiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle: hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla, que como Roa y otros los producen tan exquisitos, es providencia especial: no se ha probado á quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es más bien contra brujas, podria no ser inoportuno, y aun tengo para mí que habia de ser más eficaz contra aquellos que contra éstas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distingan, seria el mejor antídoto; pero esto es más largo y para más adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás, podemos concluir que ningun cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulacion del faccioso, pues es cosa muy experimentada que en el último apuro la planta es tambien de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operacion larga. Somos enemigos además de los arbitrios desesperados, y así, en nuestro entender, de todos medios contra facciosos parécenos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aun la aplicacion de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.

LA JUNTA
DE CASTEL-O-BRANCO.

No hay cosa como una junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es mas necesario que una junta; así que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en junta como lo habian de poner en nodriza, y no bien abre los ojos á la luz se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La junta, pues, es el precursor de un partido por lo regular, y esta clase de juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no están fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las juntas.

La que en el dia llama nuestra atencion es la de Castel-o-Branco. Empezaria á anochecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del Gobierno; de estos que dicen: á mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. A qué iba el español á Castel-o-Branco, eso seria averiguacion para más despacio. Basta saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida: «Casteção, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Cárlos V? ¿Vien de Castella?» — Entendíasele un poco mas al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente: «Yo no sé de quien soy vasallo, contestó, ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado...» Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conocióla el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no habia casa ni ventana: «No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los mios nunca descomponemos partido. ¿Pero quién es mi rey en esta tierra?—Eu senhor Cárlos V.—Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atrás me dejaba reinando á mi señora la reina...—¡Casteção!—No se enfade vuestra merced...» y de allí á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrian andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de cómo habia llegado un vasallo de su majestad imperial. Es de advertir que como todos los dias no tiene su majestad imperial proporcion de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el órden de las cosas; y fué, que así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pa-

reció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas: con este motivo hubo quien dijo: «principio quieren las cosas,» y quien añadió:

«que el reinar no quiere más que empezar.» Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdia; verdad es que el ruido no era para ménos.

—¿Qué fiesta es mañana? preguntaba el buen hombre.

—Festéjase la llegada de vuestra merced, señor casteção.

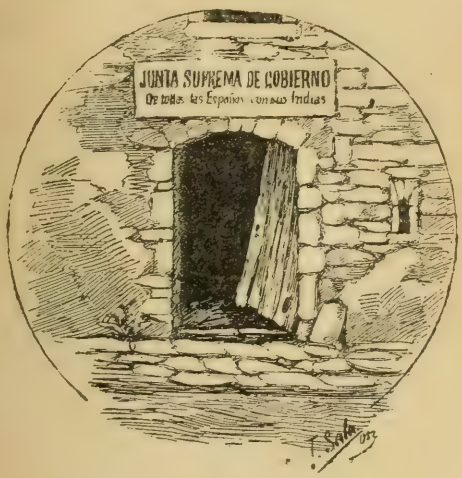
—¿Mi llegada? ¡Vea usted qué diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan más en cada uno.

En estos y otros propósitos entretenidos llegaron á una casa que tenia una gran muestra, donde en letras gordas decia:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO

De todas las Españas, con más sus Indias.

No quisiera entrar el labrador; pero hízole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalon en escalon en una



sala grande como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda: en torno yacian los señores de la junta sentados, pero mal sentados; sea dicho en honor de la verdad. Luces habia pocas y mortecinas. Un mal espejo les servia para dos fines; para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros: «Mírese su excelencia en ese espejo.» Porque es de advertir que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber: las buenas noches y la excelencia.

Portero no habia; verdad es que tampoco habia puertas, por

ser la casa de estas malas de lugar que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componian todo el ajuar.

No sé dónde he leido yo que en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reune para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando solo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la junta de Castelo-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvajes que forman el otro, están igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del pretendiente, don Matías Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual si no era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece excusado detenernos mucho en describirle, estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimia á su lado el ministro de Hacienda una mala banqueta, que gemia no tanto por el noble peso que sostenia, como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase por consiguiente su excelenci á cada momento: figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de su excelencia; pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradiccion, hacia de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo habia sido de Coria.

Veíase á otra parte de pié, y en actitud de huir á la primera órden, á un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba este al ministro de la Guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes más, en calidad de Consejeros supremos de la junta, hacian como que meditaban, por el buen parecer, en un rincon de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de su majestad imperial.

—Excelentísimos señores, exclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor: ya ha llegado el dia del triunfo de su majestad imperial, y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que en vista de esta novedad deliberemos.

—En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una junta.

—No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera junta de que tengo el honor de ser individuo.

—Se conoce, dijo el notario: y lo apuntó en el acta.—Hable, pues, si sabe y si tiene de qué el excelentísimo señor ministro de Hacienda.

—Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacia de ugier, dispiértele usted, pues parece que su excelencia duerme.

Llegóse el portugués á su excelencia, que efectivamente dor-

mia, y díjole en su lengua:—No haga caso su excelencia de que está en junta, que es llegado el momento de hablar.—Soñaba á la sazon su excelencia que se le venian encima todos los ejércitos de la reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

—¿Hablo yo? dijo; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

—Al órden, al órden, interrumpió el presidente: ¿qué es eso de mejoras?

—Soñaba que estábamos en España, contestó su excelencia turbado. Perdone la junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermision por otra parte no urge. Mi ministerio...

—Excelentísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

—¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegara á ver un peso duro...

—Todavía no; pero...

—¡Ah! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corro prisa; y volviéndose en la banqueta y hácia el portugués: Avíseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Albuquerque y Santaren, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió su excelencia á anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

—Yo hab... b... blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos que era tartamudo, yo hablaré, que he s... s... s. . ido por... pr.. p... pro... curador...

—Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oido del presidente, si ha de hablar el señor...

—Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero sentándose, p... p... por... porque no acabaríamos nunca.

—Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

¿Quién diablos se la ha de dar á vuestra excelencia, dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?

—Recuerdo á su excelencia, dijo el notario, que en el órden del Gobierno de su majestad imperial no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante: ó hablar de pronto, ó no hablar.

—Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos iremos á casa.

—Más estoy para obrar que para hablar, contestó su excelencia: pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso más adelante si no se conviene en presentar mañana á la firma de su majestad imperial un decreto... ¿Eh?

—Adelante.

—Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de su majestad imperial el señor Cárlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si su majestad no lo firma.

—Mal pudiera oponerse la junta á tanta generosidad.

—Propongo, pues, continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma.

«Yo, don Cárlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca, y del excelentísimo señor Cuadrado, emperador de, etc., etcétera. (Aquí los reinos todos.) Sin entrar en razones quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo: quedando todos los fondos á dis-

posicion del excelentísimo señor Cuadrado.—Yo el emperador.—Al ministro de la Guerra Cuadrado.»—Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya más, de obedecer las órdenes del Gobierno.

—Alto, dijo al llegar aquí el señor canónigo presidente, que yo traigo tambien mi decreto, y dice así el borron *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borron por más exquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco más ó ménos su tenor. ¡Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto, y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de Gracia y Justicia, dejando aparte la gracia y la justicia: decia así el borron:

«Artículo 1.° En atencion á la tranquilidad con que posee y gobierna su majestad imperial el señor don Cárlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán expontáneamente y se llenarán de síncera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto: debiendo durar el entusiasmo tres dias consecutivos sin intermision, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo ménos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2.° No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algun tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atencion á que solo sirven para deslumbrar las más veces á sus amados vasallos, y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algun dia casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3.° Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciese sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4.° Convencida la junta de que nada se saca de las escuelas sino ruido, y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Cárlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas: debiendo olvidar cada vecino en el término improrogable de tres dias, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, sopena de tenerlo que olvidar donde ménos le convenga.

Art. 5.° Siendo de algun modo necesario hacerse con vasallos para ser obedecido de alguien, la junta suprema perdona é indulta á todos los españoles que hubiesen obedecido á la reina gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó *in solidum*, como mejor la plazca.

Art. 6.° No siendo regular que el supremo Gobierno se exponga al menor percance, tanto más cuanto que hay en España, segun

parece, españoles que se hacen matar por su señor Cárlos V, sin meterse á averiguar si su majestad y sus atláteres pasan como ellos trabajos, y dan su cara al enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al Gobierno, á que se lo den todo hecho á costa de su sangre para agradecérselo despues como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, á coces; la Junta suprema y el Gobierno de su majestad imperial permanecerán en Castel-o-Branco; tanto más cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentacion de sus desinteresados individuos; y solo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Cárlos V, y bastonazos á los demás.»

¡Viva! ¡viva! exclamó al llegar aquí toda la junta, y es fama que dispertó entonces el ministro de Hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro á pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya habia caido él en la cuenta de que si todos aquellos señores habian de mandar, y no habia otro sino él por allí que obedeciese, era la partida más que desigual. Calculando, pues, que en un pueblo donde no habia más que la justicia y él, él habia de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la junta; la cual así pensaba en soltarle, como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para más altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo habia dispuesto de otro modo: no bien se habia leido el último reglon del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido.—Estos son tiros, exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los habia oido desde lejos. —¡Tiros! dijo el presidente, ¿á qué estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

—No corremos ese riesgo, entró gritando el portugués: sálvense vuestras excelencias, sálvense: aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteçáos.—Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os perdono, casteçáos; daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habian entrado á dar sus diez y nueve votos en la junta, y echándose cada uno un argumento á la cara: *¡Viva Isabel II!* dijeron. Hacíase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el excelentísimo señor ministro de Hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salia el tartamudo de la p... inicial de perdon, y hacian los demás un acto de atricion con más miedo del infierno que amor de Dios. El labriego solo era el que bendecia su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traia, dispuso á la junta en forma de trailla; la cual en la misma y más custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que habian levantado la sesion, se entró por los términos

de España, á las voces del portugués, que casi desde Castel-o Branco les gritaba todavía en mal castellano: «No tenhan miedo vuestras excelencias, aunque les aforquen los casteçáos; que yo, en acabando de pelear aquí por su majestad don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya; y ó me llevo allá al emperador Cárlos V, ó me traigo acá á Castilla.»

LAS CIRCUNSTANCIAS.

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias que, dice, le han traido á ménos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pendem litteræ* á mis lectores. Decia así la carta:

«Señor Fígaro.—Muy señor mio: A usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted por sus escritos hombre de esos que han vivido más de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracio en el mundo que se asemeje á la desgracia mia. Soy un verdadera juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso rio.

«Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro, pero hallábase aislado en el mundo: era naturalmente metido en sí, y solo un amigo tenia: antojósele á este amigo entrometerse en una conspiracion; confió á mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiracion y ambos tuvieron que huir. Vínose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió una linda gaditana prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiracion que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fígaro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debia haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeñito. Mi madre era mujer de rara penetracion y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo, y en darme toda la educacion que se podia dar entonces en España consumió

el poco caudal que le dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar á que querian destinarme, estudié leyes en la universidad; pero puedo asegurar á usted que á pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, despues de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el consejo de Castilla me hubiera recogido al fin de mis dias en su seno, donde

hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Habia un Napoleon en el mundo, y fué preciso que este quisiera ser emperador, y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

»Yo tenia sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgia más. ¿Qué remedio? Dejé como fray Gerundio los estudios y me metí á predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitan: sabe el cielo que

para ninguna de estas dos cosas servia. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente insconstante; ménos servia, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algun favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasion en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las cortes de Cádiz, recogiéndome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinacion de circunstancias, caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáranme las charreteras, envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no queria ir; allí hice la vida de presidario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastára para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenia la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entonces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel Gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fuí á reunirme con los de la fé; dijéronme allí que las circunstantancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

»No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino por fin la amnistía, señor Fígaro. ¡Eh! Gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento, mis luces son conocidas, soy útil... Pero ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos, las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara á hacerme visible para el poder, acaso lograria: sus intenciones son las mejores del mundo; más ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ugieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar!—Cien memoriales he dado, otras tantas espaldas he visto.—Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me

dicen los unos.—Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias.—Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

«Esta es, señor Fígaro, mi posicion: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ajeno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las cir-

cunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias.—De usted, señor Fígaro.—*Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias.*»

No puedo ménos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo si hemos de hablar vulgarmente en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio: si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir más de lo que se tiene; mentir más de lo que se sabe; calumniar al que no puede responder; abusar de la buena fe; es-

cribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres; mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, santo Dios, gritará un rígido moralista, ¡qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!!—Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazon humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó tomándolas como vienen sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son por consiguiente las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en séres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

REPRESENTACION

DE LA COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO TITULADA

UN TERCERO EN DISCORDIA,

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Una comedia nueva del aplaudido autor de *A Madrid me vuelvo* y de la *Marcela*, no podia ménos de llamar la pública expectacion, y aun de prevenirla favorablemente.

En esta composicion dramática como en la *Marcela*, se ha propuesto el poeta, no censurar un defecto ridículo determinado, no ridiculizar un vicio feo ó una pasion denigrante, no un objeto moral circunscripto y de general aplicacion. Un cuadro bien presentado, en que se reunen á formar el conjunto varios caractéres sacados de la sociedad, hábilmente colocados en contraste, parece haber sido la idea del autor.

En la *Marcela* es una mujer amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas á tres amantes igualmente indignos de su alto ca-

riño. En *Un tercero en discordia* es una jóven perseguida tambien por tres amadores; los caractéres nuevos que presenta esta composicion dramática son los de los dos amantes más importunos de Luciana. El uno es un jóven en demasía desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra, un hombre celoso: el segundo es un necio, por el contrario harto confiado en el amor de una mujer que no le ha dicho siquiera que le ama, pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra, un presuntuoso. *Un tercero en discordia* que ni es celoso, ni presuntuoso, sino un tipo de la perfeccion social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor nunca, que jamás confía en que es amado, que nunca exige nada, impasible, eterno, imágen del no movimiento y de la no accion; es el justo medio presentado en este carrusel amatorio. A los ojos de una mujer sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don Rodrigo el más perfecto ni el más amante; pero á los ojos de una muchacha bastante fria, como el autor nos la pinta, bien educada, y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe ser el amante preferido, el esposo. El padre de la niña es un buen hombre, que tiene más de tonto que de otra cosa, de estos que hablan con las manos, que escriben la conversacion, conforme la van haciendo, en el pecho de su interlocutor, que le desabotonan el chaleco, y le quitan el lazo de la corbata, etc. Una ama de gobierno vieja, de estas que hacen oficio de todo en las casas, regañona y entrometida en los intereses de la familia, es el quinto y último personaje de la comedia.

De esta construccion del plan se infiere que el contraste que presentan el celoso y el confiado ha de dar lugar á escenas cómicas: así es; rasgos hay felicísimos que revelan el poeta dramático. El confiado, traduciendo todos los desaires y desprecios por disimulo ó enojo amoroso, es sumamente cómico y lindamente imaginado: el celoso, por el contrario, tratando de luchar inútilmente á cada paso con su indómita pasion y exaltándose à la vista sola de un papel cualquiera, despues de haber jurado la enmienda, excita la risa de la buena comedia. Aquí notaremos la habilidad del poeta. El confiado no necesitaba ser correspondido; de esta manera era más ridículo, y así lo ha hecho el autor; el celoso, por el contrario, no podia desarrollar su carácter sin haber recibido pruebas muy grandes de amor: así que, el autor ha hecho que Luciana le correspondiese en un principio. Verdad es que de aquí nace un gravísimo inconveniente: á saber, que la misma Luciana que tutea al celoso en el primer acto y le corresponde indudablemente, se halla ya en el tercero, es decir, en horas, tan convencida y fastidiada de la importunidad de su amante, que se echa, sin verter una lágrima siquiera, en brazos del justo medio don Rodrigo. Diríamos que este pudiera ser el inconveniente de la rigorosa unidad de tiempo, y diríamos que una mujer, que se dice enamorada de un hombre, no le deja por celoso (porque este es acaso el carácter que ménos choca á la pasion), sino despues por lo ménos de haber sufrido mucho y de haber llorado más; diríamos que generalmente se observa que los amores más duraderos son aquellos

en que uno de los dos amantes es extraordinariamente zeloso, y añadiríamos que no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el acabarse mal. Pero el talento del autor ha previsto todas estas objeciones, y nos ha presentado desde luego una de esas muchachas que no sienten ni padecen: que entran en el mundo con un temperamento indiferente, y por consiguiente que se guían en su eleccion por su propia conveniencia, y nunca á ciegas: de esas que encuentra usted donde quiera, que empiezan á corresponder á un amante por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al volver de una esquina le dejan plantado con todo su amor, y toman otro: mujeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género, Luciana y Marcela son admirables, son dos modelos.

¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginacion poética le lleva á formarse á veces una sociedad ideal, donde solo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto: esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir, que tanto en la *Marcela* como en ésta, los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en *Marcela*; no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes lo que solo puede uno oir en particular; porque si una mujer tiene derecho á no corresponder á un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo solo porque la ama. En *Un tercero en discordia* es ménos verosímil, porque al fin, si una mujer es tan imprudente que despide en público á sus amantes, ¿qué pueden hacer éstos con una señora sino respetarla? Pero Luciana encarga á su elegido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros: don Rodrigo lo admite, aunque obligado, y los dos lo sufren. Esta última parte es la imposible, y en corazones bien puestos sólo de una manera puede desenlazarse. Por otra parte, el señor Breton insiste en colocar siempre á las mujeres en una posicion en que no están en el dia en nuestra sociedad: no son ya las reinas del torneo, como en los siglos medios: nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias: más; el hombre desama á la mujer, como la mujer al hombre, y en esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es deferente con las señoras; pero las señoras no están por eso exentas de guardar consideraciones al sexo fuerte: la sociabilidad es recíproca. Mucho sentiriamos que no fuese el autor de nuestra opinion.

Acabaremos este rápido juicio con una observacion. En nada brilla más el singular talento poético del señor Breton, que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de formar un plan sumamente sencillo; poca ó ninguna accion, poco ó ningun artificio. Esto es solo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar á un público á quien siempre cautivan el interés y la curiosidad.

El señor Breton desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva á puerto feliz entre la continua risa del auditorio, y de aplau-

so en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caractéres cómicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificacion. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto intencion, profundidad ó filosofía.

Alguna palabra exótica tildaríamos en *Un tercero en discordia*; pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reida, y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabien al señor Breton por este nuevo lauro adquirido, y nos le damos á nosotros mismos.

En los actores se ha notado un celo extraordinario; demasiado celo, si este puede ser demasiado alguna vez. El artificio del actor consiste en ocultar su celo y su esfuerzo, y dominar su habilidad hasta reducirla al punto de la verdad imitada. En el mundo no se observa nunca que cada uno quiera hablar, andar, reir y manotear para arrancar aplausos á los que van por la otra acera; todo esto se hace naturalmente, y el no haberlo hecho así es el defecto general que en toda la comedia hemos notado. ¿Podriamos decirle al actor encargado del papel del padre, sin que se ofendiese, que cuando uno de esos hombres significativos en su accion desabrocha á otro y le escribe en la ropa, lo hace por un efecto de distraccion, y por consiguiente lo hace como quien no hace nada, no se rie de su misma manía, no escribe en lo interior de la camisa, metiéndole todo el brazo en el cuerpo, sino solo en la solapa; no mira las prendas que aja, sino á los ojos de su interlocutor, porque si las mirára, las veria, le chocarian á él mismo y se avergonzaria? ¿A su interlocutor don Rodrigo le podriamos decir que cuando un fracaso de esos sucede, no se hacen extremos, sino que solo en la cara se da á entender, lo ménos que se puede, la mortificacion? ¿Llevará á mal que le advirtamos que en la sociedad nunca se vuelve uno al público á decirle lo que piensa, porque en la sociedad no hay público; y que en la comedia, que es un remedo de las costumbres, no se debe declamar como en un melodrama lleno de exclamaciones y asombros: sino hablar naturalmente?

Al celoso le diriamos que el deseo de marcar su papel le ha hecho confundir alguna vez los arrebatos de un amante desconfiado con el furor de un marido celoso: un amante, sobre todo en los principios, aunque tenga muchos celos, modera algo más que un marido su genio, porque puede perder la posesion que no ha logrado aun, y que este tiene ya asegurada. No se produce con dominio, sino con reconcentracion; reconviene, vilipendia, injuria, si es preciso, pero nunca habla con los puños cerrados: las transiciones sobre todo del furor al cariño son más marcadas. Nada más tierno y sumiso que un amante celoso en sus lúcidos intervalos.

Hemos dicho ya que los actores no deben acordarse de que existe público: por tanto nos ha chocado extraordinariamente que la actriz, ama de gobierno, haya hecho cortesías al público al recibir aplausos. Buena es la política, pero á su tiempo.

Hemos, notado en general, que gritan demasiado algunos actores, sobre todo cuando creen que lo que dicen debe llamar la aten-

cion. En otra ocasion hemos dicho ya que el querer dar valor á las frases suele quitárselo: en realidad es suponer que el público es sordo ó muy torpe: ambas cosas son desagradables. Dolorosísimo nos es de haber de encontrar defectos; todo lo más que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro, y apoyándola siempre en razones; pero si la obligacion del actor es representar bien, la del crítico es juzgar bien é imparcialmente. En compensacion diremos con placer que hemos visto á la par aciertos, y que, segregados los defectillos que hemos notado, esta comedia se ha representado mejor que otras; el barba, sobre todo, ha dado el color verdadero á su carácter, si se le perdona la exageracion; y los lunares de los demás actores no merecen que alarguemos este artículo con nuevas observaciones.

REPRESENTACION

DE

LA MOGIGATA,

COMEDIA

DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Nada más temible en las conmociones políticas que las reacciones: ellas hacen desandar á los partidos por lo comun mucho más camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que ménos se ha resentido en nuestro país y en varias épocas recientes de esta lastimosa verdad. Un nombre solo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, recelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases más indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. Hé aquí la razon por qué se ha escrito con más libertad é independencia en épocas ciertamente mucho más atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores qne han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamás la luz pública si hubieran debido sujetarse por primera vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y decimos débil, porque sabido es que tanto más tiránico es un partido, cuanto ménos fuerza moral, cuantos ménos recursos físicos tiene de qué disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las ajenas conciencias, y teme la palabra. Solo un Gobierno fuerte y apoyado en la pública opinion puede arrostrar la

verdad, y aun buscarla: inseparable compañero de ella, no teme la expresion de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

El teatro es acaso el ramo que más se ha resentido de estas funestas verdades: por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la más pura moral, entre ellas *La Mogigata*. Al verla representar de nuevo en el dia, no sabemos si sea más de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador que la ofrece de nuevo á la pública expectacion, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caida. ¿Tan hipócrita es el partido que tiene por enseña el fanatismo, que se creyó atacado en *La Mogigata?* ¡Tanto le ofende la fiel representacion de los extravíos humanos! ¡tan ligada se halla con ellos su existencia!

La Mogigata era conocida y sabida ya de memoria de todo el mundo: por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, eslo tambien para nosotros que ha debido á su larga prohibicion la mayor parte de la importancia que en esta ocasion se le ha dado: esto es tanto más cierto, cuanto que estamos acostumbrados á ver sin entrada otras composiciones del mismo Moratin escapadas de la comun prohibicion. Para hablar literalmente de *La Mogigata*, necesitaríamos estar más seguros de nuestras propias fuerzas: seríanos indispensable además dedicar á su exámen un artículo más extenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitaríamos acumular para contrarestar la opinion pública tan exclusiva cuando llega á cobijar bajo su proteccion un nombre, una vez proclamado célebre? El mérito de Moratin, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasion en la ampliacion de sus bellezas; y con respecto á sus defectos, sólo diremos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de ésta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratin en parangon con los que despues de él han escrito comedias del mismo género en nuestro país Agréguese á esto una consideracion: en todos los países el primero que se ha elevado, el primer reformador ha llevado y ha debido llevar la mejor parte de reputacion, porque es preciso proceder siempre por comparacion; apenas hay en el mundo otra manera de raciocinar.

Por lo que hace á comparar á Moratin con Molière, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es que se diga que Moratin es el Molière español: esto sin embargo, creemos, segun nuestras cortas luces, que *La Mogigata* no podrá sostener nunca la comparacion al lado del *Hipócrita* de Molière, que es la comedia de este con quien tiene más relacion; si exceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en *La Mogigata*, porque pocas veces

anduvo feliz Molière en desenlaces. El mérito principal de Moratin parécenos estribar más en la pintura local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazon humano; sín que por esto queramos decir que fuese ignorante de él Moratin: la gracia de Molière es más candorosamente cómica, y se trasluce ménos al poeta; presenta las situaciones solas, y esto basta en él para hacer reir. Moratin ayuda á la situacion con una sátira más decidida: no se contenta con exponer el cuadro ridículo sencillamente á la vista del espectador: echa además en la balanza para inclinarla á su favor el peso de su propia opinion; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos, y para decir que, por las expuestas razones, Molière es más universal que Moratin; éste es más local; su fama por consiguiente más perecedera é insegura.

REPRESENTACION

DE

EL SI DE LAS NIÑAS,

COMEDIA

DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

En el dia podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educacion que no podian ménos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religion mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habian llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del Gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitian discurrir ni sentir á sus hijos. La educacion escolástica de la universidad era la única que recibian los hombres: y si una niña salia del convento á los veinte años para dar su mano á aquel que le designaba el interés paternal, se decia que estaba bien criada; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razon de estado; si abrigaba un corazon franco y sensible, si por desgracia habia osado ver más allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella, y

habia de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo ménos. Moratin quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podia ménos de inspirarle una gran composicion. De estas breves reflexiones se puede inferir que *El Sí de las Niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada como *El Avaro* ó *El Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y países un espejo en que vea y reconozca su extravío ó su ridícula pasion; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratin y la que más títulos le granjea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada más ingenioso y acertado que valerse para convencer al tio de la contraposicion de su mismo sobrino. Así no fuera este teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumision de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga más chocante esta observacion en nuestros dias, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que solo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposicion, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasion de hacer una observacion esencial. Moratin ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores solo habian querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratin, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratin escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo; pero parece dar otra importancia para sus espectadores más delicados á las situaciones de sus héroes. Convence por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazon, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca del precipicio á su protagonista como en *El Sí de las Niñas* y en el *Baron;* ó en hundirle en él cruelmente, como en *El Viejo y la Niña*, y en *El Café*. Un escritor romántico creeria encontrar en esta manera de escribir alguna relacion con Víctor Hugo y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia. En nuestro entender este es el punto más alto á que puede llegar el maestro; en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin

otra en el hombre; y nada es por consiguiente más desgarrador ni de más efecto que hacernos regar con llanto la misma impresion del placer. Esto es juzgar con el corazon del espectador; es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. *El Sí de las Niñas* ha sido oido con aplauso, con indecible entusiasmo, y no sólo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado tambien, y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratin, que habian querido secar y marchitar la ignorancia y la opresion. ¿Es posible que se haya creido necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignacion del público ha recaido sobre ellos, y tanto en *La Mogigata* como en *El Sí de las Niñas*, los espectadores han restablecido el texto por lo bajo: felizmente la memoria no se puede prohibir.

LOS TRES NO SON MAS QUE DOS,

Y EL QUE NO ES NADA VALE POR TRES.

MASCARADA POLÍTICA.

Mil veces les habrá sucedido á mis lectores, y aun á los que no me leen, oir una campana y quedarles una prolongada vibracion en los oidos despues de haber sonado; les habrá sucedido tambien viajando, durarles gran rato, despues de apeados ya del carruaje, la sensacion del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. Hé aquí precisamente lo que á mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aun caretas las caras, y disfraces los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas, y, acostumbrado á tanta cosa vieja y á tanta broma, se me figura aun que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensacion, y será preciso creer á todo el mundo; pero mientras pasa ó no pasa, mientras creo ó no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora á ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oidos, con tal prevencion en la vista, salia yo la última noche del pasado carnaval de Abrantes, donde habia codeado á la aristocracia, y del teatro, donde me habia codeado á mí la democracia. Llena la cabeza con estas dos ideas, que no podia amalgamar nunca, y que así se separaban al tocarse como se separan dos bolas de billar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salon adornado por el órden antico-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y ventanas; el

mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, á lo que entonces me pareció. La ménos numerosa era compuesta toda de viejos ¡rara aprension! pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iba derramando su dinero con tanto sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero á cada moneda que daban ¡cosa rara! perdian carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hácia atrás, mas como quien huye que como quien anda; para lo cual traian la cabeza y los piés vueltos del revés, que hacian rara figura. Andaban desbandados á causa de hallarse su jefe á diligencias propias; pero en cambio presumian serlo todos. Seguia á esta comparsa una porcion de pobres, rotos y mal parados, con una venda en los ojos como pintan á la fé, creyendo á piés juntillas cuanto aquellos les decian, y tomando varios dijes de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los magnates de la comparsa un palo, y unos respondian *¡viva!* y otros respondian *¡gracias!* Raros trajes se veian entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo, tal cual estrella en la frente, látigo en la mano, calzon, peluquin y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversacion poca; chispa ninguna.

La segunda traia jefe, ó por mejor decir representante; gente nueva, y la más barbilampiña; flaca aun como muchacho que está creciendo: conocíase á la legua que no habian tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrian: todo eran piernas. Bailaban todos á una, y hacian los mismos pasos: encogíanse los altos, empinábanse los bajos: todo su prurito era andar iguales: al menor desnivel habia gira y algazara Pedian la palabra, y tomaban lo demás. Venian vestidos de telas de institucion, color de garantía: el disfraz era lo mejor que traian; si bien á muchos se los traslucian por debajo juboncillos de ambicion con tal cual cenefilla de empleo, y se conocia que no estaban hechos á usarlos, porque á los más les venian anchos. Estos no repartian dinero, sino periódicos; dábanles con audacia y á venga lo que venga: si alguno se perdia ó se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenia el molde en casa. Por el contrario de los otros, á cada periódico que daban ganaban carnes y razon. Las caretas eran discursos históricos de sucesion. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podia; pero el salon estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendian más de prisa que se apagaban. Seguia á estos una turba desigual hambrienta de felicidad: verdad es que nunca la habian catado. Unos eran gordos; otros flacos: unos tenian tres piernas, otros una: uno tres ojos, otro medio; quién era gigante, quién lilipuciano. *Se os igualará*, les iban diciendo los magnates, *nada más fácil,* y lo creian sin mirarse despacio unos á otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Estos creian en la felicidad de este mundo: los primeros en la del otro. Su conversacion buena, su chispa mucha y mayor el ruido que metian. Color general, negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba á cierta distancia del que parecia su jefe. Era el color de éste un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecia siempre un color diferente, pero en llegando á él no se le podia llamar color. Este y los suyos no andaban, aunque lo parecia, porque marcaban el paso: conociendo que no habia para qué, unos no traian piés, y otros los traian de plomo. De medio cuerpo arriba venia vestido á la antigua española, de medio cuerpo abajo á la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su traje propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sútil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traia careta, sino que enseñaba una cara de risa que á todos queria dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene por qué moverse, miedosa que teme perniquebrarse á cada paso, escarmentada ya y paralítica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida á todo, ó despreocupada, que se rie de los hombres y sus partidos. Estos no decian nada; ni aplaudian, ni censuraban; traian caretas de yeso, miraban á una comparsa, miraban á otra, y ora temblaban, y ora reian, En realidad no hacian cuenta con su jefe, éste era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecian tres las comparsas y no eran más que dos. Cuando yo entré en el baile acababan de separarse; hasta entonces habian bailado mezclados, porque hasta entonces no habia faltado bastonero que los habia hecho bailar á todos á un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron á mí varios de la primera comparsa.—¡Ah, Fígaro maldito! aquí está. «*¡Nadie pase sin hablar al portero!*» «*¡La «planta nueva!*» ¿Sabes que nos has hecho más daño que un cañon?—Mala entrada es esta, dije yo para mí.—Mira, prosiguieron, tú debes ser tonto. ¿Qué provecho has sacado de tus artículos?—El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra.—Eso por un lado y por otro el que te ahorquemos, si... ¡desigual es el partido!—Ya me pondré á distancia respetable.—Vente con nosotros.—Gracias.—Te irá mejor; no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda.—Soy casado.—Te daremos un empleo en correos y podrás interceptar las cartas.—No soy curioso.—Andarás por esas breñas.—No soy peregrino.—Dormirás al sereno.—Más quiero dormir sereno.—Tendrás inquisicion y rey absoluto.—Lo agradezco, pero es tarde.—¡Matarle! ¡Matarle!

—¡Ea, dejad á Fígaro! dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos; este es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad, Fígaro?—¡De corazon!—¡Bravo! Tú tambien eres igual.—Y si no soy igual me es igual todo.—¡Ya! Por eso te descuidas, y haces á veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimiento: no teniendo respeto á nadie, fácil es hacer reir...—No hay para qué hablar más, que ya me habeis conocido, dije yo apresurándome á interrumpir á los mios, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba, en un rincon de la sala andábanse embromando los principales personajes de las dos comparsas. Estas bromas pararán en veras, dije yo para mí, y acerquéme á oir. —Andad, decian unos, hipócritas; á nosotros no nos embromareis, porque os conocemos; ahora andais con careta del pretendiente, pero es mentira: vosotros existíais antes que él. Vosotros triunfásteis malamente en Villalar en nombre de otro Cárlos V: desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra audacia: vosotros fuísteis los que el año 14 engañásteis á un rey y perdísteis á un pueblo; vosotros los que el año 23...—¡Silencio! respondieron los otros; ¿qué nos echais en cara? Echaos la culpa á vosotros mismos, que dos veces fuísteis los amos, y dos veces... —Sí, pero no tengais cuidado; á la tercera... —Veremos.—Sí; vosotros lo que quereis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taparle la boca para beber su sangre que os engorda: el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoismo... esas son vuestras virtudes... ese es el Cárlos V que proclamais; y lo demás es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de ley de Felipe V, que ya os hemos conocido.—¡Miren! contestaban los ofendidos, ¿y qué quereis vosotros? ¿Quereis hacer felices á los pueblos? Broma y más broma. Igualdad, para tener todos derecho á todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos haceis oficio de leer y escribir, y pensais que hablando... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y...—Y bien, y bien; ¿y hay nada más justo? Nosotros haremos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin querer hacerlo...—¡Careta! ¡pretexto!—Pretexto, sí; pero más noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesion directa...—¡Fuera, fuera la careta! ¡Tambien os conocemos!—¡Holgazanes!—¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y ¡oh! ¡qué noche de horror y de confusion!—¡A ellos, á ellos! gritaron unos y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y jóven, vino á estrellarse sobre un grupo de peluquines; seis cayeron del golpe. Diez y nueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron á una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos: volaban *Estrellas* por todas partes, pero daban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban, y caian desvaneciéndose como los fuegos fatuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortacion carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cínifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas*, enemigo herido de ellos, enemigo dormido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas* y *Auroras*, armas prohibidas porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diria el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tan sangrienta lucha, si el jefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su caduceo, y cedieron los combatientes

al arma más pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel á quién le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Mísero el que sintió sobre sí la cámara de los diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Roncaban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada, y ¡oh prodigio! como el maná, súpole á cada uno el manjar más de su gusto; á nadie empero levantó chichon ni cardenal.

—¡Hola! ¿quién es este? ¿Es vuestro? preguntaron los jóvenes á sus contrarios.—¿Qué ha de ser nuestro? ¡ay míseros! contestaron los vencidos.—¡Ah! ¡ya! repusieron los primeros. ¿Quién diablos te habia de conocer? Vaya, pase, pase por nuestro; mira, júzganos.

—¿Yo juzgar? dijo el mediador. No lo permita el cielo. Si fuera conciliar..;

—Mira que si no quieres ser nuestro juez, serás su reo. ¡Esos hipócritas!...

—¡Oh! no hipócritas precisamente, no... seductores... dijo el mediador.

—¡Revolucionario! gritaron los viejos.

—Revolucionarios, precisamente... no... fautores de asonadas... interrumpió el justo medio.

—¡Fanáticos! gritaron los jóvenes.

—No, fanáticos, no... ilusos, incautos...

—¡Ignorantes!

—¡Incrédulos!

—Señores, todos tienen ustedes razon; la union, la cultura, un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

—¡Nosotros queremos todo nuevo!

—No, nuevo no, dijo el justo medio.

—¡Nosotros todo viejo!

—No, viejo no, repuso el atornasolado.

—¡Nosotros lo negro!

—¡Nosotros lo blanco!

—Todo, bien, todo; si se puede todo: está entendido; daremos un blanco que tire á negro, y un negro que tire á blanco.

—¿Con que sí?

—No digo que sí, precisamente;... más...

—¿Con que no?

—No digo que no, precisamente;... pero...

—Eso, eso es ponerse en la razon, dijo á este punto levantándose pausadamente la mayoría hasta entonces inmóvil: nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido, pero somos las más Venga cualquiera cosa. Llámenlo como quieran, y vamos viviendo. De cualquier modo hemos vivido hasta ahora, de cualquier modo moriremos.

—La verdadera diversion, señores, si me atrevo á llamarlo así, dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido color, es tomar, permítase la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo segun el humor de los

que han de divertirse. Y á propósito de esto diré para convencer á ustedes lo siguiente: «Las necesidades y las reformas, las instituciones y garantías, así como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimidad, los malévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógados y las masas progresivas....»—Otras cosas podria decir;... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mio, mia la experiencia, el tacto mio, y la nacion mia, porque no es de nadie, porque es pasiva: al que se oponga á mi justa conciliacion, añadió riéndose con la más amable y cariñosa sonrisa, al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor no de entusiasmo pasajero sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oir, aplaudió sordamente la alocucion ambilátera, que, traducida al lenguaje inteligible, queria decir á unos: *Ya es tarde;* y á otros: *Es temprano todavía.*

Restablecida la paz y el silencio, desapareció á mis ojos el baile y ambos partidos con él: halléme en medio de Madrid repitiendo para mí: *Los tres no son más que dos*, y *El que no es nada vale por tres.*

EL SIGLO EN BLANCO (1).

No sé qué profeta ha dicho que el gran talento no consiste precisamente en saber lo que se ha de decir, sino en saber lo que se ha de callar: porque en esto de profetas no soy muy fuerte, segun la expresion de aquel que miraba detenidamente al Neptuno de la fuente del Prado, y añadia de buena fe enseñándosele á un amigo suyo: Aquí tiene usted á Jonás conforme salió del vientre de la ballena.—¿Hombre, á Jonás? le replicó el amigo, si este es Neptuno...—O Neptuno, como usted quiera, replicó el *cicerone*, que en esto de profetas no soy muy fuerte.—El hecho es que la cosa se ha dicho, y haya sido padre de la Iglesia, filósofo ó dios del paganismo, no es ménos cierta ni verosímil, ni más digna tampoco de ser averiguada en tiempos en que dice cada cual sus cosas y las ajenas cómo y cuando puede.

Platon, que era hombre que sabia donde le apretaba el zapato,

(1) Antes de ayer apareció en esta corte el número 14 del periódico *El Siglo* con varios artículos en blanco, cuyos epígrafes eran: *De la amnistía; Política interior; carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo; sobre Cortes, y cancion á la muerte de don Joaquin de Pablo Chapalangarra.* Posteriormente hemos sabido que se ha suprimido la publicacion de este periódico.

si bien no los gastaba, y que sabia asimismo cuánto tenia adelantado para hablar el que no ha hablado nada todavía, habia adoptado por sistema enseñar á sus discípulos á callar antes de pasar á enseñarles materias más hondas, y en esa enseñanza invertia cinco años, lo cual prueba evidentemente dos cosas: primera, que Platon estaba, como nuestras universidades, por los estudios largos: segunda, que no es cosa tan fácil como parece enseñar á callar al hombre; el cual nació para hablar segun han creido erróneamente algunos autores mal informados, dejándose deslumbrar sin duda por las apariencias de verosimilitud que le da á esta opinion el don de la palabra, que nos diferencia tan funestamente de los más séres que crió de suyo callados y taciturnos la sabia naturaleza.

De cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuánto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platon que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta 33 inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedia precisamente lo mismo que en la cátedra de Platon, á saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar á callar á los demás, y perdónenos el filósofo griego la comparacion. Esto con respecto á dar una idea de lo mucho que se puede callar en cinco ó en diez años; ahora bien, con respecto á lo que se puede callar en un solo dia, basta para formar una idea leer, si es posible, *El Siglo*, periódico que no se ofenderá si aseguramos de él que trae cosas que no están escritas; periódico enteramente platónico, pero que no puede haber sacado tanto provecho como honra de su cien cia en el callar.

Confesemos sin embargo que lo que hay que leer es un artículo que no está escrito. Leer palabras y más palabras lo hace cualquiera, y toda la dificultad, si puede cifrarse en alguna cosa, se cifra evidentemente en leer un papel blanco.

Un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones más favorables: un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos: es cera blanda, á la cual puede darse á voluntad la forma más adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es además picante, porque excita la curiosidad hasta un punto difícil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como este de ilusion y fantasmagoría, donde no se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas una vez tocadas y poseidas pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginacion las embellecía, y exclama el hombre desengañado: *¿Esto es lo que anhelaba?* Este sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiéramos citar en el dia algun sectario famoso, es evidente y por él nunca podrá entrar en competencia con un artículo en blanco un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea más que haciendo deducciones del color.

De esta facilidad con que puede leerse un artículo en blanco se deduce un principio que desgraciadamente ha sido fin para *El Siglo;* á saber, que se pueden comparar con las cosas escritas en

tinta simpática y con esas pantallas elegantes que toman más ó ménos color segun se acercan más ó ménos á la lumbre; leidos en un gabinete ministerial naturalmente resguardado de toda intemperie, y en que suele estar alto el termómetro, toman un calorcito subido que ofende la vista; y leidos al aire libre se revisten de una tinta suave que da gozo á la multitud. Pero siempre hacen fortuna, porque en el primer caso, y cuando dan con un lector amigo del silencio, suelen dar por el gusto al periodista, y en tal caso se da un privilegio exclusivo al autor de un artículo en blanco, para que puedan tambien quedar en blanco los números sucesivos.

Bien conocerá el lector, aun sin haber leido *El Siglo*, como probablemente no lo habrá leido por aficionado que sea á leer, que no es mi intencion defender ni acriminar los artículos en blanco, ni mucho ménos á los Gobiernos, que temo á Dios gracias.

Es únicamente mi objeto apuntar unas cuantas ideas acerca de la teoría de los artículos en blanco, género nuevo en nuestro pais, y para el cual debió decir Malherbe aquellos versos:

Et rose elle a vécu ce qui vivent les roses,
L' espace d' un matin.

Quod scripsi scripsi, dijo un antiguo y famoso magistrado. Hé aquí otra de las ventajas de un artículo en blanco; y si hay quién culpe todavía de poco carácter á la *Revista*, desafiamos por esta vez al *Siglo* á que tenga más que nosotros. No dirá por esta vez *quod srcipsi scripsi*. En tiempo en que es tan de primera necesidad no contradecirse nunca, hé aquí otra ventaja de los escritores en blanco. Ni se crea que es fácil tampoco sobresalir en este género: yo confieso en verdad que si es cierto aquello de que *principio quieren las cosas*, al ponerme á escribir un articulo en blanco, no sabria por dónde empezar, y en cuanto á lo de prohibirlos, confieso que me habia de ver más apurado todavía.

El Siglo es más grande que los hombres; hé equí una verdad que ha echado por tierra el tiempo. Nosotros, en realidad, al condolernos sinceramente de la suerte de nuestro colega, inferimos: ó que es el siglo mas chico de lo que habíamos pensado, ó que no es este siglo que alcanzamos el que habíamos menester.

Inferimos que no está bastante ilustrado el país para leer artículos en blanco, y que es más acertado meter las cosas con cuchara, como lo entiende el *Boletin*: adoptamos el agüero que nos ofrece nuestro silencioso cofrade. A catorce *Siglos* nos ha dejado este periódico; es decir, en la edad media; confesemos francamente que no podemos pasar de aquí, y quedémonos en blanco enhorabuena. Muchos son efectivamente los puntos que ha dejado en blanco nuestro buen *Siglo* en punto á amnistía, en punto á política interior, en punto á honor y patriotismo de no sé qué hazaña, y en punto, en fin, á Cortes; pero más creemos que hubieran sido aun los puntos en blanco, si conforme era el 14 el siglo, hubiera sido el 19. Y por último, deducimos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza á nuestro buen *Siglo*, á pesar de toda su ilustracion

y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres y que en tiempos como estos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho ménos callar.

VENTAJAS

DE LAS COSAS Á MEDIO HACER.

Suele decirse que nadie tiene más edad que la que representa, y esta es una de las muchas mentiras que corren acreditadas y recibidas en el mundo con cierto agradable barniz de verdad, y que entran en el círculo de todo aquello que sin ser *vero*, es sin embargo *ben trovato*. Si una mentira pudiese probar algo, esta probaria una verdad, á saber, que no hay nada positivo, que no hay nada tal cual es, sino tal cual parece. Por el mismo estilo podria decirse que ciertos pueblos no envejecen, porque para envejecer es preciso vivir. Hé aqui la razon porqué siempre que yo me paro á mirar con reflexion nuestra España (que Dios guarde de sí misma sobre todo) suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: «¡Hombre, por usted no pasan dias!» Por nuestra patria efectivamente no pasan dias; bien es verdad que por ella no pasa nada: ella es por el contrario la que suele pasar por todo. Así es que despues de sus años mil, vésela de temporada en temporada aparecer jóven y rozagante, como quien empieza á vivir de nuevo. Si la hubiésemos de comparar con algo, la compararíamos con esas viejas verdes que unos dias se tiñen las canas y otros no; ó con esos séres que pasan el invierno entre dos piedras en una aparente muerte, y que necesitan todo el sol del mes de Julio para empezar á rebullirse; ó con la comparsa del célebre Robinson, silbado años pasados en esta corte, que andaba dos pasos adelante y uno atrás; ó con la casta Penélope, que deshacia de noche la tela que tramaba por el dia; ó con los gatos en fin, de los cuales se dice que tienen mil vidas, si bien con una notable diferencia: éstos siempre caen de pié, y de la España no nos atreveríamos á decir claramente cómo cae siempre. En una palabra, se la puede comparar con todo y exactamente con nada.

No es esto que queramos hablar mal de España: mala ocasion escogeríamos, sobre todo cuando está casualmente en el dia en que se tiñe las canas, en que se despereza y rebulle, en que da el paso adelante, en que teje la tela, y en que se levanta renqueando de la última caida. Dios nos libre de semejante intencion como de un manifiesto; nuestro objeto es retratarla, y aun hacerla favor si cabe. Es el mal que se escapa á la observacion como el agua á

la presion: piensa usted cogerlo por un lado, deslízase por otro; como esos calidescopios fantasmasgóricos que á cada movimiento presentan una figura distinta á la vista divertida; así nuestra patria ofrece unas veces encima unos colores y otras veces otros.

El año 8, segun decia su Gobierno, no podia ser feliz sino bajo la ilustrada dominacion del dispensador supremo de la dicha de los pueblos. Poco despues, toda su bienandanza debia consistir en manejarse por sí sola, rechazando la citada ilustrada dominacion. El año 14 era indudable que solo su legítimo rey y su legítima libertad la podian conducir á la dicha estable y duradera. A mitades del mismo año pendia su salvacion de su legítimo rey, pero sin auxilio ya de la tal libertad, ni maldita la ayuda de vecino. Hecha ya la casa abajo los andamios. Hasta el año 19 inclusive, el órden y la paz, la gloria y la ventura solo podian apoyarse en la santa inquisicion. El año 20 ya se averiguó que aquella dicha de que habia gozado por tan santo medio no era la verdadera; la verdadera era la que iba á tener, fundada en la igualdad y en la libertad: entonces se supo á ciencia cierta que iba á ser venturosa. El año 23, sin embargo se vió felizmente restituida á la felicidad verdadera; entonces sólo podia esperarla de aquellos mismos franceses, los únicos que el año de 8 podian hacerla feliz, y que el año 9 solo podian hacerla desgraciada. En aquel año 23 recibió, pues, su verdadera dicha del absolutismo, único Gobierno capaz de llevar á un pueblo á su esplendor con mano fuerte: entonces abrió los ojos por cuarta vez, y vió palpablemente cómo habia de ser feliz. Y por fin, el año 34, abre los ojos por quinta vez, y se convence de una manera irrecusable, como siempre, de que su felicidad sólo puede depender de la representacion nacional, y de que un gobierno absoluto no es la piedra filosofal. Escarmentada como siempre de sus pasados errores, ya no volverá á caer en el lazo que le tienden los malévolos y los ilusos, todos esos bribonazos que andan siempre engañando y extraviando pueblos; en el año 34 se convence definitivamente de que la verdadera felicidad es la de ahora; todas las demás han sido felicidades de poco momento. Confesemos que esta su conviccion de ahora es la más fuerte, aunque no sea más que por haber estado ya otras veces convencida de lo mismo.

Hay quien cree que la felicidad es una de las muchas mentiras *ben trovatas*, como llevamos dicho, para nuestro consuelo: ya nos guardaremos nosotros de creer esto: y si en ninguna parte la vemos más que escrita, no será sin duda porque no exista, sino porque no se ha sabido dar con ella hasta el presente. Siempre resulta de lo dicho que por España no pasan dias: nuestra patria siempre la misma: siempre jugando á la gallina ciega con su felicidad: empeñada en atraparla, por el estilo de aquel loco, maniático por atraparse con la mano izquierda el dedo pulgar de la misma mano que tenia cogido con la derecha; y siempre más convencido la última vez que todas las anteriores.

Intrincado y oscuro laberinto le pareceria á cualquiera nuestra felicidad. Habrá quien diga que de no haber hecho nunca las cosas

claras y terminantes le viene el mal de haberse de contradecir... Pero réstanos saber si es un mal el contradecirse; esto no está averiguado: decir siempre la verdad nos obligaria á decir siempre una misma cosa; esto sobre ser una pesadez insufrible nos conduciria á decirlo todo de una vez. ¿Y despues? No diriamos nada. Figúrese el lector què vacío en una larga existencia. Decimos por el contrario una cosa hoy y otra mañana. ¡Figúrese el lector què variedad! Hay tela cortada para toda la vida. Igual consecuencia sacamos respecto á hacer las cosas claras y terminantes. Nosotros estamos por las cosas oscuras: hablamos seriamente. En primer lugar nadie nos negará una inmensa ventaja que sobre las cosas claras llevan las oscuras, á saber, que éstas se pueden aclarar. Hágalo usted todo de una vez; el dia 1.º del año por ejemplo. ¿Y los 364 restantes qué hace usted? Holgar. Dios nos libre: la ociosidad es madre de todos los vicios. Si este es de todos los males el peor, vale más hacer mal y deshacer bien, que no hacer nada.

Para concluir. figurémonos por un momento que lo que vamos á hacer el año 34. porque yo creo que vamos á hacer algo, lo hubiéramos hecho de primeras el año 9, ó el 12, ó el 20. ¿Qué haríamos el 34? ¿Ser felices? ¡Brava ocupacion! Hubiéramos vivido de entónces acá, hubiéramos envejecido en esta felicidad que vamos á atrapar precisamente ahora; en una palabra, hubieran pasado los dias y las cosas por nosotros, en vez de pasar nosotros por los dias y las cosas, y no estariamos, como estamos, en los principios. ¡Espantosa perspectiva! Mas sabios, por el contrario, nosotros dejamos siempre algo que hacer, algo oscuro que aclarar para mañana. ¡Ay de aquel dia en que no haya nada que hacer, en que no haya nada que aclarar!

HERNAN PEREZ DEL PULGAR, EL DE LAS HAZAÑAS.

BOSQUEJO HISTORICO

POR

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Entre los muchos y graves compromisos que rodean por todas partes al periodista, y al lado del riesgo de escribir, sin querer, lo que no piensa, ó de no pensar bastantemente lo que escribe; á la par del percance de ir mal expresadas, ó de ser mal entendidas é interpretadas sus frases, de ser responsable de lo que otros escriben, y de verse esclavo de la libertad de sus conciudadanos, que él mismo acaso fundára y constituyera, pudiera campear como grande entre los mayores el compromiso de haber de criticar im-

parcial y concienzudamente la obra literaria de un ministro. No porque no pueda un ministro escribir una obra buena, sino precisamente por lo mismo que puede escribirla; el elogio que dirigido á un particular aparece imparcial y generoso en la boca del crítico, encaminado á una excelencia toma para con la opinion pública casi siempre el sabor de lisonja y adulacion, por justo y merecido que en el fondo sea. Es preciso, pues, que el periodista tenga la grandeza de ánimo suficiente para arrostrar la tacha de adulador, cuando quiere su mala suerte que se reunan en un hombre solo el poder y el mérito. Esto felizmente no sucede todos los dias. Andarse desenterrando por otra parte defectos, ó muy leves ó imaginados, solo para granjearse opinion de fuerte y de arriscado, seria una pequeñez indigna de quien abrigase un corazon noble y generoso. Puestos nosotros en tan duro trance, tomamos el único partido que parece señalarnos nuestro carácter independiente; y nos limitamos á asegurar con franqueza que si pudiera pesarnos alguna vez de que el señor don Francisco Martínez de la Rosa ocupase el alto puesto en que le han colocado las esperanzas de los españoles, seria en esta ocasion en que quisiéramos tributar nuestra alabanza y respeto al hombre de letras con toda independencia del hombre de estado.

Tiempo hacia ya que esperábamos algun fruto de la pluma del señor Martínez de la Rosa los que de esperar vivimos, y los que ya hemos tomado sabor á los partos de su buen ingenio. La obra que publica en el dia no es acaso la más importante que de él podiamos esperar; es un simple bosquejo histórico de la vida de Hernan Perez del Pulgar, uno de los héroes con que se honra España, segun la misma expresion del autor; es empero en su género un apreciabilísimo trabajo. Gran servicio hace á su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrece como modelos á la generacion presente y á las venideras. Don Francisco Martinez de la Rosa, tan justamente aficionado á las cosas de Granada, no podia ménos de investigar con diligencia los hechos de Pulgar, por su naturaleza enlazados con la historia de aquella ciudad. La claridad, el órden y gradacion de los hechos, la narracion sencilla. elegante, y no pocas veces florida, y aquellas reflexiones políticas ó morales que suelen nacer tan naturalmente á veces de la misma relacion de los hechos bajo la pluma del historiador, colocan este bosquejo histórico entre lo mejor que poseemos en este género. No luce en él la enérgica concision de Tácito, ni la profunda filosofía de Plutarco; pero puede rivalizar su estilo con lo mejor de nuestro siglo de oro. Tan cierta es esta proposicion, que, al leer *Hernan Perez del Pulgar*, hemos creido más de una vez tener entre manos un libro desenterrado de aquella época. No faltará quien tachará este cuidado, esta esmerada imitacion del lenguaje de Solís y de Mariana, como una extremada afectacion de purismo; no faltará quien llame á la obra entera un arcaismo; no faltará quien crea, acaso con razon, que se descubre el artificio que en tan escrupuloso remedo ha debido

emplear su autor; nosotros nos contentaremos con indicar que, á nuestro débil entender, las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; que pensar fijarlas en un punto dado á fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; que es imposible hablar en el dia el lenguaje de Cervantes, y que todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo podrá perjudicar á la marcha y al efecto general de la obra que se escriba.

De aquí nazca acaso que el señor Martinez, en quien por otros escritos conocemos una alma inclinada de suyo al entusiasmo y una imaginacion poética, no se deja arrebatar de un arranque solo de calor y patriotismo, él tan ardiente y patriótico, al describir los hechos grandiosos y hazañas singulares de su héroe: ni aquella misma Granada de él tan querida y privilegiada, basta á inflamar su acompasado y monótono estilo anticuado. La traba que en su manera de escribir se habia impuesto, ha sido ocasion tal vez de que se halle en la obra este vicio. El bosquejo histórico parecerá en nuestra biblioteca moderna lo que Pompeya y Herculano en la Italia del dia.

Por lo demás échase bien de ver cuánta sea la erudicion del señor Martinez, al advertir que llenan dos terceras partes del tomo las notas y apéndices con que ha creido deber autorizar las increibles hazañas de Pulgar.

En este punto fuerza es respetar la escrupulosa y exquisita erudicion de su excelencia. Nosotros no concluiremos este juicio crítico sin envidiársela, y sin darle el parabien por su bosquejo histórico, que alternará, en nuestro entender, dignamente con sus escritos anteriores. *Aut agere scribenda, aut legenda scribere*, decia un célebre romano: *ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leidas.* Ya que no podemos ser Hernando del Pulgar, quisiéramos ser su historiador.

REPRESENTACION

DE

UN NOVIO PARA LA NIÑA

Ó LA CASA DE HUÉSPEDES,

COMEDIA NUEVA ORIGINAL, ESCRITA EN DIVERSOS METROS.

Despues de largos años de asedio, por fin ha tomado una empresa posesion de los teatros de esta corte. No queremos decir con esto que el Ayuntamiento, que primero los ha dirigido, no sacase de ellos el partido posible, ni que... nosotros nunca queremos

decir más de lo que decimos; antes si por algo pecamos, es precisamente por decir lo que queremos. En este particular nos bastará contar un caso, que alude á la circunstancia de haber tenido primero los teatros la municipalidad y de tenerlos despues una empresa particular, y le contaremos sin perjuicio del respeto que tenemos al excelentísimo Ayuntamiento.

Habia en Barcelona, no podemos decir en qué época, un corregidor zeloso del bien público, si los ha habido nunca: y debia haber al mismo tiempo que corregidor bailes de máscaras, porque se acercaba el carnaval. Sabido es que en Barcelona nunca han sido cosa mala las máscaras como en Madrid. Era el tal corregidor hombre sagaz, y habia notado en el año precedente, primero de su corregimiento, que el primer baile de máscaras no habia sido concurrido ni brillante. Llevado, pues, del deseo de que la cosa empezase bien, publicó en un bando la siguiente cláusula:

«Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en la Lonja de esta ciudad se dió no fué brillante ni concurrido, y no habiendo podido averiguar la causa de esta extrañeza, ha dispuesto que este año se empiece por el segundo baile.»

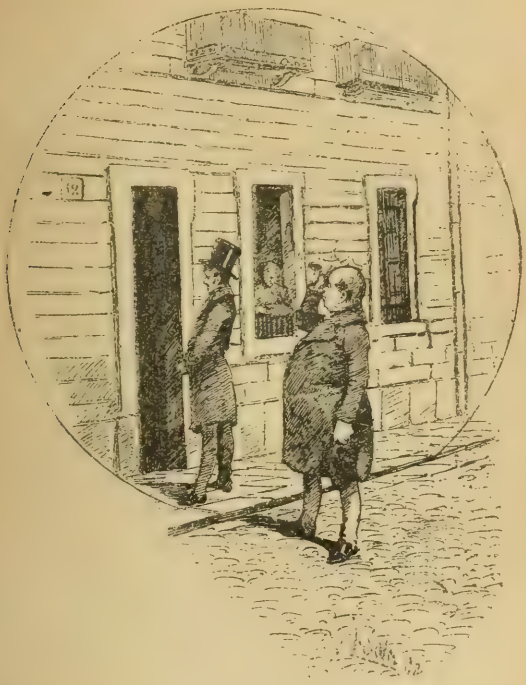
Hé aquí precisamente lo que encontramos nosotros aplicable al presente caso. Nada hubiera quedado que desear en materia de teatros, si se hubiera empezado hace muchos años por el segundo baile, es decir, por tener una empresa particular los teatros de esta corte.

Antes de ayer se dió principio á la nueva temporada cómica: es fuerza confesar que es grande el celo de la nueva empresa. Dejando aparte la compañía de ópera que nos tiene preparada, acerca de la cual guardaremos silencio hasta que la experiencia, confirmando nuestras buenas esperanzas, autorice nuestros elogios, diremos desde luego que empezar dando al público en el primer dia tres novedades dramáticas en solo dos teatros, es empezar con muy buenos auspicios.

El autor de la novedad del Príncipe ha callado en los anuncios su nombre, y nosotros no nos creemos con derecho á revelarle. Parécenos sin embargo modestia inútil y excusada diligencia, porque su fácil versificacion y el género á que pertenece, y el sello que lleva, delatan al autor aun á los ménos inteligentes, á los ménos versados y peritos en el arte, con solo que hayan oido otra produccion del mismo ingenio.

El título nos anunciaba un argumento nuevo original, interesante. El amor mal entendido de una madre que establece una casa de huéspedes con el interesado objeto de hallar un novio para su hija, exponiéndola á los riesgos y humillaciones de tan falsa posicion, bien merecia una comedia; y una comedia buena sobre todo. Don Donato, hombre original, viejo y achacoso, pero rico y pagado, no de su persona precisamente, sino de su dinero, es uno de los huéspedes de doña Liboria y de los amantes de su hija Concha; hombre intolerable, porque tiene dinero: que insulta, porque paga, y que reconvenido de grosero, responde: «Hago bien, tengo dinero.» Este rasgo maestro es la mejor definicion que se pue-

de hacer de su carácter. Don Fulgencio, fatuo, con sus puntas de caballero de industria, es otro huésped y otro amante; es la manía de éste la de rozarse con grandes, la de vender proteccion, la de comer en todas partes; en una palabra, el convidado de piedra. Don Manuel, pasante de abogado, pobre, pero honrado, á pesar de Cervantes, que dice en cierta parte: *Si es que el pobre puede ser honrado*, es el tercer huésped y pretendiente: este es modesto,



vive de dar lecciones, y tan corto de genio como de recursos metálicos, que lo uno suele ir en el mundo con lo otro. Concha es una niña á quien el viejo rico fastidia, á quien el fatuo incomoda, y que solo del pasante se enamora. Doña Liboria es una madre cariñosa, viuda, con pocos recursos, que llora la ausencia de un hijo, de quien no tiene noticia: busca novio para su niña, y en esto está dicho todo, y aun disculpado su carácter. El primer acto es un acto por consiguiente de exposicion en que harto tenia que hacer el poeta con presentar al público la galería de caractéres

sobre que gira su obra, y en honor de la verdad no podemos ménos de decir que están esos caractéres pintados con pincel maestro. Este es el género de este autor, y es difícil en él aventajarle. En el segundo acto, la niña, hostigada por doña Liboria, se ve precisada á elegir, y anduviera mal su amor y el de don Manuel si no llegara un nuevo huésped jóven, rico, que viene de América despues de largos años de expatriacion. Tiene su familia en Madrid, pero no dando con ella se ve precisado á tomar habitacion en una casa de huéspedes hasta encontrarla. Fácilmente conoce el que haya visto comedias que el recien llegado, don Diego, es el hijo de doña Liboria: ha hecho fortuna en América, lo cual es de tradicion: sabedor del estado de su familia, él se encarga de despedir á los recien pretendientes: consíguelo en el tercer acto desengañando á doña Liboria acerca de la fatuidad de don Fulgencio, de la loca pretension del viejo, y de los riesgos á que ha expuesto á su hija. El honrado y modesto don Manel es finalmente el premiado con la mano de Conchita, despues de haberse atrevido los dos enamorados á declararse su tierno pensamiento en unas endechas, harto más poéticas de lo que la verosimilitud exigia.

Por este sucinto análisis habrá comprendido el lector el argumento y plan de la comedia. Con respecto al juicio crítico de ella, confesamos ingenuamente que cuando la amistad nos une con el autor de una comedia, tememos que este sentimiento nos ofusque, y así nos oculte los defectos como nos abulte las bellezas. Solo diremos, con respecto á *Un novio para la niña*, que tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en ella el crítico severo, son los mismos que en las más obras de su autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si aconsejásemos al autor que meditase algun tanto más sus planes? Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. El autor se deja llevar de su facilidad: en esta no le conocemos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza: sus descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno de gracias y de viveza. Su versificacion es un modelo; pero donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose así mismo. Una jóven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caractéres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña*, ha hecho sin embargo con él tres dramas diferentes.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE,

ó

LO QUE HA DE SER EL PERIODISTA.

Gran cosa dijo el primero que anunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, este toma por el contrario más fuerza cada dia. Yo por mi parte confieso que á haber tenido la desgracia de nacer pagano, seria ese proverbio una de las cosas que más me retraerian de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mio tan indómito é independiente, que me asustaria la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y, lo que es peor, hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser bien criado, si se atiende á que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar tambien de calidades de los más de los séres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces fofo y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un dia en que Dios disponga lo que él no haya propuesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar á los pobres; y ha de saber dónde hace presa, y dónde quiere Dios que hinque el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer, lo que él debe poner; el oido del jabalí para barruntar el run run de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la atormenta; ha de saber andar cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado de más, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas á guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela á recibir el tijeretazo del mismo á quien salva la vida; ha de ser, como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto más que escriba con trabajo; y á todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal parécese el periodista á las plantas en acabar con ellas un huracan sin servirles de mérito el fruto que

hayan dado anteriormente: como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar cómo y cuándo Dios disponga, y tomar la direccion que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los piés de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en dias oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistillos como la flor del azafran; ha de tomar color segun le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que más calienta como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase á las palmas en que mueren las compañeras empezando á morir una; así ha de servir para comer como para quemar, á guisa de piña; ha de oler á rosa para los altos, y á espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista á la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien á todos; ha de ser frio como el mármol debajo del pié del magnate; ha de ser ductil como el oro: de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los piés de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener más vetas que una mina, y más virtudes que un agua termal. Y despues de tanto trabajo y de tantas calidades ha de saltar, por fin, como el acero en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible: no ha de contar sobre todo jamás con el dia de mañana: ¡dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe por consiguiente decir nunca como *El Universal*: «Este periódico sale todos los dias excepto los lunes;» sino decir: «De este periódico solo se sabe de cierto que no sale los lunes.» Porque el hombre pone y Dios dispone.

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES,

POR DON JOSÉ QUINTANA,

TOMO III.

Don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, y Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa y protector de los indios.

Triste es por cierto considerar que donde son tan pocas las obras que pueden llamar fundadamente la atencion de los literatos, se atreviesen aun los acontecimientos y las circunstancias á

estorbar ó retardar la publicacion de tal cual libro científico, luminoso ó bien escrito. La obra que anunciamos fué comenzada há muchos años por el señor don Manuel José Quintana, poeta y literato bien conocido y apreciado entre nosotros, bajo un plan perfectamente concebido, y que llevado á cabo con la diligencia que el señor Quintana se prometia emplear en ella, hubiera dado gloria á su autor y lustre á su patria.

Desgraciadamente los tristes acontecimientos y las revueltas políticas que vinieron poco despues de la publicacion de las cinco primeras vidas á conmover violentamente nuestra patria, y que envolvieron en su torbellino al autor, fueron causa de que se suspendiese este importante trabajo. Restituido á sus hogares, como él mismo dice en el prólogo de este su tercer tomo, lo primero á que atendió fué á revisar los estudios que en esta parte tenia hechos, y poner en órden los más adelantados para su publicacion. Fruto de estas tareas contínuas fueron las dos vidas de Vasco Nuñez de Balboa y de Francisco Pizarro, que se dieron á luz en el año de 30, y las dos que ahora publica de don Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas.

No es esta ocasion de hablar ni del primer tomo, ni del segundo de esta obra, que ya en distintas ocasiones han sido juzgados y apreciados justamente por los periódicos y por el público. La diversidad de épocas, empero, en que se han publicado los tomos de las *Vidas célebres*, han debido dar un carácter particular á cada uno, ora por la influencia que ejercen siempre en el escritor las circunstancias que le rodean, ora por el sello que las diversas edades del autor no han podido ménos de imprimir á trabajos interrumpidos por muchos lustros. Nótese consiguientemente en las primeras vidas, para servirnos de una expresion del mismo poeta que analizamos, el *hervir vividor* de la juventud, el entusiasmo, el encanto, el color de heroismo con que suele complacerse la primera edad del hombre en revestir todos los objetos que se presentan á su vista. La materia de ellas contribuia tambien en verdad á prestar una tinta más poética á aquellos hombres cuya historia, perdiéndose en la oscuridad de los tiempos remotos, se clasifica naturalmente entre las tradiciones fabulosas que presiden á la formacion de las sociedades. Por el contrario, conforme se acerca la historia á los tiempos modernos, la multiplicidad de datos que se acumulan en comprobacion ó contradiccion de los hechos, y la mayor importancia que naturalmente damos á los que por más recientes se enlazan con los nuestros, ó han podido tener influencia en ellos, atan al historiador y tórnanle más circunspecto, dejando á la par ménos libertad á su imaginacion para campear libre y osadamente. Así que, en el primer tomo leemos contínuamente al poeta. En el segundo, y aun más en el tercero, leemos al historiador, si ménos galano, más filósofo. Vemos al hombre que ha pasado por el tamiz de las revoluciones, que ha sufrido, que ha aprendido á conocer á los hombres. El primer tomo descubre en todas sus páginas la expresion noble y generosa de una alma jóven y poética, que no ve más allá de la exterioridad aparente en las

acciones. El tercero respira la amargura del desengaño, la triste verdad de la experiencia. Las dos vidas que encierra este tomo ofrecian á su cronista más que medianas dificultades, que ni ha desconocido, ni le han arredrado. Don Alvaro de Luna, juguete de los caprichos de la fortuna, víctima de su propia elevacion, y escarmiento de favoritos, es uno de los hombres que más celebridad han obtenido en nuestra patria; de esa celebridad empero estéril, hija de una existencia tan improductiva como ruidosa. Triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influido en su prosperidad. De aquí ha nacido sin duda que la nacion ha permanecido estancada, cuando sus hijos adelantaban su fama particularmente. Harto débiles para sobreponerse á su siglo y á su país, en vez de prestarles su influencia, la han recibido de ellos: han sucumbido á las circunstancias que los han rodeado, casi siempre, en vez de dominarlas. Considerados políticamente nuestros grandes hombres, han sido bien pequeños. En este número no puede ménos de colocarse el condestable; su paso, semejante al de la tempestad, fué ruidoso, sí, pero nada fecundo. La reflexion política que parece deducirse de la narracion de la vida del condestable, es aquella que cita el mismo autor del cronista Pero de Guzman, y en que nos asegura abundar gustosísimo: «La mi gruesa é material opinion es esta: que ni buenos temporales ni salud son tan provechosos é necesarios al reino como justo é discreto rey.»

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan extraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creian sus compatriotas que el Hacedor supremo habia hecho á la raza india para uso particular de la Europa, y que no dudó en ver hombres donde solo veian siervos los demás; tan locamente encomiado por los extraños, como injustamente vilipendiado por los propios, es el objeto de la segunda parte del tercer tomo. La vida de fray Bartolomé pertenece mas bien á la humanidad entera que á la España sola. Las Casas no fué un hombre de talento superior: fué sí un hombre extraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo así. Este es el juicio que de la lectura de su vida resulta. Arrebatado en sus opiniones exclusivas, si bien justas, su exaltacion inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. No bastan estas empero para constituir grande al hombre: es preciso saberlas llevar á cabo y hacerlas triunfar. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderemos: el hombre superior hace la fortuna: conocedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus planes, las esquiva ó las dirige, y las domina. El que sucumbe á ellas es el hombre vulgar; por más que haya vencimientos más gloriosos que la misma victoria, nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo el mérito, pues, que á las Casas podemos conceder es el de haberse adelantado á su siglo en la manera de considerar á los indios, el de un teson á prueba de todo desaire, el de un celo

ejemplar, y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima é imperceptible casi, en mejorar la existencia de algunas tribus americanas.—El señor Quintana ha respondido victoriosamente en su prólogo á la acusacion que se le podia hacer de poco afecto al honor de su país, cuando adopta tan francamente los sentimientos y principios del protector de los indios. «¿Se negará uno, dice en su prólogo, á las impresiones que recibe, y repelerá el fallo que dictan la humanidad y la justicia por no comprometer lo que se llama el honor de su país? Pero el honor de un país consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes: no en dorar con justificaciones ó disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas é inhumanas.» Si la noble independencia del señor Quintana, con la cual nosotros simpatizamos, hubiera menester defensa, ¿qué podríamos añadir á tan enérgicos renglones? El escritor no es el hombre de una nacion: el filósofo pertenece á todos los países: á sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios: la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

El señor Quintana, al continuar la vida de los Españoles célebres, hace un servicio señalado á su patria, á la literatura. Su narracion clara y elegante, su estilo conciso y fluido, su lenguaje castizo y correcto pueden presentarse en este género como modelos: y el criterio y la imparcialidad del historiador dan á su obra un lenguaje distinguido entre esta clase de libros. Es de desear que este Plutarco español continúe una obra que redunda tanto en honor de su pluma como en gloria de nuestra patria.

REPRESENTACION

DE

LA NIÑA EN CASA Y LA MADRE EN LA MÁSCARA,

COMEDIA ORIGINAL

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Uno es el objeto del poeta cómico: la correccion del vicio que se propone por asunto de su obra. Los medios que pueden conducirle á su único fin son, en nuestro entender, diversos, porque no creemos en la exclusion de género alguno. Si la ironía ó la parodia de las situaciones de la vida y de las manías del hombre le presentan el cuadro de su error y le conducen, avergonzándole de sí mismo, al convencimiento y la correccion, tambien la pintura fiel de las desgracias á que pueden arrastrarle sus vicios le llevan, moviendo su corazon, al mismo resultado. Molière, jugando loca-

mente con los extravíos y presentándonos el lado ridículo de nuestras preocupaciones, puede haber corregido á los más pundonorosos. Kotzebue, desarrollando á nuestra vista las circunstancias de las pasiones, y arrancando lágrimas al corazon, puede haber corregido á los más sensibles. Si Regnard puede haber hecho sonrojarse á un jugador, Ducange puede haberle hecho arrepentirse. Para esto basta con que el poeta (adopte el camino que quiera) presente siempre la verdad y no transija en punto con la inverosimilitud. Este principio general, que dicta la misma naturaleza, y que, sancionado por el simple sentido comun, mal puede ser recusado ni aun por el clásico mas rígido, parece haber sido reconocido hace ya tiempo por los poetas modernos; muchos de ellos le han llevado hasta un punto tal, que no han vacilado en adoptar á un tiempo ambos caminos: refundiendo en uno los dos géneros encontrados, dirigieron contra el vicio moral que se proponian corregir todos los recursos del arte. El primero que entre nosotros ha dado el ejemplo de esta novedad dramática ha sido el mismo Moratin, en quien encontramos esta diferencia esencial si le comparamos con Molière, como creemos haber dicho ya en otra ocasion. En *La Comedia nueva* aquel poeta no se contenta con hacer ver á los espectadores cuán ridículo es un don Eleuterio, sino que escarmienta crudamente á su protagonista, como desconfiando de que bastase el ridículo á corregirlo. En *El Viejo y la Niña* no se satisface con escarnecer la manía de un viejo que se cree capaz de hacer por fuerza la felicidad de una jóven: ésle necesario cebarse además en la desdicha de esta víctima inocente. En *El Sí de las Niñas*, al paso que libra á la pública diversion el error de una madre que profesa á su hija un amor mal entendido, mueve el corazon con los lamentos de doña Paquita, y se complace en ponerla á dos dedos del precipicio, por si, no bastando á las madres imprudentes la representacion de su ridiculez, han menester además que se les descorra el velo del funesto porvenir que preparan á sus hijas, violentadas por su indiscreto cariño. Entre los dramáticos que han sucedido á Moratin, con más ó ménos fortuna, unos han seguido la escuela de Molière, otros la de Moratin. En la comedia que da motivo á este artículo ha probado el señor Martinez de la Rosa, como ya se traslucia en otras obras suyas, que no es la *vis cómica* del primero su mérito principal. Los escritos de este autor descubren en él, por lo general, un fondo de sensibilidad que debia hacerle adoptar este género, que de buena gana llamaríamos mixto, si nos creyésemos con derecho y autoridad para poner nombres á las cosas. Admitida esta observacion, ¿cuál era el vicio ó el extravío que se proponia combatir el poeta cómico en *La Niña en casa y la Madre en la máscara*? No era una pasion en general, uno de esos vicios que tienen un nombre y un carácter circunscrito, y que suelen ser el mejor asunto de la comedia. El objeto es convencer á las madres locas, á las viejas verdes, del riesgo á que exponen á sus hijas cuando descuidan su educacion por el torbellino del mundo, de que no bastan á hacerlas prescindir ni su edad, ni su responsabilidad doméstica y social. Objeto era este profundamente moral.

El refinamiento de la cultura y sociabilidad moderna no excluyen del mundo edad ni circunstancia alguna; pero si el mundo no arroja de sí á las madres, si no las encierra en sus casas, la moral y el interés de sus familias ponen ciertos cotos á su disipacion. Para lograr su fin y presentarnos el cuadro del escarmiento, ya que no habia adoptado de todo punto el arma del ridículo, debia pintar á una niña inocente y candorosa, porque esta era la única á quien podia traer funestas consecuencias el abandono de su madre, y esas consecuencias del tal abandono debian ser tales que la misma madre se avergonzase de ellas y llorase lágrimas amargas de arrepentimiento. Esto es justamente lo que ha hecho el señor don Francisco Martinez de la Rosa: de suerte que fuera injusticia negarle que su plan está bien concebido. Teodoro, jóven de perdidas costumbres, solicita á un tiempo á la madre y á la hija: esto tiene la doble ventaja de probar que cuando una niña sin experiencia se halla sola en el mundo, es más fácil que haga una eleccion poco acertada, y de hacer ver á la madre que una vieja loca nunca puede ser sinceramente querida. Hasta aquí solo encontramos que admirar en *La Niña en casa*. No nos sucede lo mismo con respecto á los personajes accesorios del tio y de don Luis. El primero es uno de esos personajes que, sin estar precisamente de más en el argumento, están sin embargo poco enlazados con él: así es, que en el tio no hay accion, no hay movimiento. De estos viejos, echados como un libro en una comedia para presentar el contraste, no con su carácter, sino con sus máximas, tiene Moratin algunos. Nosotros entendemos que la moral de una comedia no la ha de poner el autor en boca de éste ó de aquel personaje: ha de resultar entera de la misma accion, y la ha de deducir forzosa é insensiblemente el espectador del propio desenlace. El tio no sirve en *La Niña en casa* sino para hacer la exposicion, que en este supuesto resulta no ser muy ingeniosa ni muy nueva, y para el desenlace, que tambien en rigor pudiera haberse llevado á cabo sin él. Si es episódico el tio por no tener gran parte en la accion de la comedia, ¿qué diremos de don Luis? De este sentimos, no solo que está poco enlazado con el argumento, sino que está completamente de más, y que perjudica para el desenlace sobre todo. Es inútil, porque nada hace sino precisamente lo que no debiera ni pudiera hacer nadie. Es inverosímil que este hombre, testigo de la pasion de Inés, esté siempre dispuesto á tomarla por esposa. Con respecto al argumento, solo una observacion nos queda que hacer.

Es lástima por cierto que el señor Martinez de la Rosa, que maneja el amor y el sentimiento en toda la comedia con tal tino, que sorprende á la naturaleza y hace suyos los secretos de ella, suponga á Inés, que nos pinta tan jóven, tan inexperta, tan apasionada, desimpresionada solo porque encuentra á su amante en su casa. Esto, á sus ojos, no teniendo otros antecedentes de su carácter, no puede ser nunca más que una falta suficientemente disculpada por el amor. Era preciso que para desengañarse Inés tuviese pruebas de la bajeza de Teodoro, que supiese de él lo que sabe el tio, y que se le hiciese conocer su doble y baja conducta. Y

aun en este caso, si podia renunciar á él, no por eso podria tolerar siquiera en el momento del desengaño la perspectiva de otro hombre y otra boda. Ese mismo escarmiento del hombre en quien más habia confiado debia llevarla á desconfiar doblemente de los otros que le hubiesen sido indiferentes. Esta es la naturaleza; por otra parte no era el objeto de la comedia casar á la niña, sino corregir á la madre; de suerte que desde el momento en que esta se desengaña queda concluida la comedia: *qui ne sait se borner ne sut jamais écrire*, ha dicho un famoso crítico. Sin que queramos hacer una aplicacion exacta de este axioma al señor Martinez, confesamos que es sensible que se haya dejado llevar de la antigua tradicion de que han de acabar con boda todas las comedias.

La misma inculpacion pudiera hacerse con respecto á alguna escena harto prolongada: las pasiones tienen un límite, una expresion última, despues de la cual nada se puede escribir que no sea para descender. Por ejemplo, despues de haberse arrojado Inés á los piés de su amante, despues de hacerle locamente dueño de su albedrío, ¿qué les quedaba que hacer? ¿qué les quedaba que decir? Aquella escena pudiera haberse cortado allí en obsequio del mayor efecto. En el desenlace se olvida el poeta de que tiene esperando á la puerta á la madre, y prolonga igualmente demasiado la escena del descubrimiento del amante y del desmayo de Inés.

Sensible nos es haber de encontrar defectos; pero en primer lugar es sabido que el crítico no puede dejarse alucinar como el espectador por las impresiones fugitivas; su deber es escudriñar, su primera obligacion la imparcialidad. En segundo lugar, si en esto puede haber algun riesgo, para el escritor, no será seguramente cuando recae en un hombre del talento y el buen juicio del señor Martinez. Solo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta ó parcial, caso de que nos parece estar muy distantes; y sabe darle su valor, y aun apreciarle, cuando es sincera, noble y de buena fé.

Despues de esta breve indicacion de los lunares que, á nuestro modo de entender, oscurecen el mérito de *la Niña en casa*, y que apuntamos con harta desconfianza de nosotros mismos, entraremos con más placer á encomiar lo mucho que en ella encontramos superior. El carácter de la madre es excelente y sostenido: el de Inés es delicado, tierno, profundo, está tocado con una maestría encantadora: el de Teodoro era el más fácil de escribir, y sin embargo nosotros nos contentáramos con que el actor encargado de él le hubiese representado con igual tino que el autor le ha escrito. Los medios de seduccion empleados por el criado de Teodoro, y sobre todo por la criada de Inés, son un modelo en su género. Del lenguaje nada diremos, porque el elogiarle como un mérito extraordinario en el señor Martinez, seria suponer que podia no haber sido excelente: esto seria hacer una ofensa á este poeta, uno de nuestros mejores hablistas, delante de quien hablaremos y escribiremos siempre, en este particular, con respeto y con envidia. La versificacion difícilmente pudiera ser mejor, y el diálogo,

generalmente animado y cómico, está salpicado de chistes del mayor gusto. Presiden á él siempre la cultura y el conocimiento de la fina sociedad. En toda la comedia se descubre al filósofo, al poeta cómico, al conocedor del hombre, en fin, á quien pocos pueden igualar en ese tino con que se apodera del corazon y le conmueve con una palabra sola á veces, con un solo ¡ay! El público, al aplaudir esta comedia, no hace más que tributar una justicia de que ya habia dado pruebas en otras ocasiones.

ESPAGNE POÉTIQUE.

Choix de poésies castillanes depuis Charles-Quint jusqu'a nos jours,

MISES EN VERS FRANÇAIS,

Avec une dissertation comparée sur la langue et la versification espagnoles, une introduction en vers et des articles typographiques, historiques et littéraires;

PAR DON JUAN MARIA MAURY.

OUVRAGE ORNÉ DE PLUSIEURS PORTRAITS.

Hubo un tiempo feliz para nuestra patria, en que supo en armas, en política, en letras, dar la ley al mundo. Cuando es llegada para una nacion la hora de la gloria, parece que se complace el cielo en acumular lauros de todas especies sobre su generosa frente. Tocóle á España esta época y sublimóse á un grado de esplendor que ya difícilmente alcanzará ni ella ni pueblo alguno. En un mismo siglo expulsaba heróicamente de su profanado suelo los restos de la opresion dominadora que, por espacio de ocho largos siglos, la avasallára, y hacia ondear el estandarte de la cruz sobre las mezquitas de la media luna: extendia el poder de sus

armas victoriosas por gran parte de Europa: no contenta con tremolar el pabellon español en las tres partes del mundo conocido, vínole éste estrecho á su gloria, y lanzóse al vago inmenso del Occéano, buscando mundos nuevos que conquistar. Roma, Méjico, Lepanto inclinaron sucesivamente la cerviz humillada bajo su poderoso cetro: no le bastaba tampoco el dominio de la fuerza; no le satisfacia que el sol no se pusiese nunca en sus dilatados términos, era preciso que el ingenio español desplegase tambien su poderío, y concluyese la conquista de las armas. A la sombra de los ganados laureles nacieron y crecieron hombres que previnieron é inutilizaron para la patria los posibles rigores del olvido. Lope y Calderon no fueron efectivamente nuestras glorias menores. Si cuando circunstancias de doloroso recuerdo hicieron degenerar despues á la España, quedaron sus grandes hechos consignados en la historia, para servir de eterna reconvencion á las degradadas generaciones posteriores; los escritos de nuestros grandes hombres permanecieron como blanco perpetuo de envidia para los que despues de ellos habian de venir.

Olvidada luego la antigua influencia nuestra, levantadas otras naciones á ocupar el puesto privilegiado que vergonzosamente les cedíamos en el rango de los pueblos, la literatura no podia menos de resentirse de nuestra decadencia política y militar: callaron los cisnes de España; una nacion vecina, de quien atinadamente dice el señor Maury: *Le goût naquit français*, creó una literatura nueva, que debia adolecer sin embargo de la influencia regularizadora, acompasada, filosófica del siglo en que aquella prosperaba. Millares de preceptistas creyeron leer en Horacio lo que nunca acaso habia pensado decir; Shakspeare y Lope fueron sacrificados en las aras de la nueva escuela, y el gusto se asentó sobre las ruinas del genio; el corto número de sus apasionados hubo de contentarse con admirarlos en silencio; nadie osó alabarlos sin rubor. Entronizada la nueva escuela, que nada debia en verdad á España, esta debia quedar borrada del mundo literario y un célebre crítico pudo decir de ella impunemente: *un rimeur sans péril delà les Pyrénées*, etc., y llamarla bárbara, sin que nadie se atreviese á sospechar que se podria volver por ella algun dia victoriosamente. Las épocas y los gustos se suceden sin embargo rápidamente, y el hombre debia volver á conocer que no ha nacido solo para un mundo de amarga y disecada realidad; escritores osados intentaron sacudir el yugo impuesto por los preceptistas; el mundo debia encontrar al fin, en política como en literatura, la libertad para que nació; la literatura española debia surgir desde este momento y aparecer más radiante que nunca, como un inmenso fanal oscurecido largo tiempo por una espesa niebla. Los alemanes fueron los primeros que desenterraron nuestras bellezas y Calderon vino á serles un objeto de culto. Habia falta sin embargo todavía de una obra que hiciese conocer á la nacion exclusiva que los españoles son hombres tambien y poetas. Tan grande empresa debia arredrar al más osado. No bastaba decir: «Aprendan ustedes á leer el castellano.» Esto hubiera sido acaso reproducir

la Casandra de Troya, y era preciso decir: «Aprendan ustedes en francés á leer el castellano.» Don Juan María Maury, nuestro compatriota, tomó sobre sí la arrojada empresa de convencer al sordo que se negaba á oir, y si es cierto que *in magnis audisse sat est*, la idea sola del señor Maury constituye el mayor elogio de su obra.

Esta idea llevaba empero en sí misma un escollo inevitable: la índole de la lengua y de la poesía francesa, tan opuesta á la española, debia ser un obstáculo invencible. El intentar la perfeccion hubiera, pues, sido desatino: en acercarse á ella estaba la victoria; admitido este principio, creemos que la ha alcanzado muchas veces el señor Maury. El plan de su obra es el más á propósito para el objeto que se propone: la coleccion de poesías escogidas hubiera sido incompleta sin una reseña histórica de nuestra literatura; este vacío ha tratado de llenar su introduccion. Convenimos con el *Monitor francés* que al analizar la *España poética* siente que el autor se haya dejado llevar de su inclinacion y aun de tal cual parte de amor propio al escribirla en verso; amor propio disculpable en un español que ha podido desplegar tales fuerzas en el difícil empeño de poetizar en una lengua extraña. Este plan envuelve el inconveniente que abraza el punto mismo: una historia de literatura llena de fechas y nombres propios es argumento harto estéril para las musas: al quererlo tratar poéticamente le ha sido forzoso al autor embarazar su lectura con notas históricas, si bien importantes, prolijas, y á veces minuciosas. Una disculpa encontramos con todo á su introduccion poética. Acaso necesitaba el autor captarse la benevolencia de sus lectores creando en ellos hácia él una prevencion favorable de su suficiencia. Si tal fué su objeto, hale conseguido sobradamente. Las noticias biográficas de nuestros poetas era otro punto importante que no podia olvidarse en semejante trabajo.

Con respecto al desempeño de la obra en general, varios críticos franceses se apresuraron á admitir en la literatura francesa al señor Maury, que se habia adquirido indudablemente no pocos títulos á ocupar en ella un lugar distinguido.

«La expresion de don Juan Maury, dijo un periódico francés haciendo el juicio de esta obra, siempre elegante, anuncia un estudio profundo de la lengua francesa.» Tacháronle otros de una concision harto incorrecta, de licencias inútiles, y de haber españolizado demasiado la poesía francesa. Esto, á nuestro entender, sobre ser lo más atrevido que ha podido hacer, nos parece un bien hecho á la lengua francesa, harto poco libre y desembarazada, y esta verdad la han confirmado escritores modernos de aquel país que despues del señor Maury han roto las antiguas cadenas de la sintáxis francesa. Despues de haber leido *Notre-Dame de Paris*, obra que ha hecho indudablemente una revolucion en la lengua del Sena, la inculpacion hecha á Maury cae por sí sola.

Más fundado nos parece el reproche que se le ha hecho de poca fidelidad al texto que traduce: abrevia y suprime á veces con notable perjuicio del original: ejemplo de esto puede ser la égloga

de Garcilaso, *Salicio y Nemoroso*; otras amplifica, desliendo un pensamiento enérgico en más versos franceses de los necesarios. Puédele obligar á lo primero el miedo de verter al francés ideas propiamente españolas, cuya osada energía no consiente la índole de la poesía francesa, y en el segundo la precision de rimar y redondear los pensamientos en una poesía que apenas admite *les enjambements*. Hay en cambio traducciones bellísimas, y en algunas creemos que ha mejorado el original. Ejemplo de las primeras puede ser la fábula de *El caballo y la ardilla* de Iriarte. Lo mismo puede decirse de la oda *A las estrellas* de Melendez, de la *Rosa* de Rioja, etc.

Interminable empeño seria el de presentar en un artículo de periódico, acaso ya demasiado largo, los muchos trozos que pueden servir de modelo á traductores, y en que ha sabido vencer el señor Maury la inmensa dificultad que le oponian la diversidad de índoles de las lenguas, de poesías, de giros, de locuciones, etcétera. Contentémonos con que haya dado una idea ventajosa, si á veces incompleta, de nuestros poetas á los extranjeros, y reconozcamos francamente en honor de Maury que los más de los defectos no son culpa del autor, y que las más de las bellezas son propias suyas.

Garcilaso, santa Teresa, Luis de Leon, Herrera, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, los Argensolas, Quevedo, Rioja, Villegas, Luzan, Cadalso, Iriarte, Melendez, Iglesias, Noroña, Cienfuegos, Moratin, Quintana y Arriaza son los poetas que el autor ha puesto á contribucion para formar esta coleccion escogida: no ha olvidado por eso que poseemos una inmensa riqueza literaria de autores desconocidos , en nuestros romanceros sobre todo al coger de ellos los mejores y más afamados, ha creido deber dar una idea de este género puramente español, en que se hallan consignados los hechos principales de nuestra historia, y que es el verdadero depósito de la tradicion fabulosa é histórica de nuestros tiempos primitivos.

Alguna reconvencion pudiera hacerse al señor Maury acerca de la eleccion de algunas piezas; pero es difícil desnudarse de toda prevencion y parcialidad amistosa, sobre todo cuando ha de hablarse de poetas contemporáneos: desde la dedicatoria se observa una predileccion, que no llamaremos precisamente injusta, hácia las poesías del señor Arriaza; pero con la cual no convenimos del todo, sin que esto sea negar el sello de picante originalidad y de estro poético que casi siempre caracterizan á este escritor.

Generalmente hallamos mejor traducido el género heróico y el de las fábulas. Quevedo, por ejemplo, era intraducible, y el señor Maury, en una sola composicion jocosa que de él escoge, lo ha probado. No habiéndole traducido él victoriosamente , creemos que puede cualquiera renunciar á este empeño. Rioja, Quintana y los romances son los que han encontrado más simpatías en la índole de la lengua francesa; la tendencia filosófica de los primeros, y el vigor varonil y sabor anticuado de los segundos, pueden haber contribuido á esto.

Mucho sentimos no poder citar largamente los elogios que diversos periódicos franceses tributaron á la *España poética* á la sazon de su publicacion.

«Si don Juan Maury, dijo uno de ellos, es español de nacimiento, diríasele francés por el talento con que escribe la lengua de Racine, ora en prosa, ora en verso, y cosmopolita por lo bien que sabe apreciar todas las lenguas de Europa.» Nosotros diremos más. Don Juan Maury ha sabido hacerse con dos patrias: ha conquistado con su *España poética* su naturalizacion en la literatura francesa: no sabemos cuál le debe más, si ésta, que ha enriquecido con una noticia que no podia sin vergüenza ignorar, ó la española, cuyo mérito ha sabido hacer valer entre los extranjeros.

Sabemos que el señor Maury piensa en introducir y poner en venta en su patria en esta obra impresa en París, que solo conocen hasta la presente los más afectos á la literatura: deseamos ardientemente que la aprobacion de nuestros compatriotas confirme nuestro débil juicio y dé realce al voto que en su favor han emitido los diarios extranjeros. Entretanto no podemos ménos, como españoles, de felicitar al señor Maury por su importante trabajo y su acertado desempeño en general. Y la literatura española que habia tenido un intérprete para los italianos en Conti, y para los ingleses en la *Antologia española* de M. Wiffen y en el informe de lord Holland sobre Lope de Vega, debe igual servicio con respecto á los franceses al señor Maury. Seria, pues, imperdonable ingratitud en nosotros criticar con más rigorosa severidad una obra á quien tanto debemos por todos respectos los literatos celosos de la gloria de las letras españolas.

REPRESENTACION

DE

LA CONJURACION DE VENECIA,

año 1310,

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No necesitamos remontarnos al orígen del teatro para combatir la vana preocupacion de los preceptistas que han querido reducir á la tragedia, propiamente llamada así, y á la comedia de costumbres ó de carácter al arte dramático. La razon natural puede guiarnos mejor. Con respecto á la comedia sea en buen hora el

espejo de la vida, la fiel representacion de los extravíos, de los vicios ridículos del hombre. Pero con respecto á todo lo que no es comedia, examinemos un momento cuál puede ser el objeto del teatro. En todos los pueblos conocidos debe èste su orígen al orgullo nacional, que podríamos llamar el amor propio de los pueblos. La vida de sus antiguos héroes, y el recuerdo de sus hazañas, fué en Grecia el primer objeto del teatro. En un pueblo constituido como el griego, que se suponia hijo de dioses y semidioses, los primeros dramas debieron participar de esta grandeza y sublimidad á que debian su orígen. No eran los hombres, ni sus pasiones, ni los sucesos hijos de ellas, los representados: eran acciones sobrenaturales las que formaban el argumento, y el cielo y la fatalidad eran su máquina principal. ¿Qué mucho, pues, que los preceptistas, que de aquellos modelos deducian las reglas, fijasen para este género, no pudiendo concebir otro, la precisa condicion de que no hablasen en la tragedia sino héroes y príncipes casi divinos, y de que hablasen en aquel lenguaje, que sólo á ellos podia convenir? Entiéndese esto fácilmente. Pero, cuando destruidas las antiguas creencias, no se pudo ver en los reyes sino hombres entronizados, y no dioses caidos, no se comprende cómo pudo subsistir la tragedia heróica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulacion literaria del poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones? No sólo es este un error, sino que, limitando á tan corto círculo el dominio de la representacion teatral, frústrase su objeto principal. Los hombres no se afectan generalmente sino por simpatías: mal puede, pues, aprovechar el ejemplo y el escarmiento de la representacion el espectador que no puede suponerse nunca en las mismas circunstancias que el héroe de una tragedia. Estas verdades, generalmente sentidas, si no confesadas, debieron dar lugar á un género nuevo para los preceptistas rutineros; pero que es en realidad el único género que está en la naturaleza. La historia debió ser la mina beneficiable para los poetas, y debió nacer forzosamente el drama histórico. Nuestros poetas, que no sufrieron más inspiraciones que las de su genio independiente, no hicieron más que dos clases de dramas: ó comedias de costumbres y carácter, como *El Embustero* de Alarcon, y *El Desden* de Lope y Moreto, ó dramas históricos, como *El Ricohombre* y *El García*. A este género, fiel representacion de la vida, en que se hallan mezclados como en el mundo reyes y vasallos, grandes y pequeños, intereses públicos y privados, pertenece *La Conjuracion de Venecia*. Todo lo más á que está obligado el poeta es á hacer hablar á cada uno, segun su esfera, el lenguaje que le es propio, y resultará indudablemente doble efecto de esta natural variedad; tanto más, cuanto que el lenguaje del corazon es el mismo en las clases todas, y que las pasiones igualan á los hombres que su posicion aparta y diversifica.

Venecia, ese fenómeno en política, esa excepcion rarísima entre los Gobiernos, esa ciudad prodigiosa hasta en su existencia y construccion, que esclavizó por tantos años los mares, y que fué

la primera esclava de sí misma, presenta un campo de larga y fecunda recoleccion para el historiador y el poeta. El imperio del terrorismo, por tantos años triunfante contra las leyes de la naturaleza, ofrece argumentos repetidos de singular efecto teatral, y el autor, al escoger la célebre conjuracion de 1310, no hace sino dar una prueba del tino que le distingue. El Gobierno aristocrático de Venecia, reducido á un corto número de familias patricias, debia dar lugar á conjuraciones contínuas: el pueblo oprimido no podia ménos de aspirar á reconquistar sus derechos usurpados; y el recelo y la desconfianza, inseparables compañeros de la injusticia y la tiranía, debian hacer cruel al poder. De aquí el atroz sistema inquisitorial, que ahogaba en el patíbulo, segun la expresion del señor Martinez, las mismas quejas. Razones de alta política impelieron al embajador de Génova á proteger aquella famosa conspiracion. Abrese la escena en su casa, donde se reunen los principales conjurados á convenir en los medios de derribar la tiranía oligárquica de Venecia durante su famoso carnaval: la libertad, y confusion de esta temporada de alegría y festividad parecen prestarse á las ocultas maquinaciones de los conjurados. El primer acto, pues, no es más que la exposicion del drama, y en él se deja traslucir ya que ha de ser el protagonista el jóven Rugiero, huérfano, de padres y patria desconocidos, pero veneciano por posicion y afecto. En el segundo acto aparece el panteon de la familia de Morosini, á cuya cabeza se hallan dos hermanos, Pedro, primer presidente del tribunal de los diez, y Juan, senador. Pedro conversa con sus espías acerca de una conjuracion que sabe tramarse contra la república, y Rugiero es uno de los conjurados acechados. Un rumor extraño interrumpe su conversacion; ocúltase, y sobreviene la jóven Laura, hija del senador Morosini: casada en secreto con Rugiero, viene á esperarle al panteon, donde le ve sigilosamente por tercera vez: en esta escena, Rugiero confia parte de la conjuracion á su amada; uno de los espías apaga la lámpara que los ilumina, y en medio de la oscuridad se apoderan los satélites del tribunal del jóven conjurado, cayendo privada de sentido la infeliz esposa. Laura se halla trasladada á su habitacion á principios del tercer acto sin saber por qué medio: dudosa de la suerte de su esposo, determina confiar el fatal secreto de su boda á Morosini en una escena llena de sentimiento y de interés: el cariñoso padre, despues de perdonar su extravío, le promete emplear su favor en salvar á Rugiero, proyecto que pone por obra con su implacable hermano, del cual sòlo consigue esta atroz respuesta: «Dí solo una cosa, pregunta Juan Morosini, ¿vive Rugiero?—Vive.—¡Gracias á Dios!—¡Pero no lo digas á tu hija!—¿Por qué?—*Porque tendria que llorarle dos veces.*»

La plaza de San Márcos, centro de la pública diversion del carnaval, es el lugar de la escena del cuarto acto. Vénse varios conjurados disfrazados y repartidos entre la multitud, que esperan el momento de las doce. Nada más ingenioso, ni más dramático, que un acto entero transcurrido en la descripcion de la algazara del carnaval, cuando espera el espectador entre angustias mortales

ver estallar de un momento á otro la revolucian y la muerte entre la misma alegría indolente y confiada de un pueblo enloquecido. Suenan las doce, y al grito de *Venecia y libertad*, grito que encontró grandes simpatías en nuestro público, estalla la conjuracion, lucen los aceros, y suceden gritos de muerte á los cantos de regocijo. La república ha tomado sin embargo medidas preventivas: Rugiero preso no ha podido acudir con sus tropas, y triunfa el Gobierno. «¡Al tribunal, al tribunal los que escapen con vida!» clama ferozmente el presidente Morosini, triunfante en la plaza de San Márcos y tendidos ya á sus piés, muertos ó heridos, varios conjurados.

El tribunal de los diez, juzgando á los reos, se presenta en el quinto acto. Tómanse declaraciones; Laura es interrogada, pero su razon está perturbada, y sólo pregunta por su esposo; Rugiero es

juzgado; y en su interrogatorio reconoce en él el presidente Morosini, que ha de condenarle, á su hijo. Privado de sentido á tan atroz reconocimiento, retírase del tribunal: es condenado Rugiero: en el momento de ir al patíbulo, Laura se arroja á su encuentro. «¡Ya estás aquí!» exclama: frenética alegría se pinta en su semblante; sepáranla sin embargo de su esposo, y la infeliz «¿dónde te llevan?» exclama. De allí á un momento ve la desdichada el patíbulo: entonces sabe qué es de su esposo. «¡Jesus mil veces!» grita despavorida, cae exánime, y baja el telon á ocular tan espantoso desenlace.

El plan está superiormente concebido; el interés no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables: insistimos en llamarlos indispensables, porque esta es la perfeccion del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo; es forzoso, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan

podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condiciones del argumento. La exposicion hecha por medio del embajador de Génova, que dicta una nota á su Gobierno, es nueva é ingeniosa, de puro natural. Una conjuracion contra la tiranía creará siempre en el teatro el mayor interés, por lo mismo que es difícil prever su éxito, y que éste se desea feliz. Supone el mayor conocimiento dramático el hacer declarar á Rugiero su conjuracion cuando es oido de sus enemigos y en los brazos de su amada: quisiera uno hacerle callar: es terrible arrojar una escena de amor entre sepulcros: un diálogo de vida en un sitio de muerte, y complicar la más tierna pasion con los riesgos de una conjuracion; es sublime lanzar la prision entre dos amantes felices que se ven solos por tercera vez. ¿Por qué ha prolongado tanto el señor Martinez la escena de Laura y Rugiero? ¿Por qué pueden hablar una hora sintiendo tanto? El poeta que hace decir á una mujer: «¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame: yo las enjugaré con mi mano,» debiera conocer todo el valor de una escena corta, cuando reina en ella la pasion. Bella es la escena de Laura y su padre, y más bella seria á nuestros ojos si no adoleceria del mismo empeño de desleir demasiado las ideas tiernas. El sentimiento es una flor delicada: manosearla, es marchitarla. Tambien nos parece que podria suprimirse el monólogo del padre al fin del tercer acto, ó al ménos cortarse; ni le creemos necesario ni del mayor efecto.

Donde reconocemos el mayor mérito de la composicion es en la disposicion y contraste singulares del acto cuarto y del final del drama: acaso por esa misma razon no ha sido lo más aplaudido: el terror hace enmudecer; las manos no pueden reunirse y golpear cuando han de acudir á los ojos. Por otra parte, ¿quién se acuerda en aquellos momentos de que es una comedia, de que todo es un artificio del poeta y los actores? Las escenas del interrogatorio son de aquellas que por tener bulto parecen satisfacer más al público y llevarse la palma. Sin embargo, el crítico no puede mirarlas bajo este punto de vista. Siempre que un poeta represente en la escena al opresor y al oprimido, éste interesará fácilmente: el mayor número del público le forman desgraciados, porque ¿quién puede jactarse de no serlo? Simpatizan con el infeliz, y cualquier respuesta enérgica de un reo inocente á un juez duro será aplaudida en el teatro; no es esta la principal habilidad del señor Martinez; el elogiarle lo que cualquiera puede hacer seria elogiarle torpemente. Su mérito está en ese conocimiento del corazon humano con que prepara los efectos, con que se introduce furtivamente en el pecho del espectador, con que le lleva de sentimiento delicado en sentimiento delicado á enmudecer y llorar. Hay sin embargo pasajes que no esperan y sorprenden en el interrogatorio de Maffei y Rugiero. Nada más sublime que esas respuestas: «¿Y por qué nombraste á esos, y no á otros?—*Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres.—De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.*» Y aquel: «*Concededme esa gracia y os perdono,*» de Rugiero.

En la respuesta de Juan Morosini: «Estoy pensando que no

tienes hijos... y que no vas á comprenderme;» y en la de Rugiero: «De cierto es mi padre, cuando no logro ni al morir el consuelo de verle,» se reconoce al punto al poeta sensible que ha bebido en el cáliz de la desgracia, y que concluia una elegía:

Yo aquí no tengo para ornar tu tumba
Ni una flor que enviarte, que las flores
No nacen entre el hielo, y si naciesen
Solo al tocarlas yo se marchitaran.

No acabaremos este juicio sin hacer una reflexion ventajosísima para el autor; esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiracion de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un estatuto real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneracion de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana: no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.

LAS PALABRAS.

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Bomare, me dijesen qué animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aquí precisamente la razon de la superiodad del hombre, me dirá un naturalista: y hé aquí precisamente la de su inferioridad, segun pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblale usted de felicidad, de órden, de bienestar, y apártese usted algun tanto, no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele á usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera á oir sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razon. La hembra no engaña al macho, y vice-versa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razon: á la simple vista huye el segundo del primero, y este

es el órden, el único órden posible. Désele el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás, á quienes creen que importan; el leon más fuerte subirá á un árbol y convencerá á la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él; y no será lo peor que el leon lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira* á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Creerán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormia tranquilamente las veinte y cuatro horas del dia, se desvelará ante la fantasma de una distincion; y al hermano á quien solo mataba para comer, matarále despues por una cinta blanca ó encarnada. Délos usted, en fin, el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor, el grande al chico por ambicion; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de êl estarán de acuerdo ¡vive Dios!: estos se dejarán degollar porque los mande uno solo, aficion que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar á uno solo; lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna: allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusion! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusion, los animales, como no tienen el uso de la razon ni de la palabra no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creidos.

El hombre, por el contrario: el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinion, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. —Dígale usted que tiene talento.—*¡Cierto!* exclama en su interior. —Dígale usted que es el primer sér del universo.—*Seguro*, contesta.—Dígale usted que le quiere.—*Gracias*, responde de buena fé.—¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígale: *te llevo á la gloria*: irá.—¿Quiere usted mandarle? dígale usted sencillamente: yo *debo mandarte*.—*Es indudable*, contestará.

Hé aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. «El hambre, oh lobos, decidles, se

ha acabado: ahogado el mónstruo para siempre... —Mentira, gritarán los lobos... al redil, al redil, el hambre se quita con cordero...» «La hidra de la discordia, oh ciudadanos, dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte; el órden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce despues de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomun..., etc., etc. ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, procomun, horizonte, iris* y *legalidad*? Vea en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.—¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con solo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Enéas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusion: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan; porque ellos se entienden!

REPRESENTACION
DE NUMANCIA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

Hé aquí una de las cosas exceptuadas en el *reglamento para la censura de periódicos*, y de que se puede hablar, si quiere, por supuesto. Ni un solo artículo en que se prohiba hablar de Numancia. No se puede hablar de otras cosas, es verdad; pero todo no se ha de hablar en un dia. Por hoy, que es lo que más urge, ¿quién le impide á usted estarse hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa? Tanto más ventilada quedará la cuestion. Dado siempre el supuesto de que no ha de haber *borrones, pena de dos mil reales*; las cosas limpias: el periódico ha de ser impenitente y pertinaz: sin enmienda como carlista ó pasaporte. Un artículo de periódico ha de salir bien de primera vez, que al fin no es ningun *reglamento de milicia*. Dado tambien el supuesto de que no se deje usted *nada en blanco*, pena de los dichos dos mil reales. No, sino andarse dando á leer al público papelitos en blanco. ¡Sabe nadie lo que se puede aprender en un papel blanco! ¡Dado el supuesto además de que ha de poder usted ser *elector*, porque al fin gran talento tendrá el que no ha sabido hacerse una rentita de seis mil reales!

Abundando en todos estos supuestos, diremos que el teatro estaba casi lleno en su representacion. Parécenos que en decir esto no hay peligro. Igualmente llena estaba la tragedia de alusiones patrióticas. Mucho nos gusta á los españoles la libertad, en las comedias sobre todo. Innumerables fueron los aplausos: tan completa la ilusion, y tantas las repeticiones de *libertad*, que se olvidaba uno de que estaba en una tragedia. Casi parecia verdad. ¡Tanta es la magia del teatro!—Otra cosa que tampoco exceptúa el reglamento es el señor Luna: de este se puede hablar, en cuanto á actor, atendido que el señor Luna ni es *cosa de religion*, ni *prerogativa del trono*, ni *estatuto real*, ni su representacion es *fundamental*, ni tiene fundamento alguno, ni perturba tranquilidad, ni infringe ley, ni desobedece á autoridad legítima, ni se *disfraza con alusiones*, sino con muy malos trajes antiguos; ni es licencioso y contrario á costumbre alguna, buena, ni mala; ni es *libelo*, ni *infamatorio*, ni le coge por ningun lado ningun *ni* de cuantos *nies* en el reglamento se incluyen; ni ménos es *soberano*, ni *gobierno extranjero*. Y á nosotros, si nos atañe, por el contrario, no dejar este punto de nuestro papel en blanco, sopena de la consabida de los *dos mil reales* á la primera, del duplo á la segunda, y de dar al traste la tercera, que va la vencida. Decimos esto, porque no nos ha gustado el señor Luna: triste cosa es, pero no lo podemos remediar. Hay, sí, en él, celo y buena intencion; pero esto, todos sabemos ahora más que nunca que no basta siempre. Su declamacion en este papel es enfática y poco natural; sus transiciones son duras, más duras y crueles que una censura. Sensible nos es haberle de decir nuestra opinion: empero tal es nuestro deber, y en eso no somos más que los intérpretes del público mismo.

Por lo demás, la tragedia, que literariamente hablando no es de mérito sobresaliente, ha hecho el efecto que debia hacer una composicion, como ella, eminentemente patriótica. Cada cual se fué á su casa con la triste conviccion de que, en política como en tragedia, lo que más le cuesta á un pueblo es conquistar su libertad. Es de esperar que tenga mejor fin la nuestra, por esta vez, que la de Numancia. Á bien que de nosotros depende.

La decoracion última nos pareció muy regular, inclusos los comparsas y aquellas descabelladas doncellas, que chillaban á lo léjos, huyendo de los feroces romanos, y que parecian periódicos perseguidos por algun reglamento.

El telon al caer se detuvo á la mitad del camino á tomar un ligero descanso; no parecia sino que caminaba por la senda de los progresos, segun lo despacio que iba, y los tropiezos que encontraba. Tardó más en bajar que han tardado la patrias libertades en levantarse.

JARDINES PÚBLICOS.

Hé aquí una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro país á imitacion de los extranjeros, y que sin embargo rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir extrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huir de toda pública diversion. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara á cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos seria lícito, á propósito de esto, hacer una observacion singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata?* Parece que en los climas ardientes del mediodía el hombre vive todo dentro de sí: su imaginacion fogosa, emanacion del astro que le abrasa, le circunscribe á un estrecho círculo de goces y placeres más profundos y más sentidos: sus pasiones más vehementes le hacen ménos social: el italiano, sibarita, necesita aislarse con una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decia Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; el árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma á las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático para distraerse se encierra en el harem. Los placeres grandes se ofenden de la publicidad, se deslien; parece que ante esta hay que repartir con los espectadores la sensacion que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al mediodía; veremas aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una ó dos parejas: no bailan para los demás, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversion, supuesto que cada espectador do por sí no está en comunicacion con el resto del público, sino con el escenario. Cada uno puede individualmente figurarse que para él y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuir, si esa no fuese bastante, á la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad: apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su verdadera posicion; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etc.; aquí no hay más que clase alta y clase baja: aquella, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huir de toda ocasion de rozarse con cierta gente: una señora tiene su jardin público, su sociedad, su todo, en su cajon de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados piés algunos minutos, vaya á confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pié de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, pe-

culiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados ó proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusion de clases, á la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitacion, solo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana á fuerza de elevarse en puntillas. Pero ésta, más afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, están todavía muy distantes de los jardines públicos. Para esta es todavía monadas exóticas y extranjeriles, lo que es ya para aquella comun y demasiado poco extranjero. Hé aquí la razon por qué hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aun, en realidad, nos da cierta vergüenza inexplicable de comer, de reir, de vivir en público: parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardin al aire libre, á la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¡Qué tiene éste de particular en un país, en que le ha formado tal una larga sucesion de siglos en que se creia que el hombre vivia para hacer penitencia! ¡Qué despues de tantos años de Gobierno inquisitorial, despues de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos á cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se verian en un dia, desgraciadamente en un dia, ni con un decreto, y más desgraciadamente aun, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres, é identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos los modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos á tomar. El jardin de las Delicias, abierto há más de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situacion topográfica un punto de recreo lleno de amenidad; es pequeño, pero bonito: un segundo jardin más elevado, con un estanque y dos grutas á proposito para comer, y una huerta en el piso tercero, si nos es permitido decirlo así, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. Para nada consideramos más útil este jardin que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estacion en que estamos, respirando el suave ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta más alta; y para pasear en él las noches de verano.

El jardin de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral,

no goza de una posicion tan ventajosa, pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversion. Domina á todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber, y que parecen nichos de verdura ó verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid á que se halla colocado el jardin, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una concurrencia sostenida; las reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar á sus respectivos empresarios, que si hay algun medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid es recurrir á todos los alicientes imaginables, á todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjeamos de que el público tomará aficion á los jardines públicos, que tanta influencia pueden tener en la mayor civilizacion y sociabilidad del país, y cuya conservacion y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

REPRESENTACION

DE

TANTO VALES CUANTO TIENES,

comedia original en tres actos y en verso,

DE DON ANGEL SAAVEDRA.

Humilde y cabizbajo presentaba un ingenio novel á un gran poeta, más desvergonzado aun que poeta, un manuscrito suyo, y pedíale su parecer. Llegó el maestro á un trozo más oscuro que otros.—¿Qué ha querido usted decir aquí? le preguntó con sorna de hombre satisfecho de sí mismo.—Señor, respondió el novel, ahí quise decir tal cosa. A lo cual respondió el desvergonzado:—Pues si tal cosa quiso usted decir, ¿por qué no la dijo usted?

Si el señor Saavedra, autor conocido, que apreciamos, y en quien reconocemos dotes muy aventajadas, quiso hacer una comedia suya, ¿por qué no huyó al emprender su obra de toda coincidencia con comedias anteriores? Tanto más sensible es esto, cuanto que habia encontrado un argumento enteramente nuevo; y procuraremos probar esta que parece paradoja.

Creemos que el señor Saavedra tenia fuerzas más que suficientes para crear en el teatro un argumento original: estamos muy seguros de que ni ha imitado, ni tratado de imitar; y así juzgamos que el no haber desentrañado bastante la idea feliz, que concibió, ha sido causa de que su obra tenga puntos de contacto con otras de otros ingenios. Verdad es que ha cumplido con la máxima latina *non nova, sed nove;* si, habiéndose apartado desde un principio de la senda trillada, se ha visto enredado en un argumento tambien trillado, hálo presentado á lo ménos con novedad. Para los que creen que en siglo XIX todo está dicho en literatura, no le quedaba otra corona que alcanzar al señor Saavedra. Falta ahora considerar si aquel principio es absolutamente cierto. Las pasiones son las mismas en todos tiempos, es verdad, y los vicios y los extravíos; buscar, pues, caractéres nuevos fuera árdua empresa. Un avaro siempre apagará de dos luces una: un usurero siempre será cruel: un enamorado siempre será sublime en la tragedia, ridículo en la comedia; pero las preocupaciones sociales varian, porque siguen la marcha de los siglos, y cada siglo tiene sus preocupaciones, como cada hombre su cara, segun ya creemos haber dicho en otra ocasion. Un supersticioso, un fanático por religion podia ser un carácter cómico hace un siglo: en el dia apenas hay público que encierre modelos suficientes para encontrar el efecto: *Tanto vales cuanto tienes* no debia ser una comedia de carácter: lo era de costumbres. Ahora bien, en el siglo XIX, siglo harto matemático y positivo; siglo del vapor; siglo en que los caminos de hierro pesan sobre la imaginacion, como un apagador sobre una luz, en que Anacreonte, con su barba bañada de perfumes, Petrarca con sus eternos suspiros, y aun Melendez con todas sus palomas, harian un triste papel, al lado, no de un Rotschil ó un Aguado, pero aun de un mediano mecánico, que supiese añadir un resorte á cien resortes anteriores; en un siglo en que se avergüenza uno de no haber inventado algun utensilio de hierro, en que no se puede hacer alarde de una pasion caballeresca, ó de una vida poética y contemplativa, sin ser señalado como un sér de otra especie por cien dedos especuladores; en un siglo para el cual el amor es un negocio, como otro cualquiera, de conveniencia y acomodo; en un siglo en que no se puede amar sin hacer reir; en que la ciencia está reducida á periódicos, la guerra á protocolos, el valor á disciplina, el talento á manufacturas, la literatura á declamaciones políticas, el teatro á decoraciones y *fioriture,* no se nos diga que no hay argumentos nuevos para comedias. Molière no podia haber agotado estos asuntos. Un filarmónico ocupado todo el dia en casar armonías y en combinar puntos, un diplomático redactando notas ambíguas, un periodista haciendo párrafos y colocando frases, un mecánico moviendo ruedas, son séres tan ridículos por lo ménos como un poeta apareando consonantes que tiren de una idea cual un juego de caballos de un carruaje. En este siglo, pues, *Tanto vales cuanto tienes* prometia una inmensa originalidad. Que el hombre es interesado, ciertamente ya estaba dicho: añadir que cuando tiene dinero todos le hacen buena cara, y cuando es pobre todos

le llaman pícaro, era verdad sabida en tiempo de Homero, porque está grabada en el corazon del hombre, animal perfecto por otra parte; es verdad, en una palabra, que tiene olvidada todo rico, y que todo pobre tiene presente. Pero manifestar lo ridículo de un sér racional y poético, como el hombre; de un sér espiritual, que se empeña en despojarse á sí mismo de su imaginacion para limitar el círculo de sus goces; que se vuelve máquina él mismo á fuerza de hacer máquinas, y que no sabe dejar de creer en una divinidad, en un cielo, en una vida de gloria y de idealismo, sino para creer en lo que toca; de un sér siempre extremado que no puede abarcar en uno la imaginacion y la habilidad; que ha de ser todo fanático en el siglo XIV, ó todo despreocupado, árido y desnudo en el siglo XIX; de unos hombres que, como los israelitas, no saben dejar de creer en un Dios, de que son hechura, sino para creer en un becerro de oro, hechura suya; eso es lo que no está dicho, ni está hecho; eso es lo que nos atrevimos á esperar de *Tanto vales cuanto tienes;* y eso, en fin, lo que queda por hacer, si es que hay un ingenio que se salve de la irrupcion de las artes y del martilleo de las fábricas.

Si el señor Saavedra habia asido una idea tan feliz, si queria hacer una comedia enteramente original que á nada anterior se pareciese, ¿por qué no lo ha hecho, teniendo sobre todo un talento distinguido para llevarlo á cabo?

Dirásenos ahora que hay cierta injusticia en juzgar á un autor, no por lo que ha hecho, sino por lo que uno cree que debia haber hecho. Esto es verdad hasta cierto punto.

El célebre ideólogo Destut-Tracy remitió en una ocasion á un príncipe aleman una obra suya consultándole sobre su desempeño. Respondióle el príncipe con un largo cartapacio en que, á fuer de decirle lo que él hubiera dicho en tales y tales casos, y lo que en tales y tales otros hubiera dejado de decir, desbaratábale la obra, no perdonando en ella cosa que Destut-Tracy hubiese imaginado. — Decid al príncipe, respondió Destut-Tracy al que traia el mensaje: que en ese caso no hubiera hecho yo mi obra, sino la suya.

Esto podria respondernos el señor Saavedra: juzguemos, pues su obra tal cual es suya, y no tal cual nosotros la hemos imaginado, quién sabe si equivocadamente.

Doña Rufina, viuda de un marqués, que solo le dejó al morir una hija de ella de nupcias anteriores y su vanidad, vive en Sevilla míseramente. Tiene un hermano, cuya cualidad principal es un uniforme de comisario ordenador, y un primo militar jugador y petardista. En Indias existe un hermano suyo, riquísimo, merced á cuyos envíos pecuniarios suele reponer de cuando en cuando el mal estado de sus intereses. La hija es obsequiada por el hijo de un mercader rico. Al principiar la comedia se recibe una carta en que el indiano avisa cómo debe llegar en breve, y que piensa repartir con sus hermanos sus cuantiosos caudales. Con este motivo doña Rufina despide afrentosamente al novio de la niña, cuyo orígen plebeyo no conviene ya á su futura posicion social, y la familia toda sobre la promesa de la carta se arroja en brazos del

usurero don Simon, que al ciento por ciento les presta un poco de dinero. De allí á poco llega el indiano don Blas, y encuentra á la famllia ocupada en preparar su recibimiento. Prodíganseles las finezas y los más escrupulosos obsequios, pero don Blas parece haberse arruinado, gracias á ciertos piratas berberiscos: esta peripecia fatal atrae sobre la casa los insultos del usurero, y sobre el adulado indiano la execracion y los ultrajes, rota ya la máscara del interés. Solo la niña procede generosa con el desgraciado. Sin embargo, don Blas tenia asegurados sus caudales, y precisamente uno de los comerciantes de Cádiz, á quien arruina el reintegro de los bienes robados por los piratas, es el padre del amante de la hija de doña Rufina. Este viene á zanjar cuentas; al conocerse en la casa la fortuna renaciente, quieren comenzar de nuevo las adulaciones, pero ya es tarde. Don Blas, indignado, rompe con su hermana, con el comisario y con el primo militar, dota á la niña virtuosa, casándola con su amante, y da fin la comedia.

Si bien es cierto el principio sobre que gira esta composicion dramática, tambien es evidente que la educacion hace disimular en la sociedad generalmente el interés, que á todos domina más ó ménos, y que esas transiciones que por cambios de fortuna se advierten en el teatro, pocas veces son tan bruscas, que puedan, sin faltar á la verosimilitud, encerrarse en una comedia arreglada á las unidades. Por esto era necesario que el autor escogiese una familia de mala educacion: doña Rufina, mujer sumamente ordinaria, no puede ocultar sus sentimientos: esta ordinariez, mirada de esta manera, no sólo es muy disculpable, sino que viene á ser un mérito. El nudo es ingenioso: no necesita don Blas fingir su ruina, supuesto que es verdadera la noticia de su robo, y que es muy verosímil que ignorase la familia que estaban sus bienes asegurados. Este es el mérito principal de la comedia, pues produce un desenlace natural; igualmente ingenioso es haber hecho al amante de la hija víctima del reintegro del indiano. El carácter del usurero está bien pintado; pero, siendo episódico, ni merece tanta importancia como se le da, ni habria inconveniente para la comedia en reducir la escena larguísima en que hace el principal papel. Alguna languidez hemos creido notar en toda la comedia que pudiera descargarse ventajosísimamente. No es natural que la niña, que tan generosamente se portó con su tio, sea ménos generosa con su madre, y la vea salir de la casa del modo que la arroja su hermano, sin interceder por ella eficazmente. El argumento tiene el inconveniente de preverse su fin desde el principio; pero esto es más culpa del asunto que del autor. Para dar fin á nuestras observaciones, quisiéramos que el poeta eliminase algunas frases demasiado mal sonantes en el teatro, aun suponiéndolas naturales en boca de doña Rufina; y hubiéramos deseado que, aun dominados por el interés, sus interlocutores fuesen ménos despreciables. Las debilidades humanas interesan; pero séres friamente malos, corrompidos y sin ninguna especie de sentimiento ni moralidad, solo pueden producir tedio ú horror.

El lenguaje es castizo y puro: la versificacion generalmente

buena, y aun tiene trozos de mucho mérito: hay gracias en el diálogo, que es bastante animado; y pinceladas verdaderamente cómicas en diversas ocasiones: citaremos en este género con placer el contraste que presenta la llegada del indiano, solo, y mal vestido, con los halagos de su hambrienta familia.

CARTA DE FÍGARO

A UN BACHILLER SU CORRESPONSAL.

Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demás. Pero sí puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid: al ménos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos, durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado segun se nos dice, en uno de los más recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algun tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Firmase *el bachiller*, y dirige al señor Fígaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias; á las cuales contestaríamos privadamente á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha en que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetin estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal, se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalan, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta: cantidad que, si bien no era para perdida, debia considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en visto de esto el aprovechado clérigo catalan: «Muy señor mio: con respecto á la cuenta que de la citada peseta

tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellan el cura de...»

Ahora bien, hé aquí nuestra contestacion al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de este pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos mios en la *Revista*; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputacion que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el Gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la milicia urbana, ó tomando providencias contra algun motin.

Por lo demás, aquí, segun usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hácia el fin para que aquel Señor la crió: que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, segun las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuando el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos segun las necesidades del dia: verdad igualmente aplicable al calzon de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero Lopez de Ayala, ni Zurita, ni el Centon, pero que constituyen con la gola altibaja y demás este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enagüilla de glace. Dicen que cuesta mucho; pero más ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de procerazgo, ha de ser curioso el ver á esos señores veslidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las vísperas de alboroto, que segun parece va á ser el pan nuestro de cada dia, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el órden y la la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos el cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tantas y cuantas gentes al dia, no lo crea; al dia no muere nadie, porque si así fuese habria parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y así que nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los dias sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de don Cárlos? por acá todos convenimos en que está en Lóndres, en Francia y en Elizondo á un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, ó epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos curativos. Volviendo á don Cárlos, dicen que el Gobierno sabe de fijo dónde pára: pero vaya usted á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limon, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! se me olvidaba; el discurso de la corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestacion; á lo ménos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura sin embargo que la están pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender, ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la constitucion, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezcan: preguntaráme tal vez si no los quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oir las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores: pues en el de Próceres han encaramado al público en un camaranchon estrecho y *cortilarguelo*, segun dice *La Pata de cabra*, como si no quisieran ser oidos. Se

está allí tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á qué contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es, ando de prisa por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aun, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los dias completamente, no intercepten por esas *verdas* esta carta, y que la administracion de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias, ó no se la mande por América, así como recibimos, por qué sé yo dónde, la correspondencia de Francia, merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

P. D. No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de don Cárlos á este país, pues que la cuadruple alianza está contratada para su conduccion fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá cómo nada hay tratado, además de que mal pudiera la cuádruple alianza sacarle de la península si él no viniera.

SEGUNDA Y ÚLTIMA CARTA

DE FÍGARO

AL

BACHILLER SU CORRESPONSAL DESCONOCIDO.

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced cómo una cosa se llama *regeneracion*, otra, *reformas*, otra *estamentos*, aquella de más allá *libertad*, esotra *representacion nacional*? ¿qué más? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y más que

vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni más ni ménos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre.

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro si me consiento á mí mismo la más leve chanza sobre cosa de gobierno, ó que por lo ménos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame el escribir más á mis amigos, que será arrancarme el alma, solo porque él reciba sueldo del Gobierno é instrucciones, y yo del Gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndamne bonitamente, y quédense con el *por qué* por allá, y... No, señor: si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas, dígame quién es, y lo escribiré en sesion secreta; todo lo más que puede suceder es que abran la carta; pero entonces, ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no enserrará reflexion ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no lo sé yo, que no tengo para gracias del humor: en punto sobre todo á Gobierno haré la del loco con el podenco. «Quita allá que es Gobierno.» Hechos no más en adelante; y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentran malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarian hasta en una fusion cordial del Estamento y del ministerio.

Corren voces de que un ministro va á hacer dimision; pero no lo crea vuesa merced: esas son bromas: lo mismo están diciendo hace dos meses de otro, y pasa un dia, y pasa otro dia, y en resumidas cuentas no pasan dias por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestacion al discurso del trono fué cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana; es uno de los trozos más correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced, sino es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su divina Majestad de los demás animales. Lo que urge por ahora es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas; repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos, y más para que nos juzguen en regla.

Sabrá vuesa merced cómo se ha determinado que la legislacion nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los

señores procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera por más que aquí no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es más fácil que vaya la nacion toda á Martorell, que no que venga todo Martorell á la nacion. ¡El uno, figúrese vuesa merced que ya iba de aquí escamado de lo de Vallecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar respresentaciones nacionales, eso fuera ser procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase, más vale un mal procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un procurador catalan, á imitacion de García del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced cómo estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiracion que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado uno á Badajoz, y otro á Zaragoza: parace que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Segun los estados sanitarios que ahora nos da la *Gaceta médica* resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas cuatro mil personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa más mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia: se lleva á esta á una barraca, se tapian las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué sé yo! ¡Hay enfermedad más rara y más variable! Parece un periódico. ¡Aquí epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Lóndres! Ahora salimos con que es don Cárlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced despues de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Lóndres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministerial?... *La Abeja*. Aquella *Abeja*... En una palabra, *la Abeja*.

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposicion? *La Revista*. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El Gobierno de resultas, ha recogido cuantas suscriciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscricion sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignacion.

Perdone vuesa merced, porque he oido llamar á mi puerta. Acaso vengan á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Así como así no debo de estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, fe-

licidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leido vuesa merced *el Pobrecito Hablador?* Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Zea: ahora como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podria publicar.

MODAS.

Deseamos con impaciencia que la absoluta desaparicion del cólera vuelva á traer al seno de esta capital las elegantes que el miedo nos ha robado, y que la animacion de una época más feliz haga renacer la apagada coquetería de las bellas que permanecen todavía casi aisladas en medio de esta gran poblacion. Vacíos casi los teatros, desiertos los paseos, suspendidas las sociedades, ¿adónde iríamos á buscar la moda?—Solo podemos hacer algunas indicaciones generales acerca de los caprichos, más ó ménos fundados, de esa diosa del mundo, que así avasalla los trajes y peinados como los gustos y opiniones.—Es de moda, por ejemplo, en la ópera, la señora Campos; así es que apenas hay noche que no se la aplauda. No es ménos de moda el sorbete de arroz, ni ménos de insípido tampoco.—Está decididamente en boga reirse todos los dias de los gestos espantables del señor Género, quejarse del Gobierno, y asombrarse de la inaccion de los estamentos. Estas tres modas durarán probablemente más que el talle largo.

Hacen furor los oficios de próceres y procuradores imposibilitados: es por cierto cosa furibunda. Al cabo de algun tiempo sucederá con estas imposibilidades de asistir, lo que sucedia el invierno pasado con los capotes forrados de encarnado, que no habia barbero sin capote: á este paso dentro de poco no habrá representante sin imposibilidad. Es de esperar, sin embargo, que esta moda de poco gusto y de ménos patria se proscriba, como se proscribió para siempre el escote exagerado de las mujeres, al cual se parece en presentar desnudas cosas que deben siempre estar tapadas.—Empiezan á estilarse mucho los artículos de oposicion: se asegura que hacen bien á todos los cuerpos. Algunos se ven, sin embargo, que hacen tan mala cara al Estamento, como los ferronieres de metal á las señoras, que las desfiguran todas y hacen traicion á su hermosura; en este caso están los de hechura llamada á la sesion secreta. Lo más raro es, que, segun parece, esos artículos salen fabricados del mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por estar allí las primeras materias y la mano de obra. Esa moda no nos gusta: se semeja un tanto cuanto á la falda corta en no ser la más decorosa.

Los artículos ministeriales, que algunos seudo-elegantes quieren introducir, no se acreditan. Son como los peines altos, que solo sirven para que se vea venir desde léjos á quien los usa, y para dar una elevacion ridícula á la persona. Hay, sin embargo, un regular surtido al uso de los pretendientes, en la fábrica-colmena de *La Abeja*, imprenta de don Tomás Jordan. Aunque es moda nueva, se venden baratos, sin duda porque la gente de gusto no los gasta. Es moda anti-nacional como los sombreros de señora: así es, que por más flores que se les pongan, no se saben llevar, con paciencia, se entiende. Estas dos modas últimas, exageradas, como algunos las llevan, no nos parecen del caso; los ministeriales no hacen buena figura, y los de oposicion pueden llegar á hacerla mucho peor. Con cierta medida todo es bueno.

Se siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si dijéramos, á media pierna: en esto se dan la mano con los vestidos de maja: así es que se suelen dejar lo mejor en descubierto.

En punto á calzado, solo podemos decir que lo más comun es andarse con piés de plomo.—Con respecto á talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se pueda respirar: por ahora á lo ménos este es el uso: podrá pasar pronto, si no nos ahogamos antes.—En punto á muebles los hay nuevos todos los dias; pero allá se van con los antiguos. Por lo que hace á adornos de mesa, sabido es que en España no somos fuertes; bien que falta lo principal, que es qué comer.

De colores, en fin, estamos poco más ó ménos como estábamos; si bien el blanco y negro son los fundamentales, aquel más caido, éste más subido: lo más comun especialmente en personas de calidad, son los colores indecisos, tornasolados, partícipes de negro y blanco, como gris ó entre dos luces; en una palabra, colores que apenas son colores; es de esperar que pronto se habrán de admitir, sin embargo, de grado ó por fuerza, colores más fuertes y decididos, puros y sin mezcla alguna. En el ínterin chocan tanto estos últimos, que hay personas nerviosas que sólo al considerar que habrá que entrar en ellos, padecen y ofician, y guardan la cama.

LA GRAN VERDAD DESCUBIERTA.

Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira! ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos dias de discusion nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos dias no más? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, *la ley protege y asegura la libertad individual*. Cosa recóndita, de nadie sabida, ni

nunca sospechada. Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caida de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelion de un mal aconsejado príncipe, una cuádruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamacion, un estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en traje de Próceres, una representacion nacional, dos estamentos, dos discusiones, una correccion ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacia falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que la ley protege y asegura la libertad individual. Pero ahora ya lo sabemos. *Girolamo, lo sappiamo*, responderá alguno. *Sappete* un!!! Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará.

¡Que nos quiten esa ventaja! A un dos por tres descubrió Copérnico que la tierra es la que gira; en un abrir y cerrar de ojos descubrió Gassendi la gravedad de los cuerpos; Newton halló su prisma en un mal vidrio; Linneo encontró los sexos de las plantas entre rama y rama. Pero han sido necesarios siglos de opresion y una correccion ministerial para descubrir que la ley protege y asegura algo. Hé aquí la diferencia que hay de las verdades físicas á las verdades políticas: aquellas suelen encontrarse detrás de una mata: éstas están siglos enteros agazapadas detrás de una correccion ministerial. Abrase la discusion, discútase el punto, pronúnciese la modificacion ministerial, *et voilá la vérité*, que salta como un chorro, y salpica á los circunstantes. ¡Uff!!!! *La ley protege y asegura la libertad individual.* Luego que esto esté escrito y sancionado, ya quisiera yo saber quién es el que no anda derecho. ¿Qué ladron vuelve á robar, qué asesino mata, qué faccion vuelve á levantar cabeza, y qué carlista, en fin, no se apea de su destino? La discusion, la discusion; hé aquí el secreto. *La ley protege*, es decir, que la ley no es cosa mala, como se habia creido hasta ahora; la ley por último, hé aquí la gran verdad escondida. Loor á la revolucion, loor á las discusiones largas y peliagudas, loor á las correcciones ministeriales, y loor en fin, para siempre, y más loor á la gran verdad descubierta.

EL MINISTERIAL.

¿Qué me importa á mí que Locke exprima su exquisito ingenio para defender que no hay ideas innatas, ni que sea la divisa de su escuela: *Nihil est intellectu quod prius non fuerit in sensu?* Nada. Locke pudiera muy bien ser un visionario, y en ese caso ni seria el primero ni el último. En efecto, no debia de andar Locke muy derecho: ¡figúrese el lector que siempre ha sido autor prohibido en nuestra patria!... Y no se me diga que ha sido mal mirado,

como cosa revolucionaria, porque, sea dicho entre nosotros, ni fué nunca Locke emigrado, ni tuvo parte en la constitucion del año 12, ni empleo el año 20, ni fué nunca periodista, ni tampoco urbano. Ni ménos fué perseguido por liberal; porque en sus tiempos no se sabia lo que era haber en España ministros liberales. Sin embargo, por más que él no escribiese de ideas para España, en lo cual anduvo acertado, y por más que se le hubiese dado un bledo de que todos los padres censores de la Merced y de la Vitoria condenasen al fuego sus peregrinos silogismos, bien empleado le estuvo. Yo quisiera ver al señor Locke en Madrid en el dia, y entonces veríamos si seguiria sosteniendo que porque un hombre sea ciego y sordo desde que nació, no ha de tener por eso ideas de cosa alguna que á esos sentidos ataña y pertenezca. Es cosa probada que el que no ve ni oye claro á cierta edad, ni ha visto nunca, ni verá. Pues bien, hombres conozco yo en Madrid de cierta edad, y no uno ni dos, sino lo ménos cinco, que así ven y oyen claro como yo vuelo. Hábleles usted, sin embargo, de ideas: no solo las tienen, sino que ¡ojalá no las tuvieran! Y de que estas ideas son innatas, así me queda la menor duda, como pienso en ser nunca ministerial; porque si no nacen precisamente con el hombre, nacen con el empleo, y sabido se está que el hombre, en tanto es hombre, en cuanto tiene empleo.

Podria haber algo de confusion en lo que llevo dicho, porque los ideólogos más famosos, los Condillac y Destut-Tracy, hablan solo del hombre, de ese animal privilegiado de la creacion, y yo me ciño á hablar del ministerial, ese ser privilegiado de la gobernacion. Saber ahora lo que va de ministerial á hombre, es cuestion para más despacio, sobre todo cuando creo ser el primer naturalista que se ocupa de este ente, en ninguna zoología clasificado. Los antiguos por supuesto no le conocieron: así es que ninguno de sus autores le mienta para nada entre las curiosidades del mundo antiguo, ni se ha descubierto ninguno en las excavaciones de Herculano, ni Colon encontró uno solo entre todos los indios que descubrió; y entre los modernos, ni Buffon le echó de ver entre los racionales, ni Valmont de Baumare le reconoce; ni entre las plantas le coloca Jussieu, Tournefort, ni de Candolle, ni entre los fósiles le clasifica Cuvier; ni el baron de Humboldt, en sus largos viajes, hace la cita más pequeña que pueda á su existencia referirse. Pues decir que no existe, sin embargo, seria negar la fé, y vive Dios que mejor quiero pasar que la fé y el ministerialismo sean cosas para renegadas que para negadas, por más que pueda haber en el mundo más de un ministerial completamente negado.

El ministerial podrá no ser hombre: pero se le parece mucho, por de fuera sobre todo: la misma fachada, el exterior mismo Por supuesto, no es planta, porque no se cria ni se coge; mas bien perteneceria al reino mineral, lo uno porque el ministerialismo tiene algo de mina, y lo otro porque se forma y crece por superposicion de capas: lo que son las diversas capas superpuestas en el reino mineral, son los empleos aglomerados en él: á fuerza de capas medra un mineral; á fuerza de empleos crece un ministerial,

pero en rigor tampoco pertenece á este reino. Con respecto al reino animal, somos harto urbanos, sea dicho con terror suyo, para colocar al ministerial en él. En realidad, el ministerial más tiene de artefacto que de otra cosa. No se cria, sino que se hace, se confecciona. La primera materia, la masa, es un hombre. Coja usted un hombre (si es usted ministro, se entiende, porque sino, no sale nada): sonríasele usted un rato, y le verá usted ir tomando forma, como el pintor ve salir del lienzo la figura con una sola pincelada. Déle usted un toque de esperanza, derecho al corazon, un ligero barniz de nombramiento, y un color pronunciado de empleo, y le ve usted irse doblando en la mano como una hoja sensitiva, encorvar la espalda, hacer atrás un pié, inclinar la frente, reir á todo lo que diga: y ya tiene usted hecho un ministerial. Por aquí se ve que la confeccion del ministerial tiene mucho de sublime, como lo entiende Longino. Dios dijo: *Fiat lux, et lux facta fuit.* Se sonrió un ministro, y quedó hecho un ministerial. Dios hizo al hombre á su semejanza, por más que diga Voltaire que fué al revés: así tambien un ministro hace un ministerial á imitacion suya. Una vez hecho, le sucede lo que al famoso escultor griego que se enamoró de su hechura, ó lo que al Supremo Hacedor, de quien dice la Biblia á cada creacion concluida: *Et vidit Deus quod erat bonum.* Hizo el ministro su ministerial, y vió lo que era bueno.

Aquí entra el confesar que soy un sí es no es materialista, si no tanto que no pueda pasar entre las gentes del dia lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta que murió de hecho ha catorce años, y que mató no ha mucho de derecho el ministerio de Gracia y Justicia, que fué matarla muerta. Dígolo, porque soy de los que opinan en los ratos que estoy de opinar algo sobre algo, con muchos fisiólogos y con Gall, sobre todo, que el alma se adapta á la forma del cuerpo, y que la materia en forma de hombre da ideas y pasiones, así como da naranjas en forma de naranjo.—La materia, que en forma solo de procurador producia un discurso racional, unas ideas intérpretes de su provincia, se seca, se adultera en forma ministerial: y aquí entran las ideas innatas, esto es, las que nacen con el empleo, que son las que yo sostengo, mal que les pese á los ideólogos. Aquí es donde empieza el ministerial á participar de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por una parte de suyo imitadora; vive de remedo. Mira al amo de hito en hito: ¿hace este un gesto? miradle reproducido como en un espejo en la fisonomía del ministerial. ¿Se levanta el amo? La mona al punto monta á caballo. ¿Se sienta el amo? Abajo la mona.—Es papagayo por otra parte: palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. Sucédele así lo que á aquel loro, de quien cuenta Jouy que habiendo escapado con vida de una batalla naval, á que se halló casualmente, quedó para toda su vida repitiendo, lleno de terror, el cañoneo que habia oido: ¡pum! ¡pum! ¡pum! sin nunca salir de esto. El ministerial no sabe más que este cañoneo. «La España no está madura.—No es oportuno.—Pido la palabra en contra.—No se crea que al tomar la palabra lo hago para impugnar la peticion, sino solo sí para hacer algunas observacio-

nes,» etc., etc. Y todo ¿por qué? porque le suena siempre en los oidos el cañoneo del año 23. No ve mas que el Zurriago, no oye más que á Angulema.

Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente: abeja en el chupar: reptil en el serpentear: mimbre en lo flexible: aire en el colarse: agua en seguir la corriente: espino en agarrarse á todo: aguja imantada en girar siempre hácia su norte: girasol en mirar al que alumbra: muy buen cristiano en no votar: y seméjase, en fin, por lo mismo al camello en poder pasar largos dias de abstinencia; así es que en la votacion más decidida álzase el ministerial y exclama: «Me abstengo:» pero, como aquel animal, sin perjuicio de desquitarse de la larga abstinencia á la primera ocasion.

El ministerial anda á paso de reforma; es decir, que más parece que se columpia, sin moverse de un sitio, que no que anda.

Es por último el ministerial de suyo tímido y miedoso. Su coco es el urbano: no se sabe por qué le ha tomado miedo; pero que se le tiene es evidente: semejante á aquel loco célebre que veia siempre la mosca en sus narices, tiene de continuo entre ceja y ceja la anarquía: y así la anda buscando por todas partes, como busca Guzman en *La Pata de cabra* las fantasmas por entre las rendijas de las sillas.—El ministerial, para concluir, es ser que dará chasco á cualquiera, ni más ni ménos que su amo. Todas las esperanzas anteriores, sus antecedentes todos se estrellan al llegar al sillon; á cuyo propósito quiero contar un cuento á mis lectores.

Era año de calamidad para un pueblo de Castilla, cuyo nombre callaré; reunióse el ayuntamiento, y decidió recurrir á otro pueblo inmediato, en el cual se veneraba el cuerpo de un santo muy milagroso, segun las más acordes tradiciones, en peticion de la sagrada reliquia y de algunas semillas de granos para la nueva cosecha. Hízose el pedido, que fué al punto mismo otorgado. Al año siguiente pasaba el alcalde del pueblo sano por el afligido: es de advertir que contra todas las esperanzas, si bien la cosecha era abundante, el cielo, que oculta siempre al hombre débil sus altos fines, no habia querido terminar la plaga, sin duda porque al pueblo no le debia de convenir.—¿Cómo ha ido por ésta? le preguntaba el uno al otro alcalde.—Amigo, le respondió el preguntado, con expresion doliente y afligido, la semilla asombrosa..... pero..... no quisiera decírselo á usted.—¡Hombre! ¿qué?—Nada: la semilla, como digo, asombrosa, pero el santo salió flojillo.

Los ministeriales efectivamente, amigo lector, no quisiera decirlo, pero salieron tambien flojillos.

SEGUNDA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACÁ A UN LIBERAL DE ALLÁ.

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d' Alburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se vé, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, libertad á un ministerio; es buscar cotufas en el golfo; más claro, por si no entiendes este refrán, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio, sobre ser esto cosa que á cualquiera le ocurriria, y aquí no somos cualquiera: el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á tí no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos; los cuales, si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega á esto que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así lo que no va en el libro va en la fé de erratas. A cuyo propósito viene de perilla el recordarte el cuento de nuestro don Bartolomé, acerca del mal pintor que queria blanquear, y luego pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaria para su gloria pintarla primero y despues blanquearla.—En segundo lugar has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada: y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdone la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el dia, en punto á interceptaciones, una verdadera Vizcaya. Es más fácil casi llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si hemos de hablar claro, es más fácil saber dónde está el público que dónde está Rodil: ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la vé.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J' appelle un chat un chat et Rolet un fripon.*

Y así me dejaran, como llamaria otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo Interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no seria por mis cartas por donde empezaria.

Vamos á otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país más raro? ¿Cómo podeis vivir sin facciosos? ¿De qué hablais, pues? ¿á quién perseguís? ¿de qué llenais vuestra *Gaceta*? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habian dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa, más por aficion que le tenia, que por creer que os fuese necesario. Sin ir más léjos, aquí no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que tambien nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que va de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas, y en países más frios no; por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal, por el contrario, los temibles eran los miguelistas: aquí no: aquí los carlistas son como si dijéramos de casa..... pero baste en este punto.

Por las *Gacetas*, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo: un señor procurador bien informado ha dicho no ha mucho en el Estamento, que el año pasado tenia la faccion unos dos mil hombres, y que en el dia cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la faccion parece deuda del Estado segun crece.

Preguntarásme de dineros: en eso sí que estamos bien; ya sabes por la mucha filosofía que has estudiado, que no es más rico aquel que tiene más dinero, sino aquel que tiene ménos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nacion más rica que la nuestra? Aquí nadie desea más de lo que tenemos: mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta más que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarias de cómo la España no está bastante civilizada: en una palabra, bastante madura para instituciones más anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazon. Se desgaja del árbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones más cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caida, convengamos en que nuestra patria está más que madura: está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los más de ellos intercepta-

dos, incluso el de las reformas. A bien que siempre nos queda expedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos: los demás, en realidad, más son veredas que caminos.

A propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este Gobierno. Un año ha tardado no más en ser empleado. Ocho años más, y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesion: es probable que tenga otras.—Sabrás cómo ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un sólo destino que no sea al mérito.

La milicia urbana ya se ha reunido, no solo una vez, sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los dias de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacárregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias más estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva.—*El liberal de acá.*

PRIMERA CONTESTACION

DE UN LIBERAL DE ALLA

Á UN LIBERAL DE ACÁ.

Dices, querido liberal casteção, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como es estrella vuestra en todas ocasiones: á mí en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiérame antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su órden. Ya por acá sabemos que en punto á *cartas* no jugais muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda, á propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan cómo y cuando puedan, que yo luego las ordenaré, como Dios me diere á entender, á semejanza de aquel que, no sabiendo más de ortografía que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuacion, añadiendo á su corresponsal: *por lo que hace á los puntos y las comas*, ahí van todos juntos para que usted se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de

dar vahidos al más duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey don Sebastian te juro que no entiendo por qué os quejais tanto los liberales casteçáos. ¿Teneis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que nó; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido más, se les debia contar lo que de dos que habian reñido decia un chusco, al preguntarle quién de los dos habia podido más.» Claro está respondió, que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.»

Ellos han podido más, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto por otra parte en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y á los que ocupan en el dia sus sucesores: esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillon á los que mandan en el dia.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal, decirle al oido: lo pasa usted mal, pero hágase usted cargo de que no hay vencedores ni vencidos. En no habiendo vencedores ni vencidos, que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, ó una joroba en medio de las espaldas, nada te debe de importar: porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteçáos á vencer á alguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por el pronto á vosotros mismos, que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo entre en caja, sobre ser esa clase de victoria la más agradable á los ojos de Dios.

Y aunque no tuviérais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta afliccion. Que está el pretendiente en Vizcaya... y bien: ¿y qué es el pretendiente? Segun una feliz expresion de un diputado frances, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mio, nada: un faccioso más.

Que se ha aumentado la faccion; que tenia dos mil hombres el año pasado, y que éste tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero ¿qué es eso, amigo mio? Bien contado, nada: diez y ocho mil facciosos más.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet: ¡oh almas apocadas! ¿Y qué es eso bien mirado? Nada: una sorpresa más

¡Ay, amigo, las cosas son como se quieren ver! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volviéramos al año 32, que es todo lo peor que os podria suceder. ¿Y bien? á los ojos de l poesía ¿qué seria esto? Nada: diez años más de despotismo; y que te ahorcasen á tí, por ejemplo. ¿Y qué seria esto comparado con la inmensidad del universo? Nada: un ahorcado más en el mundo.

Que no teneis dinero... ¿y qué es eso? Nada: una miseria más. Que no teniendo un cuarto, habeis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda más. Que teneis que recurrir á un empréstito. ¿Y que eso? ¡oh ánimas mezquinas! Nada: un empréstito más. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad más.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del Interior? Despues de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de milicia urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; dóilo por supuesto.

Háceme reir por último en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de cárcel en cárcel, y de destierro en destierro por conspiradores, así como á los que andan sin colocacion todavía por anarquistas, concluiré esta misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Decia así: «Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar, y otros excesos.»

Así me parece á mí que son los excesos de esos pobres liberales de Castilla como los vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nacion privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algun dia á remontarse á la altura de Portugal.— *Ou senhor don Sebastian Carvalháo d' Alburquerque.*

LA CUESTION TRASPARENTE.

No há dos dias que un señor orador apellidó en el Estamento de Procuradores á la cuestion de los empleos cuestion trasparente, porque detrás de ella, por más que se quiera evitar, siempre se ven las personas. Nosotros pensamos lo mismo. Hay expresiones felices que nunca quedarán, en nuestro entender, bastante grabadas en la memoria. Cuánto sea el valor de estas expresiones dichas en tiempo y lugar, no necesitamos inculcárselo al lector. Felices son por lo bien ocurridas: felices por el apropósito; y felices, en fin, porque hacen fortuna. Estas expresiones, de tal suerte dispuestas y colocadas, suelen ser el cachetero de las discusiones la última mano la razon, en fin, sin réplica ni respuesta. Despues que un orador ha dicho en clara y distinta voz que el pretendiente es un faccioso más, ya quisiera yo saber qué se le contesta. Cuando un orador suelta el *mal aconsejado*, el *inoportuno*, el *cimiento*

y la *rama podrida*, ya que quisiera yo que me dijeran hasta qué punto puede llevarse la cuestion en cuestion; y si hay oradores, si hay epítetos y adjetivos, si hay expresiones felices, hay cuestiones que no lo son ménos. Una cuestion, cuando es una simple cuestion, es una cuestion y nada más. Pero hay cuestiones de cuestiones. Las hay espesas y de suyo oscuras y enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve: puédese escribir encima de ellas *non plus ultra;* nada hay más allá; entre estas pudiera muy bien clasificarse la de los *derechos sociales*. ¿Qué se ve al través de esta cuestion? Nada ciertamente, algun *visto*, algun *veremos*, ó por mejor decir algun *no veremos*. La de la *libertad de imprenta*. Hé aquí otra cuestion, oscura, negra como boca de lobo. Encima de ella va se distinguen algunas prohibiciones, tal cual destierro; pero al trasluz ¿qué se vé detrás? Absolutamente nada: como dice Guzman en *la Pata de cabra*, sólo se ve que no se ve nada. Lo de la milicia urbana: hé aquí una señora cuestion; esta es más túpida que una manta. ¿Qué se vé detrás? Es todo lo más, si confusamente se divisa por encima un reglamento que se las puede apostar en enmiendas y fe de erratas al mismo diccionario geográfico. Es todo lo más, si en la snperficie se distinguen algunos miles de hombres sin fusiles, y multitud de fusiles sin hombres. Pero al trasluz nada. Semejante al retablo de maese Pedro, las pocas figuras que hay, todas están delante. Detrás ni aun Ginesillo de Parapilla y Pasamonte, que las mueve, se distingue.

Estas cuestiones, pues, oscuras y tupidas, no valen nada. Las grandes cuestiones son las *trasparentes*. La de los empleos, por ejemplo, hé aquí una cuestion de pura gasa. Aquí es donde se ve claro: detrás de ella, no se necesita lente para echar de ver los empleos, y no tamaños como avellanas; el más pequeño aparece á guisa de prodigio microscópico, más grande que nuestra misma libertad; y en punto á tamaños no hay más que ponderar; pues aun se ve más, porque detrás del empleo se ve á lo lejos (un poco más en pequeño, es verdad) al hombre: pero se ve. ¡Qué no se divisa detrás de ciertos empleos! y no á ojos vistas precisamente, sino aun á cierra ojos. Se ven los empleados; verdad es que apenas se ven los de los tres; pero, en fin, se ve; en una palabra, se ve que se ve algo: se ve que se verá más; y se verá, digámoslo de un vez, lo que siempre se ha visto: los compromisos, los amigos, los parientes... es el gran punto de vista: todo se ve. ¡Fatalidad de las cosas humanas! En las otras cuestiones anhelaríamos la trasparencia. Y en esta en que se ve, nos hallamos precisados á exclamar: *¡Ojalá no se viera!*

¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Hénos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.—Por otra parte no son las costumbres el último ni el ménos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, solo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oir diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo ménos de abrirme el camino, que el hábito tenia cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer varias visitas: «¡Un carruaje!» dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo seria el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entonces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviria dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podia ménos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierto ruido desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro como si dentro llevara medio rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar conciezudamente la apuesta de un solo real de vellon: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creido cualquiera que eran gemelos, y que no solo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro: si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este ele-

gante mueble: subí, pues, á él y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar: ¿más cuál fué mi admiracion, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venia sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit.*

«Esto no es conmigo», exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: expúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí.—¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho, y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjeccion expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar.—Véale usted despacio, le contesté sin embargo. —Pues no hay otro, siguió diciendo; y volviéndome la espalda: !A París por gangas! añadió. — Diga usted, señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han

de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir, ó para mandar al público? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él.—Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país. — Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno! —Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra: y llegáronse á oir cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondia en desvergonzado, y fumaba y escupia por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, solo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se habia reunido.

¿Entre qué gente estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¡Qué modos tan raros se usan en este país!—Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino. El dia habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal: acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policía: ¡aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos:-¡Eh! ¡hombre! ¿adónde va usted? fuera.—Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno.—Vamos, adentro: ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato para darnos á entender que ya podíamos entrar: entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mútuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda y á una indicacion mia para que nos despachasen en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios:—Tenga usted paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á usted.—A ver, añadió dentro de un rato, venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró. — ¿Y usted quién es?—Un amigo del señor.—¿Y el señor? algun francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos. — Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.—Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veia dispuesto á hacer un disparate.—Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia.—¿Y qué nos han de hacer?—Mucho y malo.—Será injusto.—¡Buena cuenta!—Logré por fin contenerle.—Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana.—¿Volver?—Vuelva usted, y calle usted.—Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevia á mirar á la cara á mi amigo.—¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algun príncipe?—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nacion: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza.—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales segun voy viendo. — ¡Oh! no; es casualidad.—*C'est drole*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo queria hacerse un pantalon, y le llevé á casa de mi sastre. Esta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe

con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, más bien más que ménos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente, mi sastre se reia; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el

maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes.—Era por la mañana, la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes.—¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres!— ¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo que el dia habia empezado bien?. — Pues traiga usted dos vasos pequeños de limon...—Vaya ¡hombre! anímese usted; tómelos usted grandes, nos dijo entonces el mozo con singular franqueza, si tiene usted cara de sed. —Y usted tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado; sirva usted con respeto, calle, y no se chancee con las personas que no conoce, y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de este, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de más allá, y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion.—*¡C'est drole!* repetia el francés.—¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto! ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito dia nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de estos le suceden al dia y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya usted á comer á una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle como pudiera usted contar con un comensal. El le bordará á usted la comida con chanzas groseras; él le hará á usted preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya usted á una tienda á pedir algo —¿Tiene usted tal cosa?—No, señor; aquí no hay.—¿Y sabe usted dónde la encontraria? — ¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay. — ¿Se puede ver al señor de tal? dice usted en una oficina. — Y aquí es peor, pues ni siquieran contestan *no*: ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro. — ¿Va usted á ver un establecimiento público?—Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería. — Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos, ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de usted, hablan cuando habla usted, y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías; así que, al concluirse el dia: Amigo, me dijo, yo he viajado mucho; ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto ménos aristocracia en el trato de los hombres; este es el país adonde yo me vendria á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto á recibir....

—Alto ahí, señor observador de un dia, dije á mi extranjero interrumpiéndole: adivino la idea de usted. Las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas: la observacion general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que solo se podrian explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país ménos dispuesto á lo que usted cree, por más que le parezcan á usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son no obstante diferentes: esa franqueza, esa aparente confusion y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...— ¡Oh! sí, sí entiendo. *¡C'est drole! ¡C'est drole!* repetia mi francés.

—Ahí verá usted, repetia yo, ¿entre qué gentes estamos?

DOS LIBERALES,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

PRIMER ARTÍCULO.

Entre las personas que me hacen demasiado favor, sin duda, en ocuparse en los articulejos que he solido dar á luz durante mi corta existencia periodística, algunos hay que me dirigen diariamente amistosas reconvenciones sobre lo perezosa que se ha hecho mi pluma de algun tiempo á esta parte. Esto es lo que llamaria yo de buena gana no saber de la misa la media, si no temiese ofender á los que con su aprecio me honran y distinguen: no entraré en aclaraciones acerca del particular, porque acaso no me bastara el querer satisfacerlas: solo les diré, que llamarme perezoso equivale á reconvenir á un cojo de ambas piernas, porque no ande. Si esto no basta, ya no sé qué decir: ¡ojalá no sobre! Les podré añadir, que por una rara combinacion de circunstancias que mis

lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo más artículos que cuando ellos no ven ninguno, de suerte que en vez de decir: «Fígaro no ha escrito este mes,» fuera más arrimado á la verdad decir el mes en que no hubiesen visto un solo *Fígaro* al pié de un artículo: «¡Cuánto habrá escrito Fígaro este mes!» Parece la cosa digna de explicacion; pero, amigo lector, ¡cómo de esas cosas suceden que no se explican, y como de esas cosas se explicarian que no se entenderian!

Sentadas estas bases, basta por toda satisfaccion saber que tengo un criado montañés, que, á fuer de quererme, se toma conmigo raras libertades: lo mismo es ver que he escrito como cosa de un cuarto de hora, que es todo lo más que él me permite, porque blasona de cuidarse mucho de mi bienestar; éntrase en mi cuarto gruñendo entre dientes como criado viejo; tiende la vista descortesmente sobre mi papel, mirándole solo con un ojo á causa de no tener otro: «¡Hola! dice, ¡oposicioncita! ¿Eh? ¡Basta, señor, basta!» y unas veces derribando el tintero sobre el escrito, llénamelo de borrones, y otras, que son las más, asiendo de un apagador, encájalo por montera sobre el candelero y apaga la luz. Yo no sé con quién diablos ha servido el tal montañés; pero él jura que esto me conviene; verdad es que me conoce, y sabe que si no me fuera á la mano estaria escribiendo todavía, porque, como él dice, la materia no es corta, y la intencion no es buena. El montañés tiene ascendiente sobre mí, sin que yo lo pueda remediar, por consiguiente no hay echarle de casa: conténtome, pues, con decir, cada vez que me corta el hilo de mis eternos discursos:

Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
A aquel montañés
Que apagó la luz.

Cantaba yo por lo bajo este refran (porque por lo alto no me atrevo á cantar) esta mañana misma, contemplando con las lágrimas en los ojos y á oscuras el estrago que habia hecho en mi bufete la última visita de mi montañés, cuando vuelve éste á entrar con el correo en la mano: es de advertir que yo llamo correo á toda carta que recibo, por la simple razon de que segun está en el dia el servicio de correos, resulta ser igual enviar una carta por la balija pública, ó llevarla uno mismo: entro, pues, con mi correo de Madrid, y entre algunas apuntaciones que me envian mis corresponsales, las cuales así me guardaré yo de publicarlas, como se guardará el censor de permitirlas, encuéntrome con dos cartas evidentemente de liberales, puesto que cada uno trae su hoja de servicios al márgen: ambos de buena fé, amantes ambos del bien de su país. Y como se reduzcan ellas á darme cuatro consejos que tengo bien merecidos por los muchos desmanes que he cometido en punto á escribir, y por los que pienso seguir cometiendo en cuanto pueda, trasladarélas al curioso lector, si es que ha quedado lector curioso en España despues de todo lo que se ha leido en la

larga fecha que llevamos de completa libertad intelectual. (Sea dicho con licencia de Dios y de la conciencia.)

Dice el uno: «Señor Fígaro: gracias á Dios, impertérrito escritor, que ha dado usted algun descanso á su pluma: no le negaré á usted que sus artículos me han solido hacer reir alguna vez; pero siempre tuve en medio de eso deseos vehementes de dar á usted un consejo. Yo, señor Fígaro, soy liberal desde chiquito, así como hay otros chiquitos desde liberales; anduve en lo del año 12, asunto de grandes controversias; que salvé, pues, la patria de la dependencia francesa, no hay para qué decirlo; que vino el rey, todo el mundo lo sabe; ¡ojalá nadie lo supiera! y que fuí luego á Melilla, eso lo sé yo, y basta. Vino el año 20 y vine yo; es decir, que vinimos todos. Cómo se manejó aquello, pues la cosa fué sonada, ya habrá llegado á oidos de usted, porque le tengo por liberal de esta nueva cria. Fué el caso no habernos entendido, que á entendernos otro gallo nos cantára; pero ¿qué quiere usted? la inteligencia no fué el don de que anduvo más pródigo el Sér supremo: en cambio nos dió memoria de firme, para nuestra desdicha, y voluntad, la cual podemos tener todo lo mala posible. ¡Tal es el hombre! Pero si nosotros no nos entendimos parece que nos entendió Angulema, y aun nos tradujo y nos refundió de tal suerte, que quedamos peor parados que comedia antigua en manos de poeta moderno. ¿Y quién tuvo la culpa? La libertad de imprenta. Claro está. Y sino lo probaré. Las naciones del norte vieron que la chispa eléctrica corria demasiado, suscitaron aquí el partido descontento, y alzáronse las guerrillas. Ya ve usted que esto es claro, ¡la libertad de imprenta!

»Dieron dinero y auxilios, y la faccion creció. Verdad es que la faccion no sabia leer. Pero si no hubiera sido por la libertad de imprenta la faccion no hubiera crecido.

»Acaloráronse los ánimos, y de puro no saber leer ni escribir, no nos pusimos de acuerdo. ¡Ya ve usted! ¡La libertad de imprenta!

»Entró Angulema, y ¿quién le dió sus bayonetas? La libertad de imprenta!

»Hubo desgraciadamente defeccion, torpeza ó mala fé en nuestro ejército, y á Cádiz con la maleta. ¡La libertad de imprenta!

»Acabóse todo, publicóse el gran manifiesto impreso. ¡La libertad de imprenta! y buenas noches.

»Aquí entró la emigracion, y de la emigracion el escarmiento. Ya ve usted, pues, si unido de esta suerte á esta causa, puedo yo no ser liberal de veras.

»Hoy es, y esta es la primera vez que hemos venido los emigrados, sin venir ningun año particular. Nacimos el año 12, nos fuimos con el 14, volvimos con el 20, y escapamos con el 23. Ahora nos hemos venido sin fecha: como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco á poco, los más atrevidos antes, los más desconfiados despues, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.

»No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, á cada paso creemos ver de nuevo el gato.

»Ahora bien, nuestro gato es la anarquía, porque el otro que habia en la casa se escaldó para siempre. ¿Y le parece á usted justo, señor Fígaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de escapar de dos fechas en contra y de dos emigraciones, que hemos vuelto, y que, á causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdone usted el galicismo, que me lo traje de Francia), nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos á incurrir en los mismos tropiezos de antes? No, señor: hemos hecho *amende honorable*. El andar deprisa los jóvenes, solo tendrá por resultado atropellarnos á los viejos: por consiguiente queremos órden. Bien comprendo que querrán andar deprisa aquellos emigrados que no han encontrado destinos, porque andando ellos los toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aquí, y los de la nueva cria. Estos al fin pueden decir: *Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.* Si no tienen otra cosa todavía, por fuerza han de tener prisa. Pero nosotros, señor Fígaro, los que hemos llegado á mesa puesta...

»Nosotros no tenemos más norte que lo pasado: nosotros vemos la anarquía, exista ó no: nosotros nos hemos enmendado: volvamos de nuestros errorres y evitaremos á toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina nos amaga, y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todo el 92.

»He dicho todo esto porque, deseando el bien para mi patria, y que evitemos los escollos pasados, creo que debemos ir poco á poco y unirnos cordialmente los que tenemos los destinos y los que no los tienen. Entendámonos por fin de esta manera. Ya ve usted que soy hombre que me pongo en todo: me he puesto en mi destino, y ahora me pongo en la razon.

»Por lo tanto, los artículos de usted que tienden á una oposicion directa, los artículos de usted que quieren poner en ridículo nuestra lentitud, solo pueden dar armas á nuestros enemigos. Aquí no hay más divisa que Isabel II. Y en cuanto á escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corrijamos, es disparate, porque no por eso los hemos de corregir: debe alabarse todo lo que hagamos, siquiera para no dar que reir á nuestra costa á los carlistas, y le advierto caritativamente que si persiste en el camino de esa oposicion que ha manifestado, haremos correr la voz de que todos los que hacen esa oposicion nos quieren precipitar de nuevo y quieren reproducir el año 23; hasta diremos que están vendidos á don Cárlos, y no faltará quien lo crea, pues aquí para todo hay creyentes, y lo que aquí no se cree, ya es preciso que sea increible.

»Con lo cual queda de usted su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino, etc.»

DOS LIBERALES,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

SEGUNDO ARTÍCULO.

Al sentar la pluma en el papel para este segundo artículo, que en nuestro número 122 del jueves dejamos prometido, mal pudiera dejar de recordar cierto lance ocurrido, no ha muchos años, á un buen cómico francés. Habia empezado su carrera dramática con no muy buenos auspicios; y esto en tales términos, que nunca le dejaba el público llegar al fin de la representacion. Escarmentado el hombre de estudiar papeles en balde, y deseoso de mudar públicos, tomó la rara resolucion de no dar en cada parte más de una representacion, y de no estudiar nunca mas que el primer acto del papel que á su cargo tomaba. Trascurrió así algun tiempo felizmente; pero hubo de llegar un dia á un pueblo, donde fuese por casualidad, fuese por alguna causa en él sobrenatural, no solo no le silbó el público desde los primeros versos, como le solia acontecer, sino que descendieron los aplausos sobre él, como el maná sobre los israelitas. Pero bajó el telon acabado el primer acto, y nuestro cómico, no habiendo estudiado el segundo, se vió precisado á salir y decir: «Señores, no hallándome acostumbrado á la acogida benévola que este ilustrado público acaba de hacerme, me veo en la triste precision de anunciar el segundo acto para mañana, á causa de no haberlo estudiado.» Con lo cual recibió la acostumbrada silba, entonces por haberlo hecho bien.

Los que hayan leido el principio de mi anterior artículo habrán comprendido ya el cuentecillo; á los que no, les diré francamente que al ver por fin impreso un artículo mio en *El Observador* del jueves, cosa á que no estaba ya acostumbrado, me hallé en el mismo, mismísimo caso que el cómico silbado. No presumiendo que habia de imprimirse nunca ni aun la primera parte de mi artículo, quedéme *in pectore* con la segunda.

Hé aquí la causa de su detencion en publicarse; supuesto sin embargo, que me he visto tan agradablemente sorprendido, vuelvo á hojear mi correo, encuentro la continuacion, y tal cual es allá sale la siguiente carta del otro liberal, si no lo han mis lectores por enojo.

«Yo, señor Fígaro, con permiso del Gobierno, soy liberal de padre á hijo, porque en mi casa este fué mal de familia. Mala herencia me dejaron; pero sobre no haber otra, quien lo hereda no lo hurta. A saber yo hurtar otro gallo me cantara, y no tendria necesidad de ser hoy en el dia liberal, que antes pudiera ser lo que me diese la gana; y así podria irme á Francia con el dinero y

la maldicion del público, como tomar á mi cargo un buen destino de donde pudiera seguir haciendo de las mias, que el dinero llama dinero.

»El hecho es que no hay nada de esto, y que en mi casa no hay más que dos cosas: mi opinion liberal, con la cual me doy á todos los diablos, y una silla, en la cual me siento.

»Yo fuí de los primeros que tomaron las armas contra los franceses en tiempo de la independencia: á un mismo tiempo casi acabó la guerra y la Constitucion. Entonces no extrañé yo que no me diese premio el recien llegado; pero llegó el año 20, y por más que peroré en todos los cafés de Madrid, por más patriotismo que lucí en listas públicas y motines, no pude ser nunca mas que empleado en loterías. Yo fuí miliciano nacional, yo pedí regencia... yo... qué sé yo lo que hice. Pero mi suerte era trabajar siempre para otros. En la guerra de la independencia trabajé, como todos, para su majestad; y dejemos este cuento, que es cuento de cuentos. En la constitucion trabajé para que se hiciesen ministros unos cuantos, y para que se hiciesen ricos otros pocos. Esta es la suerte de los que vamos de buena fé. Hasta en mi empleo de loterías, al cabo, ¿qué hacia? Trabajar porque les cayese á otros.—El año 23 se fué á Cádiz la patria, y yo me fuí con ella. Llegué roto y descalzo: hice prodigios en el Trocadero: la cosa se puso de pésima data, y cada pedazo de la patria tomó por donde pudo. Pedazo hubo que no paró hasta América. Solo yo, sin patria, que se me habia ido entre las manos, y sin empleo, que se encargó un realista de regentar en Madrid durante mi ausencia; sin dinero, porque yo no habia hecho más que motines mientras que otros habian hecho pacotilla, volvíme á Madrid, donde me pasé en la cárcel muy buenos meses por haber sido liberal.—Los diez años, no hablemos de ellos. ¡Ojalá hubiera sido emigrado! Con solo este deseo se podrá formar idea de mi situacion.

»Ocurre lo de la Granja, y viendo un resquicio por donde salvar la patria, hágome *cristino* de aquellos primeros que en secreto casi se armaron en Madrid. A poco el ministro famoso que no queria innovaciones peligrosas, debia encontrar malo que hiciéramos la innovacion de ser *cristinos*, y salimos desterrados yo y otros pocos.

»Vuelvo del destierro á fuerza de empeños, y amanece el dia 27 de octubre. Los realistas amenazan á Madrid. Lleno de patriotismo salgo á salvar la patria en peligro, desarmo cuantos puedo, á riesgo de mi vida, pero pasa el peligro, ceden los rebeldes, y una autoridad á quien presento mis trofeos me prende porque la patria no necesita de mis servicios, y porque ando armado sin autorizacion. Hé aquí lo que es la suerte de los hombres. Si los realistas aprietan más, soy un héroe aquel dia: cedieron pronto, y fuí un desobediente, un perturbador. Si ellos hubieran vencido, me hubieran ahorcado. Mi partido fué más generoso, se contentó con prenderme.

»Salgo, por fin, de la cárcel, y mi entusiasmo siempre en pié. Al fin los liberales, digo para mí, hemos de ser premiados algun

dia. Me presento á alistarme en las filas de la urbana, y me dicen que habiendo perdido mis pocos bienes el año 23, no ofrezco garantías. ¡Qué bien hicieron los realistas en dejarnos sin camisa! Si nos dejan algo hubiéramos podido armarnos contra ellos.—En el ínterin nace el Estatuto y las leyes fundamentales. Me presento á reclamar mi destino; pero, amigo, las leyes fundamentales no dicen nada de loterías: llévese el diablo las invenciones modernas. Por más que he registrado crónicas y partida, nada he encontrado: me he convencido, pues, de que las loterías es una innovacion. Mi empleo, pues, nada tiene que ver con la monarquía: no apoyándose mi reclamacion en las leyes fundamentales, es considerada como sin fundamento.

»Amplíase entre tanto la milicia, y al fin entro en ella. Me ofrezco á la patria para lo de Vizcaya, creyendo hacer falta. ¡Error! Nadie hace falta allí. Aprendo el ejercicio, y como no nos reunimos, ¿querrá usted creer, señor Fígaro, que todavía no conozco la cara de mis compañeros?

»Pero no importa; ocurren no sé qué conspiraciones, y prénde me por anarquista. Se indaga, se busca; lo único que se ha descubierto es que yo he estado en la cárcel. El peligro, pues, no era para la patria, sino para mí.

»Este es mi estado, señor Fígaro. Con todo sigo siendo liberal: así es, que no me llega la camisa al cuerpo.

»En atencion á estos datos, suplico á usted que se sirva no dejar dormir su pluma en ese camino de la oposicion, en que ha marchado con tanta gloria; en la inteligencia de que si usted afloja, yo y los mios haremos correr por todas partes la voz de que se ha vendido usted al ministerio.

»Esto no marcha, y solo una oposicion sostenida puede salvarnos. A ellos, pues, señor Fígaro, y dóblelos usted á sátiras si quiere conservar el aprecio de su seguro servidor.—*El liberal progresivo, y sin destino.*»

Esas son las dos cartas: las dos son liberales; las dos de hombres de buena fé, que solo desean el bien de la patria.—Si escribo en liberal, dirán unos que estoy vendido á don Cárlos. Si escribo en ministerial, dirán otros que estoy vendido al ministerio. ¡Si al ménos se supiese quién paga mejor!

¡Gracias á Dios, por fin, que ya estamos de acuerdo; gracias á Dios que nos entendemos!!!

LA VIDA DE MADRID.

Muchas cosas me admiran en este mundo: esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado

no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para estas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso qne vivo todo de admiracion, y estoy tanto más distante de ellas cuanto ménos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un dia de esos. en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo: cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le vé el fin á este cuadro halagüeño, que segun todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser Supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro más que de las otras todavía. de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque solo un Dios y un Dios Todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera qua la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala más alta ó más baja, pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversacion. Lord Wellington hablará de los whigs, el indio nómade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará á aquel el concluir con los primeros, que á este el dar caza á las segundas. La civilizacion le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado arteson, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexion para desearla.

El jóven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo más doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame dias pasados

con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay más que dos modos de pasear, ó solo ú acompañado. La conversacion de los jóvenes más suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: «Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡Cómo solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oir.» A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo ménos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid?—Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalon de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; dias hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico, me lo entra mi criado, despues de haberlo hojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leido ya; todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Jerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el dia? el capote de barragan: á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversacion; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el dia regular? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el dia? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desan-

dado este camino muchas veces, una vuelta á pié. A comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las más fuera de ella.

¿Acabé de comer? A Solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edicion de la conversacion de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un país donde no se hace nada, sea lícito al ménos hablar.

—¿Qué se dá en el teatro? dice uno.

—Aquí: 1° sinfonía; 2° pieza del célebre Scribe; 3° sinfonía; 4° pieza nueva del fecundo Scribe; 5° sinfonía; 6° baile nacional; 7° la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe; 8° sinfonía; 9°...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el *Diario* de ayer.

—Hombre, parece el de todos los dias.

—Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

—*¿Guillermo?* ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

—Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

—A mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí, respondo á mi compañero de paseo; á mí tambien me suele tocar el turno.

Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme: gran tualeta. A casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lúnes, y de. . y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada: entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala; vuelvo á salir al gabinete, vuelvo á entrar en el ecarté...

—¿Y luego?

—Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Despues de leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideracion de los que tienen apego á la vida.

BAILE DE MÁSCARAS.

BILLETES POR EMBARGO.

Desgraciadamente para la empresa de teatros, que no se cansa de hacer en obsequio del público todos los sacrificios que están al alcance de una especulacion que con tantas dificultades tiene que luchar, el tiempo no ha favorecido la entrada del segundo. Solo á esta causa podemos achacar la poca concurrencia, si es que no se quiere seguir la opinion de los que aseguran que no es Madrid pueblo que pueda resistir tres meses de carnaval. Acaso han empezado los bailes demasiado pronto, si bien nosotros tenemos entendido que para embromarse y engañarse los hombres unos á otros todos los meses son buenos. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el teatro del Príncipe ha presentado, sobre todo en este segundo baile, en que se han procurado corregir los leves defectos notados en el primero, un aspecto de lujo y de hermosura poco comun en bailes de esta especie; y es de esperar que el sentido comun venza por fin la resistencia que ideas ridículas de intempestiva aristocracia parecen oponer todavía entre nosotros á la igualdad y publicidad que reina en esta diversion, aun en tiempos en que dicen que la libertad tiende sus alas protectoras sobre todas las clases indistintamente.

Solo una cosa encontramos notable y digna de ser al público referida en estos bailes del teatro hasta ahora; cosa que contaremos, pero como es conocido el cuidado que siempre en nuestros artículos ponemos de huir de toda inculpacion de personalidad, y como por repetidas órdenes, instrucciones censoriales y reglamentos, todavía vigentes, no le es permitido á la libertad de imprenta decir todo lo que piensa, la contaremos sencillamente, y sin darle color, con la natural malignidad que suelen encontrar en nuestros escritos los benévolos lectores. Al referir un hecho sucedido en Madrid, en estos tiempos y á vista de todo el que lo haya querido ver, no podemos hacernos culpables de nada; si la cosa hace reir por sí, no estará la malicia en nosotros, sino en la cosa.

Sabido es, y ojalá no lo fuera, que el excelentísimo ayuntamiento tiene en cada teatro de esta ilustrada capital de esta renegada patria, un palco, palco que por más señas vale por dos: localidad que en la contrata del Gobierno con el empresario de teatros ha sido conservada para el uso de los señores capitulares.

Llegada sin embargo la época de los bailes de máscaras parece que el señor corregidor de esta muy heróica villa pasó al empresario un bando, ó sea instruccion, relativa á varias medidas de policía interior de estas funciones, en la cual no dejó de tocarse la grave cuestion de si los señores capitulares, cuyo número

parece montar á setenta y cinco, deberian ó no tener entrada á las funciones. Pareció indudable que tenian derecho á su palco, pero no tan indudable que lo tuviesen igualmente á entrar en el salon y disfrutar en él y en las demás localidades dispuestas *ad hoc* por el empresario, á fuerza de dinero suyo. El empresario creyó cumplir con lo que la justicia exigia dando pase á los señores setenta y cinco para su palco; pero no satisfaciendo esto á dichos señores setenta y cinco, parece que se recrecieron disturbios y reyertas de graves consecuencias para la república. Nuestro corregidor, cuya ilustracion seria difícil poner en duda, ofició al empresario para que se diesen á los setenta y cinco señores otros tantos billetes, es decir, setenta y cinco. Pero montando sesenta y cinco billetes, á razon de 25 reales por cada uno, á la cantidad de 1885 reales de vellon, desfalco notable en la entrada de cada noche, y pudiendo estos billetes ser luego regalados y no servir aun para su uso primitivo, dado caso que éste fuese de justicia, el empresario no sólo se negó á darlos, sino que elevó la cuestion al señor gobernador civil, y con ánimo, segun creemos, de seguirlo elevando en todo caso hasta la última potencia posible, y de no ceder de su derecho sino á la fuerza.

En tan apuradas circunstancias, yendo y viniendo dias, llegábase el dia del baile, y en el ínterin que se decidia si los señores setenta y cinco capitulares, por representar la villa de Madrid, la cual ha cedido en una contrata particular los teatros á una empresa, deben disfrutar ó no gratis de todas las funciones que en el local puede dar la empresa, incluso alumbrado, alfombra, mesa de juego, ambigú y demás: en el ínterin, repetimos, que esto se decidia, se presentó en el despacho de los billetes el alguacil mayor, con su correspondiente escribano y demás alguaciles menores, y embargó dichos setenta y cinco billetes, para dichos setenta y cinco capitulares, prévia la competente protesta del despachador de ceder á la fuerza y el competente recibo del competente escribano. Ignoramos cuáles puedan ser las decisiones ulteriores que sobre esta cuestion, que pudiéramos llamar de los setenta y cinco, recaigan, ni es esto de nuestra incumbencia, ni nos adelantaremos á dar nuestro voto en el particular, si bien nadie ha dicho que no lo podemos tener como cada vecino de esta villa, á quien representan los setenta y cinco capitulares.

Solo sí contaremos un caso que nada tiene que ver con lo que llevamos contado, y al referir el cual protestamos contra toda alusion. Es capítulo aparte: táchesenos, si se quiere, de confundir unas materias con otras: en un periódico no pueden venir las materias muy separadas aunque uno quiera; pero no se nos tache de malignos, que esta fuera inculpacion á la cual no podríamos resistir.

El caso era que en un pueblo solía salir en un dia señalado todos los años una procesion, no sabemos á qué propósito, la cual tenia de costumbre inmemorial designada la carrera que debia seguir. Ocurrió un año, antes del tiempo de la procesion, tapiar é incomunicar cierta calleja, por la cual solia pasar aquella; y con-

vertida ya la calleja en callejon sin salida, fué preciso variar la carrera que la solemnidad ambulante llevaba. Alboro'óse empero el pueblo, y sobre todo los vecinos de la calleja, que querian disfrutar del paso de la Vírgen; y tanta fué la grita y la zalagarda, que fué indispensable la intervencion del alcalde, el cual oidas las partes, que fué cosa rara, decretó: «En atencion á lo que se me ha dicho por una y otra parte, y á pesar de estar hecha la calleja callejon sin salida, mando y ordeno que se guarden los usos y costumbres, y que vaya la procesion por la calleja.»

LA CALAMIDAD EUROPEA (1).

Muchas y grandes han sido las calamidades con que la Providencia en sus secretos fines quiso afligir en distintas épocas al hombre. Ya desde un principio pudo conocer el más lego la desgracia que presidia á la creacion de este mísero globo. El que vió en los primeros tiempos que fué preciso arrancar al hombre de su propia costilla la mujer, ó habia de tener poco olfato, ó debia ya decir para su capote (permítaseme el anacronismo) que habia de venir presto abajo nuestra felicidad. Así fué; habló una serpiente: la mujer dió oidos al primer advenedizo, fragilidad que desgraciadamente se ha trasmitido de siglo en siglo; cortóse la manzana del árbol del bien y del mal, que por lo visto solo tenia el mal para nosotros, hincóle el diente el crédulo esposo, y vínose abajo á renglon seguido todo el edificio del primaveral paraíso. Primera calamidad, y no la más floja. Hénos aquí ya habitando la tierra, merced á la picia del primer hombre: nace el segundo mortal, y segunda picia: lo primero que hace es matar al tercero: hé aquí una raza maldita, y la segunda calamidad. Con tan galanos principios no debió de ser dificil augurar los fines. El primer homicidio no debia de ser el último. Endurécese el hombre en el mal, sucédele un vicio á otro, un crímen abona el anterior, y pónese la cosa tan de mala data, que cansado y arrepentido el Hacedor, lluévele encima al hombre, y pónelo perdido. ¡Dia de agua! Ni sirven ramas, ni valen altos montes. Se abren las cataratas del cielo, derrámase el líquido abundante, ahógase todo bicho, y hé aquí la tercera calamidad.

Vuelve el hombre á poblar, y ya de aquí en adelante imposible fuera poner órden en las calamidades. No bien sale del reciente escarmiento, lánzase de nuevo al crímen: olvida su Dios y su religion; de nada ha servido el diluvio; el Criador lo conoce, y vista

(1) Todo el mundo recuerda la expulsion del señor Burgos del Estamento de ilustres Próceres. Aquel acto, legal ó ilegal, y el párrafo del artículo citado más abajo, y publicado en los periódicos de la época por el destituido, son datos más que suficientes para la inteligencia de este escrito, que entonces no vió la luz por circunstancias independientes de la voluntad del autor.

la ineficacia del agua, aquí prueba con Sodoma y Gomorra la virtud del fuego: igual resultado. Allá convierte en sal al curioso. Acá confunde en Babel las lenguas insolentes, y vuélvese la torre una cazuela de un teatro de Madrid. Tiempo perdido. Desde entonces todos hablan y ninguno se entiende; pero no por eso se ha mejorado nuestra condicion. Caiga agua, baje fuego, venga sal, lluevan lenguas sobre nosotros; el hombre insolente todo lo aprovecha. Inventa barcos, y anda sobre el agua; recoge la lumbre, y caliéntase á ella; toma la sal, y échala en el puchero; aprende las lenguas, y corre á enseñarlas por el equitativo estipendio de treinta reales al mes...

¿Quién tendria desde entonces el vano proyecto de seguir en su curso las calamidades del hombre? Poco antes de llegar á la tierra de promision, adora el becerro de oro, figura simbólica del siglo XIX, que habia de adorar el oro, aunque fuese en un becerro; en Jericó hace añicos todos los cántaros de la provincia; en Egipto adora la cebolla, ídolo por cierto de muy mal tono; en el Indostan tributa honores al sol y al fuego; en la India occidental, que tenia más de occidental que de India, adora la luna entera; más económico en Asia, adora media luna no más; en Africa reverencia á los bichos ponzoñosos; en Europa rinde culto á sus grandes ladrones y asesinos, y erige altares á sus tiranos; aquí se hunde la Atlántida, preparando á navegantes con su hundimiento descubrimientos fatales; ábrense volcanes por todas partes, vomitando lumbre sobre él; las tempestades aquí, la peste allí, la guerra de nacion en nacion, las preocupaciones dó quiera, la mujer en todas partes; todo es error y desgracia, todo crímen y confusion el mundo; todo, es, en fin, calamidades.

Dejemos, pues, á un lado las del mundo para ocuparnos solo de las de Europa.

Nace apenas la sociedad europea, y surgiendo de ella Elena, lánzase aquella contra el Asia en mil frágiles barquillos á llevar á las playas troyanas el hierro y la destruccion. *Nótese que la primera calamidad europea emanó de la importancia dada á la fidelidad de una mujer.*

El adulterio, el asesinato y el incesto reciben á su vuelta á los vencedores argivos. Cien repúblicas en seguida, ansiosas de libertad, se aherrojan mútuamente, y un ejército de persas viene hasta Maraton á sembrar el luto en la sociedad europea. *Nótese que la segunda calamidad es una intervencion extranjera.*

Dos bandoleros famosos, Remo y Rómulo, echan los cimientos de la ciudad universal, que con las armas en la mano avasalla despues y esclaviza á la Europa entera. *Nótese que el principio de la tercera calamidad fueron dos ladrones públicos.*

El Norte vomita sobre el Mediodía hordas innumerables de vándalos y godos, que mudan á sangre y fuego la faz de la malhadada Europa. *Nótese que la cuarta calamidad vinole á Europa del Norte.*

El hijo de Dios habia descendido ya á morir en la tierra por los hombres; una religion nueva alzaba sus bienhechoras cruces por todas partes; más de cien hijos espúreos, saliendo del rio princi-

pal, como sangrías de licor ponzoñoso, inundan el mundo de sectas parciales: los hijos de un innovador atrevido se arrojan de Asia á Europa con el alfanje en una mano y el Koran en la otra: numerosas cruzadas se levantan por la religion, y encienden la guerra general: nuevas sectas derraman luego la sangre alemana, y poco despues la inglesa y la francesa. La reaccion, sangrienta, como la accion, establece tribunales horribles, y cada pueblo, durante siglos enteros, aquí por la guerra civil, allí por la conquista de otro hemisferio, es una ara inmensa cubierta de mártires; los hombres son mitad víctimas, mitad sacrificadores. *Obsérvese que la quinta calamidad le vino al hombre de la preocupacion religiosa, de la supersticion, del fanatismo.*

Sobre la sangre humeante de los *autos de fé* nace la política, y con ella el soñado equilibrio de los reinos; guerras de sucesion, guerras de familia suceden á las guerras religiosas; pueblos enteros perecen víctimas de guerras personales de sus reyes, y de etiquetas palaciegas. *Adviértase que la sexta calamidad le vino á la Europa de la importancia dada al apellido de sus pretendidos dueños absolutos.*

Vencedores estos contemplan como instrumentos á sus súbditos; pero cansados al fin los pueblos, caen en la cuenta de sus derechos, y un grito unánime de libertad resuena en el universo. La Europa le acoge, y responde á él; se abre una lucha sangrienta de principios; una revolucion espantosa traspasa todos los límites posibles; un coloso nace de ella á detenerla; vencido empero el coloso, la libertad vuelve á desplegar sus alas. Desde entonces los hombres siguen vertiendo anchos rios de sangre para reconquistar de la rutina el derecho más sencillo y claro de todos: su propia voluntad. *Nótese que la séptima calamidad nos viene de haber conferido nuestros poderes sin restriccion, sin prenda, sin garantía; de haber dejado prescribir un derecho.*

Hemos llegado á la octava calamidad europea. ¿Pues cuál otra horrible calamidad nos amenaza? ¿Otro cólera? Si el hombre nació para morir, la peste es una muerte cualquiera. Mayor es la calamidad que nos amaga: más terrible la prueba á que nos sujeta la Providencia. ¿Algun reglamento? Eso seria una gota más en el mar. ¿Algun empréstito? El deber es calamidad sólo para quien ha de pagar, ó para quien presta. ¿Otra invasion de rusos? Más todavía. ¿Qué seria una invasion de rusos? algunos años de despotismo. Para pueblos tan acostumbrados, para pueblos donde hay aun quien pelee por él, nada. Es volver la tortilla. No faltaria quien la comiera.

La gran calamidad europea, la calamidad de las calamidades, hé aquí cómo la hallamos consignada en un comunicado que en un periódico leemos.

«Que conmigo se haga una injusticia (nos dice un personaje, un tanto cuanto atropellado en las formas), puede ser un triunfo para mis enemigos; pero en el caso presente, la violencia usada hácia mí es un desastre para todos, es una brecha abierta en el corazon de nuestras instituciones, es una calamidad nacional; ¿y

quién sabe si no podrá hacerse una calamidad europea? Los trastornos que podrian resultar de tan evidente violacion de los principios conservadores de nuestro régimen, podrian ir más allá de los Pirineos.»

Hé aquí bien clara la gran calamidad, que entre tanto que lo es para la Europa, lo es indudablemente para el que escribe. La cosa en verdad no es insignificante como muchos creen; bien pudiera ser trascendental: pero lo que ni nosotros habíamos presumido, ni nuestros lectores tampoco, es que esto podria trastornar el mundo. Curiosos por demás de lo que nos podria acontecer, hemos recorrido, como ha visto el lector, la historia del mundo y de sus calamidades. Hemos temblado por nosotros y por la Europa. ¿Obrará este accidente como el robo de Elena? ¿Será Troya nuestra patria? ¿Tendrá los resultados del levantamiento de Remo y Rómulo? ¿Será la voz del destituido el grito de Lutero? ¿Imperará á los mares como el *quos ego* de Virgilio? ¿Será su desgracia, justa ó injusta, legal ó ilegalmente llevada á cabo, el Waterloo de nuestra pequeña libertad? ¿Qué parte del mundo se hundirá? ¿Obrará como un diluvio, como un castigo del cielo, ó como una calamidad puramente humana?

¡Ah! ¡plegue al cielo apartar de nosotros tan terribles infortunios! *¡Lejos, pobre España, lejos de nosotros el profeta y la profecía!!!* (1)

TERCERA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACA

A UN LIBERAL DE ALLÁ.

Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestacion, ó al ménos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela sí la segunda, y larga: tanto que pudiera ocupar con ella más pliegos que ocupó la memoria de Marina presentada en las Córtes, más tiempo que dura una faccion, y más terreno que el que reconoce cuándo y como quiere Zumalacárregui, sin darte por eso más fruto ni más sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es Gobierno representativo lo que tenemos?

(1) Poco despues desapareció efectivamente el profeta, y la profecía todavía no ha parecido.

No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representacion de los trabajos y pasion de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algun quejoso: hay por otra parte muchos que están representando á cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español por otra parte representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representacion; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer á pié juntillas, no solo que vivimos bajo un régimen representativo, aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es más que una pura representacion, á la cual, para ser de todo punto igual á una del teatro, no le faltan más que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales anteriores, no deben andar muy lejos, ni de hacerse esperar mucho, segun la mareta sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Ménos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la más amplia libertad posible: y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupacion, que ninguna nacion culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas, que esto no es más que una suposicion. Que eres español, y que dices para tu capote, por ejemplo: «Yo quiero ser carlista.» Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te lo estorba; que te cansas de la faccion y que te vas á tu casa, nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas, uses de la fórmula de decir que te acoges á algun indulto de los últimos que hayan salido, ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un dia de mal humor, y que conspiras como carlista, ó que te defiendes en tu cuartel á balazos ó con cualquiera otro medio inocente: vas á Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes geografía.

Verdad es, que si como te habia de dar por conspirar en favor de los diez años, te da por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia, y que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen á prender á tu misma casa, que es gran comodidad; pero, amigo, no se cogen truchas á bragas enjutas, y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es, que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir di-

ciendo por las calles: «¡Viva la libertad!» ú otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco seria justo, porque yo no creo que porque los haya empleado este ú aquel dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso: quiero decir, que podemos gritar en dias solemnes: «¡Viva el Estatuto!» y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquela de convite; más, una esquela de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y apellido, bien especificado: nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que dá cualquiera. Que eres poeta, y que llega un dia de su majestad y haces una oda: allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y tambien puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido comun, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico, nada más fácil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ellos, y sino los encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito: que no los tienes; tambien los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como los de Gremios, etc., etc. El dia de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia; que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias... no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ò no eres mayorazgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico, sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia, te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por supuesto, y lluévete suscripcion encima, porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no solo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres más que ninguna nacion del mundo, y que tenemos amplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal,—*El liberal de acá.*

P. D. La cuádrupla alianza sigue produciendo saludables efectos.

LO QUE NO SE PUEDE DECIR, NO SE DEBE DECIR.

Hay verdades de verdades, y á imitacion del *diplomático* de Scribe podríamos clasificarlas con mucha razon en dos: la verdad que no es verdad, y... Dejando á un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos á la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epígrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, á saber, esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposicion, á quienes ningun gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el dia; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convenido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos... Vaya usted á saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar á los que le gobiernan? ¿No es esto la dé bil y mezquina criatura pidiendo cuentas á su Criador?

La ley, señor, la ley. Clara está y terminante: impresa y todo: no es decir que se la dan á uno de tapadillo. Ese es mi norte. Cójame Zumalacárregui, si me ve jamás separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo: no quiero que me lo prohiban, aunque no sea más que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted? me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan, ¿qué hace usted para que no se lo prohiban?

¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo: «Lo que no se puede decir, no se debe decir.» Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo á criticarlo: ¡nada de eso! no me compete. Sea reglamento ó no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo que es más. Y continúo:

Artículo 12. «No permitirán los censores que se inserten en los periódicos:

»Primero: artículos en que se viertan máximas ó doctrinas que conspiren á destruir ó alterar la religion, el respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto Real, y demás leyes fundamentales de la monarquía.»

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que me ocurra una idea que conspira á destruir la religion. La callo, no la escribo, me la como. Este es el modo.

No digo nada del respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto, etc., etc. ¿Si les parecerá á esos hombres de oposicion que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan; ni cómo he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se ve que me ocurriria entrar en el exámen de ese respeto, y que me ocurriria investigar los fundamentos de todas las cosas más fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió; pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora; en cuanto á escribirlo, ¿no fuera una necedad? No pasaria. Callo, pues: no lo pongo, y no me lo prohiben. Hé aquí el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumision. O es ley, ó no es ley. Mal haya los descontentadizos. ¡Mal haya esa funesta oposicion! ¿No es buena manía la de oponerse á todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las *sátiras é invectivas* contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohiben aunque se *disfracen* con *alusiones* ó *alegorías*. Pues no se disfrazan. Así como así ¡no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones y alegorías!

Los *escritos injuriosos* están en el mismo caso, aun cuando vayan con *anagramas* ó en otra cualquiera forma, *siempre que los censores se convenzan de que se alude á personas determinadas.*

En buen hora; voy á escribir ya; pero llego á este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa; puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el Gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. Hé aquí, hé aquí el sistema. Hé aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada más fácil que obedecer. Pues entonces, ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los *escritos licenciosos*, por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y á mi primera resolucion; nada escribo; más fácil es no escribir nada, que ir á averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar á *algunos soberanos* y *gobiernos extranjeros*. ¿Pero no lo prohibe la ley? Pues chiton.

Hecho mi exámen de la ley, voy á ver mi artículo: con el reglamento de censura á la vista, con la intencion que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel: no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema: buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo:

«Lo que no se puede decir, no se debe decir.»

REVISTA DEL AÑO 1834.

No sé por qué capricho extraordinario, y en oposicion con mis hábitos antiguos, el 31 de este Diciembre que espira hubo de asaltarme el sueño mucho más pronto de lo que acostumbra; no diré si fué porque leí ese dia más artículos de periódico de los que puede resistir mi débil naturaleza, ó si fuí á alguna representacion nueva, de esas en que el autor y los actores hacen todo lo que pueden, y en que suele uno no poder con lo que hacen. Lo único que puedo asegurar, juzgando por los resultados, es que reclinado en una poltrona moderna me entregué á Morfeo con la misma seguridad y descuido que un juez en la audiencia, ó que una autoridad no responsable en dias de calamidad. No sé el tiempo que habria trascurrido desde el momento que hice tan completa abnegacion de mí mismo, cuando se me antojó ver un anciano venerable, que por su reló de arena y su luz hube de reconocer por el Tiempo; envuelto en una nube, como pudiera un majo en su capa, porque es sabido que esta clase de visiones siempre aparecen entre nubes, aparecia indicarme con el dedo dos puertas, una enfrente de otra, en la una de las cuales se leia *pasado*, y en la otra *futuro*. Parecióme entonces que salia de su seno un sér más jóven que él en verdad, pero semejante á aquellos hombres, que todos conocemos, en quienes la decrepitud y la muerte ha seguido muy de cerca á su nacimiento. En su frente se leia en letras gruesas 1834. Seguíanle, y fueron pasando ante mis ojos deslumbrados,

doce mancebos, en cada uno de los cuales se veia sobre sus diversos atributos el nombre de un mes. Al pasar cada uno de ellos ante el primer venerable personaje, que iba á acabar con su existencia, hacíanle profundo acatamiento, lo cual me recordó á los hombres que siempre están más comedidos con quien peor les trata. Figuróseme que le daban cuenta exacta de su corta y efímera vida, y el anciano iba reasumiendo los datos en un gran libro lleno de borrones y de enmiendas. «Segun las mentiras que en ese libro se aciertan de léjos á divisar, dije para mí, debe de ser el libro de la historia.» Así era efectivamente.

Pasados en revista los doce mancebos, y oidas sus revelaciones, á tiempo que iba á poner el último el pié en el lintel de una de las dos puertas, fué preciso escuchar la relacion que, en descargo sin duda de su conciencia, hizo al tiempo el segundo personaje, y de la cual, si mal no me acuerdo, hube de recoger los siguientes fragmentos:

«Al nacer, comenzó el buen viejo, que se veia morir, despues de tan corta vida, encontré al mundo poco más ó ménos como mis predecesores: reyes por todas partes mandando pueblos, pueblos por todas partes dejándose mandar por reyes. Engaños y falsedades, donde quiera, charlatanismo en todas partes, crédulos é ignorantes siempre erigiendo el edificio de su poder...

Encontré á España empezando á despertar de un sueño como el de Endimion, aparte la diferencia del número de los años. En política un manifiesto; barrera entre el despotismo y la libertad, existia oponiendo diques á todas las corrientes; yo le desbaraté, y la corriente de la libertad, sin verse expedita aun, halló rendijas y aberturas por donde penetrar é ir poco á poco fertilizando los campos. En mis primeros momentos de vida, en tiempo de máscaras por más señas, llamé al poder á un hombre todo esperanzas, de estos de quienes se dice simplemente que prometen; pero no me estaba reservado ver en mi corta vida realizadas las promesas, y dudo que las vean mis sucesores cumplidas. Durante mi tiempo ha nacido un mónstruo, el *miedo á la anarquía;* mónstruo, como el terror, pánico; él ha perseguido á mis hijos predilectos; él ha alargado la vida á los hijos de mis diez antepasados...

Sin embargo, una representacion nacional ha venido á sentarse en los escaños públicos de dos estamentos, que he venerado, y en cuya naturaleza antico-moderna no he hecho alto. Lo he tomado como me lo han dado. La posteridad no dirá que no he sido filósofo: todo lo contrario: he tomado las cosas conforme han venido: he visto abolido el voto de Santiago, pequeño paso, y como este otros tan menudos que ni los recuerdo. Grande, nada he visto sino la paciencia. He visto celebrarse un gran tratado diplomático: no he visto sus resultados.

Encontré á mi advenimiento algunos facciosos: al morir me hallo en el apuro del que muere muy rico, en este particular, no sé los que dejo.

He mirado estrellarse en las provincias reputaciones antiguas, como la espuma del mar en las rocas.

Una calamidad tan espantosa como esa, ha hecho y hará por mucho tiempo memorable mi existencia; un azote del cielo ha devastado el suelo. El cólera morbo se ha llevado lo que ha perdonado la guerra civil.

En punto á ciencias no he visto nada: en literatura, he visto una ó dos producciones nuevas; he visto dos dramas históricos, de que no sé si hablarán tanto como yo mis sucesores.

En artes tampoco he visto gran cosa. El año 34 será célebre por sus calamidades; nadie empero le verá jamás en el libro de los adelantos humanos para España; es de temer que no sea yo el último á quien se haga ese reproche.

Al dejar mi corto reinado, déjolo peor que lo encontré, y ojalá que el remedio estuviera tan cerca como mi fin. Debo advertir que he vivido amordazado, y que muero todavía sin voz. Por eso me fuera imposible decir cuanto he visto; pero solo declararé que me hubiera estado mejor haber nacido ciego.

Mi fin se acerca por momentos. ¡Ojalá que mis sucesores puedan dar mejor cuenta de sus dias, ojalá que no vean tantos como yo perdidos ó manchados!»

Al decir estas últimas palabras, abriéronse de repente entrambas puertas con nunca oido estrépito. El Tiempo extendió su hoz destructora sobre las trece cabezas, y se hundieron rápidamente en el interior del *pasado*, que volvió á cerrarse en el mismo instante. La puerta de lo *futuro* se abrió entonces... un velo denso me impidió ver su interior distintamente... en aquel punto doce terribles campanadas me indicaron las doce de la noche, desperté y aun ví dos cosas entre sueños: un enorme letrero en la puerta de lo *futuro*, que empezaba á desaparecer á mis ojos despiertos, el cual decia: «año 1835.» La cosa segunda que ví fué que al hacer este sueño no habia hecho más que un plagio impudente á un escritor de más merito que yo. Dí las gracias á Jouy, me acabé de despertar, y me preparé á ver en el próximo y naciente 1835 una segunda edicion de los errores de 1834. Ojalá que la experiencia desmienta mi funesto pronóstico.

LA SOCIEDAD.

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinion de los escritores mal humorados que han querido probar que el hombre habla por una aberracion, que su verdadera posicion es la de los cuatro piés, y que comete un grave error en buscar y fabricarse

todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hanse apoyado para fundar semejante opinion en que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda: pero tanto valdria decir que el frio no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concederemos á los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad: razon por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar esta. A nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Solo los bienes son ilusion.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

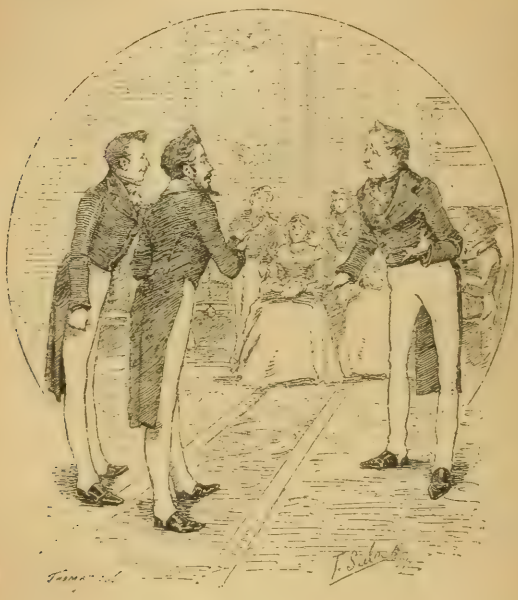
De necesidad parece, creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus fuerzas á las de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque á su hermano (que así se llaman los hombres unos á otros por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podria deducirse que la sociedad es un cambio mútuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario: nadie concurre á la reunion para prestarle servicios; sino para recibirlos de ella: es un fondo comun donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando solo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mútuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es por una incomprensible contradiccion aquello mismo que pareceria destinado á disolverla; es decir, el egoismo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reune unos á otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos á otros: segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos; y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos más que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creacion estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponia por base de todo el egoismo, podia haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestion para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos países.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aun, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y ama-

mos por la última. Entonces no hay nada ménos divertido que una diversion; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á qué atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los más experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demás, inútilmente hacia yo las anteriores reflexiones á un primo mio que queria entrar en el mundo hace tiempo, jóven, vivaracho, inexperto, y por consiguiente alegre.



Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traia al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pilades; toda amante le parecia una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el dia que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Por qué no habia de ser feliz mi primo unos dias como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Limitéme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demás el de desengañarle de él.

Despues de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazon recto, una alma noble, ni aun una buena figura, es decir, despues de haberse

proporcionado unos cuantos fraques y cadenas, pantalones colan y mi-colan, reloj, sortijas y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presuncion, un personal excelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversacion, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *écarté*, y todo el desprecio posible de las mujeres, hablando con los hombres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introduccion. «Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!!» A los quince dias conocia á todo Madrid: á los veinte no hacia caso ya de su antiguo consejero: alguna vez llegó á mis oidos que afeaba mi filosofía y mis descabelladas ideas, como las llamaba: «Preciso es que sea muy malo mi primo, decia, para pensar tan mal de los demás:» á lo cual solia yo responder para mí: «Preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos.»

Cuatro años habian pasado desde la introduccion de mi primo en la sociedad: habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano; voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquellas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Habia, sí, sabido mil aventuras suyas de estas que, por una contradiccion inexplicables, honran mientras solo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio, pero nada más. Ocurrióme en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relacion; y á pocos pasos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le habia visto; no sé si me buscó él á mí, si le busqué yo á él; solo se que á pocos minutos paseábamos el salon de bracero, y alimentando el siguiente diálogo:

—¿Tú en el mundo? me dijo.

—Sí, de cuando en cuando vengo: cuando veo que se amortigua mi ódio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle de ménos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero ¿tú no bailas?

—Es ridículo: ¿quién va á bailar en un baile?

—Sí por cierto... ¡si fuera en otra parte!... Pero observo desde que falto á esta casa multitud de caras nuevas..... que no conozco.....

—Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid.... porque las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

—Así es, respondí, que falto á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses.... ¿Quién es, por ejemplo esa jóven?.... linda por cierto... Baila muy bien... parece muy amable...

—Es la baroncita viuda de ***. Es una señora que, á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir, ha llegado á

ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, y no abriga más malicia que la que cabe en veinte y dos años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente los más de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe por consi-

guiente á su mérito y á su virtud el haber perdido la reputacion. ¿Qué quieres? ¡esa es la sociedad!!!

—¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los piés segun se baja el vestido á cada momento.

—Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galan. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en ménos de un año: nadie las sabe sino yo: es casada; pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer órden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y esta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira; apartémonos: quiero evitar

el encuentro de ese que se dirige hácia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pié, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: tambien en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningun amigo más íntimo. Esa es la sociedad.

—Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *écarté*. ¿Quién es aquel que juega á la derecha?

—¿Quién ha de ser? Un amigo mio íntimo, cuando yo jugaba. Ya se vé; ¡perdia con tan buena fé! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! este viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un jóven con aire marcial y muy amistoso.—¿Cómo le tratan á usted?.... le preguntó mi primo.

—Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y á usted?

—Peor todavía; á Dios.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.—Hombre, si no has jugado, le dije á mi primo, ¿cómo dices?...

—Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venia á preguntar si tenia suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulacion: lo que no gana lo pide....

—Pero ¿y qué inconveniente habia en prestarle? Tú que eres tan generoso. ..

—Si, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado....

—¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separábais.

—Es verdad; y yo le queria; me lo encontré á mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mi! Pero de allí á poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinion, y nos hizo reñir: él no logró nada; pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

—¿Es posible?

—Esa es la sociedad: era mi amigo íntimo Desde entonces no tengo más que amigos; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden: al revés, compran.

—¿Y tampoco has tenido más amores?

—¡Oh! eso sí: de eso he tardado más en desengañarme. Quise á una que me queria sin duda por vanidad, porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podia arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente á una casada: esa sí, creí que me queria solo por mí; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no pude tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; hubieron de llegar á oidos del marido, que empezó á darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debia concluirse el amor; su tranquilidad era lo prime-

ro. Es decir, que amaba más á su comodidad que á mí. (1) Esa es la sociedad.

—¿Y no has pensado nunca en casarte?

—Muchas veces; pero á fuerza de conocer maridos, tambien me he desengañado.

—Observo que no llegas á hablar á las mujeres.

—¿Hablar á las mujeres en Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas, como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles, como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreir tres veces á una mujer; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan: «Fulano hace el amor á mengana.» Esta expresion pasa á sospecha, y dicen con una frase, por cierto bien poco delicada: «¿Si estará metido con fulana?» Al dia siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mujeres, que porque han tenido una desgracia ó una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasion de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuracion. Si hablas á una bonita, la pierdes; si das conversacion á una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin.

Al llegar aquí no pude ménos de recordar á mi primo sus expresiones de hacia cuatro años: «Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!!»

Un apreton de manos me convenció de que me habia entendido. «¿Qué quieres? me añadió de allí á un rato; nadie quiere creer sino en la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaria bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio no pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego á los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunion de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡pícaros, necios, inocentes!!! ¡Más dichoso aun, si hay excepciones, el que puede ser excepcion!!!»

(1) Tambien amaba mas su comodidad que á Larra la muger que fué causa de su muerte.

UN PERIÓDICO NUEVO.

Noble Espagne, oú la littérature est réduite á la liberté du monologue de Figaro.

F. SOULIÉ. La librairie á Paris.
Livre des Cent-et-un.

¿Por qué no pone usted un periódico suyo? ¿Cuándo sale *Fígaro?* ¡Es idea peregrina! Ya he visto en los demás periódicos la publicacion del permiso para el periódico nuevo. ¿Saldrá por fin en Febrero, en Marzo? ¿Cuándo? ¿Nos hará usted reir, por supuesto?

Hé aquí las preguntas que por todas partes se me dirigen, que me cercan, me estrechan, me comprometen, y á las cuales me veo mas apurado para responder, que se ven hace tres dias... Iba á hacer una mala comparacion; y si me la habia de suprimir algun amigo de estos que miran de continuo por mi tranquilidad, suprímomela yo.

¿Por qué no he de publicar un periódico tambien? he dicho efectivamente para mí. En todos los países cultos y despreocupados la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido á clasificarse, á encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos. No se publican ya infolios corpulentos de tiempo en tiempo. La moda del dia prescribe los libros cortos, si han de ser libros. Y si hemos de hablar en razon, si solo se ha de escribir la verdad, si no se ha de decir sino lo que de cierto se sabe, convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro. Los adelantos materiales han ahogado de un siglo á esta parte las disertaciones metafísicas, las divagaciones científicas; y la razon, como se clama por todas partes, ha conquistado el terreno de la imaginacion, si es que hay razon en el mundo que no sea imaginaria. Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa, la rapidez, diré mejor, es el alma de nuestra existencia, y lo que no se hace de prisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razon por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España. Las diligencias y el vapor han reunido á los hombres de todas las distancias: desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido tambien en el terreno. ¿Qué significaria, pues, un autor formando á pié firme un libro, detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebata? ¿Quién se detendria á escucharle? En el dia es preciso hablar y correr á un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrido, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, á un periódico, lo que un carromato á una diligencia. El libro lleva las ideas á las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan á pequeñas jornadas como este lleva la gente á las provincias. Así solo puede explicarse la armonía, la indispensable relacion que existe entre la ilustracion del siglo y la es-

casez de los siglos nuevos. De otra suerte seria preciso inferir que la civilizacion mata las artes y las letras. Y decimos las artes, porque aquella misma rapidez de existencia ha lanzado sobre el terreno de la pintura la litografía, y ha levantado al lado de las antiguas moles de arquitectura gótica de los tiempos lentos, las modernas construcciones de las ratoneras que por casas habitamos en el dia.

Convencidos de que el periódico es una escuela indispensable, si no un síntoma de la vida moderna, esperarian tal vez aquí nuestros lectores una historia de esta invencion; una seria disertacion sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron ó no su primer nombre á una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Solo diremos que los primeros periódicos fueron *gacetas:* no nos admiremos, pues, si fieles á su orígen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la aficion á mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos más remotos; en lo cual no han hecho nunca más que administrar una herencia. Es su mayorazgo; respetamos este como los demás, pues que estamos á esta altura todavía. (1)

Inapreciables son las ventajas de los periódicos; habiendo periódicos, en primer lugar, no es necesario estudiar, porque á la larga, ¿qué cosa hay que no enseñe un periódico? Sabe usted por un periódico la hora á que empieza el teatro, y algunas veces la funcion que se representa, es decir, siempre que la funcion que se representa es la misma que se anuncia: esto, al fin, sucede algunas veces. Por los periódicos sabe usted de dia en dia lo que sucede en Navarra, cuando sucede algo; verdad es que esto no es todos los dias; pero para eso muchas veces sabe usted tambien lo que no sucede: no sabe ciertamente la pérdida del enemigo, pero esa siempre debe ser mucha; y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca; y se sabe que los caballos de los facciosos corren más que los nuestros, puesto que siempre deben aquellos su salvacion á su velocidad. Así se supiera dónde diantres los van á buscar. Esta investigacion seria de grande utilidad para mejorar nuestras crias. Por un periódico sabe usted que hay Córtes reunidas para elevar sobre el *cimiento* el edificio de nuestra libertad. Por ellos se sabe que hay dos Estamentos, es decir, además del de Procuradores, otro de Próceres, Por los periódicos sabe usted, *mutatus mutandis*, es decir, quitando unas cosas y poniendo otras, lo que hablan los oradores, y sabe usted, como por ejemplo ahora, cuando una discusion es tal discusion, y cuándo es meramente *conversacion*, para repetir la frase feliz de un orador.

¿A quién debe aquel orador de café, que perora sobre la intervencion extranjera, sus vastos conocimientos acerca de las inten-

(1) Ha transcurrido medio siglo desde que esto se escribió y seguimos á la misma altura.

ciones de Luis Felipe, sino á los periódicos? ¿Dónde habria aprendido aquella columna de la Puerta del Sol, que hace la oposicion de corrillo en corrillo, lo que es un tory y un whig, y un reformista, y lo que puede una alianza, sobre todo si es cuádrupla, y una *resistencia*, sobre todo si es una? ¿Dónde aprenderia siendo español, lo que es un progreso? ¿En qué libro encontraria lo que quiere decir un *ministro responsable*, y una *ley fundamental*, y una *representacion nacional*, y una *fantasma*? ¿En qué universidad podria aprender la sútil distincion que existe entre las *fantasmas que matan* y *las que no matan?* Distincion por cierto sumamente importante para nosotros pobres mortales, que somos los que hemos de morir.

Convengamos, pues, en que el periódico es el grande archivo de los conocimientos humanos, y que si hay algun medio en este siglo de ser ignorante, es no leer un periódico.

Estas y otras muchas reflexiones, las cuales no expongo todas, por ser siempre mucho más lo que callo que lo que digo, me movieron á ser periodista, pero no como quiera periodista atenido á sueldos y voluntades ajenas, sino periodista por mí y ante mí.

Dicho y hecho, concibamos el plan. El periódico se titulará *Fígaro*, un nombre propio; esto no significa nada y á nada compromete, ni á *observar*, ni á *revistar*, ni á ser *eco de nadie*, ni á *chapar flores*, ni á *compilar*, ni á maldita de Dios la cosa. Encierra solo un tanto de malicia, y eso bien sé yo que no me costará trabajo. Con solo contar nuestras cosas lisa y llanamente, ellas llevan ya la bastante sal y pimienta. Hé aquí una de las ventajas de los que se dedican á graciosos en nuestro país: en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reir. Sea esto dicho sin ofender á nadie.

El periódico tratará... de todo. ¿Qué ménos? pero como no ha de ser ni tan grande como nuestra paciencia, ni tan corto como nuestra esperanza, y como han de caber mis artículos, no pondremos las reales órdenes. Por otra parte, no gusto de afligir á nadie: por consiguiente no se pondrán los reales nombramientos: ménos gusto de estar siempre diciendo una misma cosa; por lo tanto fuera los partes oficiales. Estoy decidido á no gastar palabras en balde; mi periódico ha de ser todo sustancia; así, cada sesion de Córtes vendrá en dos líneas; algunos dias en ménos: como de esas veces no ocupará nada.

Artículo de *política*. Los habrá. Estos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil, sobre todo quien no los ha de entender es el censor. Oposicion: eso por supuesto. A mí, cuando escribo, me gusta siempre tener razon.

De *hacienda*. Largamente, pero siempre en broma, para nosotros será un juego esto; no nos faltará á quien imitar. Los asuntos de cuentas solo son sérios para quien paga; pero para quien cobra...

De *guerra*. Tambien daremos artículos, y en abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la ma-

teria; por lo demás saldremos del paso, si no bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto.

De *interior*. Hasta los codos. Desentrañaremos esto; y tanto queremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en enumerar lo que se ha hecho; solo hablaremos de lo que falta por hacer.

De *estado*. Aquí nos extenderemos sobre el *statu quo* y sobre el Estatuto, y nos quedaremos extendidos; ni moveremos pié ni pata.

De *marina*. Esto es más delicado. ¿Ha de ser *Fígaro* el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua.

De *gracia y justicia*. He dicho muchas veces que no soy ministerial: haré por lo tanto justicia seca. ¡Ojalá que me dejen tambien hacer gracias!

De *literatura*. En cuanto se publique un libro bueno le analizaremos; por consiguiente, no seremos pesados en esta seccion.

De *teatro español*. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente va largo.

De *actores*. Aquí seremos malos de buena fé: seremos actores hablando de actores.

De *música*. Buscaremos un literato que sepa música, ó un músico que sepa escribir: entre tanto, *Fígaro* se compondrá como se han compuesto hasta el dia los demás periódicos. Felizmente pillaremos al público acostumbrado; y él y nosotros estamos iguales.

Modas. En esta seccion hablaremos de empréstitos, de intrigas, de favor... en una palabra, lo que corre... á la *dernière* siempre.

De *Costumbres*. Por supuesto: malas: lo que hay: escribiremos como otros viven sobre el país. *Fígaro* hablará bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intencion, de atraso, de pereza, de apatía, de egoismo. En una palabra, de nuestras costumbres.

Anuncios. Queriendo hacer lo más corta posible esta parte del periódico, sólo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las reformas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se pondrán las pérdidas, ni ménos todo lo que se vende entre nosotros. Esto sería no acabar nunca.

Hé aquí el periódico de Fígaro. Ya está concebida la idea. Sin embargo, no es eso todo. Es preciso pedir licencia; pero para pedir licencia es preciso poder presentar fianzas. Si yo las tuviera no seria yo el que me pusiera á escribir tonterías para divertir á otros, *ó tener empleo con sueldo*... Pero si tuviera empleo, y jefe, y horas fijas, y once, y expedientes, y la cesantía al ojo, no tendria yo humor de escribir periódicos... *ó ser catedrático*... pero si fuera catedrático sabria algo, y entonces no servia para periodista...

Está decidido que no sirvo para pedir licencia. Otro al canto; un testaférreo; un sueldo al testaférreo; seguridades contra seguridades, fianza, depósito, licencia, en fin. Hé aquí ya á *Fígaro* con licencia: no esa licencia tan temida, esa licencia fantasma, esa licencia que nos ha de volver al despotismo, esa licencia que está

detrás de todo, acechando siempre el instante, y el ministro, y el... No, sino licencia de imprimirse á sí mismo.

Ya no falta más que imprenta. Corro á una... —Aquí es imposible: no hay letra.—Corro á otra: Aquí, le diré á usted francamente, no hay prensas.—A otra: Aquí no queremos periódicos, hay que trabajar de noche. Dios ha hecho la noche para dormir.—Sí, pero no el impresor, contesto furioso.—¿Qué quiere usted? Luego es trabajo en que no se gana: como no hay cajistas en España, piden un sentido, se hacen valer; el público no quiere pagar caro, el oficial no quiere trabajar barato.—¿Con qué es imposible imprimir un periódico?—Poco ménos, señor; y si acaso se lo imprimen á usted, será caro y mal. Pondrán unas letras por otras.—Eso ¡pardiez! no será imprimir mi periódico, sino otro del cajista. —Pues eso, señor, sucederá; en habiendo una de formacion no tendrá usted cajistas; y si usted se enfada algun dia por una errata, le dejarán plantado, y si no se enfada tambien.

¿Es posible? ¿Con que no hay *Fígaro*? ¡Oh! ¡Habrá *Fígaro*, habrá *Fígaro!* Venceremos las dificultades... ¡Ah! se me olvidaba. ¡Papel! A una fábrica, á otra, á otra... Este es chico, este es caro, este grande, este moreno; este con demasiada cola...—Mire usted, como usted le quiere no le hay, me dicen por fin. Es preciso mandarlo hacer.—Pues lo mando hacer: para dentro de ocho dias.—Señor, la fábrica está á sesenta leguas; hay que hacer los moldes, y luego el papel, y luego secarlo, y si llueve.. y luego traerlo... y el ordinario echa quince dias ó veinte... y... —¿No hay quien le eche á usted á los infiernos?... grito desesperado. ¡País de obstáculos!

Es preciso resignarse, esperar... Al fin lo habrá todo... demasiado va á haber luego... esta es la idea que me detiene, por fin, que cuando haya editor, redactores, impresor, cajistas. papel... entonces tambien habrá censor... Eso sí, eso siempre lo hay.. . ni hay que mandarle hacer, ni hay que esperar...—Aquí acabo de perder la cabeza, enciérrome en mi casa, ¡voto va! Pues ha de haber *Fígaro*, sí, señor, por lo mismo ha de haber *Fígaro*, y ha de hablar de todo, absolutamente de todo.

Diciendo esto llego á mi casa, me siento á mi bufete para tomar disposiciones.—¿Qué hace usted? le digo á mi escribiente, de mal humor.—Señor, me responde, estoy traduciendo, como me ha mandado usted, este monólogo de su tocayo de usted, en el *mariage* de Fígaro de Beaumarchais, para que sirva de epígrafe á la coleccion de sus artículos que va usted á publicar.—¿A ver cómo dice?

«Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta á la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca á algo, puedo imprimirlo todo libremente, prévia la inspeccion y revision de dos ó tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico.

—Basta, exclamo al llegar aquí á mi escribiente, basta; eso se

ha escrito para mí; cópielo usted aquí al pié de este artículo: ponga usted la fecha en que eso se escribió...—1784.—Bien. Ahora la fecha de hoy.—22 de Enero de 1835.—Y debajo:—*Fígaro.*

LA POLICIA.

Así como hay en el mundo hombres buenos, tambien hay cosas buenas: no citaremos nombres propios en la primera clase, por no ofender á la mayoría; pero en la segunda preciso será citar si queremos que nos crean. Cosa buena por ejemplo es la prévia censura, y para algunos, no solo buena sino excelente. Que manda usted, y que manda usted mal, dos cosas que pueden ir juntas. ¿Pues no es cosa buena y rebuena que nadie pueda decirle á usted una palabra? Que manda usted, y que no mande usted mal, pero que es usted hombre de calma; y como habia usted de mandar algo bueno, no manda usted nada, ni bueno, mi malo. ¿Pues no es un placer verdaderamente que si hay algun escritorzuelo atrevido que sale á decir: «Esto no marcha,» salga por otra parte el censor que usted le pone, y le escriba en letra gorda y desigual al pié del folleto: «Esto no puede correr?» Vaya si es cosa buena. Que es usted un sujeto de luces por otra parte, amigo del Gobierno, y que tiene usted poco sueldo, ó no tiene usted ninguno, como suele suceder; vaya si es cosa buena que le den á usted 20,000 rs. de sueldo, ú opcion á los primeros que vaquen, solo por poner: «Esto no puede correr,» que al cabo es decir una verdad como un templo... Cosa buena es y muy buena. Replicárannos los que viven de disputar que la tal prévia censura no es igualmente buena para el que escribió el artículo que no puede correr, ni para el país que de él pudiera sacar provecho; pero en primer lugar, que al sentar nosotros la proposicion de que hay cosas buenas, no hemos dicho para quién, y en segundo añadiremos que ese es el destino de las cosas de este mundo, en las cuales no hay una sola buena para todos. Países hay donde se cree que la perfeccion consiste en que las cosas sean buenas para los más; pero tambien hay países donde se cree en brujas, y no por eso son las brujas más verdaderas. Dejemos por consiguiente este punto, que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavía para nosotros, y convengamos únicamente en que hay cosas buenas.

Sabido esto, pocas hay que se puedan comparar con la policía. Por de pronto su orígen está en la naturaleza; la policía se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco ó mucho no hay quien no tenga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los más. Todos tenemos miedo: los cobardes á todo: los valientes á parecer cobardes: en una palabra, el que más hace es el que más lo disimula, y esto no lo digo yo precisamente;

antes que yo lo ha dicho Ercilla, en dos versos, por más señas, que si bien pudieran ser mejores, difícilmente podrian ser más ciertos.

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Preclaro es, pues, el orígen de la policía. No nos remontaremos á las edades remotas para encontrar apoyos en favor de la policía. Trabajo inútil fuera, pues ya nos lo dan hecho; un orador ha dicho que en todos los países la ha habido *con este ó aquel nombre*, y es punto sabido y muy sabido que la habia en Roma y en el consulado de Ciceron: no se sabe si con éste ó con aquél nombre, no precisamente con su subdelegado al frente y sus celadores al pié; pero ello es que la habia, y si la habia en Roma, es cosa buena: si á esto se añade que la hay en Portugal, y que el pueblo da á sus individuos el nombre de *morcegos*, ya no hay más que saber.

Venecia ha sido el estado que ha llevado á más alto grado de esplendor la policía; pues ¿qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisidor de aquella república? A ella se debia la hermosa libertad que se gozaba en la reina del Adriático, y que con colores tan halagüeños nos ha presentado un literato moderno en la escena, y un célebre novelista en su *Bravo*. La inquisicion no era tampoco otra cosa que una policía religiosa; y si era buena la inquisicion, no hay para qué disputarlo. Aquí se prueba lo que ha dicho el orador citado, de que siempre ha existido en todos los países *con este ó aquel nombre*.

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su exitencia, no solo en Roma y en Portugal, sino tambien en Austria; y sobre todo, en la parte de Italia sujeta á aquel imperio, donde es delito á los ojos de la policía haber á las manos un papel francés. Así son los italianos tan felices, así se hacen lenguas del emperador de Austria. Oígase otro ejemplo. Ahí está la Polonia, que debe su actual felicidad ¡vaya si es feliz! á la policía rusa. Que la policía es, pues, una institucion liberal, se deduce claramente de su existencia en Austria y en Polonia; y si nos venimos más acá, veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos más acérrimos de la libertad; y tanto, que él tomó por sí toda la que pudo coger á los pueblos que sujetó; y á España, por fin, la trajo el célebre conquistador del Trocadero el año 23, y fué lo que nos dió en cambio y permuta de la constitucion que se llevó; prueba de que él creia que valia tanto por lo ménos la policía como la constitucion.

Pues luego, si ha hecho bienes al país, no hay para qué ponerlo en cuestion.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; y como ha dicho muy bien otro orador, á la policía se debió sin duda alguna aquella inocente treta por la cual se sonsacó de Gibraltar á un célebre patriota para acabarlo en territorio español, con toda nobleza y valentía. Pero ¿á qué más ejemplos? de cuantos liberales han

muerto judicialmente asesinados en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer á esa brillante institucion. Ahora bien, continuador el año 35 y heredero universal, como se ha pretendido, de los diez años, mal pudiera rehusar herencia tan legítima: así hemos visto á nuestra policía recientemente hacer prodigios en punto á conspiraciones.

La policía se divide en política y urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera, supongamos que sabe usted qué se habla en un café, en una casa, ó que no se habla, pero que tiene usted un enemigo; ¿quién no tiene un enemigo? Va usted á la policía, y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con *isabelinos*, y que detrás del *viva de ordenanza* está tapada la anarquía, hace usted prender á su enemigo. ¿Pues no es cosa excelente? Luego, para cualquier carrera, se necesita saber algo, suponiendo que no haya favor ó parentesco; para médico, por ejemplo, alargar la enfermedad; para abogado, embrollar el asunto; para militar, ir á Vizcaya... para cura, todos sabemos ya lo que se necesita saber, y por ese estilo; pero para ser de policía, basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa: era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro.

Por otra parte decia un ilustre amigo nuestro, que la España se habia dividido siempre en dos clases; gentes que prenden á gentes que son prendidas: admitida esta distincion, no se necesita preguntar si es cosa buena la policía.

Acerca de los premios destinados á la delacion, y para cuyos gastos será sin duda gran parte de los millones del presupuesto, esto es indispensable: primero, porque uno no ha de delatar de balde, y segundo, porque no se cogen truchas, etc., refran que pudiéramos convertir en *no se cogen anarquistas*, etc. En una palabra, ó se ha de prender, ó no se ha de prender: si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, estos han de comer, porque tripas llevan piés. Por consiguiente, no sólo es cosa buena la policia, sino tambien los ocho millones.

En los Estados-Unidos y en Inglaterra no hay esta policía política; pero sabido es en primer lugar el desórden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinion que le dé la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones; como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas de los países demasiado libres, porque vendríamos á parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan.

La otra policía es urbana. Esta es todavía más cosa buena que la otra. Entre las ventajas que produce nos contentaremos con los pasaportes, con los cuales va usted adonde quiere y adonde le dejan. Paga usted su peseta, y ya sabe usted que tiene pasaporte. Suponga usted que á imitacion de Inglaterra no hubiera pasaportes. En verdad que no se concibe cómo se puede ir de una parte á

otra sin pasaporte: si fuera sin caminos, sin canales, sin carruajes, sin posadas, ¡vaya! ¡pero sin pasaportes! Por el mismo consiguiente saca usted su carta de seguridad, y ya está usted seguro de haber gastado dos reales; pero en cambio hay otro que desde que usted los tiene de ménos los tiene de más. De modo, que para este, sobre todo, la carta de seguridad es cosa buena, tan buena por el pronto como dos reales. Hay cosas mejores, es verdad, pero siempre es cosa buena.

Probada, pues, hasta la evidencia la bondad de la policía, ¿cómo pudiéramos no agregarnos al voto de los 50 señores Procuradores que han perdido la última votacion? Poco vale por cierto nuestra opinion; no somos desgraciadamente ni procuradores ni inviolables, pero en cambio tendremos policía por lo ménos; pagaremos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averigüen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... y si algun dia la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamaremos con justo entusiasmo: «¡Buena cárcel nos mamamos! ¡Pero buen dinero nos cuesta!»

POR AHORA.

En nuestro último artículo, en que defendíamos la policía, dejamos ligeramente apuntado que hay *cosas buenas* en el mundo; y probamos hasta la evidencia, como solemos, que una de ellas es la policía. Como no nos pasa por la imaginacion que uno solo de nuestros lectores se haya resistido á nuestras razones, tratamos de probar hoy otra verdad más indisputable todavía, á saber: que sentado el principio de que hay cosas buenas, hay *palabras* que parecen *cosas*, es decir, que hay *palabras buenas*.

A primera vista parece que buenas deben ser todas las palabras, puesto que sirven todas para hablar, ó sea para gastar conversacion, que es el fin que parecemos proponernos: esto es un error sin embargo, y error grave. Palabras hay malas, profundamente malas por sí mismas, y sin necesidad de accesorios, que forman por sí solas oracion y sentido, por más que suelen ellas no tener sentido comun. Palabras que valen más que un discurso, y que dan que discurrir; cuando uno oye por ejemplo la palabra *conspiracion*, cree estar viendo un drama entero, y aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra *libertad*, sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia. Cuando uno oye la palabra *imprenta*, ¿no cree ver detrás la censura, el imposible vencido, la cuadratura del círculo, la gran quisicosa? ¿No hay quien ve en ella el abismo, la anarquía, aquel qué sé yo, que nadie sabe explicar ni comprender? Cada una de estas palabras

son verdaderas linternas mágicas: el mundo todo pasa al través de ellas. Una vez encendidas todo se ve dentro.

Estas palabras que encierran por sí solas una significacion entera y determinada son malas generalmente: las buenas son aquellas que no dicen nada por sí, como por ejemplo: *prosperidad*, *ilustracion*, *justicia*, *regeneracion*, *siglo*, *luces*, *responsabilidad*, *marchar*, *progreso*, *reforma*, etc., etc. Estas no tienen un sentido fijo y decisivo: hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro; hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Estas son buenas, porque blandas como cera, adáptanse á todas las figuras; estas son, en fin, el alimento de toda conversacion. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo á quien no se pueda convencer. Estas son las palabras que parecen cosas.

Ahora bien, cuando dos de estas palabras insignificantes y maleables se llegan á encontrar en el camino una de otra, únense al momento y se combinan por una rara afinidad filológica; y entonces no toman por eso mayor sentido; todo lo contrario, juntas suelen querer decir ménos todavía que separadas: entonces estas palabras buenas suelen convertirse en lo que vulgarmente llamamos *buenas palabras*.

Hé aquí las reflexiones que teníamos presentes al sentar en el papel el titulillo de este artículo. Nadie nos negará que la palabra *por* quiere decir poco cuando va sola; pues de la palabra *ahora*, no decimos nada. Hé aquí, pues, dos palabras excelentes, y combínense como se combinen. Júntese el *por* con el *que*, y resultará el *por qué*. Siempre se ha dicho que el *por qué* de las cosas es inaveriguable; por consiguiente no quiere decir nada. Póngase el *ahora* en *oracion*, y digamos, por ejemplo: «¿Qué hay ahora? ¿Qué se hace ahora?» Nada. Ambas son, pues, palabras nulas, y buenas por consiguiente. Combínense ahora juntas y digamos; *por ahora*, y se verá el efecto peregrino de la suma de todas las nulidades.

Pocas palabras hay tan buenas, tan útiles en el dia, tan en boga; pocas palabras buenas que puedan tan fácilmente convertirse en *buenas palabras*. ¿A qué nos contesta usted con el *por ahora*? Es la espada de Alejandro, que corta todo nudo gordiano; es la panacea universal que templa todos los dolores. Buena jornada habiamos echado, si no pudiéramos contestar á todo: *Por ahora*.

¿Cuánto no suaviza esta frase toda mala contestacion? Por mejor decir, no hay con ella mala contestacion posible, y todo aquel que sepa lo que es una repulsa seca, sabrá apreciar cuánto valen las buenas palabras. Son el vino que se mezcla con el agua para quitarle su crudeza. Ejemplo. *No*, quiere decir que *no*. Pero si en vez de decir *no*, dice usted *por ahora no*, aunque usted quiera decir lo mismo, si habla usted sobre todo con un tonto, como suele suceder, ha dicho usted una gran cosa. ¿Y qué cuesta decir dos palabras más?

Convencidos hombres muy ilustrados de esta verdad, ¿cómo pudieran no usarlas contínuamente?

Lluevan sobre ellos en buena hora demandas y peticiones, re-

nuévese la tabla de los derechos, clamen por todas partes tribuna y periódicos por la libertad de imprenta; no le responderán á usted con un *no* seco, sino que *por ahora no conviene*. Pida usted más garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual; porque tal ó cual estado es absurdo. *Lo vemos*, responderán, y lo que es más *con dolor*; empero *por ahora* no es oportuno. Para que un pueblo esté bien gobernado, para que sea feliz, es preciso que se difunda la *ilustracion*; para que un pueblo sea libre, es preciso que sepa mucho... y esté bastantemente ilustrado... véase si no *Grecia* y *Roma*; aquellos eran pueblos libres... ¡pero lo que se sabia allí! ¡qué pueblos tan ilustrados! ¿Qué tiene que ver la España del siglo XIX con la *Grecia* de *Licurgo* y la *Roma* de *Numa*?

Venga usted á decirme que el sistema judicial no es gran cosa. Que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es *por ahora* no más. Deje usted que llegue aquel dia raro, aquel dia particular, que ha de ser el decisivo; el dia, en fin, de la oportunidad, el dia que nos convenga pasarlo bien, que ese dia será otra cosa.

Que hay confusion de poderes, de palabras y de cosas; que no nos entendemos; que es una verdadera Babel; que no andamos un paso, un solo paso; pero eso es *por ahora*. Todavía no conviene que nos entendamos. Es preciso buscar el momento oportuno. Pues qué, ¿no hay más que entenderse cualquier dia del año, cualquier año del siglo?

¿Y quién es el encargado, preguntarán ustedes, de conocer el momento? ¿quién es ese sabio sagaz y penetrante, que ha de conocer cuándo nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices? ¿dónde está la línea divisoria entre la inoportunidad y la oportunidad? ¿quién es el ilustrado encargado de medir nuestra ilustracion?

Por ahora, amigo lector, no se columbra todavía á ese sabio: responderemos: ni nosotros hemos hecho ánimo de responder *por ahora* á todas las preguntas, ni nos dejaran responder tampoco *por ahora*; aunque quisiéramos. Limitámonos *por ahora* á probar que como hay cosas buenas entre nosotros, hay palabras que parecen cosas, y *palabras buenas* que nos dan por *buenas palabras*. Que las voces *por ahora* son las primeras de ese género, y si bien se mira, bastante hemos dicho *por ahora*.

LITERATURA.

POESIAS DE DON JUAN BAUTISTA ALONSO.

Los hombres son raros en verdad. De cuatro veces, tres no se entienden unos á otros; y de tres cuatro no se entienden á sí mismos. Diria uno oyendo ese prolongado clamor que pide libertad de imprenta diariamente: «Este es el país de la imprenta, de los libros... de los periódicos...» Solemne chasco se llevaria quien tales consecuencias dedujese. Es preciso entendernos: ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios; puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima, que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse tambien como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustracion. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil, en el segundo el paladin de los conocimientos humanos. Desgraciadamente, si se contempla despacio el cuadro de nuestra ilustracion científica, literaria y artística, esta ánsia de libertad de imprenta no se puede achacar á la cooperacion de ambos principios reunidos, cooperacion que seria la perfeccion; no. Es preciso contentarse con reconocerle la primera causa por orígen; y esto pinta bastante nuestra situacion. Pedimos libertad de imprenta, no para lucirnos, sino para quejarnos, como anda buscando la voz para gritar el que abrumado por una horrible y miedosa pesadilla, tiene embargada el habla por el sueño. Busquemos en España desgraciados y oprimidos, ¿pero literatos?

A estas tristes reflexiones da lugar cada publicacion original que levanta la cabeza de cuando en cuando, mostrándose, como á hurtadillas, entre nosotros. Es la voz que resuena en el desierto: ni un eco hay que responda, ni un oido que la albergue, ni un pue-

blo que la escuche. Montes de arena, hoy aquí, mañana allí: y un huracan violento. Nada más.

Si bien luce algun ingenio todavía de cuando en cuando, nuestra literatura sin embargo no es más que un gran brasero apagado, entre cuyas cenizas brilla aun pálida y oscilante tal cual chispa rezagada. Nuestro siglo de oro ha pasado ya, y nuestro siglo XIX no ha llegado todavía.

En poesía estamos aun á la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas, de las delicias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel, y otras fantasmagorias por este estilo. En nuestra poesía á lo ménos no se hallará malicia: todo es pura inocencia. Ningun rumbo nuevo, ningun resorte no usado. Convengamos en que el poeta del año 35, encenagado en esta sociedad envejecida, amalgama de oropeles y de costumbres perdidas; presa él mismo de pasioncillas endebles, saliendo de la fonda ó del billar, de la ópera ó del sarao, y á la vuelta de esto empeñado en oir desde su bufete el cefirillo suave que juega enamorado y malicioso por entre las hebras de oro ó de ébano de Filis, y pintando á la Gesner la deliciosa vida del otero (invadido por los facciosos), es un sér ridículamente hipócrita, ó furiosamente atrasado. ¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe, ni el que las lee?

Empero no quisiéramos que se interpretara en mal del libro que analizamos esta serie de reflexiones generales, que tienden solo á probar, no el atraso particular de tal ó cual poeta, sino el general atraso de nuestra poesía. Mal pudiéramos por otra parte acriminar á nadie de seguir demasiado estrictamente el camino más trillado; no todos tienen espíritu suficiente para sacudir las cadenas de la rutina; ni la antigua escuela que nos abruma aun por todas partes con su acompasada monotonía nos permite otra cosa. Antes de inventar no es forzoso olvidar, y esta es una doble tarea de que no todos son capaces, acaso cuando le ocurre á cada cual olvidar: es tarde ya para él. Todo va despacio entre nosotros, ¿por qué ha de ir de prisa solo la poesía?

Colocándonos, pues, en la época á que corresponden estas poesías, examinemos el libro en venta, no ya comparando á nuestro autor con lord Byron ó Lamartine, puesto que su género es tan distinto que difícilmente se le pudieran hallar puntos de contacto.

El tomo del señor Alonso se compone de *odas*, segun la antigua clasificacion, y bajo este rótulo se encierran verdaderos *discursos*, más ó ménos filosóficos, elegíacos ó pindáricos, en que el poeta desarrolla buena porcion de dotes aventajadísimas: consta el volúmen además de romances, de sonetos, de letrillas, anacreónticas y canciones.

La coleccion del señor Alonso comienza con una oda titulada: *Que la instruccion es la mejor y la más durable de las riquezas*. Sin convenir de ninguna manera en este principio, encontramos en la tal composicion buen juicio, y esa misma instruccion que el autor

llama riqueza, y que nosotros, ménos poetas sin duda, llamaremos solo instruccion á secas.

La oda elegíaca que sigue está salpicada de poesía por todas partes: es á la muerte de una jóven hermosa recien casada. Imágenes atrevidas, símiles felicísimos, sentimiento alguna vez. Despues de haber dicho que

Cintia á su Delio mira
Y entre sus brazos sonriendo espira,

añade el poeta Alonso:

Así en oscuro templo,
Donde el silencio sepulcral domina,
La agonizante lámpara vislumbra
Sus moribundos trémulos reflejos,
Mientras su luz se ahuyenta
En desiguales partes soñolienta;

Y al consumir oculta
Entre las sombras de la negra noche,
Ultimo resto del fulgor dudoso,
El tibio gérmen de su triste vida,
Fugaz vigor adquiere
Y súbita creciendo alumbra y muere.

Quítensele á esas estrofas algun adjetivo inútil, y cierta oscuridad que resulta de la violenta colocacion del tercer verso de la segunda, y es un rasgo de primer órden.

Como imitacion de san Juan de la Cruz, la oda á la profesion religiosa de la señorita madrileña tiene todo el mérito de hallarse bien tomado el tono de esta clase de composiciones: hay uncion, hay aquel dialecto figurado y simbólico que han usado todos los poetas de este género.

Dice el poeta á la muerte de una niña:

Impune hiere el bárbaro asesino,
Y tranquilo se goza en sangre humana
Retiñendo el puñal de muerte lleno;
Y asesinando vive
Alumbrándole el sol, que alumbra al bueno.

Esta estrofa parece de Cienfuegos; su mismo atrevimiento, su novedad, su amargura misma.

Parécenos sin embargo que el género filosófico no es el sol de Austerlitz para el señor de Alonso: le comparáramos de buena gana en esta circunstancia con Melendez, de quien las odas y los discursos, salvo alguna excepcion como el de *las artes y las estrellas*, no son lo que le da inmortalidad.

El género del señor Alonso es el género mismo de Melendez, el bucólico; tiene composiciones enteras dignas de Batilo; sabe revestirse perfectamente del candor pastoril, de aquel dialecto ju-

gueton, de aquel tono que huele á tomillo, segun la feliz expresion de un académico, que tambien hay académicos felices en ocurrencias.

Iremos á la fuente
Y allí la sed fogosa apagaremos
En su fresca corriente,
Y el bien que nos debemos
Sin miedo y sin testigos gozaremos
. . . . . .
¿A qué envidiar cortadas
Las frutas en los cestos cortesanos,
Si aquí penden colgadas
En arboles galanos
Que desde el suelo alcanzarán las manos?

Hé aquí al poeta en su terreno. Cuando se entrega á su verdadera inspiracion, nada huelga en él, nada le falta. Ya no hay aquella dureza, aquella confusion de epítetos superabundantes, aquella especie de oscuridad, aquella afectada profundidad, aquel lujo pampanoso de poesía y de ruido que se advierte en sus primeras composiciones. Las dos estrofas citadas son un modelo; es difícil hacer nada más acabado que la segunda, felicísima imitacion de Virgilio.

¿Cómo no citar aquí, cual la reina del tomo, la composicion á la *vida feliz*, desempeñada en primorosas quintillas? Es de lo mejor que hay escrito en castellano, y en cualquiera lengua. ¡Qué sencillez tan elocuente! ¡qué giros tan castizos, tan elegantes! ¡qué verdad, qué pureza, qué encanto singular! Júzguela el lector por sí mismo, y una vez leido ese lindo rasgo de poesía, le aconsejamos que en lugar de pasar á leer ninguna otra composicion, la vuelva á leer segunda vez, y no salga de ella jamás.

Como modelo de facilidad en la versificacion, las *quejas del moro* es romance inimitable; y en punto á romances, aunque son buenos el retrato de Rosana, el del cumpleaños de la señora doña María de los Dolores Armijo de Cambronero, el de Anfriso á Dalmiro, campea sobre todos el de *El consejo*. Es todo un romance y todo un consejo. ¡Qué pura intencion! ¡qué verdad! ¡qué noble indignacion contra el seductor Fabio! ¡qué interés tan noble por la inocente Elisa! ¡cómo corre la pluma en él! ¡cómo se desahoga la vena del poeta!

Fácilmente conocerá el lector que ya puestos á citar, citaríamos de buen talante infinitas bellezas más por ese mismo estilo que brillan en la coleccion; con tanto más placer, cuanto que amigos del poeta, quisiéramos no vernos obligados á poner al lado del elogio conquistado la merecida crítica. Pero conocemos demasiado al señor Alonso y sus severos principios de virtud, para ofenderle con una parcialidad indigna del escritor público. Al notar los defectos de su obra, como los hemos hecho, repetiremos su axioma: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

En resúmen, el señor de Alonso tiene en general, el mérito de ser original, y en estos tiempos no es poco. No se puede comparar

con Rioja, con Herrera, con Garcilaso; no es precisamente Melendez, ni Cienfuegos; no es Quintana; no es... es un poeta *sui generis*; el señor Alonso es Alonso. Es superior, como hemos dicho, en el género bucólico. Su versificacion es en general buena, casi siempre armoniosa. No es muy correcto, y esto no porque le creamos incapaz de correccion; pero ha hecho mal en no pulirse más, como él mismo dice en su prólogo, por falta de *humor y de paciencia*. Hubiera podido expurgar algun tanto sus poesías, suprimir alguna composicion, y acortar muchas. Poeta franco y libre, suelta la rienda á su inspiracion y escribe demasiado. El talento no ha de servir para saberlo y decirlo todo sino para saber lo que se ha de decir de lo que se sabe. Esa superabundancia de vena suele dañar al efecto desliendo demasiado ideas que, ligeramente apuntadas, resultarian doble; porque en las artes de imaginacion suele querer decir de más lo que se dice de ménos. Manifiesta instruccion y filosofía, si no abusara á veces de la primera, y si no afectase demasiado la segunda. Conoce su lengua, y aun creemos que pueda deber al cultivo de la poesía esas disposiciones oratorias que hemos oido elogiar en él aplicadas al foro.

Damos el parabien al señor Alonso por los laureles que acumula sobre su cabeza con la publicacion de sus poesías, y nos le damos á nosotros mismos por haber tenido ocasion de hacer pública justicia al mérito del señor Alonso.

CARTA DE FÍGARO

A SU ANTIGUO CORRESPONSAL.

Ya se ve que te escribo poco, amigo mio; pero ¿qué quieres? me he propuesto no escribirte sino cuando suceda por acá alguna cosa buena, cuando haya alguna buena noticia, ó cuando las novedades que ocurran sean tan grandes que valgan la pena de escribir sobre ellas cuatro párrafos de sustancia y de gusto. Cosa buena no ocurre, ni viene buena noticia de ninguna parte; y por lo que hace á novedades, todas las de por acá son viejas. A mí se me figura siempre que he visto ya en otra parte todas nuestras novedades; y debe de consistir en que las unas son plagios, las otras imitaciones, y las demás repeticiones de nosotros mismos. Siempre vamos por el mismo camino, y, lo que es peor, al mismo paraje. Hay sin embargo quién asegura que esta vez no vamos por ningun camino, ni á ninguna parte; si esto fuese cierto, ya seria el caso muy diferente.

Me preguntas ¿qué era eso que andábamos buscando aquí y que no se encontraba? Por esas señas apenas sé lo que me quieres decir. Todo... Me he figurado, al fin, si me querrias hablar del

ministerio. Pero si era eso, ¿á qué tanto misterio? Ya no estamos en tiempo de Calomarde; ahora se puede hablar claro y sin rodeos todo lo que se piensa, cuando se piensa. Aquí se habla mal de muchos ministros, y se los nombra y todo: á nadie han preso todavía por eso, lo cual es muy de alabar, y prueba por lo ménos que no se quieren cometer injusticias.

En punto á ministerio te diré que es cierto que hemos andado buscando ministros. Tú sabes el cuento de Diógenes y la linterna. Poco más ó ménos se ha hecho aquí buscando un hombre. Parece que no es nada el ser ministro. Pues es algo. Antes, ¡vaya! Pero ahora con esto de que el ministro ha de saber hablar, y se ha de vestir limpio, y qué sé yo cuántas cosas... Sucede que no se atreven á quitar un ministro, porque, amigo, ¿dónde van por otro? Hombres para ministros no nacen todos los dias; y si *nacieran*, como decia muy bien el señor presidente del Consejo de ministros en una lindísima elegía,

Solo al tocarlos yo se marchitáran,

porque esa es la suerte de todas las cosas de nuestro país. Pero por fin el hombre ya parece que se ha encontrado, y está provisto el ministerio de la Guerra.

Hace un año, poco más, decia el Gobierno (que entonces era Cea) que para acabar con don Cárlos no se necesitaban *liberales* ni *innovaciones*. Pasó el tiempo, y fué preciso echar mano de *liberales* y de *innovaciones*, lo ménos que se pudo, es verdad; pero al fin fué preciso. Que tuvimos ya nuestro poco de liberales, y nuestro poquito de innovacion; siguieron los que entraron con el mismo cantar: «Nosotros lo acabaremos, dijeron; pero ni hace falta Mina, ni...» Pues hizo falta *Mina*, hizo falta *Valdés*... Y hará falta todo.

Pues un espejo de lo que ha sucedido en guerra ha sido *gracia* y *justicia*. De renuncia en renuncia vinimos á parar en fin al señor Dehesa. Yo no le conocia, ni tú tampoco; pero eso no prueba nada. Me dirás á eso que tú no has dicho que pruebe algo; entonces estamos de acuerdo. En interior ha sido otra cosa; allí no costó nada el hacer la mudanza, si se exceptúa lo que costó decidirse á ella, y han puesto al señor Medrano. Con respecto á sus doctrinas, bien conocidas son; no hay sino coger los periódicos y echarse á adivinar en las sesiones que dan los taquígrafos lo que deben haber dicho los oradores, y por ahí te pones al corriente en un momento.

Lo que es la hacienda sigue lo mismo, y el estado *in statu quo*. La marina sin novedad, que por cierto es lástima. La cuádruple alianza parece que tiene olvidada su cláusula de sacar al pretendiente del territorio de la Península. A eso dirán que ya han cumplido, y que lo han sacado otra vez... No es para todos los dias andar como pala de horno, sacando y metiendo á su alteza en la Península. Que se salga él si quiere, y si no que lo deje; lo demás no es tener maldita la formalidad.

Los presupuestos van en boga. El conservatorio de Música no ha podido sacar un maravedí á la nacion. Primero se contentó con 600,000 reales, luego ya pidió 400,000, despues subió hasta 80,000. Pero nada. Sin embargo, á él se le dan dos cominos de todo eso. Anoche se cantó allí la *Norma*, y se asegura que siguen cantando. Siempre se ha dicho que «el español cuando canta, ó rabia ó no tiene blanca.» Mira tú lo que es: yo era de opinion de que le hubieran votado alguna friolera.

Ya vamos mudando los nombres á las cosas. En verdad que hasta ahora no estamos mas que en las calles; pero por alguna parte se ha de empezar. Ya los mudaremos todos, si Dios quiere.

Los teatros siguen abiertos la cuaresma; eso sí, las comedias con este régimen, ó lo que sea, pelechan. Y á propósito de comedias, te diré que aquellos veinte y ocho carlistas que se habian cogido en la costa cantábrica han resultado ser veinte y siete. Parece que habia sido un yerro de cuenta.

La fusion sigue en boga por todas partes: dentro de poco conseguirán que se junten el agua y el aceite. Pero ¡qué químicos, amigo, qué químicos! Así nos refundiéramos como nos fundimos.

A propósito, tambien se me olvidaba la gran novedad, la verdadera novedad del dia. *La Revista* y *El Mensajero* se han fundido, es decir, se han casado. Si ha sido casamiento por amor ó por interés, no te lo diré; pero yo creo que se querian; ya sabes que hace tiempo que se conocian; dónde se han visto, y dónde se han tratado, nadie lo sabe, porque al fin los padres siempre han andado por distinto lado, pero los chicos son el diablo: ello es que de la noche á la mañana nos hemos encontrado hecha la boda. La novia ha llevado casa puesta, coche y buen dote; y el novio, sobre un capital decente, muy buenas dotes. El es un poco brusco y exigente; nada de transigir: hombre al fin: ella, que si fué coqueta, que si no fué coqueta. Pero es lo que ha dicho *El Mensajero*: «Lo que no es en mi año, no es en mi daño.» Por otra parte, vaya usted á buscar una mujer que no sea coqueta, y que no haya hecho cara á... ¡Delirios! ó no casarse, ó apechugar con ellas como son.

La boda fué ayer, y hoy podemos decir con Desmahis:

La jeune épouse de la veille
Tout à la fois pâle et vermeille
Avait encor l'air étonné;
Et tout ensemble heureuse et sage,
Laissait lire sur son visage
Le plaisir qu'elle avait donné.

Yo creo que harán buen menaje, porque, al fin, pienso como Voltaire:

Point de milieu; l'hymen et ses liens
Sont les plus grands ou des maux ou des biens.

Y más creo, que no tendrá que reproducir nunca *La Revista* la queja aquella de la señora que se querellaba de su marido ante

los tribunales, diciendo: «Mi marido es gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica.»

Con esto, y con añadirte que en Navarra no hay novedad, y que se acabará probablemente la sesion sin presentarse la ley de ayuntamientos, y sin lograr una buena ley de imprenta, ya me parece que te digo bastante. Si á esto añades que estas semanas pasadas nos han robado en Madrid hasta por las calles, ¡tantos ladrones ha habido! no te queda más que saber.—Tuyo.

EL HOMBRE-GLOBO.

La física ha clasificado los cuerpos, segun el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de la ebullicion. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atraccion que ejerce sobre ellos el centro comun; es natural que esta atraccion se ejerza más fuertemente en los que reunen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que estos por consiguiente tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un rio; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en contínuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo, puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificacion á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Solo el contacto de la tierra puede sostener su vida: es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raiz*, el *hombre-patata:* arrancado el terron que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensacion, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordi-

nariamente; empuja casi hácia abajo el suelo que le sostiene; está con él en contínua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él tambien tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa que no desprende luz; es un fuego fátuo entre otros fuegos fátuos; sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto en religion, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habria tiranos; y como aquellos son eternos, estos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcan. Ni más ni ménos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellon; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace; yo creo que al nacer no hace más que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejon donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares: de la esquina donde carga baules; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demás instrumentos.

El *hombre-liquido* fluye, corre, varia de posicion; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de contínuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolucion él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace al correr daño ó provecho, así el *hombre-liquido* al moverse no es mas que un instrumento ménos imperfecto, que subleva ins-

trumentos más ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura solo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así tambien va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. Hé aquí otra observacion. El golpe dado al pueblo simplemente es solo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre líquido* tiene un alma ménos compacta, y en ella más grados de calórico, pero alma de imitacion; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porcion toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes tambien al momento; su movimiento contínuo le delata; pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes: hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se pára y se encarcela; no les es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana rio caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer, rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formacion de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

Hé aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatacion, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos; llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, romperia, como el vapor, la caldera, y escaparia. Ponedle en una aldea: él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado; pondrá un pié en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «Yo mando, exclamará, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapon de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo:* solo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la direccion, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfeccion de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podia elevarse el *hombre-globo* entre nosotros, era sumamente limitada: los que más se habian podido separar del suelo habian hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, habia hecho toda la ascension que se podia de él esperar: uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero sea por falta de direccion una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado á orillas del Tiber, donde yace todavía mal parado: culpa acaso tambien de no haber hecho uso de para-caidas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caidas* no hay *como un globo roto.*

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los países elevarse muchos á alturas desmesuradas, y mantenerse más ó ménos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuándo le plugo; de Francia hicieron mil su ascension, que están todavía en altura, haciendo la admiracion; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de todos fué á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al principio de la invencion, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme; pero han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento; pero por lo visto no habian aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

Hé aquí sin embargo á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascension; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Icaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar: y en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Vean ustedes sin embargo al *hombre-globo* con todos sus caractéres. ¡Qué ruido antes! «¡La ascension! Va á subir. ¡Ahora, ahora sí va á subir!» Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo: se les confia: ved cómo se hinchen. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero como casi todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; á la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay direccion. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar direccion á este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: solo observo que están ya más duchos en el uso del para-caidas: todos caen blandamente, y no lejos: los que más se apartan van á caer al Buen-Retiro.

Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sı mismos?

Hé ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada; creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos;* pero si los hay, ¿por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza? Si su gas tiene más intensidad, ¿cómo no se elevan por sí solos, cómo no se sobreponen á los otros?

Esta investigacion me conduciria muy lejos. Mi objeto no ha sido mas que pintar el *hombre-globo* de nuestro país: un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política seria otra cosa. Haré mi última deduccion, y concluiré: los Rozzos, que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razon sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar direccion; y como dice Quevedo, «ascender á rodar es desatino; y el que desciende de la cumbre, ataja,» observe que puede sucederle lo que á los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo más pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *para-caidas.*

LA ALABANZA,

ó

QUE ME PROHIBAN ESTE.

Suponiendo que se escriba con principios, se puede escribir despues con varios fines. O se escribe para sí, ó se escribe para otros. Descifremos bien esto. Lo que se escribe en un libro de memorias se escribe evidentemente para sí. De modo que un *souvenir* es un monólogo escrito. No diré precisamente que sea necio el decirse uno las cosas á sí mismo, porque al cabo, ¿dónde habian de encontrar ciertos hombres un auditorio indulgente si no hablasen consigo mismos? Lo que diré es que yo nací con buena memoria. ¡Ojalá fuera mentira! Y tengo reparado que las cosas que una vez me interesan, tarde ó jamás se me olvidan; por lo tanto, nunca las apunté; y las que no me interesaron siempre juzgué que no valian la pena de apuntarlas. Por otra parte, de diez cosas que en la vida suceden las nueve son malas, sin que esto sea decir que la otra sea enteramente buena. Razon de más para no apuntar. ¡Cuánto más filosófico y más consolador seria sustituir al *souvenir* otro repertorio de anotaciones llamado *olvido! Cosas que debo olvidar*, pondria uno encima: figúrese el lector si el tal librico necesitaria hojas, y si podria uno estar ocioso un solo instante, una vez comprometido á llenar sus páginas de buena fé. Siempre he abundado en la idea de que se hacen generalmente las cosas al revés: el *souvenir* es una idea inversa: en este sentido nunca he escrito para mí.

Continuemos echando una ojeada sobre los que escriben para sí.

El que escribe un memorial escribe sin duda para sí. Generalmente nadie lee los memoriales, sino el que los escribe, que es el único á quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de hacer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay que contar con el empleo. Apelo á los señores que están colocados y á los que se han de colocar. Es, pues, más necio escribir un memorial, que un *souvenir*. En este sentido tampoco he escrito nunca para mí.

El que escribe un informe, un consejo, un parecer, escribe para sí; la prueba es que generalmente siempre se pide el consejo despues de tomada la determinacion, y que cuando el informe no gusta se desecha.

El que escribe á una querida escribe para sí, por varias razones; por lo regular rara vez se encuentran dos amantes en igual grado de pasion; por consiguiente el calor del uno es griego para el otro, y viceversa. Además, desde el momento en que dejamos

de querer á nuestra amada, dejamos de escribirla. Prueba de que no escribíamos para ella.

Los autores han dicho siempre en sus prólogos, y se lo han llegado á creer ellos mismos, que escriben para el público; no sería malo que se desengañasen de este error. Los no leidos y los silbados escriben evidentemente para sí: los aplaudidos y celebrados escriben por su interés, alguna vez por su gloria; pero siempre para sí.

¿Quién es, pues, me dirán, el que escribe para otro? Lo diré. En los países en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale á creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar; en los países donde hay censura, en esos países es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de papel, lo lleva á casa de un censor, el cual le dice que no se puede escribir lo que él lleva ya escrito, no escribe ni siquiera para sí. No escribe más que para el censor. Este es el único hombre en que yo disculparia que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibicion.

Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro, en este sentido, porque, aunque es verdad que he tenido relaciones con varios señores censores, por otra parte muy beneméritos, puedo asegurar que en cuanto he escrito nunca he puesto una sola palabra para ellos, no porque no crea que no son muy capaces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor etiquetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta, y á decir verdad, soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen el mismo efecto que le hacian al portugués los del casteçáo. El cuento es harto sabido para repetirlo. Esto seria no escribir para nadie.

Bien determinado como estoy á no escribir jamás para el censor, he tratado siempre de no escribir sino la *verdad*, porque al fin he dicho para mí, ¿qué censor habia de prohibir la *verdad*, y qué Gobierno ilustrado, como el nuestro no la habia de querer oir? Así es, que si en el reglamento de censura se prohibe hablar contra la religion, contra las autoridades, contra los Gobiernos y los soberanos extranjeros, y contra otra porcion de materias, es porque se ha presumido, con mucha razon, que era imposible hablar mal de esas cosas, diciendo verdad. Y para mentir, más vale no escribir. Todo esto es claro; es más que claro; casi es justo.

Lo que está permitido es alabar, sin que en eso haya límite ninguno; porque es probado que en la alabanza ni puede haber demasía, sobre todo para el alabado, ni puede dejar de haber verdad y justicia. Por esta razon yo me he propuesto alabarlo siempre todo, y á este principio debo la gran publicidad que se ha permitido á mis débiles escritos. Sistema que seguiré siempre, y que hoy, más que nunca seguiré, porque efectivamente no hay motivo para otra cosa.

Al decidirme á este plan tuve presente otra consideracion, por

mejor decir, un principio de moral incontestable en todos los tiempos y países. El hombre no debe hacer cosa que no pueda confesar y publicar altamente. Es así que no puede decir ningun escritor que se le ha prohibido un artículo por la censura, porque eso lo prohibe la ley, y la ley no puede ser mala; luego ¿cómo habia yo de escribir artículos que se me pudiesen prohibir? Ni los he escrito, ni los he de escribir, ni lo dijera, si por algun evento los hubiera escrito, ni yo lo quiero decir, ni me dejaran tampoco, aunque yo quisiera. No hay medio. Por eso hago bien en no querer.

Persuadir ahora de las ventajas que me trae el no escribir para otro, y el alabar constantemente cuanto veo, paréceme un tanto inútil. Y tienen mis alabanzas lo que tienen pocas, y es, que no me han valido ningun empleo; no porque yo no pudiera servir para él, sino porque ellos que no lo dan, y yo que no lo recibo, hemos querido sin duda que mis alabanzas sean del todo independientes.

De esta independencia nace el desembarazo con que he alabado francamente en distintas ocasiones, ora el amor de familia con que se ha solido colocar á los deudos y amigos de los gobernantes, cosa que ha variado ya enteramente; ora la prudente lentitud con que se han entregado y se entregan las armas á nuestros amigos; ora la oportunidad é idea con que se vistió á los señores Próceres, y en momentos de aprieto, fundados en que más da el *duro que el desnudo*; ora la perspicacia con que se han descubierto varias conspiraciones, y se ha salvado á la patria amenazada; ora la prevision con que se evitó que se interpretase mal la primera acometida del cólera; ora la precipitacion con que se ha llevado á su término la guerra civil; ora... pero ¿á qué más? yo no he dejado cosa apenas que no haya alabado; y si algo me he dejado, por mi vida que me pesa, y téngolo de alabar hoy.

Por todo lo que llevo dicho hay pocas cosas que me incomoden tanto como el oir el continuo clamoreo de esas gentes quejumbrosas, á quienes todo cuanto se hace, ó parece mal ó parece por lo ménos poco. Aquí me irrito y les respondo: ¿Poco, eh? Vamos á ver: ¿cuántos meses llevamos?—¿De qué? me preguntan.—¿De qué? De que... de... Estatuto Real.—No llega á un año.—Y en poco ménos de un año, aquí es la mia, se han reunido dos estamentos; se han mudado dos ministros de la Guerra; se han visto tres ministros de lo Interior; no se ha visto más que un ministro de Estado, pero se le ha oido más que si hubieran sido tres. Se ha visto un ministro de Hacienda, y la hacienda tambien, y, como dice el refran, *hacienda tu dueño te vea;* y si no se ha visto marina, eso poca importa, que nada dice de marina el refran. En ménos de un año se ha abolido el voto de Santiago; ha habido tambien sus sesiones de Próceres alguna vez; y si en ménos de un año se ha puesto la faccion sobrado pujante, tambien en ménos de un año han penetrado los primeros talentos de España, que era preciso, por fin, hacer un esfuerzo. En ménos de un año ¡que de generales famosos no se han estrellado! ¡Qué de facciosos no se han perdonado! ¡Qué de

gracias no se han dicho por varios insignes oradores! ¡Cómo en ménos de un año ha dicho el uno un chascarrillo, y cómo le han contestado con otro y con otros! ¡Qué de insultillos ocultos del procurador al ministro, y del ministro al procurador!

Cien veces ciento
Mil veces mil.

¡Cuánta serenidad, pues, en ménos de un año, para ocuparse en apuros de la patria hasta de los más pequeños dimes y diretes! ¡Cuánta conversacion! Temístocles le decia á su general: *¡Pega, pero escucha!* Cada uno de nuestros oradores es un Temístocles; con tal que le dejen hablar, él le dirá tambien á la guerra civil, al pretendiente, á toda calamidad: *Pega, pero escucha.* ¿Qué más cosas querrian ver esas gentes, qué más sobre todo querrian oir en poco ménos de un año?

No hay prevision, me decia uno dias pasados.—¡No hay prevision! exclamé. Esto ya es mala fe. Y todo ¿por qué? Porque han sucedido cuatro lances desgraciados, que á pesar de haberse sabido no se pudieron prevenir. Pero esto ¿qué importa? A buen seguro que en cuanto acabó de suceder lo de Correos bien se puso un centinela avanzada en medio de la Puerta del Sol, que antes no le habia; el cual se está allí las horas muertas, viendo si viene algo por la calle de Alcalá. ¿Qué vuelvan ahora los del 18! ¿Y no hay prevision?

¡Maldicientes! Lo mismo que el entusiasmo. Mil veces he oido decir que han apagado el entusiasmo. ¿Y qué? Pongamos que sea cierto. ¿No se acaba de decir ahora que se haga entusiasmo nuevo? ¿No se va á escribir á todos los señores gobernadores que fomenten el espíritu público y que hagan entusiasmo á toda prisa? ¿Y no lo harán por ventura? Y excelente y de la mejor calidad. El año pasado no hacia falta el entusiasmo; como que la faccion era poca y el peligro ninguno nos íbamos bandeando sin entusiasmo y sin espíritu público; y luego, que entonces estaba la anarquía cosida siempre á los autos del entusiasmo, y ahora ya no. Y el entusiasmo de ahora ha de ser un entusiasmo moderado, un entusiasmo frio y racional, un entusiasmo que mate facciosos, pero nada más: entusiasmo, señor, de quita y pon, y entusiasmo, en una palabra, sordo-mudo de nacimiento: entusiasmo que no cante, que no alborote el cotarro; que no se vuelva la casa un gallinero. Y este es el bueno, el verdadero entusiasmo. No, si no volvamos á las canciones patrióticas. ¿Qué trajo la ruina del sistema? Unas veces dicen que fué la libertad de imprenta, otras que fué... No, señor, hoy estamos de acuerdo en que fueron las canciones. ¿Y esto no será de alabar?

Yo alabaré siempre; yo defenderé: reniego de la oposicion. ¿Qué quiere decir la oposicion?

Hé aquí un artículo escrito para todos, ménos para el censor. La ALABANZA, en una palaba: ¡QUE ME PROHIBAN ESTE!

UN REO DE MUERTE.

Cuando una incomprensible comezon de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuracion, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas seudo-filantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo ménos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél; porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caida y vilipendiada, las intrigas incesantes el crímen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al ménos: «Aquello es falso; es pura invencion; es un cuento forjado para divertirnos;» y en el mundo es todo lo contrario; la imaginacion más acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupacion es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabon de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leido un lisonjero bosquejo de nuestras costumbres, torpe, y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telon de la política escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la faccion, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partia el tiro: en esta nueva representacion, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*; vimos un faccioso primero, y luego vimos *un faccioso más*, y en pos de él poblarse de facciosos el telon. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, dí la cara á dos

enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El mónstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que habia mal engendrado; pero trás este debian venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debia destronar á su padre. Nació la censura, y héme aquí poco ménos que desalojado de mi última posicion. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétole y le obedezco; hé aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano: á saber, que no altere el órden; es bueno tener entendido que en política se llama *órden* á lo que existe, y que se llama *desórden* este mismo *órden* cuando le sucede otro *órden* distinto: por consiguiente es perturbador el que se presenta á luchar contra el órden existente con ménos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el órden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo más fuerte que él: en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que despues de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposicion feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repeticion diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no deberian parecérnoslo tanto. La tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera, porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razon; pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas: hé aquí por qué las leyes dificilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres: hé aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan: hé aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto: volvamos á él: este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace más que suprimir

de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica.

Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del sér que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel dia. No sabemos si algun reo de muerte habrá hecho esta singular observacion, pero debe ser horrible á sus oidos el último grito que ha de oir de la *colifforera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leida y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él: gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad sin embargo se abre paso al través del corazon en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresion, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educacion; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educacion, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religion en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oidos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazon á Dios, y este es todo lo ménos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordeció á la voz del deber y de la religion, pero en quien estos gérmenes existen,

vuelve de la continua afectacion de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impios y ateos, los que se han formado una religion acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor: y en esos reos, en quienes una opinion es la preocupacion dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos antes componian juntamente con las preces de la religion el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de piés y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Los ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan, y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre.—¿Qué espera esa multitud? diria un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un dia solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosea esta nacion?—Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre.—¿Dónde va?—¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno?—¡Qué entero va!

Hé aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situacion del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desórden: la otra mitad es obra de la tropa que va á poner órden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignacion y de desprecio. No quiero entrar en la cuestion tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaria ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atreveria á rebatir ese? Pienso solo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un sér que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazon

desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginacion, el reo ha llegado al patíbulo: en el dia no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, á quienes su amo proponia, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que habia llegado el momento de la catástrofe: el que solo habia robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad tambien da ciento por uno: si habia hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivia aun... De allí á un momento una lúgubre campanada de San Millan, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrian, resonó por la plazuela; el hombre no existia ya: todavía no eran las doce y once minutos.—«La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

UNA PRIMERA REPRESENTACION.

En los tiempos de Iriarte y de Moratin, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epígramas, la primera representacion de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oidos no habian llegado aun, ó de cuya memoria se habian borrado ya las encontradas voces de *tiranía* y *libertad*, hacia entonces la vista gorda sobre el Gobierno. Su majestad cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco más ó ménos como ahora, si bien con un tanto más de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha; y el honrado, el heróico pueblo iba á los toros á llamar *bribon* á boca llena á Pepe-hillo y Pedro Romero cuando el toro no se queria dejar matar á la primera. Entonces no habia más guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos* y *polacos*. No se sospechaba siquiera que podia haber más derecho que el de tirar varias cáscaras de melon á un *morcillero*, y el de acompañar la silla de

manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisicion habia sin embargo más libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabia por dónde podia venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey, y á Dios, respeto que consistia más bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podia usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted queria escribir, imprimia y vendia cuanto á las mientes se le viniese, y ahí están si no las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratin, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros dias no podrian probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni habia espías, ni ménos policía: no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al dia siguiente por ambas cosas: tampoco habia esta comezon que nos consume de ilustracion y prosperidad: el que tenia un sueldo se tenia por bastante ilustrado, y el que se divertia alegremente se creia todo lo próspero posible. Y esto pesado en la balanza de las compensaciones es algo sin duda.

Habia otra ventaja, á saber; que si no queria usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un si es no es incómodas; si no queria usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina: si no tenia usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni mujer amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podia usted ser paje de bolsa de algun ministro ó consejero, decia usted que tenia una estupenda vocacion; vistiendo el tosco sayal tenia usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metia usted á predicador. El oficio en el dia parece tambien haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de alguien en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, ménos descontentadizo, era á la par más indulgente. Lo que por aquellos tiempos podio ser una *primera representacion*, lo ignoramos completamente; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el dia una primera representacion es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusion de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposicion. En primer lugar hay lo que se llama *comedia antigua*, bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella; de capa y espada, de intriga, de gracioso, de figuron, etc., etc.; hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traduccion de la *Porte Saint-Martin* como *el Valle del Torrente*, *el Muda de Arpenas*, etc., etc.: hay el drama sentimental y terrorífico, hermano

mayor del anterior, igualmente traduccion, como *la Huérfana de Bruselas*; hay despues la comedia dicha clásica de Molière y Moratin, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traduccion, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real; hay la piececita de costumbres, sin costumbres, traduccion de Scribe; insulsa á veces, graciosita á ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trajes de la época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos: hay, por fin, si no me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oida, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado solo á los Colones del siglo XIX. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

Hé aquí que el autor ha dado la última mano á lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente: ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representacion, y en todos los periódicos se lee, entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

«Se nos ha asegurado ó sabemos (el *sabemos* no se aventura todos los dias) que se va á poner en escena un drama nuevo en el teatro de... (por lo regular del Príncipe). Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodriguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento; y tenemos *fundados motivos* (la amistad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni ménos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el teatro español, etc., etc.,» y así sucesivamente.

Luego que el público ha leido esto, es preciso ir al café del Principe: allí se da razon de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de porqué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oido; el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae *La Revista*? —¿Qué drama es ese? —No sé.—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo...—¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno!—Preciso.—¿Cómo se titula? —¡FULANO! — ¿A secas?—No sé si tiene otro título.—Es regular.—¿Cuántos actos?—Cinco creo.—No son actos, dice otro.—¿Cómo? ¿no son actos? —Sí, son actos, pero... yo no sé.—¡Ah! sí.—¿Y muere mucha gente?—¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¡Gustará! dicen en otro corrillo. — Hombre, eso como este pú-

blico es así... yo no me atreveria... pero mi opinion es que ó debe alborotar, ó le tiran los bancos.—¡Hola!—No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro. — ¡Oiga! — Pero el hijo está enamorado... Deje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luego se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luego viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo. —¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto.—¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoracion oscura, tétrica, romántica... en fin, con decirle á usted que la dama, ayer en el ensayo no podia seguir hablando.—¡Ui!!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo:—Es bonita, dicen, solo que es pesada; pero á mi me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay accion; no sucede nada.

El autor entre tanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: solo se teme que el galan, que ha creido que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza: y el segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hacérselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene más años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles están en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes.—Un poco más energía, se atreve á decir el autor, en ademan de pedir perdon.—No tenga usted cuidado, le responden; á la noche verá usted. — Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar ménos todavía que el actor.

—¿Qué saco yo en la cabeza? le pregunta una jóven. ¿Diadema? —No es necesario.—Como soy...—No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance.—Es verdad.

—Y yo, ¿qué saco en las piernas?—La época, el calzon ajustado, pié y brazo acuchillados. — Es que no tengo. — Sí tienes, dice un compañero, el calzon que te sirvió para Dido. — Ya; pero eso debe ser otra época.—No importa: le pones cuatro lazos, y es eso.

Yo saco peluca rubia, dice el gracioso. —¿Por qué rubia?—No tengo más que rubias: todas las hacen rubias.—Bien; así como así la escena es en Francia. — ¡Ah! ¡entonces!... los franceses son rubios. — ¿Y calva, por supuesto? — No, hombre, no: si no tiene usted más que cincuenta años. — Es que todas mis pelucas tienen calva.—Entonces saque usted lo que usted quiera.

Yo necesito un retrato, ¿que saco? dice otro.—No, un medallon: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las de-

coraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas: la del pabellon de *la Expiacion*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitar ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den dos reales más; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se convienen en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que están en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpenton, ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay que hacer, y que como la funcion es larga, no admite intermedio ni sainete: merced á estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde están á dos, tres duros las lunetas: El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho préviamente en casa de este ó de aquel. Todo lo contrario: se han extasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel dia distraido; no responde con concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo más expresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y dicen embromándole sin temor de Dios: «Con que hoy es la silba: voy á comprar un pito.»

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario.—¡Qué tal estoy!—Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted más negro en esa mejilla; otra raya; es usted más viejo. Usted sí que está perfectamente; señora, y cierto que daria los mejores trozos de mi comedia por ser el galan de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frio el segundo galan.—¡Ah! no: ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse.—¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en aquel verso.—No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro.—Sí, un chillido sentido: como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡A mí me extremeció usted, y soy el autor...!

—¡La órden! ¡La órden! gritan á esta sazon.

—¿Cómo la órden? exclama el autor asustado. ¿La han prohibido?—No, señor, es la órden para empezar, habrá venido su alteza.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera! y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de piés que se vén debajo del telon.

¡Cuidado con los arrojes, señor autor! dice un segundo apunte cogiéndole de un brazo. —¿Qué es eso?—Nada; los arrojes son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telon, bajando ellos colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso: se ha descorrido la cortina, y el ingenio se refugia á un rincon de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representacion con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperacion cuando se pierde un actor.—Si lo dije, si no sabe el papel. —¿Silban? — ¿Qué murmullo es ese? Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí: esto va bien; ese trozo tenia que hacer efecto por fuerza. — ¡Bárbaros! ¿Por qué silban? Si no se puede escribir en este país: luego la están haciendo de una manera... Yo tambien la silbaria.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas.—¡Vaya! Ya tenemos el telon bajando y subiendo.—¡Bravo! se han dejado una silla.—Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le vé?—¡Hombre! ¡en esa sala han nacido árboles!—¿Lo mató? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si morirá el apuntador.—Pues, señor, hasta ahora no es gran cosa.—Lo que tiene es buenos versos.

Entre tanto la condesita de *** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido; los *fashionables* suben y bajan á los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luego parece que el público se ha constipado adrede aquel dia. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la mareta sorda empieza á manifestarse cada vez más pronunciada: á la última puñalada el público no puede más, y prorumpe por todas partes en ruidosas carcajadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestion. sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telon entre la majestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propension tiene la humanidad á alegrarse del mal ajeno; pero he observado que el público sale más alegre y decidor, más risueño y locuaz de una representacion silbada: el autor entre tanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado: no están todavía los españoles, dice para esta clase de comedias: se agarra otro poco á las intrigas, otro poco á la mala representacion, y de esta suerte ya puede presentarse al dia siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir:—Yo lo dije; esa comedia no podia gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato?—Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado sin embargo que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composicion, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y lo elogian; saben que sus

elogios no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen:—Es cosa buena, ¿cómo se habia de negar? No tiene más sino aquello, y lo otro, y lo demás allá... ya se vé; las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen:—Señor, no es mala; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas: tiene bellezas: sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente más divertida es la de oir, acercándose á los corrillos, los votos particulares de cada cual: este la juzga mala porque dura tres horas; aquel porque mueren muchos; el otro porque hay gente de iglesia en ella; el de más allá porque se muda de decoraciones: esotro porque infringe las reglas: los contrarios dicen que solo por estas circunstancias es buena. ¡Qué Babilonia, santo Dios! ¡Qué confusion!

Al dia siguiente los periódicos... Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo más? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio!

¡Despues de todo eso, haga usted comedias!!!

LA DILIGENCIA.

Cuando nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa: generalizada la proposicion de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, escuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más importante la facilitacion de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de trasportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreido imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan tambien en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaria todavía probablemente encerrada en los Estados-Unidos. La navegacion la trajo á Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los países: verdad es que ese lazo

de los liberales lo es tambien de sus contrarios: pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; solo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurria á usted hacer un viaje, empresa que se acometia entonces solo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de trasporte. Estos se dividian entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no habia diferencia ninguna: no se concebia cómo podia un hombre apartarse de un punto en un solo dia más de seis ó siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocacion de las ventas: esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban solo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesion de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mujeres de militares á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban: y semejantes los hombres á los troncos, allí donde nacian, allí morian. Cada cual sabia que habia otros pueblos que el suyo en el mundo, á fuerza de fe; pero viajar por instruccion y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponia un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad: y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!» Al llegar á París despues de dos meses de medir la tierra con los piés, hubiera podido exclamar con más razon: «¡Qué corto es el año!»

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban á su alrededor para cerciorarse de si habia efectivamente París, de si se iba y se venia, de si era, en fin, aquel mismo el que habia ido, y no su ánima que volviera sola! Se miraba con admiracion el sombrero, los anteojos, el baul, los guantes, la cosa más diminuta que venia de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecia imposible. ¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!!! ¡Jesus!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Lóndres. Como quien hace lo más, hace lo ménos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el dia se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto ménos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigracion, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra: el liberal es el símbolo del movimiento perpétuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre á pié firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más movimiento que el del caracol; toda la dife-

rencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras diligencias, no entraré en la ex-

plicacion minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos dias en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No se qué tienen las diligencias de comun con su majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma

duda tengo con respecto á los *billares*; pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haria gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo, ora fuese á recibirle, ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias: yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. A la entrada le llama á usted ya la atencion un pequeño aviso que advierte pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros: es decir, que allí solo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejaremos sin embargo á cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el Botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decia:—No se puede pasar en ese traje: ¿no vé el cartel puesto de ayer?—Sí, señor, contestó el palurdo, pero... ¿eso rige todavia?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego: verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razon. «¡Cómo los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!!!» Esto siempre satisface: verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por órden, pregunte y lea despues, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razon; pero en ese caso puede volver á otra hora, ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio: como muy enterados de la hora, están ya como en su casa: los que vienen á despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: «¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía.» Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra, si son hombres; si son mujeres, gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué me sé yo!

Los acompañantes, portadores de ménos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitacion; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la poblacion: media hora falta solo: una niña, ¡qué jóven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo

acaso por última vez su lindo pié, su trémula mano... «Vamos, niña, dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última, ¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.»

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presion de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor, sobre todo, hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nunca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajon dos, tres dias con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no seria precisamente donde tendríamos que sufrir más desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡qué multitud de ocasiones de prestarse mútuos servicios! ¡cuántas veces al dia se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¡cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazon más dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto: pero sabe tambien que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.—Pobre niña, dice entre dientes: lo que es la poca edad: si pensará que no se aprecian las caras bonitas más que en Madrid: el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos países.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años: el militar fija el lente: ella es la que parte; hay lágrimas, sí pero ¿cuándo no lloran las mujeres? las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre estas y las de la niña; una sonrisa de satisfaccion se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco ménos: hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah! es su marido.—Se puede querer mucho á su marido, dice el militar para sí, y hacer un viaje divertido.

—¡Voto va! ya ha marchado, entra gritando un original cuyos

bolsillos vienen llenos de salchichon para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender.., ¡Ah! ¡ah! este es un verdadero viajero: su mujer le acosa á preguntas:—¿Se ha olvidado el pastel?—No; aquí le traigo.—¿Tabaco?—No, aquí está.—¿El gorro?—En este bolsillo.—¿El pasaporte?—En este otro.

Su exclamacion al entrar no carece de fundamento; faltan solo minutos, y no se divisa disposicion alguna de viaje. La calma de os mayorales y zagales contrasta singularmente con la prisa y la mpaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros;

pero es de advertir que estos al ponerse en camino alteran el órden de su vida para hacer una cosa extraordinaria; el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los dias.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera á sus costados, y la vaca recibe en su seno los paquetes: en ménos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros.—A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar.—Que no se moje ese baul.—Encima ese saco de noche.—Cuidado con la sombrerera.—Ese paquete que es cosa delicada. Todo lo oye, lo toma, lo encajona, á nadie responde; es un tirano en sus dominios.—La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es á un cementerio lo que el sueño á la muerte, no hay más diferencia que la ausencia y el sueño

pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch' intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores, repite el conductor: y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas: la bella casada entre una actriz que va á las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de carton con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese el aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: «¿Tendremos ladrones?» y un fraile corpulento que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones: una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de contínuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, é hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura; las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida.—A Dios—hasta la vuelta—tantas cosas á Pepe:—envíame el papel que se ha olvidado—que escribas en llegando.—Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

EL DUELO.

Muy incrédulo seria preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la más extremada civilizacion: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razon más severa preside á todas las acciones y costumbres de la generacion del año 1835.

Dejaremos á un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfeccion á que se ha llegado en punto á religion y á política, dos

cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupacion ninguna, no abrigamos el más mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el sér más perfecto, la hechura más acabada de la creacion, solo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad más innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijacion de nuestras ideas y principios: no sólo sabemos ya cuál es el buen Gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tal nuestra ilustracion, que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerra en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien habia de adorar, ó el rey á quien habia de servir... nada más natural. Ignorantes entonces los más, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos, cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustracion, es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay. Y si las hubiera seria en defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no seria ciertamente el partido más ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está más fijada la pública opinion, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el dia le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este *honor* de la edad media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilizacion, que en el dia no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera: todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusion y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonrado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿Le dan á usted un bofeton? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿Le faltan á usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le

roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pié, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustracion!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenon injuria á Aquiles, y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfaccion: Alcibiades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, segun una expresion de nuestra moderna civilizacion, queda como un cobarde.

El duelo, en medio de la duracion del mundo, es una invencion de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hácia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa buena, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar el combate. El muerto, el caido era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga la vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (así se habia llamado á los desafíos juridicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: »No más juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos.»

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: «No os batireis,» los hombres dijeron: «No os obedeceremos;» y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigorosa prohibicion han sido las más señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre: «No te harás matar, pena de muerte,» es provocarle á que se ria del legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos países contra el suicidio; sabia ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podria hacer á propósito de esto la observacion general de que solo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto; las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho más que lo que haria un jardinero que tirase la fruta queriendo acabarla; el árbol en pié todos los años volveria á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinion pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinion pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradiccion social. Mientras todo el mundo se ria del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir: «Me han injuriado» será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posicion ridícula en sociedad. Para todo corazon bien puesto la duda no puede ser de larga duracion: y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tomar la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupacion más ó ménos visible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya: segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas: en un principio se batian los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos: cada injuria producia entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor; los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el dia se reduce á impedir que su mala fé abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad empero, sino es la licencia de mi imaginacion, me ha llevado más lejos de lo que yo pretendia ir: al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ellas y amamantado con sus preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinion pública repugna, ni ménos de parte de una costumbre que la razon reprueba. Confieso que pensaré siempre en este particular como Rousseau, y los más rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no ha muchos meses fuí testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, mas que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relacion *ab ovo*.

Mi amigo Cárlos, hijo del marqués de***, era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él, al revés que en el mundo, la ménos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habian empleado en su educacion cuanto esmero es imaginable, Cárlos se presentó en el mundo con talento, con instruccion, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia

capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser solo que los primeros dicen necedades y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginacion necesitan mujeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La jóven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada, sus padres habian tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se habia formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destruccion: en punto á la coquetería era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podia fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el dia una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfida desmayada: hablaba con el acento del candor y de la conmocion; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venia á iluminar su tétrica conversacion, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decia mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulacion; de suerte que lo que sin razon de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Cárlos lo fué; la víctima debia ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí á poco Cárlos y Adela eran uno.

He oido decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familia: tambien suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinion que la mujer que empieza mal, acaba peor. Adela fué un ejemplo de esta verdad: medio año hacia que se habia unido con santos vínculos á Cárlos; la moda exigia cierta separacion, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reido el mundo de un marido atento á su mujer? Adela por otra parte estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodon si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si le repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los dias, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un jóven del mejor tono fué más asíduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo: el jóven era orgulloso,

y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parece despreciar á Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no queria faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!!! Era preciso humillarlo: esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Cómo se acaba no lo diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos, él solo entreviese primero su destino, y lo supiese despues positivamente. La cosa desgraciadamente fué escandalosa, y el mundo exigia una satisfaccion. Cárlos hubo de dársela. Eduardo fué retado, y llamado yo como padrino no pude ménos de asistir á la satisfaccion.

A las cinco de la mañana estábamos los contendientes y los padrinos en la puerta de..., de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debian acabar con su almuerzo. Una mujer habia faltado y el *honor* exigia en reparacion la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo: de allí á poco habia espirado un hombre útil á la sociedad. Cárlos habia caido, pero habian quedado en pié su *mujer* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Cárlos: su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡Hé aquí el mundo! ¡hé aqui el honor! ¡hé aquí el duelo!

EL ALBUM.

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leido, debe de figurarse al ménos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro oscuro, sin los cuales no habria cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educacion, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en esca-

lon, que solo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reune en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua comun, y de lo que se llama entre los hombres, patriotismo ó nacionalismo. Hay más puntos de contacto entre una reunion de *buen tono* de Madrid y otra de Lóndres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapies, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña muchas veces salir de un brillante *rout*, ó del más elegante sarao, y previa la conveniente trasformacion de traje, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público, ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderian! El título de este artículo, sin ir más lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significacion de nuestro título: esta explicacion no es ciertamente para ellas; pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilizacion llevada al extremo, que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *album* no sea castellana es para nosotros, que ni somos ni queremos ser *puristas*, objecion de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinacion de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mútuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena: desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte diremos de buena fé lo que ponia Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso:

«Que si él habla lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.»

Pasando por alto este inconveniente, el *album* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condicion que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con un lujo asiático, y por dentro en blanco: su carpeta, que será más elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe ser de la materia más rica que se encuen-

tre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño: lo más caro, lo más inglés, eso es lo mejor: razon por la cual seria muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Solo el conocido y el hábil *Alegría* podria hacer una cosa que se aproximase á un *album* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener, es que se pueda decir de él: «Ya me han traido el *album* que encargué á Lóndres.» Tambien se puede decir en lugar de Lóndres, París; pero es más vulgar, más trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Lóndres:* lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traido ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría.*

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *album* seria ya en el dia un cuerpo sin alma, un rio sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *album*, claro está, no se lleva en la mano, pero se trasporta en el coche; el *album* y el *coche* se necesitan mútuamente: lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate; el *album* se envia además con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarlo; el lacayo y el *album* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *album* que la bella envia al hombre distinguido para que este estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor, un dibujo, si es músico, una composicion, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distincion de suplicarle que incluya algo en su *album*, es muy natural pagarle en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *abum* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazon en Madrid: hemos reparado que todas las dueñas de *album* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas: así consta á lo ménos de todos estos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *album*, pues, viene á ser un *panteon* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porcion de notabilidades; á pesar de

que no todos los hombres de mérito de un *album* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distincion de exquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito, de poner algo en el *album*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *album* viene á ser frecuentemente, más bien que un panteon, un cementerio, donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al *album*, y este honra á los primeros.

Sabido el objeto del *album*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su orígen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas por todas partes; en rigor las pirámides famosas ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *album* de Egipto? Todo monumento es el *fac simile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *album* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *album* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sujeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo del letrero puesto por Chateaubriand: «Aquí estuvo tambien Pedro Fernandez el dia tantos de tal año.» Sin embargo, la accion es la misma, por parte del que la hace.

Hé aquí cómo motiva el orígen de la moda del *album* un autor francés, que escribia como nosotros un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París:

«El origen del *album* es noble, santo, majestuoso. San Bruno habia fundado en el corazon de los Alpes la cuna de su órden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres dias á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monasterio, la religion grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado, y la eternidad siempre presente, debian de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedian en la augusta morada altos pensamientos y delicadas expresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *album* de la Gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *albums*.»

Esta aficion, recien nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fué puesto á contribucion: el valor por consiguiente de un *album* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David, ó de Vernet, un trozo de

Chateaubriand, ó de lord Byron, la firma de Napoleon, todo esto puede llegar á hacer de un *album* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar ménos el valor de un *album*: ni es de extrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil* su presupuesto, ó por lo ménos el de su amor propio. Y en rigor, qué es una bella sino un *album*, á cuyos piés todo el que pasa deposita su tributo de admiracion? ¿Qué es su corazon muchas veces sino *album*? Perdónenos la atrevida comparacion: ¡pero dichoso el que encuentra en esta especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el primero (no pende siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *album* no se llama nunca *el album*, sino *mi album*; esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él más que la parte agradable: todos los inconvenientes están de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco*. ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *albums* que vienen á parar á manos de uno! Luego ¡hay tantas mujeres á quienes es más fácil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados despues estos diversos depósitos no pueda picarse ningun amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean más que galanterías, á una hermosa de la cual solo se conoce el *album!*

Si este es el mueble indispensable de una mujer de moda, tambien es la desesperacion del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es más difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros, para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamariamos siempre toda indulgencia, y no concluiremos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene más que un *album* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LAS ANTIGÜEDADES DE MÉRIDA.

PRIMER ARTÍCULO.

Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta á mis lectores de cierta inconstancia y versatilidad, bases de mi carácter, el cual podria muy bien venir á ser el de no tener ninguno: yo no sé si hace demasiada falta el carácter para vivir; pero en caso de duda bien se podria encontrar no lejos de nosotros multitud de ejemplares de gentes, que no teniendo ninguno conocido, no sólo aciertan

á vivir, sino que están sanas y gordas, y aun cómodamente establecidas.

Ahora bien, aquella comezon singular, aquel mi prurito de mudar de casa, que puse en conocimiento del público en uno de mis artículos, titulado *las Casas nuevas*, cuyo título recuerdo porque no estoy muy seguro de que se acuerde todo el mundo de mis artículos tan bien como yo, debia llegar á ser con el tiempo, segun ya entonces se anunciaba, síntoma de más grave importancia. Aficion naciente entonces, creíala contentar yo siempre, inocente de mí, con pasar de un barrio de Madrid á otro, de una calle á su vecina, de un piso al que encima ó debajo tenia. Pero sucedió con ella lo que con toda aficion mal reprimida: de idea pasajera pasó á idea fija, y no cortado el mal en su principio, debia llegar á ser una pasion devoradora de mudar de sitio; pasion que indudablemente me hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, á no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho más grande que yo, y es de esperar por mi fortuna que sea todavía más grande que mi pasion de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid, exclamé una mañana, despues de haberle rodado en todas direcciones, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse á la calle un dia con ánimo de andar sin encontrarse á los cuatro pasos con la puerta de Atocha, ó la de Alcalá, con el Campo de los Moros, ó la Pradera de los Guardias? ¿En este Madrid, que solo se puede comparar en eso nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse á moverse sin tropezar en una traba? ¿Qué hago en Madrid? me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid: todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro; no quepo en el café; no quepo en los empleos; todo está lleno, todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincon de la *Revista Española... jétouffe.* Fuera, pues, de Madrid: no bien lo habia dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipaje de *Fígaro*, más ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar á los hombres, recado de escribir para bosquejarlos, y mi mal ó buen humor para reirme de los más de ellos. *Omnia mea mecum porto.*

El carruaje marchaba lentamente; sin embargo, no era carruaje del Gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desiguales cúpulas de los numerosos conventos, que, semejantes al espectro descrito por Virgilio, hunden su planta en los abismos y esconden su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvia la cabeza á mirar atrás, no como Hector hácia su Andrómaca, sino que me parecia oir todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oidos la canturia monótona de nuestros actores cómicos; oia las silbas dadas á nuestros ingenios clásicos y románticos. perseguíame la deuda interior como un remordimiento; sin embargo, yo no la había arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguian, ellas debian ser sin duda las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla entre tanto desarro-

llaba á mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega á los ojos del pasajero su falda raida y agujereada en ademan de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado, habia sustituido al ruidoso murmullo de la ciudad populosa: era la contribucion que resonaba por el yermo. *Felicidad*, decia el segundo con acento irónico, para el que sabia oirle: *miseria*, decia el primero con acento de verdad y de desesperacion.

No eran ciertamente los pueblos los que podian estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extension del más desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres dias rodamos por el vacío: hácia el fin del cuarto una esplanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica poblacion. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta.*

La humilde Mérida semejante à las aves nocturnas, hace su habitacion en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrépita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos más antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor, y un rio cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debian regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posicion, los dominadores del mundo la llevaron al más alto grado de esplendor; y es fama conservada por los más de nuestros autores, que ha tenido un millon de habitantes. Erigida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caida del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominacion de árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitacion romana: nada más comun que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales: y un labrador, creyendo pisar la tierra huella todos los dias con su rústica suela el *aquí yace* de un pro-

cónsul, ó la advocacion de un Dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diaramente el azadon de un extremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es comun allí el hallazgo de una urna cineraria, ó de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo que es más asombroso, gran número de cosecheros se sirven aun en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por más siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el país tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de su antigüedad que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginacion cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa poblacion romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fué* del hombre reflexivo y meditador.

LAS ANTIGÜEDADES DE MÉRIDA.

SEGUNDO Y ÚLTIMO ARTÍCULO.

Mi primer cuidado en Mérida fué hacerme con un *cicerone;* pero no ofreciéndome alicientes la entrevista con ningun *literato* del país, ni queriendo que me contase ningun pedante lo que acaso sabria yo mejor que él, despues de haber buscado inútilmente en aquel museo del tiempo alguna historia de las antigüedades ó de la misma ciudad, solo traté de sorprender la tradicion popular en su curso, y atúveme á un extremeño que se me presentó como el hombre más instruido del comun del pueblo acerca de las bellezas de Mérida, y que haria por tanto oficio de enseñarlas.

Mi *cicerone* era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el peso de la cabeza hubiese sido por mucho tiempo oneroso á la base del edificio; sus brazos pendian tambien como dos arcos laterales cuyo pié hubiesen carcomido dos ramales de un rio, que hubiesen lamido por muchos años los costados del hombre. La cara hubiera dado lugar á las más graves investigaciones de una academia: semejante á una moneda largo tiempo enterrada, y tomada á trechos del orin y de la tierra, sus facciones estaban medio borradas, y ora parecian letras en estilo lapidario, ora vistas á otra luz semejaban algo un rostro humano maltratado por la intemperie ó la

incuria de sus guardianes. La fecha no se conocia, y aquel fragmento podia ser de varias épocas. Su desigual cabello, blandamente meneado por el viento, remedaba esa yerbecilla que por entre las cornisas y coronamiento de una torre antigua hace nacer la humedad; sus dientes eran almenados, y la posicion inclinada del cuerpo todo, fuera al parecer del centro de gravedad, le hacia parecer una pared que comienza á cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y los ojos, y me trajo á la memoria la célebre torre de Pisa.

Tal se me representó á mí al ménos mi *cicerone*: tal me pintaba mi imaginacion cuanto en Mérida veia.

—¿De qué año es usted, buen hombre? no pude ménos de preguntarle.—Tres duros y medio, señor, me contestó, en estilo monetario, queriéndome decir que tenia tantos años como reales aquellas medallas.—Pardiez, no le hubiera creido tan del dia. ¿Y usted es el que suele enseñar á los viajeros las otras ruinas de esta ciudad?

—Sí, señor... estoy algo enterado...

—¿Y vienen muchos viajeros?...

—Extranjeros, sí, señor. Ingleses sobre todo, y se han solido llevar algunas cosas. Pintan ahí, y dibujan, y escriben, y qué sé yo... nos muelen á preguntas... parecen locos los ingleses. Pero españoles, señor, pocos: los más pasan sin preguntar; como no vengan de estancia al pueblo...

—Mérida ha sido gran ciudad, interrumpí al hombre de la tradicion, poniéndonos en camino para recorrer las antigüedades, y siguiendo yo á la que me servia de guía.

—¡Oh! sí, señor. La historia dice que tenia ochenta puertas, y que cada puerta estaba guardada por cuatro cientos soldados de á pié y ciento *de caballería*; tenia cuatro palacios magníficos en los cuatro ángulos, que eran de cuatro *príncipes* muy ricos.

—¿Y estas ruinas son muy antiguas?

—¡Vaya!

—¿De los romanos todas?

—¡Qué! más antiguas, señor, mucho más; de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes... mucho antes que los romanos.

—¡Hola! Perfectamente.

En esto llegábamos al puente, verdadera obra romana: colocado sobre uno de los puntos en que presenta el rio mayor latitud, más de sesenta ojos espaciosos le dan una longitud que se pierde de vista: él solo es una historia de las dominaciones que han pasado por nuestro suelo: solo las dos cabezas, en una extension regular, se conservan puras é intactas: remendado lo demás á trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, revelan las fechas de las composturas: la más moderna es la mayor, y se hizo á costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas á la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierro y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros medios, al lado

de los pedruscos romanos, cuya única trabazon consiste en su colocacion, y que durarán todavía más que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigacion de los tiempos: romano ya enteramente, figurábaseme ver el dios tutelar del rio, que, levantando la espalda colosal, repelia indignado la mísera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar á la antigua sobre sus ondas, cuando la voz de mi *cicerone*, semejante á un aire colado, me sacó de mi estupor, y volviéndome hácia un nicho de ladrillo levantado sobre el trozo más romano del puente, en el cual se divisaba una pequeña é informe efigie de yeso, me dijo:

—Este, señor, es san Antonio.

—¡Muy poderosa es una religion, exclamé, cayendo de más alto que la catarata del Niágara, que ha podido colocar esa efigie de yeso sobre este puente romano! ¡El agua se ha llevado los dioses; sus piedras han durado más que ellos; y nuestro yeso dura más que ellos y sus piedras!

Dos acueductos magníficos enriquecian de aguas á Mérida: otro moderno parece elevado entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caido: sin embargo, las ruinas son las triunfantes; arcos colosales y gigantes asombran la vista: allí todo es obra del hombre que ha hecho hasta la piedra; no son ya trozos cortados de una cantería: el hombre ha cogido la tierra y el guijo, lo ha amasado entre sus manos como harina, y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, á la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro: el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los acueductos romanos parecia no tener otro objeto que formar un gran depósito de aguas destinado á una *neumaquia* gran diversion de un gran pueblo, para quien era solo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

—Este es, me dijo gravemente mi *cicerone* al llegar á la neumaquia, casi terraplenada por el tiempo, este es el baño de los moros.

—Gracias, buen hombre, le respondí lleno de agradecimiento. ¿Y cómo cuántos moros cabrian en este baño? le pregunté.

—¡Uí! ¡Figúrese usted! me dijo con aire de respeto y voz solemne, como aterrado del número de los moros, y de la capacidad del baño.

El trozo mejor conservado es el circo; las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas á las fieras y á los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena á trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oir el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones.

—Esta era, me dijo mi *cicerone*, la plaza de los toros: por allí salia el toro, me añadió, indicándome una puerta medio terraplenada, y por aquí, concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome

la jaula de una fiera, entraban el viático cuando el toro heria á alguno de muerte.

Una ruidosa carcajada que no fuí dueño de contener resonó por el ancho y destrozado circo, y pasamos á ver el anfiteatro, peor conservado, el hipódromo, apenas reconocible por la meta, y de allí nos dirigimos hácia la *via romana*, vulgo en el país *calzada romana*; aquí es tradicion que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos de colocar los sepulcros á orillas de los caminos, por la cual ellos solian, en sus epitafios, dirigir la palabra á los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus expresiones propias; así, cuando hablamos de las cenizas de un muerto, que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver á orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos, segun los hablistas, una belleza, llamada figura retórica, y segun mi entender, una tontería, que pudiera llamarse *decir una cosa por otra.*

A la parte opuesta de Mérida suélense encontrar sepulcros de niños, á juzgar por sus dimensiones.

El arco de Trajano colocado en el centro de la actual poblacion está en buen estado, y lo que me asombró fué encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estátuas de mármol blanco, de un trabajo acabado y del gusto griego más puro, considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer órden: y digo que esto me asombró por dos razones; primera, porque en Madrid creo haber visto un museo de escultura extraordinariamente pobre: segunda, porque la posteridad de los romanos se advierte en acabar de desmoronar á pedradas la obra de algun Fidias del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada á santa Olalla, patrona de la que fué *colonia romana*, llamada *el hornillo de la Santa*, por haber sido martirizada allí: está construida con fragmentos de un templo de Marte: el viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas: aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, á quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido á la altura de un enano. Dentro se ve ó se adivina la efigie de santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripcion siguiente:

MARTI SACRUM
VETILLA PACULLI.

La idea que este contraste presenta, imagínela el lector; estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, solo ha quedado el hueco de ellas, y este hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos, construida de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pié todavía y empotradas en ella; el conjunto presenta la diforme idea de un vivo atado á un cadáver; aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo contínuamente.

El *conventual* es otra ruina, pero más moderna; colocado á la cabeza del puente, ofrece el aspecto de un edificio grandioso, y sus murallas siguen largo trecho la direccion del rio; parece haber sido una fortaleza gótica; posteriormente perteneció á los templarios, y se arruinó en poder de los caballeros de Santiago.

Sobre una alta columna romana, que se levanta en medio de una plaza, domina una efigie de santa Olalla mirando al oriente. Al llegar aquí y concluir nuestro paseo, se acercó á mí mi *cicerone*, y me dijo con notable fervor:—Repare usted, señor: esta es otra vez santa Olalla: yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera; la santa miraba entonces á Poniente; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al Oriente y cesó la peste; desde entonces mira á esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningun azote de esa especie á afligir á la antigua colonia romania si se exceptúa el cólera; y ese, todo el mundo sabe que no es peste: con lo cual queda en pié la tradicion, y la santa siempre vuelta.

No concluiré este artículo, por largo que sea ya, sin hacer mencion del último descubrimiento que ha llamado la atencion de los meridenses, si se puede hablar así de unos hombres que viven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los buhos y vencejos que en su compañía las habitan.

Cavando un labrador su corral, encontró recientemente debajo de su miserable casa el pavimento de una habitacion, indudablemente romana, hecho de un precioso mosáico, en el cual asombra tanto la obra de la apariencia como el lujo que revela. Piedrecitas iguales de media pulgada de diámetro, y de colores hábilmente combinados, forman figuras simbólicas, cuya inteligencia no es fácil; algunas tienen un carácter egipcio, lo cual puede hacer sospechar si habrá pertenecido la casa á algun sacerdote ó arúspice; á la cabeza de la pieza se descubre, pero no se descifra, una inscripcion en letras latinas, y á los dos lados parece prolongarse el precioso mosáico á otras habitaciones no descubiertas todavía.

La autoridad de Mérida parece haber dado parte convenientemente al Gobierno; pero no habiéndose dispuesto nada todavía, el dueño de la casa reclama que se le deje usar de su terreno como mejor le convenga, ó que se le compre; en el ínterin, no habiendo fondos destinados á continuar esta importante excavacion, y habiendo quedado á la intemperie el pavimento descubierto hasta la presente, el polvo, el agua llovediza y el desmoranamiento de la tierra circunstante, echa á perder diariamente el peregrino ha-

llazgo, lleno ya de quebraduras y lagunas; sin embargo, bastaria una cantidad muy pequeña para construir un cobertizo y comprar la choza, ya que no fuese para continuar la excavacion.

Mérida, la antigua *Emerita-Augusta*, posesora de tantos tesoros numismáticos, olvidada de ellos, y olvidada ella misma, es en el dia una poblacion de cortísima importancia; puéblanla apenas mil vecinos, y de su grandeza pasada solo le quedan suntuosas ruinas y orgullosos recuerdos. Despues de haber saludado á las unas con supersticioso respeto, y de haber enlazado los otros con vanidad al nombre español que llevo, proseguí mi viaje, lleno de aquella impresion sublime y melancólica que deja en el ánimo por largo espacio la contemplacion filosófica de las grandezas humanas y de la nada de que salieron, para volver á entrar en ella más tarde ó más temprano.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Es cosa que daria que hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el orígen de la voz *calavera* en su acepcion figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designacion del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepcion picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de séres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* más perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el dia por un excelente *calavera*: Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podia ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se veria probada aquella verdad; y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarian una clave de muy verosímil y sencilla explicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion

puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para cosas pocas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así solo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendo se harán cargo de lo difícil que me seria darme á entender valiéndome para designarlos de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripcion que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó ménos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creido en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así solo se llama *calaveras* á aquellos cuya série de acciones continuadas son diferentes de las que los otros hicieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo comun de donde parten, y en rigor solo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.° El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instruccion, seria lastre demasiado pesado que se opondría á esa ligereza, que es una de sus más amables calidades

2.° El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en el mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros,

más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinion, saliendo de él más depurados. En un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás. Seria tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido.

Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que este le vé con terror; de quimera en quimera, de *qué se me dá á mí* en *qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladron en su condicion generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilizacion, y su cuna, su edad, su educacion, su profesion, su dinero, le subdividen despues en diversas castas. Las principales son las siguientes:

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer bolitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el dia de exámen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetia con osadía las cuatro voces tercas que habia recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercia predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servia de blanco ó de pelota, se distinguia de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En carnaval era el que ponia las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenian la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacia pasar á otro por el culpable, ó sufria en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el gérmen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro habia perdido unos anteojos, que se habian encontrado en su faltriquera: el rapé de otro habia pasado al cochocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrian bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas habia quedado un dia enganchada en un sillon, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver. Aquel dia no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado: y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion; privado él de medios, le es forzoso

afectarlos. Es risa oirle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera que hacer: contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenia una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daria cien onzas por un billete: no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al billar: aunque hijo de familia no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que mas suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazon femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar; es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa deja de ser *calavera-lampiño* Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorío; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra ya es un hombre hecho.

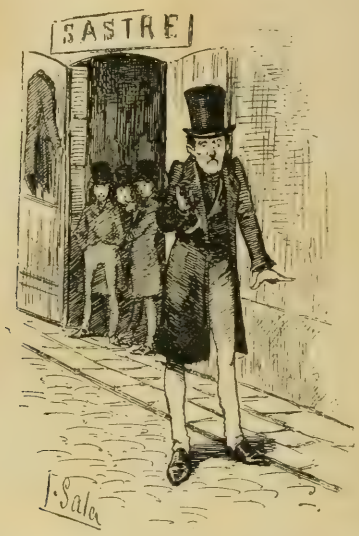
Aquí empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendria: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad, si alguna tienen.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que

las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano: pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece: el uniforme es ya la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él.



Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cervatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detrás de dos ó tres amigos, que fingen discurrir sériamente.

—Aquel viejo que viene allí: ¡mírale que serio viene!—Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno!—Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometi lo se pára, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora! dice la turba. ¡Pum! otra en la calva.—El viejo da un salto y echa una mano á la calva; mira á todas partes... nada.

—¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algun pillastre... bien podia irse á divertir...

—¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desvergüenza... ¿pero le han hecho á usted mal...?

—No, señor, felizmente:

—¿Quiere usted algo?

Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temeron* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

A veces se dispara la cervatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él y le da un pisoton; el otro entonces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos: — Pepe, exclama, *¿cuándo has vuelto? !Si, tú eres!* Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa: ¡Ah! usted perdone, dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mio... —No hay de qué. —Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla. —¿Quién es? — Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendria usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esta sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole: — Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcon medio desnudo.—Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no queria irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches. — ¡Bribon! ¡insolente! Si bajo...—A ver cómo baja usted; baje usted: usted perderia más: figúrese usted donde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: solo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña

corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlos ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *négligé:* sus hazañas son más serias; este es aquel que se reune en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el dia no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concurre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la

llegada de la policía, y despues de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover tambien su zipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofeton: de diez hombres que reciban bofeton, los nueve se quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: este es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al dia siguiente lo tendrá con otro que no le mire: este es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: este es el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista además. En una palabra, este es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demás divierten; este mata.

Dos líneas más allá de este está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalon, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc., etc.: pero estos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás. No los reconocemos.

Solo tres clases hemos conocido más detestables que esta; la primera es comun en el dia, y como al describirla habriamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos más que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdon; pero ¿quién no conoce en el dia algun sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto: de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre alrededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crímen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fé.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin órden, sin casa, sin método... el jóven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus piés: sin embargo, este es el único á quien cuadraria el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La mujer con *poca aprension*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese

miedo á todo, que tanto le hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza; ¿qué deja para nosotros? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Este es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo,

y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieran á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de búen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilizacion, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introduccion en ella, ha recibido una educacion esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento: filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le di-

rige siempre á la más graciosa, ó á la más sentimental: más de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se rie de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra. reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble anteojo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres, sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leido á Walter Scott, á D'Arlincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-Lebrun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: *¡Qué cabeza! ¡Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: *¡Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas*, es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es solo atrevido, amable; las bellas que se enfadarian con otro, se contentan con decirle á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Seria preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquel á quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l' enfant gàté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos, mariposa ligera vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, solo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo

necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podria hacer de ella? El estancarse seria perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraido para con las demás. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*. Digasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de este es la edad misma; una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobren en el nuevo marido, á veces, con crecidos intereses las letras que él contra sus antecesores girara.

Solo una observacion general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleon es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquel y la insubordinacion de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*. Por el contrario, en el dia están sentados en gran libro como dos *grandes hombres*, *dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinion pública*.

MODOS DE VIVIR
QUE NO DAN DE VIVIR.

OFICIOS MENUDOS.

Considerando detenidamente la construccion moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas* ó *carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los

disparates y excesos de los demás: los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la expresa condicion de matar á los otros: los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.: y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutencion de una familia, son mas bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir:* los que los profesan son no obstante como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos séres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran poblacion, y suelen desempeñar diferentes cargos, segun el año, la estacion, la hora del dia. Esos mismos que en Noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en Julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que venden agua en Agosto, vendian en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institucion de san Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introduccion á los demás, es decir el oficio de exámen, y el más fácil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podria en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atencion á lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos) se esparcian por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducian á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provision: á la luz de la filosofía, debian tener cierto valor; cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero.

Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, segun lo maltratado, la imágen de la justicia, y cuya profesion es dar *higos* y *pasas* por *hierro viejo;* el otro que siempre detrás de su acémila,

y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina:* capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender despues, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etc.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada y aun más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante tambien á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atencion á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decia, sacando de cada parte solo el jugo que necesita: repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo. por una relacion simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera por tanto con otra educacion seria un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: hé ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditacion, á la contemplacion de la muerte, de que es viva imágen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la trapera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda: allí como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reunen por única vez las poesías, releidas, de Quintana, y las ilegibles de A.***: allí se codean Calderon y C:***: allá van juntos Moratin y B.***. La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.* Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realizacion, única posible,

de la fusion, que tales nos ha puesto. *El Boletin de Comercio* y *La Estrella*, *La Revista* y *La Abeja*, las metáforas de Martinez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecia, así la trapera no es nunca jóven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó á la mortificacion de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mu do, así crió en sus altos juicios á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese sér, con todo ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido jóven, y aun bonita; muchacha, freia buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada: hubiera recurrido al trabajo; y este la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballerete fué de parecer de que no eran naranjas lo que debia vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí á algun tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista; nuestra heroina tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichu* en la cabeza, y el galan detrás, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente la alhajó un cuarto; poco despues el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro; esta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades, el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

¡Ah! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena por consiguiente de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al dia y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distincion, alguna mirada de cuando en cuando.. algun... nada. Pero ni una contestacion de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daria la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastrueques! La trapera es más feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntacion antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linon hecha pedazos... ¡Una gola!!! Y acaso el borrador de algun billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazon te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripcion á la trapera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia qne nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é intimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavacion subterránea, las más veces sin luz ni pavimiento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje;* el cajon de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un calzon de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creeria que quiere decir: «*aquí se estropean botas.*»

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazon tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera proteccion, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consulta-

dos. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo ménos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcon ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la mujer; abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho: es el raton dentro del queso Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora a que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento, cuándo sube tal ó cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinacion del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie se escapa. Para darle más extension, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta;* es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reunen y hacen fondo comun de hablillas: ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el dia siguiente. Esto necesita explicacion: los artesanos en general no se embriagan más que el domingo y el lunes, algun dia entre semana, las Pascuas, los dias de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los dias: esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la mujer: es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa.* A la vuelta ya sabe quién debe solo decir que ha estado, *ó habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolucion, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galan no puede entrar en la casa, es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no halla inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazon tan firme para no aficionarse sino á los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de en frente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero este regularmente es un ladron encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparacion con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aun una historia particular, que los haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más, la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza: la mercadera de *torrados* de la Ronda: el de los *tirantes y navajas*; el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina: los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete: el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda: esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar. esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando dias y enhorabuenas á gentes

que no conocen: esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales: todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo... pero no todo es del dominio del escritor, y desgraciadomente en punto á costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningun *oficio* reconozco *más á menudo*, y sirva esto de conclusion, ningun *modo de vivir que dé ménos de vivir*, que el de escribir para el público, y hacer versos para la gloria: más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

LA CAZA.

Los tiempos en que la caza era á un mismo tiempo la ocupacion y la diversion de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sin número de empleados destinados á ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando solo tras sí algun nombre que otro, alguna denominacion, fuera en el dia de su lugar. La invencion de la pólvora fué sin duda uno de los primeros golpes, casi mortales para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bala de plomo puede hacer en ménos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas á los reyes tiempo para serlo, han

venido despues á dar á ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado; las costumbres extranjeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituido enteramente á aquella azarosa distraccion. En otros países no han sido bastantes todas esas causas á destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aun abundante caza á los *gentlemen*, que dedican á sus locas batidas una estacion del año. En Alemania no es ménos la aficion, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran en punto á caza tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros Cárlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversion en la cual ya no tenian á quien remedar: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y solo en algun rincon de provincia da todavía esta antigua aficion señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias á que esto puede aplicarse con más razon es la Extremadura: destinada la mayor parte á dehesas para pasto, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto: agréguese á esto que no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del país no tienen más modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, ó darse ellos mismos á la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está más desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos del hombre de la naturaleza: ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras: la existencia y la fisonomía de estos séres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el conde de ***, jóven de una ilustracion y un talento poco comunes á su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior á todo elogio, en cuya compañía habia salido de Madrid, me invitó á pasar unos dias en una de sus mejores posesiones, famosa en el país por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz ó fuera de España, y costándome por otra parte algun trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad habia hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí á admitir un convite que podia proporcionarme además una ocasion de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos á habitar por algunos dias: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y yerbas

de diversas y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando, una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de dia color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algun rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algun otro cuadrúpedo que no nombraré, diversas castas de perros, mastines, casaros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representacion perfecta de la creacion.

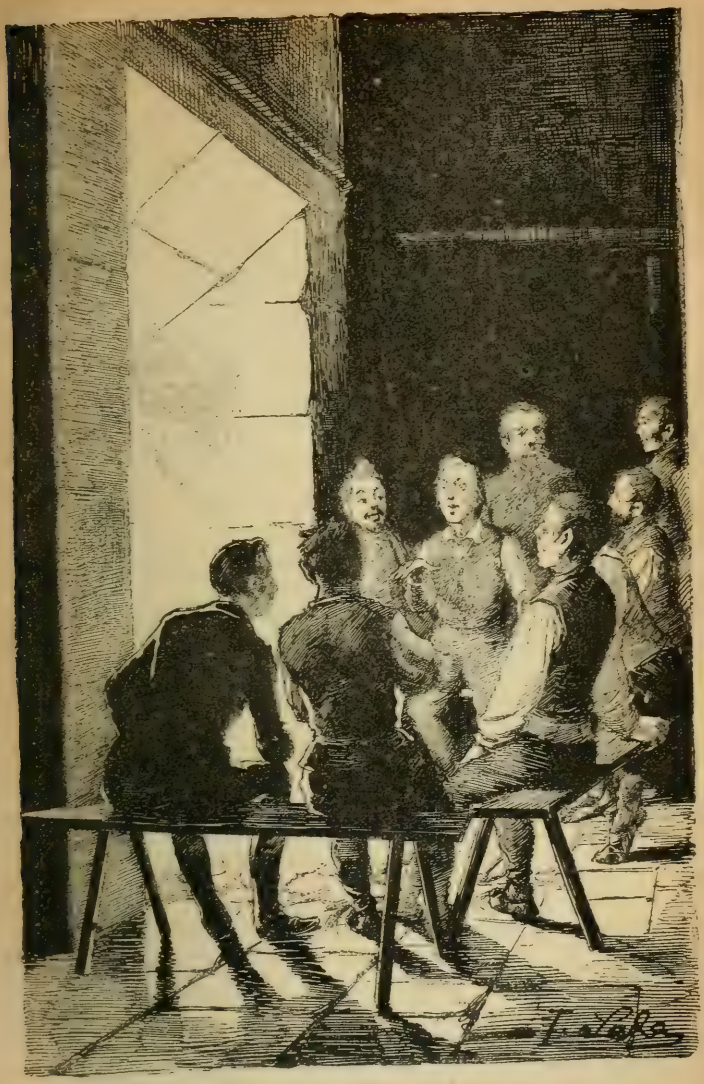
La vivienda humana, la poblacion más inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, sino en el número, en la calidad con las mejores de Valencia, de Andalucía y de Portugal. Tanto este como los demás pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede ménos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye, y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios*, no es ménos original que su lenguaje. Un mal sombrerillo gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel; calzon de paño burdo; polaina ó botin de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel sin curtir, sujeto á la pierna con cordeles; una canana alrededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorin de cuero y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañon largo, de chispa, llena toda de remiendos y composturas, escopeta sin embargo que ninguno de ellos cambiaria por otra de dos cañones y piston del mismo *Delpire*, y escopeta que jamás les falta. Barba crecida; las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin expresion: séres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas semejantes á las de la corteza de los árboles. No pregunte usted á este hombre si hay rey ó reina en Madrid, si es carlista ó liberal; sino, si hay caza en el monte. Despues de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza alguna vez con reclamo, más comunmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y, nuevo Robinson del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre á vender al pueblo inmediato por siete ú ocho cuartos el fruto del sudor de un dia, que él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente:

no puedo hallar otro origen a la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infinito amor propio: sin embargo, hay animales que valen más que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena si no fueran más que animales.

Pero llega el domingo, dia anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres dias: el sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen pro-

visiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquellos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos los *puestos*, y estos para dirigirlos y reconocer las *manchas* ó espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar alrededor de una encina, oyendo al corsario más experimentado: él explica la caza de la perdiz como la más divertida y honorífica: la de los conejos al *aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino á la madrugada y á la caida de la tarde: en tiempo de su cria, la mejor es la *chilla*: la *mancha* de la *tristeza*, que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchon* hay venado ó *cochino;* pero ese no se puede cazar sin gran *recoba*, y todavía no se han traido todos los perros: él arregla los ojeos para el dia siguiente, y asainetea en fin su conversacion con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.



A la mañana con la aurora todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas de pié y en rueda, hunden en un enorme caldero, despues de haberse santiguado, su cuchara de cuerno sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar á la mano y de ésta á la boca; repetida esta operacion hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va á dar la batalla: momento de confusion: nadie pide parecer, cada cual da el suyo: uno pide pólvora: otro perdigones, otro postas por si sale alguna res: en fin, se carga: los ojeadores, precedidos de un corsario, van á tomar la vuelta de la *mancha* ó espesura designada, y á rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van á ocupar con el mayor silencio los puestos á la parte contraria: allí estátuas de sí mismos, y árboles entre otros árboles, esperan traidoramente á las víctimas, que ahuyentadas y encaminadas á ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen á ofrecerse al tiro, no temiendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa á otro, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago: á las tres ó las cuatro se recoge la gente á la casa, y se devora con apetito parte de la mortandad de la mañana: con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve á la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al dia siguiente se repite la misma funcion.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes ó se sobrecogen á la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, ó se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, ó tiran por fin demasiado pronto sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, ó torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar á una liebre la vuelta de *campana*.

Concluida la batida se suman las piezas, se reunen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos que matarán en el pueblo en el dia siguiente: hay quien se atreve á matar con bala, de doce nueve: se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven á la ciudad con una insolacion ó un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcarmos y de las chanzas de las damás que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversion que por lo regular aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable: á la larga le sucede siempre alguna avería, ó pierde un ojo ó un dedo, ó se rompe un brazo, y diariamente por lo regular se hiere y se estropea bregando entre la maleza: el sol y el aire, el agua y el frio le combaten; los peligros le cercan; pero todo ello es nada á sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida envidiable para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambicion y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la

aficion á la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo: el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él: en medio de su frenesí su podenco mismo entre las matas es un zorro: un compañero que bulle entre la jara es un ciervo: y el burro del ganadero que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe más de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez: su amigo perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto á las ventajas apelamos á todo cazador viudo. La verdad, ¿cuál cuesta ménos? ¿cuál vale más?

Se entiende que estas circunstancias solo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida, de ninguna manera al cazador de Madrid, que equipado de los piés á la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo, por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta á los gorriones de la pradera del Canal. y se vuelve molido y sudado al anochecer, despues de haber tenido que comprar algun conejo y una caña de alondras para

..... á casa
Volver, como suele el conde
De Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor *el Curioso Parlante*, y le dejaré por lo tanto descansar sobre sus comprados laureles.

Despues de haber sufrido á la intemperie ratos que hubieran sido muy pesados á no haberlos aligerado la compañía del conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos dias en matar aquellos animales, que ni nos hacian daño, ni nos estorbaban ni podian oponernos resistencia (si bien á mí me podia tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver á probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocacion, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

IMPRESIONES DE UN VIAJE.

ÚLTIMA OJEADA SOBRE EXTREMADURA. — DESPEDIDA Á LA PATRIA.

Por fin, debia dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida á quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podia ménos de volver frecuentemente la cabeza para dar una

última ojeada á esta patria donde habia empezado á vivir, porque en ella habia empezado á sentir.

Uno de los puntos que antes de mi partida se ofrecieron á mi vista fué Alange, pueblecillo situado á la falda de una colina, y en una posicion sumamente pintoresca: esta villa, que dista pocas leguas de Mérida, posee una antigüedad sumamente curiosa: un baño romano de forma circular y enteramente subterráneo, cuya agua nace allí mismo, y se mantiene en el propio estado en que debia de estar en tiempo de los procónsules; recibe su luz de arriba, y los habitantes no ménos instruidos en arqueología que los meridenses, le llaman tambien el *baño de los moros*. (Véase nuestro artículo sobre antigüedades de Mérida.)

La colocacion de este baño hace presumir que los romanos debieron de conocer las virtudes de las aguas termales de Alange. En el dia son todavía muy recomendadas, y hace pocos años se ha construido en el centro de un vergel espesísimo de naranjos á la entrada de la poblacion una casa de baños, donde los enfermos, ó las personas que se bañan por gusto, pueden permanecer alojados y asistidos decentemente durante la temporada. El agua sale caliente, pero no se nota en su sabor, ni en su olor, ninguna diferencia esencial del agua comun. Los naturales me refirieron una de sus primeras virtudes populares. Los arroyos y pequeñas charcas que se forman en el país de las aguas llovedizas, crian infinitas sanguijuelas, las cuales se introducen muchas veces en la boca de las caballerías y las desangran: en tales casos parece que con solo llevar el animal, acometido mal su grado del régimen brusista, al manantial termal y hacerle beber del agua, los bichos sanguinarios sueltan la presa y dejan libre al paciente. En una nacion donde hay tanta sanguijuela, que como la de Horacio no se separa de su empleo, *nisi plena cruoris*, no parece inútil la publicacion de este sencillo modo de hacerles soltar la presa. Solo es de temer que no haya en todo Alange agua bastante para empezar.

Este pueblo, de fundacion árabe, posee además en lo alto de un cerro eminente los restos de un castillo moro, y á sus piés corre el Matachel, riachuelo ó torrente notable por la abundancia de adelfas que coronan sus márgenes.

Considerada la Extremadura históricamente ofrece al viajero multitud de recuerdos importantes y patrióticos, y hace un papel muy principal en nuestras conquistas del nuevo mundo; de ella salieron la mayor parte de nuestros héroes conquistadores. Hernan Cortés reconoce por patria á Medellin y Pizarro á Trujillo. Este último pueblo conserva un carácter severo de antigüedad que llama la atencion del viajero; los restos de sus murallas, y multitud de edificios particulares repartidos por toda la poblacion, tienen un sello venerable de vejez para el artista que sabe leer la historia de los pueblos y descifrar en sus monumentos el carácter de cada época.

Pero considerada la Extremadura como país moderno en sus adelantos y en sus costumbres, es acaso la provincia más atrasada de España, y de las que más interés ofrecen al pasajero.

Si se exceptúa la Vera de Plasencia y algun otro punto, como Villafranca, en que se cultiva bastante la viña y el olivo, la agricultura es casi nula en Extremadura. La riqueza agrícola de la provincia consiste en sus inmensos yermos, en sus praderas y encinares, destinados á pastos de todas clases de ganados. Antes de la guerra de la independencia y del decaimiento de la cabaña española, las dehesas eran un manantial de riqueza para el país, y sobre esa base se han acumulado fortunas colosales. Aun en el dia, produciendo más la tierra de las dehesas que la puesta á labor, fácilmente se concibe que la provincia debe de ser sumamente despoblada; y reasumida la poca riqueza en unos cuantos señores ó capitalistas, resulta una desigualdad inmensa en la division de la propiedad. El sistema de las dehesas es sumamente favorable además á la caza, de suerte que el pobre no halla más recurso que ser guarda de una posesion, cuando tiene favor para ello, ó darse á aquel ejercicio. Así es que hay pueblos enteros que se mantienen como las sociedades primitivas, y que están á dos dedos del estado de la naturaleza: ejercen su profesion así en los terrenos de los *propios* como en los de pertenencia particular: en ninguna provincia puede estar más desconocido el derecho de propiedad.

El hombre del pueblo de Extremadura es indolente, perezoso, hijo de su clima, y en extremo sobrio. Pero franco y veraz, á la par que obsequioso y desinteresado. Se ocupa poco de intereses políticos, y encerrado en su vida oscura, no se presta á las turbulencias. Animada en el dia la provincia del mejor espíritu por la buena causa, si no hará gran peso en la balanza liberal, tampoco ofrecerá un foco ni un asilo á los traidores.

La industria no existe más adelantada que la agricultura: alguna fábrica de cordelería, de cinta, de paño burdo, de bayeta, de sombreros y de curtidos (sobre todo en Zabra) para el consumo del país, son las únicas excepciones á la regla general: por lo demás tampoco sus habitantes echan mucho de ménos sus productos; las casas, míseramente alhajadas, no admiten superfluidad ninguna: si se exceptúan las pocas habitaciones de algunas personas de dinero y gusto, que en los pueblos principales hacen venir de fuera á gran costa cuanto necesitan, se puede asegurar que la vivienda de un extremeño es una verdadera posada, donde el cristiano no puede ménos de tener presente que hace en esta vida una simple peregrinacion, y no una estancia.

Una vez conocido el estado de la agricultura y de la industria, fácil es deducir de cuán poca importancia será el comercio. Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin rios navegables, sin canales, sin más caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruajes, ni medios de conduccion, ¿quién podria traer á una provincia despoblada, y acostumbrada á carecer de todo, sus productos, en cambio de los cuales solo puede ofrecer á la exportacion alguna lana (porque es sabido que los más de los ganados que gozan sus pastos no son extremeños): algun aceite que envia al Alentejo, algun cáñamo, miel, cera, piaras de cerdos y embuchados hechos de este precioso

animal? El comercio de importacion es casi nulo; y la exportacion se podria reducir á la que se hace de ganados en la feria famosa de Trujillo, y á la que practican sus célebres choriceros en los mercados de Madrid. En el mismo Badajoz está muy expuesto el viajero á no encontrar nada de lo que necesite; si desgraciadamente no lleva consigo cuanto puede hacerle falta, ni encontrará un sombrero de buena calidad, ni calzado bien hecho, ni un sastre regular, ni unos guantes, en fin, cosidos en la capital. Algunas producciones excelentes de su suelo, como son las frutas, entre las cuales se distinguen las naranjas, el melon y la sandía, solo pueden servir al consumo del país

La carretera de Madrid á Badajoz, principal camino de Extremadura, es una de las más descuidadas é inseguras de España. En primer lugar no hay carruajes; una endeble empresa sostiene la comunicacion por medio de galeras mensajerías aceleradas, que andan sesenta leguas en cinco dias; es decir, que para llegar más pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales, que galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados; solo de quince en quince dias sale una especie de *coche-góndola* con honores de diligencia. Servida además esta empresa por criados medianamente selváticos é insolentes, no ofrece al pasajero los mayores atractivos; añádase á esto que por economía, ó por otras causas difíciles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruajes en la posada peor de todo pueblo donde hay más de una.

En segundo lugar esas posadas, fieles á nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratin en una de sus comedias; todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, excepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola sin émulos ni rivales por su rara originalidad y su desmantelamiento; entiéndase que hablo solo de la que pertenece á la empresa de las mensajerías; habrá otras mejores tal vez; no es difícil.

En tercer lugar suele haber ladrones, y entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como por ejemplo el árbol en que fué ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltacion), mal pudiera olvidar los dos amenos sitios que se descubren antes de llegar á Mérida, comunmente llamados los *confesonarios*: el *grande* y el *chico*; nombre verdaderamente original; él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar á un pueblo; nombre lleno de poesía y de misterio: nombre que vale él solo más que una novela; nombre impregnado de un orientalismo singular, y á la vez terrible, sublime é irónico, dado por un pueblo religioso á un asilo de bandidos. Los confesonarios son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los foragidos *confiesan* á los pasajeros. donde los *pecados* son el dinero y la vida, y donde un *puñal* hace á la vez de absolucion y de penitencia. Niéguese á nuestro pueblo la imaginacion. Otros países producen poetas. En España el pueblo es poeta.

Sobre la orilla izquierda del Guadiana, al oeste y á una legua de la frontera de Portugal, se encuentra á Badajoz, antigua capital de la Extremadura, y residencia de sus reyezuelos moros. Esta plaza fuerte, cuyas fortificaciones ofrecen una rara mezcla de diversos sistemas de fortificacion, ofrece al forastero en su mayor eminencia restos venerables de sus dominadores árabes: murallas, calles, casas, y hasta torres enteras, revelan otros tiempos y otras costumbres al viajero. A la parte del rio se ve el palacio llamado de Godoy.

Por lo demás Badajoz nada ofrece de curioso: ni una iglesia digna de ser vista, ni un cuadro en ellas de mediano pincel, ni una mala biblioteca, ni un colegio, ni un teatro, ni un paseo. No se puede llamar paseo á los árboles nacientes del campo de San Francisco, debidos al zelo del general Anleo, ni al campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad adornada de algunos árboles y bancos: ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, ó tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones. La alameda de *Palmas* está abandonada por mal sana desde el cólera. El billar, el ejercicio de los urbanos en el campo de San Roque, la retreta y dos ó tres cafés, son las distracciones de la poblacion. Hay una fonda lamada, si mal no me acuerdo, de *las cuatro naciones. Ménos naciones y mejor servicio*, puede uno decir al salir de ella.

La amabilidad sin embargo y el trato fino de las personas y familias principales de Badajoz compensan con usura las desventajas del pueblo, y si bien carece de atractivos para detener mucho tiempo en su seno al viajero, al mismo tiempo le es difícil á éste separarse de él sin un profundo sentimiento de gratitud por poco que haya conocido personas de Badajoz, y que haya tenido ocasion de recibir sus obsequios y de ser objeto de sus atenciones.

La costumbre que en todos los pueblos se conserva de blanquear casi diariamente las fachadas de las casas, les da un aspecto de novedad y de limpieza singulares: no hay edificio que parezca viejo: en una palabra, en Extremadura la casa es sér animado que se lava la cara todos los dias.

Para pasar á Portugal se sale de Badajoz por la puerta de Palmas, y se pasa el Guadiana sobre un magnífico puente. No llamándome la atencion nada en Extremadura, me decidí por fin á partir.

Era el 27 de Mayo: el sol empezaba á dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz: al salir saludé el pabellon español, que en celebridad del dia ondeaba en la torre de Palmas. Media hora despues volví la cabeza: el pabellon ondeaba todavía: el Caya, arroyo que divide la España del Portugal, corria mansamente á mis piés: tendí por la última vez la vista sobre la Extremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron: una sonrisa de indignacion y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazon, y una lágrima se asomó á mis ojos.

Un minuto despues la patria quedaba atrás, y arrebatado con la velocidad del viento, como si hubiera temido que un resto de an-

tiguo afecto mal pagado le detuviera, ó le hiciera vacilar en su determinacion, expatriado corría los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba: el hombre era solo el que sentia.

CUASI.

PESADILLA POLÍTICA.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que, calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda: que se constituyen maniveles de la gran máquina en que los demás no saben ser más que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la periferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demás objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creacion para recordarle su orígen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, Leon X, Luis XIV, Napoleon!!! ¡Dioses en la tierra! Sus épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Despues de ellos, nada. Despues del coloso, los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aun!!! Espirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

¡Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos! ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí algo más fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—Ven conmigo, dame la mano. ¿Ves esa mancha enorme que se extiende sobre la tierra, y crece y se desparrama como la gota de aceite que ha caido en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura á traer aquí una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusion de las lenguas? El inglés, el aleman, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasion se han tirado unos á otros á la ca-

beza los materiales de la grande obra: el suelo ha salido de madre como un rio de su alveo; las casas se han desmoronado... era el amago de la confusion, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron: y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron: ¡Otra que no pese! *¿Risum teneatis?* El lobo los comia, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban.

Sube á lo más alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda...

—¡Ba! de aquí no se ve más que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusion óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos?

—¡Ah!

—Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras-monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostúmbrate á no ver más que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba; tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas, que aquel solo te parecerá cien hombres; en cambio otras veces, y será lo más comun, donde creas ver cien mil hombres, no habrá más que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrontes, Janos: son las palabras de honor, llamadas así por apodo; segun te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. A su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifiestos*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creidas, pero tan ambiláteras como las otras; *palabras-callos*, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan...? Todo eso es la palabra *Honor*. ¿Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamais ejército, y no es más que *ambicion*; *palabra-mónstruo*, *palabra-puerco-espin*, llena de puas: *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira qué de furiosos: teas encendidas, sangre, saqueo, confusion: todo ese ruido son nueve letras. *fanatismo*, *palabra-loco de atar*; sin embargo, nadie le ata.

¡Ah! Aquí viene la *palabra-arlequin*, la *palabra-camaleon*. !Qué de de faces, qué soltura! todos corren tras ella: inútilmente. Mira cómo la quiere coger la *palabra-pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras, *libertad*. Siempre que el *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos la *palabra-promesa*, la *palabra-manifiesto;* pero

la *palabra-pueblo* es de las que llamé palabras-contrahechas; ciega sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer más que dar de cuando en cuando palo de ciego; como no ve, da ciento en la herradura, y ninguna en el clavo: por lo regular se da á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el dia la que reina sobre todas. CUASI. Ese es todo el siglo XIX. Obsérvala: á cada una de sus facciones le falta algo; no es más que un perfil: ni está de pié, ni sentada. Vestida de blanco y negro, dia y noche. Más breve: *palabra-cuasi*, *cuasi-palabra*.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. A tus piés está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolucion entera: en este, y en su año 30, no ha podido hacer más que una *cuasi* revolucion, en el trono un *cuasi*-rey, que representa una *cuasi*-legitimidad. Una cámara *cuasi*-nacional, que sufre en el país de nuevo una *cuasi*-censura, *cuasi*-abolida, por la *cuasi*-revolucion; un rey *cuasi* asesinado: una gran nacion *cuasi*-descontenta, y otra conmocion política *cuasi*-próxima.

¿Qué ves en Bélgica? Un estado *cuasi*-naciente y *cuasi*-dependiente de sus vecinos, mandado por otro *cuasi*-rey.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades: *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un Supremo pontífice, en el dia *cuasi* pobre, y del cual *cuasi* nadie hace caso.

Vuélvete al Norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un emperador *cuasi* déspota en un país *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* más civilizados con un Gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperado por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, nacion *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso, y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilizacion *cuasi* naciente, y un sultan *cuasi* ilustrado, con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo: un orgullo nacional *cuasi* insufrible; y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada, una mayoría *cuasi* whig. Un Gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nacion, con una lengua *cuasi* castellana y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un *cuasi* ejército, y una *cuasi* proteccion á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-insula*, unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nacion: una *cuasi-Vendée* en las provincias con un jefe *cuasi* imbécil: conmociones aquí y allí *cuasi* parciales: un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* solo existen ya en

España. Cuasi siempre regida por un Gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algun dia. Por desgracia muchos hombres *cuasi* ineptos. Una *cuasi* ilustracion repartida por todas partes. Una *cuasi* intervencion, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi* en fin en las cosas más pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado: palacio sin concluir: museo incompleto: hospital fragmento; todo á medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por do quiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios, reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos Epoca de transicion, y gobiernos de transicion y transaccion: representaciones *cuasi*-nacionales, déspotas *cuasi* populares: por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

¡Oh! dejadme respirar, por Dios; estoy *cuasi* mareado.

—Plutarco ha dicho que los pueblos serian felices *cum reges philosopharentur*, *aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinion de Plutarco, yo me atreveria á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni más ni ménos que los individuos que los componen. Pero pudieran al ménos ser hombres y ser pueblos si no fueran en el dia *cuasi-nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Concluido este *cuasi*-sermon, cesé de oir: y á poco cesé de ver: dejado de la mano del ser fantástico que me sostenia sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusion de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pié y en coche corren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como no son; y abrí los ojos buscando mi cicerome.

No ví nada, sino el gran *cuasi* por todas partes.

FÍGARO DE VUELTA.

CARTA A UN SU AMIGO RESIDENTE EN PARIS.

> Puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen á los paises extranjeros, quise visitarlos solo por gusto, ó comodidad, á expensas propias y campando por mi respeto.
>
> CURIOSO PARLANTE. Panorama matritense. *La vuelta de Paris.*

Madrid, 3 de Enero de 1830.

Se vuelve á España desde Paris, querido amigo: es cosa probada, y, lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan árdua empresa. Loco estoy del gozo y del con-

tento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de estos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una ó dos en nuestro país, pues se tropiezan por las calles aun más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace á mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Despues de darme por ello el parabien, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podias creer? ¿Eh? ¿A qué has de volver, decias? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mio. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¿Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposicion á nadie, sin criticar á cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana ni un solo pié andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nube* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesion del Estamento; diez meses, en fin, sin ver una real órden, ni columbrar un prócer? Eso es morirse, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar despues de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un París ganar un real y que han hallado en Madrid á un dos por tres con qué pasar un real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demás, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué más ciencia, ni qué más industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada más parecido á un Gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros dias? ¿Dónde hay telon que se parezca á un árbol, ni cómico que más se asemeje á un príncipe, mas que lo que se parece un estatuto á una constitucion? Pues, Dios mediante, han de parecerse aun más. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á más no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña María de Aragon (2)?

¿Por qué me habia de volver? Por la misma razon, amigo mio, que de aquí me fuí, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de contino casa y domicilio; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del *Hablador* á *La Revista*, de *La Revista* al *Observador*, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas; por esta venturosa organizacion que para variar me dió

(1) En gitano la capa.
(2) Hoy local del Estamento de Próceres: en tiempo de la constitucion de las Córtes.

naturaleza, y que en el número 94 de *La Revista* me hacia escribir:

«La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, más feliz que yo; porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca.»

¿Para qué? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él solo he de escribirte una gran carta, por no caber en esta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no habia de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que rejalgar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar, y volverme.

¿Cómo, me decias, *por dónde, en qué?* A tales preguntas contestára sobradamente la relacion de mi viaje, si estuviera más despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso más;* que aunque no es mas que uno, como ha dicho muy bien álguien, debe de ser sin duda tan grande que le ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña; pero de poco tiempo á esta parte hay tambien en él algunos facciosos más y algunas diligencias ménos. Bien me decian que el de Oleron era incómodo; pero ¿qué remedio? Volver por Portugal, como habia ido, ni era lo más derecho, ni ménos para mi carácter versátil; además de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque álguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, más lo tuve yo por pulla y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la faccion. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á don Cárlos, ni á don Sebastian, como no traia conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuádruple alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro ministerio del justo medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó, por mejor decir, en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominacion en dos largos dias que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos veri-

cuetos, considerándole yo á él, y considerándome él á mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he oido hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creidos, hasta el Gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfranc. Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habria salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la ví, ni ella vió jamás mis baules. Lo que sí ví fué varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traia casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas á creer al pié de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el dia que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de Agosto remití á *La Revista* un artículo, en que, presumiendo á fuer de Fígaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen Gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimióse en efecto, aunque mal parado por algun benigno censor. No habrás olvidado que á pocos dias, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real órden en *La Gaceta* dando providencia en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aquí y por allí, con sus dietas correspondientes, para la coleccion y resguardo de aquellos objetos: la cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo vi y toqué, no muy léjos de Madrid, objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el Gobierno esas tonterías? ¡librotes de los frailes! *¡chucherías de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta córte, me hallaba yo casualmente no ha muchos dias cuando acertaron à pasar los quintos que venian de Extremadura. ¡Qué bien se trata á la tropa! ¡Qué bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo ví tambien á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su vara, insignia por cierto mili-

tar! Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en dia de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta, al palo, y si pasa á la faccion le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos dias que se concedió el título de ilustrísimos señores á no sé qué individuos de no sé qué corporacion, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, excelencias, etcétera, etc.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneracion que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de próceres: y tienen sus sesiones corriente: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París habia llegado á olvidarlo.

En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona; se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras Córtes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo más general, lo segundo es lo más cierto; pero si en mes y medio solo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos más se habrán votado en Marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el Gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque solo el señor Pardiñas votó en contra. Por fin habló el señor conde de Toreno por primera vez despues de su advenimiento á la oposicion: habló como si no hubiera sido ministro. El señor Martinez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia, y otras bagatelas. Este habló como si fuera ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al Gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen más que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta más que hablar; de todas suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡Así cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organizacion cupiera ser alguna vez ministerial, se me habia presentado una bonita ocasion: pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de Gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo más á que podia extenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, seria alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que á mi llegada á esta corte me encontré con personas que suponian que mi viaje habia sido costeado por el Gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabias? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va á París, es claro que no puede ser sino con algun empleo, ó con fondos

del Gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarian para llegar á París? Ni yo tengo cara tampoco de ir á Paris por mi gusto. Esto es claro como la luz del dia. ¡Qué penetracion! ¡Dios los bendiga!

Más ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un sí es no es corto para folleto; á no contarte cosas que parecieran mejor secretas, habia de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que llevado de mi comezon de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabia el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo habia imaginado mil veces para tanto como tengo aun que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando hé aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas *El Español*, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitacion del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: «*Este es*,» exclamé en cuanto le ví:

«Extenderse, crecer, tocar al cielo,»

y metíme de rondon en él, donde quedo, para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente; más sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladurías. Hé aquí mi profesion de fé.—Tuyo siempre.—*Fígaro.*

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesion, si ha acabado.

BUENAS NOCHES.

SEGUNDA CARTA DE FÍGARO Á SU CORRESPONSAL EN PARIS, ACERCA DE LA DISOLUCION DE LAS CORTES, Y DE OTRAS VARIAS COSAS DEL DIA.

Buona sera, don Basilio,
Presto andate á riposar.

Il Barbiere di Seviglia.

Madrid, 30 de enero de 1836.

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestacion),

porque á la mañana siguiente del dia en que te la escribí, y cuando yo presumia que podria estar ya por lo ménos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? La encontré ni más ni ménos en *El Español*, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entonces ambas cosas existian todavía; no habia hecho más camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habria participado ya mi naturaleza de esta atmósfera que respiramos, y que habria enviado al *Español* mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debia darle, y echado el original, destinado á la imprenta, en el buzon del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame solo en confusion el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te habia escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos Esto me hizo sentir tanto más la equivocacion, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, más duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy además un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni ménos de paliar las verdades en un punto: dígote por tanto cosas que es vergüenza ¡por vida mia! que anden impresas, y más vergüenza aun que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar esta á tus manos otro conducto, que me parece más seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero más bien escribir una carta que un artículo; y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte*: no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público; y como el que escribe la carta es dueño de escribir á quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quién habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas en fin que en el dia cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fé ó de esperanza*, no extrañarás que me decida por las cartas. Aquí para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fé; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en país de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fé), dígote francamente que yo veo el tuerto que ha de ser rey. *Hazlos, pues*, me dirás, *de esperanza, que de eso los hacen los demás*. Y yo tambien los haria, amigo mio. ¡Así la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tambien arreglado, que te da ganas de ponerte á escribirlas solo porque te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la real órden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Córtes, y dice así, por ver si tú la entiendes.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO.

Real órden.

«Excmo. Sr.: Enterada S. M. la reina gobernadora del oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecia la carretera de Aragon á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el camino de Aragon, sea éste el solo conducto de comunicacion entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposicion temporal en *La Gaceta*. Dios, etc. Madrid, 8 de enero de 1836.—Heros.—Excmo. señor director general de Correos.»

Es decir, que mediante á que ya no hay riesgo de Aragon á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Más claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay más que peligro. Luego llama *temporal* á esta disposicion, y efectivamente no es mal chubasco; más que real órden parece granizada de palabras; á no ser que la llame así por no llamarla espiritual, y por corresponder más bien al cuerpo que al alma los asuntos de esta carretera. Concluye la real órden con un *Dios*, etc., que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo, *Dios me asista*, ó *Dios me entiende*, ó *Dios sobre todo*, pues que su divina Majestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolucion. Por donde se vé que es más digno de lástima de lo que parece el señor director de correos, pues no sólo ha de dirigir sus cartas á cada uno, sino que ha de entender al ministerio; á no ser que sus excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera más explícita, y guarden solo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de Enero, ocho dias despues, no estábamos más adelantados en punto á estilo de reales órdenes, porque su majestad por real decreto de dicho dia promueve á don Francisco Javier Uriarte y Borja á la dignidad de capitan general de la armada, «sin aumento alguno de goce, á que generosamente renuncia Uriarte en atencion á las presentes circunstancias.» Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero tambien es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel dia, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir, que si al dia siguiente del real decreto le hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejemplo, la disolucion del Estamento, deberia haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfaccion que deberia naturalmente caberle, porque ese seria aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No seria bueno que para mejorar la suerte del señor Uriarte,

y aun la del director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo ménos y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta segunda carta; te habrá chocado el rótulo que en cabeza le he puesto. «*¡Buenas noches!* dirás, ¡cuando estoy yo esperando un nuevo dia y el progreso y difusion de las luces en cada noticia que de la patria recibo!» Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para tí; no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado á oscuras. ¿Ves claras ahora las *buenas noches?* ¿Tampoco? Manos, pues, á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de más arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habian leido ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habian hecho ellos solos liberales, que no habia más que pedir. Oyeron el grito de independencia nacional, y dijeron para su sayo: «*¡Oiga! la España se ha ilustrado;*» con lo cual no tuvieron duda en que se podia dar una constitucion, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladion que fué de nuestra independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo dia de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: «Esto ha sido una traicion, y otra vez sucederá mejor.» Esperaron, y el año 20 hélos aquí que tornan á poner la mesa y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decian, era el mismo. Pero van y vienen dias; van y vienen franceses, viene y se va la constitucion, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexion alguno de ellos, y dijo para sí empezando á escarmentar: «Acaso no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como yo le habia supuesto; no será malo sustituir las Cámaras á la constitucion.» Pero el tercero en discordia decidió la cuestion, y mientras que aquellas y éstas se andaban representando la comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del leon de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez como dijeron la primera: *Esto ha sido traicion*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada.* La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: *ó los gobernantes ó los gobernados no sirven para el paso.* Alguien que hubiese sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *Ellos son unos sandios.* Y pusieron de nuevo la mesa: «Pero esta vez, añadieron, no os hemos de ahitar, porque si el año 12 no teníais apetito, si el año 23 dejásteis hundirse el banquete, ¿cómo podreis digerirlo el 34?» Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20 y del 23 al 34. De

suerte que ellos, que habian andado demasiado cuando los demás estaban parados, comenzaron á pararse cuando los demás empezamos á andar.

Figúrate, amigo mio, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años nn uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entonces, dices: «Vea usted, ¡qué niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy necio no le viene.»

Coges el uniforme, desprecias al niño y te vas. A los siete ú ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. «¿Ancho todavía? exclamas; esto no se puede aguantar; si el uniforme está lo mismo, ¿como no le viene? Está visto que este muchacho no sirve para consejero, es un sandio.» Vuélveste á tu taller, y escarmentado de las pasadas experiencias hácesle una bonita envoltura, y vuelves con tu lio debajo del brazo á los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinte y cinco. «¡Qué diantres! gritas asombrado, este muchacho es el diablo, ¡tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues, señor, es investible;» y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre, qué consecuencia y qué tijera!!

Hé aquí, amigo mio, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, más clara que la del padre Duchesne, traducida por el padre Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y excuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podíamos empezar á vestir nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de piés y manos, y sin siquiera andadores, reúnense los Estamentos del siglo XV arreglados á las necesidades del siglo XIX, esto es, la envoltura con faldones y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, segun lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo exquisito de los conceptos sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galan, que solo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan oscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no ve cosa que le estorbe sino el ministerio, y pide por junto su caida.

Un hombre nuevo es llamado á deshacer la faccion y á rehacer la nacion; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nacion es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un dia! Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Córtes. «¡Gracias á Dios, dirás, que tenemos quien ilustre la materia!» El trono habla á las Córtes, y las

Córtes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestion de gabinete, es solo cuestion de buena crianza. El uno dice: *Servidor de usted*; y el otro contesta: *Muy señor mio*. No es decir esto, sin embargo, que no haya trascurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podia decir á su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podria el otro en consecuencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no habia peligro ni por una ni otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abriga dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nacion, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nacion, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la expresion de la voluntad de la nacion; lo cual es tan cierto, que esa misma representacion nacional, que no es representacion nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresion nacional. Pero has de saber que en estos Gobiernos representativos queda destruido el antiguo refran que dice: *que nadie da lo que no tiene*, más claro, con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nacion, le pregunta al tal apoderado de la nacion, si la nacion tiene confianza en él. Es decir que yo mayordomo tuyo y puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de un pueblo que se empeña en que le den lo que no se da, lo que solo se toma! Porque el que da no puede ménos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovacion.

Felizmente como le habia de haber dado al apoderado por decir que no, dióle por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Dióse de paso otro empujon á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *guardia nacional* á lo que el año pasado no se podia llamar así sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer; de *fomento* á *interior*, de *interior* á *gobernacion*, de *subdelegado* á *gobernador civil*: ya llegaremos á *jefes políticos* de *Estamentos* á *Córtes revisoras* y ya llegaremos á *constituyentes* y á *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *guardia nacional* todo el veneno que tenian; puestas en prensa, como han estado, lo han escurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *milicia urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes tambien al vino, que expuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Despues de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la ley electoral; que ya no sé con qué comparártela, porque, sea dicho con respecto, no sé á qué se parece. En primer

lugar el ministro, picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de confianza, no quiere ser ménos, y le dá el suyo el Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la menoría de la comision, diciendo que no es cuestion de gabinete, y que adopta lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar, y que tambien se volvió toda principio! *¿Qué importa?* dice la oposicion. En los artículos te aguardo. En el todo están de acuerdo; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo; pero por lo demás ¡qué bobería! El encabezamiento, la fecha el oficio de remision, todo está bien. Es decir: «Yo te regalo una capa hecha, solo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras.» Ahora, abrígate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusion es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa y nombrarte al que por falta de práctica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posicion, es superior á mi voluntad; por tanto te aconsejo que eches mano de las sesiones de Córtes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo tambien que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende verás que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumia, pero nunca creí quedarme á oscuras con tantas luminarias; porque decia yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo, cuando no ha sacado en limpio sino:

Que la eleccion directa es la más liberal; que el ministerio es liberal, y queria lo mismo que quisiese el Estamento siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él queria. Que ha habido una comision y dos proyectos en ella, y que el ministro queria lo mismo que la comision, que queria dos cosas distintas, y que el Estamento, que no queria ni al ministro ni á la comision. Que la oposicion en el Estamento era de hombres retrogrados que abogaban por el progreso, y que querian la eleccion directa como la más liberal, ellos que eran los ménos liberales; que el ministro, que hacia de ministerio, y la comision, que hacia de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querian la eleccion indirecta como la ménos liberal, ellos que eran los más liberales; que los más liberales querian que se efectuase la eleccion por provincias, y los ménos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las provincias son más liberales, á pesar de que los más liberales son los partidos, etc., etc.; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿Me has entendido, Andrés? Bueno: pues ahora sabrás que de

resultas amaneció un dia y se votó todo eso: abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia: sin duda no estaban todavía más ilustrados que yo, y se perdió la votacion, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mio, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser tambien por lo tanto en sus partes cuestion de gabinete, la que en su todo no era sino cuestion de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entendiéramos, se tomó la determinacion de hacer callar al Estamento, que sino estaria hablando todavía, quedándonos todos el 27 de Enero á oscuras de Estamento, y de Córtes, y de ley electoral, con la rara circunstancia de que la nacion estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al Gobierno por heberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razon. ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto, el trono, usando de su prerogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte: *Buona sera, don Basilio, presto andate á riposar*; y ya á la hora de esta deben de ir por esos caminos los señores procuradores á poner en claro para sus comitentes la ley electoral, que así acertarán los unos á entenderla, como los otros á explicarla.

Pero al dia siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del ministerio que iba á dar un *golpe de estado*, sustituyendo á la ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional, en la cual podia decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una *Gaceta* extraordinaria que dice que se reunirán nuevas Córtes el 22 de Marzo, más no *revisoras* ni *constituyentes*, sino solo para hacer dos meses despues lo que estas debian haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda: «No me le toqueis, porque de no ser la eleccion por provincias, habré de tardar dos meses más, y entonces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa.» Respondieron las Córtes: «Abajo el artículo:» parece natural creer que el ministro va á echar por el atajo y decir: «No me ahorrais los dos meses; pues en atencion á la urgencia, yo me los ahorro:» no, señor, sino que dice: «Me embarazais dos meses, y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Córtes mejores me los ayudan á saltar.» En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y así no serán más que dos; porque si las otras Córtes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto solo veo clara una cosa; y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Córtes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los electores que elijan los ayuntamientos y mayores contribuyentes; que sus individuos deberán tener doce mil reales de renta, treinta años, y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, segun el Estatuto. Que estas tales Córtes oirán otro discurso de la corona, y volverán

á contestarle; que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atencion á que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes; que se discutirá luego el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, *y demás objetos importantes que el bien público reclame;* que para entonces seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, porque estará caido si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano: que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del dia del juicio veremos las Córtes *revisoras* que engendrarán las *constituyentes;* y que... y en fin, que se acabará el mundo, algun dia, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarian juzgados!

Y hé aquí, amigo mio (en tanto que descubrimos el del ministerio), descubierto el secreto de la oposicion, y explicada un tanto la anomalía de cómo querian los ménos liberales el método más liberal, á saber, porque era el más largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *Buenas noches.*

Concluiré diciéndote, que hasta la presente estamos tan á buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores próceres, sin comerlo ni beberlo, tambien han callado todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijesen entonces más que ahora).

El de la Guerra está en su elemento: estos dias se andaba buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted á saber dónde estará metido: con respecto al de marina, ya oirias que se trataba de hacer ministro de Marina al señor de Galiano, á causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversacion, dudo mucho que insistan en eso: su excelencia se quedaria hablando con las olas, y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, porque así pueden andar buscando ministro para la marina, como marina para el ministro. Hay quien añadia si el de la Gobernacion ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganamos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y mas sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algun chasco; y en el ínterin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo.—*Figaro.*

DIOS NOS ASISTA.

TERCERA CARTA DE FÍGARO Á SU CORRESPONSAL EN PARÍS.

Despues de mi segunda carta, fecha de 30 de Enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andrés, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que han ocurrido efectivamente: yo no sé si ha sucedido algo; paréceme otras que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va á suceder, y por si saliera falsa mi conjetura, no quiero fiar á la contingencia de los acontecimientos la continuacion de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos á buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos dias fué, que, segun pareció despues, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta: el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto tiempo á esta parte no ha habido ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba á su mujer á comer de los pichones, y en quedando solos le decia enseñándole un garrote: *¡ay si los catas!*, hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; más breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencias de Dios, y que por tanto no necesitaba la del gobernador civil. Al revés me las calcé. Excusable es el señor ex procurador, porque hace tanto tiempo que nos están diciendo que somos libres, que á veces uno mismo se lo llega á creer. Echa mano de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese á esperar la cosecha. ¿Pero qué dirás que cogió? Él, nada. La autoridad fué la que cogio los folletos.

Eso sí, al dia siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podian coger: ya lo sabíamos, y sino se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El Gobierno añadió que nosotros *no ignoramos que para publicar un popel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.*

¡Y cómo si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladron:—*¿Pues no sabes que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*¡Cómo no debiera haberlos!*—y te tornasen á replicar:—*¡Pero cómo los hay!*—que seria el cuento de nunca acabar y de tener razon el ladron, es decir, el más fuerte.

Solo en una cosa me divirtió el Gobierno: en decir, que sentia como el que más que así sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdon antes de ahorcarte; si fuese siquiera despues, pro-

bara arrepentimiento. Yo le diria: «¿Y quién le pone á vuestra señoría un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?»

Lo peor del caso fué que el folleto no tenia más cosa buena que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecucion, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el Gobierno, que lo habia recogido; más perjuicio aun para el autor, que lo habia escrito. y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su produccion la mejor especie de publicidad, y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos dias en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto, que es cosa antigua. A pocos dias ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del *Español* tenia al pié un garabato ó si no lo tenia, sobre si se habia invertido el órden, y si lo habia leido el censor antes que el público ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leido en su vida el censor: se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento, y éste respondió en términos bastante claros:

Y para casos tales,
Que pague el editor dos mil reales.

Figúrate qué golpe para el Gobierno, y más lloviendo sobre mojado. ¡El, que como arriba dejamos dicho, siente tanto estas cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mí me dá que hacer la libertad de imprenta: yo soy el único á quien dá que hacer, pero en fin me da. Habla la reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan tambien (esto no es pulla) los próceres, y convienen en que es la base; abren la boca los procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como don Basilio en la ópera de mi tocayo: «*¿A quién engañamos, pues aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan? Algunos hay que habla de mala fé, y deben de ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, solo que está cara, como bocado delicado que es. Cierto; por dos mil reales te puedes dar un hartazgo; por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente hasta la cantidad de tres hartazgos, porque en llegando á ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causon. Yo pienso usar de ese medio, y darme algun dia hasta dos: los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados á un dia de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean, habré pagado caro el placer de un monólogo escrito; pero siempre me queda el re-

curso de aprenderlo antes de coro, y de oirlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos que vendrá á ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Solo me detendria el temor de causar una desazon al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le habia de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores; seis meses hace que están los pobrecitos echando rúbricas dia y noche como en barbecho en cuanto papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazon. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen; vale Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daria dinero encima de lo suyo, si censor ó no censor hubiera aquí hombre que lo tuviera; aun harán más probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo ménos lo que dan, para formar una idea de lo que deberian tomar. Sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no faltan. Censor conozco yo á quien le presentaron en un mismo dia la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *imprímase;* y en el segundo: *no puede correr, por ser contra las prerogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales.* Y tenia razon, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto á ornato.

Chanzas aparte; no es el mio, que es hombre en verdad racional si los hay, y de él estoy tan contento que el dia que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en París los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo tambien me afligí; ¡vaya! pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estoque llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote más arriba con los del 17 de Julio, de triste recordacion para los frailes de Madrid, yo te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nacion alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del Gobierno, atropellar el órden y propasarse á excesos lamentables en distantes puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, difícilmente me atrevo á juzgarlos con ligereza: mientras mayores son los excesos, más increible el olvido de las leyes y más fuerte la insurreccion, más me empeño en buscarles una causa; ni en el órden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda más que

lo mucho: no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mí natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurreccion triunfante es cosa tan natural como la erupcion de un volcan, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En dónde ve el pueblo español su principal peligro, el más inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veia en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedia del poder de esos mismos enemigos dominantes siglos enteros en España, la larga acumulac on de un antiguo rencor jamás desahogado? ¿Qué mucho, pues, que la sociedad acometida en masa, en masa se defienda? ¿Qué mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fraccion más débil de él que tiene más cerca y á su disposicion? Solo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al Gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es porque está fuera de combate, porque representa á la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que éste se contente con decirle: «¡Espérate, no me mates, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!!!»

El pueblo no es el Gobierno; es más fuerte que él, cuando éste no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados sin que aquél los pueda prever ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un rio atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de madre é inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aquí una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese rio no lo supo hacer, y cuando llega la avenida, se queja del rio. Quéjese de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traeria. El Gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja ¿de qué? ¡de que los pueblos no son de carton, como uno y otro creyeron!!!

Recorre la historia: en ella aprenderás que un asesino nunca puede ser justo; pero cuando no es uno, cuando no es una faccion, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros cuatro malévolos mal pudiera negarlo el Gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿cómo no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desórdenes del pueb o, ó son naturales y justos cuando el Gobierno no los puede contener, ó son culpa del Gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestacion.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, prévia formacion de causa y la competente condenacion de los tribunales. Claro está. ¿Cómo querias tú que un Gobierno, que se queja de los excesos del pueblo, vaya él á cometerlos? ¿Un Gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seduccion y la irritacion de las pasiones, habia de atropellar las leyes, de que es guardian y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el Gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, deberia haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diria el Gobierno y diria bien: «Yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habria entre los atentados del pueblo y los mios? Porque en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado: en ese caso no habria entre mi atentado y el del pueblo más que una diferencia, á saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas, y yo asesino malamente liberales.»

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa; y si no se les ha formado, es porque andamos de prisa, ó, por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comision artística compuesta de liberales, que van á costa del Gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo sobre todo de la altura á que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

Tambien te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos de héroes! Solo te diré que á lo ménos en Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y exponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es así que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo, quitando de en medio á las madres; lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur efectus.* Es lástima que no haya vivido el abuelo, porque mientras más arriba más seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sanson tenia la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene á ser la hiel de ellos; en quitándosela se vuelven como malvas. así lo ha probado la experiencia, porqve de resultas el otro no ha fusilado más que á treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego, las mujeres son las que están impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos

con ellas no hay que pensar en tener tranquilidad. En cuanto á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá, y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, más desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fusilamos todo. ¡Bienaventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fusilen!

Pasadas estas etiquetas de recíproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debia. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y mios, que así saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinion en artículos luminosos, probando lo que ninguno debia tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo; que estos son por el contrario los que tienen corta vida; que así las civiles como las demás se sostienen con dinero y con soldados; que un Gobierno en lucha con una faccion pierde más cuando pierde una batalla, que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita más honra que gloria da á la faccion; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cierta; que la guerra no se hace en el ministerio, sino en Vizcaya; que de real órden se llevan y se traen jueces, se envian buques á Canarias, y se conquistan votos, pero de real órden no se ganan batallas; que algunos descalabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan; que para tener plan es preciso que el general sólo sea responsable; y que Córdoba, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan, el cual es forzoso dejarle llevar á cabo, siquiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones no convencieron, fué bien acogida la representacion del ejército, y si bien ninguno de los que hablaban fué á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimision, y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba echáronse encima las *próximas elecciones*, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima, no vayas á pensar alguna tontería. Dijeron muchos si habria amaños ó si no habria amaños; que se escribió largo y se intrigó más. Lo primero sólo prueba cultura en el país, lo segundo arguye talento. ¡Vaya usted á impedir que hablen las gentes! Para que no fuesen las elecciones muy populares bastante amaño era ya la propia ley electoral, en virtud de la cual debian elegir los electores nombrados por los Ayuntamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega difícilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: «Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho más que vos, os hacemos procurador.»

Luego, los elegidos habian de tener doce mil reales de renta:

gran garantía de acierto: por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los varios casos en que por ménos de un real daria uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es mènos importante lo de los treinta años; no es ménos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de tres tan citado, y de que es decuplo; treinta dias tiene el mes, treinta minutos cada media hora, por treinta dineros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un jugador, y treinta años, en fin, la capacidad de un procurador. Muchos filósofos han creido que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisbando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija; pero eso es el alma, más no la capacidad y la facultad de procurar: esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el dia que cumple treinta años, por la mañanita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica á los veinte y cinco. O tú, Andrés, que no los has cumplido, está con cuidado el dia que los hayas de cumplir, y escríbeme para mi gobierno lo que sientas en ese dia: dime por dónde entra la capacidad, y hácia dónde se coloca en tu persona: prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian podré yo hacer á la mia, el dia que me baje, el recibimiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta años? Aquel dia seremos ya unos hombrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto á Pitt y otros de su especie, ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como mónstruos de naturaleza; es fuerza inferir error de cálculo y mala fe en la de bautismo.

El haber nacido en la provincia, ó tener en ella arraigo, no es de ménos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se graban para siempre en la cabeza del niño, y deciden de lo que ha de ser despues cuando grande: ni es posible que un hombre conozca su provincia, y se interese por ella, si no ha nacido por allí cerca. Puede suceder que una provincia tenga más confianza en la reputacion, en el saber de un forastero; pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que más pasó Cristo por ella.

Dicen sin embargo que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; así que, unos procuradores no han nacido, otros no tienen la renta, ¡qué sé yo! Esto tiene compostura habiendo comision de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que valen mucho más que las rentas; y así poniendo de aquí y quitando de allí tengo para mí que se ha de remediar. Y aun yo diria más. Don Juan Alvarez Mendizabal fué elegido por ejemplo por Barcelona, siendo natural de Cádiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decian: «Pero no tiene

nada suyo en Cataluña, sino los electores:» ¿pues eso no es tener? ¿no valen tanto por lo ménos los electores como una casa, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar? ¡Sino que poniéndose á hablar las gentes...!

Por lo demás, es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sugetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Cádiz, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Gerona, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Granada, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Madrid, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Málaga, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Pontevedra, don Juan Alvarez Mendizabal, etc., etc., etcétera.

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, dí que es broma, que quien se abre es don Juan Alvarez Mendizabal.

No habrás olvidado que los ministros de Estado y de Hacienda, y el presidente del Consejo, son don Juan Alvarez Mendizabal, y que los otros ministros no son sino una manera de ser, distinta solo en la apariencia del don Juan Alvarez Mendizabal. Ahora figúrate el dia que el Estamento don Juan Alvarez Mendizabal pida cuentas al ministro don Juan Alvarez Mendizabal... aquí llaman á esto un *gobierno representativo*: sin que sea murmuracion, confieso que yo le llamo un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores procuradores, ocurrió la duda de si estas Córtes que iban á reunirse vendrian sólo para hacer una ley electoral mejor que la que les confiere su derecho; ó si podrian constituirse revisoras. Quiénes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último seria ilegal; quiénes intentaron probar que lo de ménos era la legalidad, y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin, salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse por varias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral, en virtud de la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demas asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nacion tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Córtes va á decidir cuáles han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente, todo lo que sea proceder á construir el que solo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa y dejar para despues el arquitecto: equivale á blanquear despues de pintar; es dejar al que venga detrás el derecho de poner en duda la validez de la construccion.

En estas disputas andábamos, cuando otro *run run* más terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazon. Hé aquí que una noche corre la voz de que se va á poner la constitucion del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo que se llama andar camino. Aquí no se sabe multiplicar, pero restar á las mil maravillas. Vamos á quién puede más. El año 14 vino el rey y dijo: quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan, pues, las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros, y dicen: quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de más arriba, y dice: quien de veinte y tres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de Febrero del año 20. El año 1836 asomaban los segundos, y estos quieren restar más en grande: quien de treinta y seis quita veinte y cuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Estos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que más picado que nadie cogió y lo restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantre! ¡si volveremos todavía á la venida de Tubal! Sepamos primero cómo se entiende nuestro progreso. ¿Hácia dónde vamos? ¿Hácia atrás, ó hácia adelante? Tengamos presente el cuento del cochero, que, montado al revés, arreaba al coche.

Ya te lo he dicho: tejedores; tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decian ellos que el volver atrás no era más que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y qué larga la toman!

Vamos claros. La constitucion del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12: en el dia da la maldita casualidad de que somos más liberales que entonces: si te he de hablar ingénuamente, á mí me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteníamos apoyada en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el dia no necesarias, ridículas.

En ellas hablan las Córtes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: gran principio para una novena: buena es la devocion, pero á su tiempo: eso es adoptar, heredar de la monarquía el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de Gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano, ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar códigos. A Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no á los hombres: reflexion igualmente aplicable al capítulo II, artículo 12, porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere más homenajes que los voluntarios.

Item más: en la constitucion del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, sino para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *Ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligacion de ser justos y benéficos... en cambio... Andrés mio, callemos, porque, repito, que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladion de nuestra indepen-

dencia nacional, y la cuna de nuestra libertad, por fácil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundando el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo más adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabia leer más que en su breviario: ó mejor, al gastrónomo en Vista-Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto vé un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo: todos les hacemos cumplimientos, pero no les dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica... Convengo en que es una desesperacion; pero culpen, no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocado á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

«La nacion española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia, nl persona.»

Esto digo yo: entre á gobernar, no éste ni aquél, sino todo el que se sienta con fuerzas, todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos: «¿Y dónde están esos hombres?» ¿Dónde han de estar? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

«¿Cómo no salen esos hombres?» añaden. ¿Cómo han de salir? De Calomarde acá, ¿qué proteccion, qué ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta sin embago con ella, y llámelos la ley presto; ¡déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondon!!!

En conclusion, hombres nuevos para cosas nuevas: en tiempos turbulentos hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quienes arda una noble ambicion y arrojo constante contra el peligro.

«¿Qué saben los jóvenes?» exclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderemos, más lo que en ustedes hemos escarmentado, más lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol jóven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.

Segun el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año 1836 la única constitucion posible es la constitucion de 1836.

Una idea te diria, si no la hubieras de contar; y solo á tí te la diria, porque ellos la tomaran á personalidad, si de ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mio; mucho saben, sobre todo en no hablándose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado

repetidas veces hasta dónde rayan: mucho saben, y tanto que no solo no los lanzaria yo de la república, sino que los guardara muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto: de ellos armaria una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima: *Fulano, de Economía Política*; *Mengano, de Reformas Constitucionales*; *Zutano, de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espíritu del Siglo*, etc., etc.; de suerte que no hubiese más que volverlos y ojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes y despues el polvo, y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto, y si los tengo en estima.

Hasta aquí de la constitucion y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruído que metió fué el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No gagamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su capitan general. Este tomó una porcion de providencias, entre otras las de Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir que ha podido más que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Así, así: á los alborotadores hay que jugarles esas pasadas; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera hecho otro tanto, no le hubieron deshecho á él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No quereis capitan general? Pues tomad capitan general. ¿No te figuras tú al pueblo de Valencia buscando á su capitan general por todas partes, como quien busca una sanguijuela extraviada, y él trota que trota para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice: «¿Pues qué, querian ustedes que me mataran?» ¿Qué habíamos de querer?

Con que ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fué por otro estilo: salieron unos carlistas sentenciados á qué sé yo qué bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces, y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naipe para esos pasajes á los jueces de Zaragoza, como á los capitanes generales de Valencia.

Entre tanto el ministerio de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien, porque el juez que no da fruto en una tierra, lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pié; por eso el que no le viene bien al uno, le viene al otro.

Para eso el de la Gobernacion no se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un excelente señor; á su oficina y no más. Da lástima hacerle daño, y seria completo si se le volviese *C* la *H* de su apellido; pero llámalo *h*.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él.

En mi última te pintaba en globo la confusion que en el Estamento y fuera de él habia causado la ley electoral, y te añadia:

«Yo por el pronto solo veo clara una cosa, y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Córtes... que para entonces es probable que empecemos á entendernos..., y que seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, si no la cumple, porque estará caido, etc.»

De todas esas profecías solo en la primera acerté; porque en cuanto á entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizabal es el primer hombre del mundo; otros que no es tal, sino el último; que el primero es Isturiz y Galiano; te advierto que este son dos: otros que ni Isturiz ni Mendizabal: no sé qué te diga: quién asegura que este puede durar unos quince dias, quién defiende que durará más que un constipado mal curado: este no ve más que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan fácilmente, sobre todo cuando no deja de tener algun fundamento; aquel no atiende más que al descrédito en que ha caido en sus corros y cafés, y cree que toda la nacion puede juzgarle con igual talento, y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aquí; aquellos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero; los de la derecha que no hay un cuarto; estoy por éstos. Quién opina que la guerra es inacabable; quién la da por acabada; añadiendo que no falta más que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio; otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolucion, y que en Francia sucedia lo mismo, á pesar de que todo era diferente; varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la libertad se riega con sangre: algunos creen que la humanidad repugna tales horrores: no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una: eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro: en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

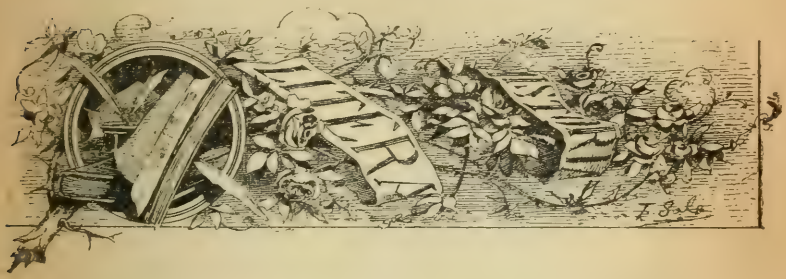
Pero son tantas las opiniones en fin y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Córtes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en esta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenia. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo extravío, golpe de mano airada, ó caso fortuito.

Si en el ínterin, y en medio de este conflicto de opiniones encontradas, me pides la mia, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el Ayuntamiento y las personas más ricas del pueblo, entre las cuales quedóse dormido de confusion y pesadumbre un confitero, que entendia más de ramilletes que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la Asamblea su opinion como mejor lo entendia. Llegada que le fué

su vez á nuestro hombre,— y usted, le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenia, ¿qué piensa?—Sí, ¿cuál es su opinion de usted? preguntaron todos á un tiempo; á cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero: ¡mi opinion, sí, mi opinion, señores, es de que *Dios nos asista!!!* En cuyo voto imitaba el confitero la rara discrecion del padre Froilan Diaz, confesor de Cárlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mio, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nacion para ahogar de una vez y para siempre el mónstruo que en el norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el país hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños.—Tu amigo,—*Fígaro.*



LITERATURA.

RÁPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA É ÍNDOLE DE LA NUESTRA. — SU ESTADO ACTUAL.—SU PORVENIR.—PROFESION DE FE.

La política, interés principal que absorbe y llena en el dia todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresion, el termómetro verdadero del estado de la civilizacion de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que al concluir nuestro siglo de oro espiró en España la aficion á las bellas letras. Sí pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura habia tenido un carácter particular, el cual ó habia de variar con la marcha de los tiempos, ó habia de ser su propia muerte, si no queria transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habian comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédese asegurar que habia sido más brillante

que sólida, más poética que positiva. A esta sazon, y cuando nuestros ingenios no hacian, ni podian hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que habia de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reaccion religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplacion forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veian abierta. De aquí la tolerancia que fué forzoso á las legisladores adoptar en política y en religion; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del gérmen de una revolucion en las ideas, que debia ser sangrienta, porque no la hacia allí la predicacion, sino la violencia. La España estaba más lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya, eran nuevas todavía para ella, porque recien salida de la larga dominacion musulmana, veia todavía en el catolicismo el *paladium* que la habia salvado. Siete siglos además de guerras y rencores religiosos debian haberla hecho más fanática: ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, más bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacia tiempo la habian segregado sus intereses particulares? Ella fué por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron á hacer fuertes contra la invasion *reformista* los que habian sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecucion religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostólico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacia más llevaderas unas cadenas, de que podíamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos las doraba. ¿Que mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nacion que se decia harto más adelantada, á una nacion que parecia haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la más sangrienta revolucion, si la hemos visto, decimos, coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos más ardientes laureles perecederos, y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la

libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió á la *tiranía religiosa* la *tiranía política*; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra *útil* y *progresivo*. Imaginacion toda, debia prestar más campo á los poetas que á los prosistas: así que, aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente más completa que ninguna otra nacion, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron más bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron más bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veian llamados á referir. Más parecieron sus escritos una recopilacion de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginacion, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su orígen en la península española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. *El Ingenioso Hidalgo*, último esfuerzo del ingenio humano, bastaria á adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, sino tan eminente. Pero esta época fué de corta duracion, y despues de Quevedo la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habian sacado unos pocos, solo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que le era permitido hacer en ese género á la lengua y al ingenio español.

Poco despues la literatura se refugió al teatro, y no fué por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo más que decaer.

A fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurreccion, que se hubiera acaso llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el gérmen sembrado durante el feliz reinado de Cárlos III. Dado ya el impulso sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habian caido los pueblos, habian hecho ménos recelosos á los tiranos: si bien los más perspicaces oian ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era

seguramente en España donde debia de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposicion, que al verificarse aquel, ningun miedo de contagio infundió en el Gobierno español. Al contrario, él mismo habia sido una de las causas de la propagacion de las ideas nuevas, apoyando la rebelion de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud ménos apática y más estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió sino una inmensa laguna: desesperando entonces de unir el cabo interrumpido y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vióse entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzan, Huerta, Moratin el padre, Melendez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habian otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las más veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneracion literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresion;* es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oir todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fué declarado delito toda innovacion en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Melendez, Jovellanos, Huerta y Moratin sostenian la misma opinion con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observacion esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresion del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es más que la representacion de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresion de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir más léjos en la cuestion, ver al mismo Cervantes en el dia, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de *la eleccion directa; de la responsabilidad ministerial, del crédito* ó *del juego de bolsa*, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que

el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituian la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que las escribia, para vivir, cuando no se escribian sino comedias de capa y espada, escribiria, para vivir tambien, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo más que pueden los puristas exigir, es, que al adoptar voces y giros, y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

Hé aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneracion literaria: quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no habia crecido con los años, y con el progreso que habia de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, habia venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venia estrecho á quien le habia de poner. Acaso sea esta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar más adentro en el espíritu del siglo. De esto seria una prueba la inculpacion que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que habia tenido que luchar con su instrumento, y que le habia roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habria de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *¿de dónde vienes?* sino *¿para qué sirves?* Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es solo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Además de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, habia otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos solo abrir un campo más vasto á la jóven España; quisiéramos solo que pudiese llegar un dia á ocupar un rango *suyo*, *conquistado*, *nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intencion en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Despues que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, despues que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, ó si seguiríamos siendo una posdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el dia numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolucion, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve más que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginacion misma ¿qué es sino una *verdad* más hermosa?

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro más brillante que sólida, si murió despues á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresion de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*, como de *verdad* nuestra sociedad: sin más regla que esa *verdad* misma, sin más maestro que la *naturaleza*, *jóven* en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aquí la divisa de la época, hé aquí la nuestra, hé aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: *¿nos enseñas algo? ¿nos eres la expresion del progreso humano? ¿nos eres útil?—Pues eres bueno.* No reconocemos magisterio literario en ningun país; ménos en ningun hombre, ménos en ninguna época, porque el gusto es relativo: no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como al *clásico* abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakspeare: no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Victor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratin; no; porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderon, Molière al lado de Lope; á la par, en una palabra, Shakspeare, Schiller, Gothe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el dia literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que

concede todo á la expresion y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura en fin, expresion toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.

GARCÍA DE CASTILLA,

Ó EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL.

Tragedia en cinco actos y en verso.

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por sí, y tan poco explayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginacion.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telon el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un mensajero del moro, que viene á proponer la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimemente todo el mundo con la guerra. Despachado el moro con tan mal recado, retíranse los cortesanos, y entonces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensaje, ni tiene relacion ninguna con el resto, ni vuelve á aparecer más moro, ni más guerra; es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embajada*. El rey don Alfonso parece estar perdido de amores por una tal Elvira, dama muy principal de la córte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja expuesta á los antojos de la testa coronada. Elvira, con todo, no puede corresponder á su majestad por dos razones, la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina, la segunda porque corresponde á García de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo, que no le va en zaga á su padre en valor y *donosura* caballeresca. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasion del otro, fuera encender peligrosa discordia en el estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sábele mal, dósis tan cargada de celos; siendo, como es, de no muy blanda condicion, descubre al hijo la pasion del padre, inspírale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacerlo matar al dia siguiente, celoso de él, y lo excita de

esta suerte á la rebelion y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia, llega á ofrecer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata solo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el tálamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generacion más adelante. Entre tanto García anda loco, dando y tomando en lo de los celos; y la madre, echando mano del elemento popular, alza las *masas* proletarias, como se diria en el dia, contra el poder ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García, al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrúpulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas explayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y más si se le añaden las circunstancias de darle la celosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que, como dice otro poeta trágico, es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasion del reposo del ilustre progenitor, que por lo visto no hace vida comun con su mujer, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquel tiempo el cielo protegia á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1.ª, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros; 2.ª, no haber pegado los ojos su majestad, á quien deben de traer despierto sin duda sus malos pensamientos. La consecuencia es clara: el rey, que ha tenido la precaucion de acostarse vestido, como quien tiene que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre su majestad y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama: se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido que cuando él fraguaba su mal combinado parricidio, ya el culpable habia renunciado á sus adulterinos deseos, y trataba de casarlo con su amada: García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, defiende las prerogativas del trono. La madre entonces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es en nuestro sentir por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el *García de Castilla*, sea drama, pertenece indudablemente á la historia: permítanos el autor pues que le digamos que la principal condicion de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen; y cuando los personajes son de algun bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato, *su fac simile* moral, digámoslo así. El rey que nos pinta bien puede ser un Alfonso; pero el autor convendrá con nosotros en que puede

ser cualquiera de los muchos Alfonsos que en Castilla han reinado: puede tambien no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera: todo su carácter histórico se reduce á reinar; y esta seña es ciertamente tan vaga, que solo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observacion puede aplicarse á los demás personajes é incidentes del drama.

No resultando pues histórico el drama despues de acabado, no resulta de él tampoco admonicion ninguna para el porvenir, hija de la experiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la historia misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su armazon el poeta: el *amor*, los *celos* y el *amor filial*. Cualquiera de ellas bastará para llenar cumplidamente una composicion dramática; ¿por que, pues, habiendo tres, no resulta el interés, el alma que debe animar este cuerpo? Por eso mismo; toda pasion vehemente excluye en el teatro otra pasion: todo sentimiento exagerado tiende á avasallar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, así como un soldado cargado de toda clase de armas haria ménos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil.

El amor en don Alfonso es singular, ni una escena de arrebato, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oidos á galan tan necio. Sin embargo, la cosa es de más consecuencia de lo que parece; porque ¿cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en quien no nos pintó el arrebato de la pasion, echa del tálamo á su anterior mujer, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que estos sean forzosos, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crímen existe y se produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano; es preciso que lo dé como efecto de una causa extraordinaria.

Si los celos en la reina están más justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos. Pudiérale bastar al historiador decir: *la reina anduvo celosa*; el poeta no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos celos por otra parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio.

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una mujer por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo, y exponga la vida del objeto más caro á una madre... ¡y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este carácter no existe en la naturaleza: es un mónstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes mónstruos. No. *Clásicos y románticos* han convenido igualmente en que el ser más odioso que puede presentarse en la escena ha menester alguna virtud para interesar, alguna afeccion tierna que sirva de contraste á sus errores. El Neron de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Victor

Hugo halla disculpa ante el espectador por el amor á su hijo: la despreciable Marion Delorme se purifica en las tablas por medio de una pasion verdadera; el bufon Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazon en la naturaleza, por pervertido que sea, que no abrigue algun sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya examinadas pasiones: puesto que no es el amor filial, no el remordimiento quien triunfa: quien triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual pereciera sin duda: digamos, pues, que es *el triunfo de la casualidad, el triunfo de la vigilia.*

Doloroso es tambien que el poeta, que parece querer sacudir, segun su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya admitido como adorno dramático la tempestad. Convenimos en que no repugna á la razon creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre, empiece á relampaguear, y más si es verano; pero no es razon suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavía que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno seria dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creian la participacion inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta, sobre todo debe desecharlas, cuando como en el *García* ningun resultado le han de producir. Si tal doctrina pudiera admitirse, á un autor le pareceria muy bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida, á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen más relacion con García de Castilla, asesinando á su padre, las unas que las otras.

TERESA,

Drama en cinco actos,

DE M. ALEJANDRO DUMAS.

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el más conocedor del teatro, y de sus efectos, incluso el mismo Victor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposicion poco meditada que en él hemos visto: nos permitirá que la creamos hija de la precipitacion con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de *Teresa*, el de Dumas, Hugo, Ducange y aun de Casimiro Delavigne,

es el corazon humano, etc., etc. Forzoso es confesar que es disonante la reunion de los nombres de Dumas, Hugo, Ducange y Casimiro Delavigne en una misma línea. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusacion de esta especie; solo anunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Victor Hugo, más osado, más colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador, y de una imaginacion ardiente, á veces extraviada por la grandiosidad de su concepcion.

Dumas tiene ménos imaginacion, en nuestro entender, pero más corazon: y cuando Victor Hugo asombra, él conmueve: ménos brillantez por tanto, y estilo ménos poético y florido; pero en cambio ménos redundancia, ménos episodios, ménos extravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y hábilmente manejadas, forman siempre la armazon de sus dramas; más conocedor del corazon humano que poeta, tiene situaciones más dramáticas, porque son generalmente más justificadas, más motivadas, más naturales, ménos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra, hay más verdad y más pasion en Dumas, más drama. Más novedad y más imaginacion en Victor Hugo, más poesía. Victor Hugo explota casi siempre una situacion verosímil ó posible: Dumas una pasion verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangon con los dos anteriores, porque estos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sosten de la innovacion; enlazados por afecto y principios con la revolucion de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por más que echen mano de recursos no siempre morales; pero á un fin moral, osado nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir; destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es más que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo más que se le concederá es haber cedido algunas veces al torrente de la innovacion: una prueba de esta verdad es su drama de *Los Hijos de Eduardo*, y aun más su última produccion *Don Juan de Austria*. Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos acaso demasiado atrevidos para los *aristotélicos* puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heróica, en gran manera parecida á las de nuestro teatro antiguo, como *El Rico hombre* y el *Garcia del Castañar*, mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. *Moliérista* puro en *La Escuela de los Viejos* y en sus *Cómicos*, y *volteriano* en sus tragedias del *Paria* y *Las Vísperas Sicilianas*, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginacion por la influencia de las reglas y su amor al órden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un rio manso y

sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle; Victor Hugo y demás pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega, ó con la inundacion periódica del *Nilo* que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del *Niágara*, que solo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuanto á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazon humano, calocarle al lado de Victor Hugo es poner al lado de Calderon á don Ramon de la Cruz. Victor Ducange es un dramaturgo de *boulevard*; pero no es un escritor de primer órden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Victor Ducange es á Victor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarron. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Victor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange solo se parecen en ser franceses. Cualquiera nos confesará que es la más pequeña semejanza que puede existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes á la comparacion.

Pasando ahora á la *Teresa*, el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral: ha querido probar, como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un baron francés, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una jóven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada además de un jóven llamado Arturo, cuya pobreza fué un obstáculo á la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del baron, en razon que éste presenta en su casa á su esposa. Teresa y Arturo conocen su posicion crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de Arturo con la jóven Amelia; pero ni esta precaucion, ni los proyectos del viaje y de separacion bastan á apagar el volcan que arde en los pechos de Arturo y de Teresa. Cuando la pasion habla, enmudecen los deberes. La situacion dramática del baron, que descubre por fin el amor criminal de su mujer y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El carácter de la jóven Amelia, cuya imprudencia descubre inocentemente al baron su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo así puede ser verosímil su indiscrecion. La situacion más dramática y de más efecto del drama es la del baron cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfaccion escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de Arturo. El carácter del baron es por lo tanto el único que ofrecia dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de Teresa y los demás del drama no ne-

cesitaban más que ser consecuentes consigo mismo, lo que en el teatro equivale á insisiir en la pasion. Pablo, gondolero de Nápoles, que enamorado de Teresa entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á Arturo, Pablo, satélite obligado de *Teresa*, amante á sabiendas de ésta, Pablo, que se mata despues de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificacion de la luz que concluye cuando el sol desaparece, Pablo, consecuencia más que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadiremos antes de concluir que *Teresa* no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en *Teresa*, la accion, algun tanto distraida por los caractéres episódicos de un amigo del baron, y de una amiga de Amelia, poco enlazados con el argumento, y por el amor de Pablo, marcha lentamente: y que hallándose desleida la pasion en largos diálogos, que exigen de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.

CARTA DE FÍGARO

A DON PEDRO PASCUAL OLIVER

GOBERNADOR CIVIL INTERINO DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

Muy señor mio: En *La Revista* del 20 del que espira he leido un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la *real órden, relativa á correos, tan amargamente criticada por mi en mi reciente carta, titulada*: Buenas noches.

¿Con que es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? ¿Con que usted era oficial de la secretaría de la Gobernacion del reino y encargado en ella del negocio de correos? Doy á usted, señor don Pedro, dóime á mí, y doy á la secretaría de la Gobernacion del reino, la más completa enhorabuena.

Dice usted que no puedo *ménos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada dia.*

Así es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es *imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir* ni á nada, y más con ese *crecido número* de reales órdenes, y de

reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los dias, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y por eso decia yo en mi folleto: «¿No seria bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo ménos y escribir?»

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo ménos escribir; de cuya existencia confieso que no tuve jamás, hasta la publicacion de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto difícil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡Así supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir! que en ese caso hubiera leido como debia mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene *mala fé*. Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó más bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí: «Fígaro hace anónimos los sustantivos *riesgo* y *peligro*.» Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en *la Revista*, ¿es usted tambien el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de *don Emilio Fernandez de Angulo, á cargo de don M. Macíos*? Soy tan su amigo de usted, que doy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos*. De acuerdo sobre esto, le responderé francamente, que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro*, y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, critiqué en esta parte la real órden de que *es usted autor ó escritor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la* Revista-Mensajero, segun usted dice en su carta; á propósito de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de la *Revista-Mensajero* no querrán llamarle á usted ni *autor* ni *escritor*: porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real órden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclusive; por tanto, no es tal autor de la dicha órden; y eso lo repito, le hace á usted mucho honor; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real órden ninguna idea suya, dirán los señores redactores de *la Revista* que usted no hizo más que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aquí no vendria mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es sólo responsable de toda cosa escrita quien la firma; y por eso habrá usted oido decir tal vez, *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas*; lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su jefe, hace honor al carácter de usted, sino á su estilo; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Más claro; de la redaccion de la real órden, usted era responsable al ministro, y éste lo es al público. ¡Buena excusa estaria

la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se excusase despues con sus subalternos!

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo* y *peligro*. Decia, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces: la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente*; *en el riesgo hay más contingencia*. Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del diccionario (permítanme él y usted esta proposicion) con un ejemplo, diremos perfectamente: «Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro*.» El riesgo es dudoso; el peligro es cierto: este es más *próximo*; aquel más *lejano*. El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya *proximidad* de perderlo. Se puede decir, y estará muy bien dicho, *que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida*. Sin embargo, segun la definicion de la Academia (que me perdone y á quien Dios perdone), no estaria esa frase bien dicha si *el riesgo fuera proximidad de algun daño leve*, pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino solo *posibilidad*; por donde puede usted inferir que no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por más que usted y que todos le debamos respetar, cuando acierta; es decir, que el diccionario de la lengua tiene la misma autoridad que todo el que tiene razon, cuando él la tiene. Y de la diferencia de *riesgo* y *peligro*, para que no le quede duda de que tengo hecho algun estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan peso á lo que llevo dicho.

Dice Solís en el capítulo XVIII, libro V de *la Conquista de Méjico*, hablando de Hernan Cortés: «Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse,» etc.

Y Mariana al capítulo XIII del libro XVII de la *Historia de España*:

«Don Pedro... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo.»

Ya vé usted que aquí don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podia ganar, y en cuyo hecho no habia *proximidad de un leve daño*, como dice la Academia.

Y Cervantes en *Pérsiles y Sigismunda*: «Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto,» etc.

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no pude nunca tener por sinónimas ésas vocas; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real órden, usted, señor don Pedro, debia haber conocido que si habia cesado el *riesgo* en la carretera de Aragon, no podia haber *peligro*. De suerte, que si alguno de nosotros

dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, seguramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces *riesgo* y *peligro*. Porque con respecto al resto de la redaccion de la real órden, usted asegura en su carta á *la Revista* que *podia haberse extendido con mayor claridad y mejor gusto*, estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que *no está enamorado de su obra*; efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinion, y es lástima que nos pongamos en *trance* y *riesgo* de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz *temporal*, no quise criticar su uso, sino que, como usted dice muy, *cediendo á la pasion que me domina* traté de jugar del vocablo para disparar al redactor de la real órden una saetilla más, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de *criticarlo* á usted *á toda costa*, como suelo, cediendo á aquella maldita pasion que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdicion.

Convengo tambien con usted en que es más fácil *buscar* y aun hallar *defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales órdenes, y más sí estas son, como usted dice; *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposicion de usted está en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido comun; argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citaré á usted lo que escribia cierto crítico francés hablando de un antagonista suyo: «El señor es un nécio, decia; yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba.»

Es, pues, visto, señor don Pascual, usando de una alocucion de usted, que convenimos en todo, y que más nacimos para amigos uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles públicos y folletos. Y esto es tanto más cierto cuanto que no há mucho vi cierta alocucion de usted al pueblo zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo participo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real órden prueba nada contra su aptitud para cargos públicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llamé delito ni traicion, ni cosa que se le parezca; soy además tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real órden en cuanto á real órden, es decir, en cuanto á acto público del Gobierno, de donde infiero que usted anduvo ligero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real órden, sino únicamente el Gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré solo antes de concluir esta carta que mucho tiempo pensé en no darle contestacion, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del órden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecia siquiera por cortesania una respuesta, no se dijera

que yo habia podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demás y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor, señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B.—*Fígaro.*

TEATROS.

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algun tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que acerca de su porvenir poseemos.

Pocos países de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilizacion pueden citarse donde se encuentre el teatro más atrasado que en España. Falto siempre de proteccion, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo Gobierno que le toleraba, no es mucho que no se hayan dado en ese ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios: llevamos más adelante todavía nuestra opinion: nos inclinamos á pensar que del teatro sale el hombre poco más ó ménos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento: y si lo fuera seguramente que el colorido de sublimidad y pasion que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no seria el mejor medio de hacerle escarmentar. Los celos que en el Otelo del mundo no son sino reprensibles, están por lo ménos disculpados en el del teatro con el exceso de la pasion. El teatro, pues, rara vez corrige, así como tambien rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo ménos, es desde luego una diversion pública, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendacion: es además de todas las diversiones públicas la más culta, y si no corrige las costumbres, puede al ménos suavizarlas; puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo. A estas circunstancias, que recomiendan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernante, porque distrayendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la rebelion. Pero esta razon, que tiene un gran peso en favor del teatro en los Gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente; esta razon, que fué ocasion de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de

la elevacion del teatro francés durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres, reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, pueden discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la ficcion: la escena verdadera del mundo real en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho más que la representacion en cabeza ajena de las virtudes y los vicios, cuadros entonces muy secundarios en la galería de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando él obliga á cada uno confiarle de grado ó por fuerza la parte que debe tener en los asuntos públicos el ánimo encogido y atemorizado, busca en la ficcion un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto, ha solido ser favorable al teatro; y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversion de que tanto se prometia. Pero en España ni aun eso ha sabido hacer; en España donde sin duda consideraba la funcion de los toros como más popular, no le ha sido deudor el teatro de proteccion alguna: por el contrario en él persiguió las luces, en él trató de ahogar una manera de expresion de la opinion pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la reprension del Gobierno más despótico no basta á contrarestar la fuerza de la opinion; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podia derribarlo, hízole todo el daño que podia hacerle: lo consintió, sí; pero como una mera indemnizacion: lo consintió cargándole con la obligacion de resarcir con sus productos los males que le achacaba. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podia haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decia el Gobierno; pero haga daño en buenhora, siempre que me sufrague con qué desahogarme de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraidas con los establecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladron con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y, lo que es peor, la moral del Gobierno nuestro con respecto al teatro. Y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverle completamente en provecho suyo facilitando su prosperidad. Falto de ingenios por la persecucion, agobiado por las cargas civiles, el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del Estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aun la aurora del dia en que deba mejorarse su suerte.

Sin que queramos entrometernos en los antecedentes políticos ni en la administracion de ningun mandarin, diremos solo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo ménos con cierta conmiseracion. Hasta él, entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos, administrado otras por la villa, adjudicado algunas á empresas particulares, nunca habia podido desahogarse de la confusion en que nuestra informe legislacion lo tuvo siempre sumido. Para que

alguien tomase por él el más pequeño interés, fué preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumia al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El señor Burgos llamó á sí una comision juzgada de personas inteligentes, y les encargó la redaccion de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situacion del teatro, que deslindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comision hubo sin duda de informar: y aunque segun las noticias que á nuestros oidos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos atrevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á ejecucion hubiera mejorado la suerte del teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciadamente se acabó el ministro antes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda, para su sayo: «A mí, que no sé hacer comedias, ¿qué se me da del teatro?» y antes de nacer murió el reglamento. De entonces acá si algun ministro del Fomento, ó de lo Interior, ó de la Gobernacion, ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su proteccion.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto escrúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que seria vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantores para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á la declamacion española en un nicho de su establecimiento: se crearon dos cátedras de declamacion; se asignaron á cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por vía de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid; se les dió *don* en los oficios de nombramiento, y muchachos en los bancos de la escuela, y se les dijo: «Enseñad ahí cuanto sepais, si algo sabeis; ya teneis casa uniforme, don, y seis mil reales; ya está el teatro protegido; ya verán ustedes los actores que salen.» Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavía, se dió alguna proteccion más al teatro; pero seamos justos; esa proteccion, que consistió en algunas condiciones más ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesion del local y en una asignacion anual de los fondos públicos, no fué efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad de sostener los teatros con sus cargas, imposibilidad que hizo presente con energía y teson la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta esas ventajas hechas en tiempo de transicion, en que no se hallaban aun deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del Gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que solo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el exámen del uso que de sus contratas, y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos solo dar noticia del estado de las cosas en el dia, despues de haber hecho una ligera reseña de la conducta del Gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el dia, y sobre sí tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescision de su contrata: tenemos datos para creer que la autoridad civil se halla dispuesta á ese paso; y verdaderamente, si así no fuese, trabajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al Gobierno, ni al público, una contrata, en contradiccion en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo órden de cosas; y quisiéramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasion, antes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestion, si es que el Gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo más barato es cerrar el teatro; y antes deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbir de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pensar si debe ó no de haber teatro; y en el caso de decidir la cuestion favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un Gobierno puede tomar en una diversion pública; la influencia que la autoridad puede lícitamente reservarse en ella; la clase de proteccion que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneracion de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atencion del Gobierno sobre determinaciones que en nuestro entender deben meditarse antes de adoptarse, no renunciamos á escribir algun otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por más que no nos consideremos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; solo sí declararemos antes de concluir este, que queremos más bien contribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar despues del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Así lo haremos; y si algun dia nos vemos en la dura precision de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro español, tan vergonzosamente descuidado.

DE LA SÁTIRA
Y DE LOS SATÍRICOS.

Tiempo hacia que deseábamos una ocasion de decir algo acerca de la mala interpretacion que se da generalmente al carácter y á la condicion de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un gérmen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organizacion, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevencion: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de qué don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetracion para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazon humano. Esto puede dárselo la naturaleza; pero es forzoso además que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posicion aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese más en unas cosas que en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar más dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no ménos importante de decir, lo uno porque no hay verdad que mal, ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira: lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga: y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras además las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales, y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no solo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razon por qué el satírico debe comprender perfectamen-

te el espíritu del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, más bien que comedia, se propuso ridiculizar nada ménos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella produccion nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relacion sin duda á los anteriores) de Augusto: y dígasenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juvenal, usando de giros más cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de más hipócritas modales, amigo de giros más mogigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigámonos al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Más de un pasaje de la *Catilinaria* ó de la *oracion* contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis y Coridon*, la oda burlesca á Priapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano hubieran provocado gestos de hastío y de indignacion, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luis XIV, más aproximado á ellos que á nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau tan mirado tropezaria con más de un improbador: es rara la comedia de Regnard y de Moliére en que no resaltan trozos, escenas que ruborizan en el dia cuando se repiten al *parterre* francés del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas, por más que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinion; pero como quiera que no nos sea posible entrar simultáneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito; que las costumbres varían: que el pudor va á más en las sociedades con su edad, así como en los individuos; y que solamente se halla oculto aun, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de él, porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana; y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolucion francesa le ahogan miserablemente, si los Pigault-Lebrun destrozan su modesto velo por algun tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneracion, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente, marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por más lentamente que se

verifique; sus muertes aparentes no son sino crísis; son solo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfeccion en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura seria por lo ménos hipocresía, y si esta es, como se ha dicho, *un homenaje que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrá negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos bien recibidos en una época, serian silbados en otra. Y esto no sólo aumenta las dificultades en nuestros dias para los escritores satíricos, sino que, á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdiccion de la crítica. Esta es la razon porque ya en el dia no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante estudioso; pero en el siglo de buena educacion, de miramientos sociales, de mútuas consideraciones que alcanzamos, necesita más que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea más fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interés general, quitémosle á la sátira toda alusion privada, arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser más perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el dia vencer aquellas dificultades, añadamos, para acabar de desvanecer la general prevencion, algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algun valor; no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algun disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin grangearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos están por sí solos vencidos, se deducirá fácilmente que el satírico no sólo ha de arrostrar enemigos,

sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razon, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensacion. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condicion maligna, y como de esas veces intencion personal ó defecto de organizacion. Esto solo bastaria á disgustar el alma más generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las más veces la mejor recompensa de una intencion pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeon suyo, arrostrando todo peligro, hallásemos impugnaciones, no necesitariamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos más conocidos, y dígasenos si la *noble indignacion* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida; si no se reconoce en la de Boileau; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Molière ó la del adusto Addison; si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera más fácil de contradecirse, si no fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo (por más que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas), en la del virtuoso Jovellanos, en la de Forner, en la de Moratin, en la de cuantos han cultivado con más ó ménos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condicion que debia hacer para ellos de la sátira una pasion dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinion general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predileccion á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con ménos encarnizamiento, para valernos de la expresion de un poeta.

La otra consideracion que nos queda que hacer es en verdad más personal a los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso ménos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un sér consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazon es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no

saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámanle la atencion en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporcion de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la accion aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan á menudo el contento de los demás, es en él la fria impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

Molière era el hombre más triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar á Moratin como un modelo de alegría. Apelamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingénuamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.

Pero nuestros lectores perdonarán fácilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que solo una *pasion dominante* de criticar guia nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fé, por más que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfeccion posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasion dominante de criticarlo todo con razon ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter, y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras; ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestion personal, toda alusion impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasion en la vida privada, todo cuanto no tenga relacion con el interés general. Júzguennos ahora nuestros lecto-

res, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad más malignos que nosotros.

EL TROVADOR,

DRAMA CABALLERESCO, EN CINCO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO.

SU AUTOR DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

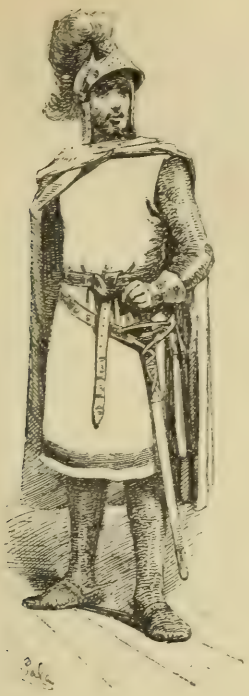
Con placer cogemos la pluma para analizar esta produccion dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasion dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del *Trovador* se ha presentado en la arena, nuevo lidiador sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores: «Soy *hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento.*» ¡Orígen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha esco-

gido por vivienda á su invencion el siglo xv; hálo colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interés, y este crece por grados hasta el desenlace.



Sin embargo, no es la pasion dominante del drama el amor; otra pasion, si ménos tierna, no ménos terrible y poderosa, oscurece aquella: la venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en *El Trovador* constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos exposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la gitana, que constituye ella por sí sola una accion dramática; y

otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor, la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no ménos interesantes, no ménos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caractéres igualmente principales, y en resúmen ningun verdadero protagonista, por más que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este abrogarse el título de la obra exclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caractéres elegimos como más importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasion más frenética puede inspirar á una mujer; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo, la gitana, movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el más espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interes de su causa política, no puede ser más colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al *Trovador* nacen de la poca experiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que sólo el tiempo y el uso pueden dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan más bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela, pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado ámplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda, su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una explicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y más cuando no es siquiera portadora de ninguna órden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creido necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningun efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el

poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razon de los sucesos el tiempo que deberia atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La exposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es mas bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inexperiencia dramática los diálogos mismos; por más bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado más campo, y los en verso tienen un sabor en general más lírico que dramático: el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendria á la rapidez, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra *El Trovador*? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisiéramos ver el *don* prodigado en el siglo xv. Los caractéres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inexperiencia que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada; la cual reune al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho más efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparicion del Trovador á la vuelta de las religiosas: su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es ménos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado más arriba; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternura y de dulcísima y fácil versificacion, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta además pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene más de lírico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor, al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama, adoptaba voluntariamente una nueva

dificultad; es más difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonía peculiar; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar aun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean, como en *El Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho ménos tiempo bastaria.

En cuanto á la reparticion, hála trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galan debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galan, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del Trovador al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caractéres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido más bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el Trovador.

Por la misma razon el papel de la gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion más original, más nueva del drama, el carácter más difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay más que decirlo: una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telon, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un país donde la literatura apenas tiene más premio que la gloria, sea ese siquiera lo más lato posible; acostumbrémos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y es la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatarle.

LAS FRONTERAS DE SABOYA,

Ó EL MARIDO DE TRES MUJERES.

EL ÚLTIMO BUFON.

COMEDIAS NUEVAS TRADUCIDAS.

Tenemos motivos para creer que no nos han de faltar en lo que de temporada nos falta novedades dramáticas. Asustados nosotros con esa perspectiva, queremos reunir varias en un solo artículo. Temerosos de que nuestros artículos no sean mejores que las comedias, no queremos que salga el público á artículo por comedia.

Desde luego el traductor de *Las Fronteras de Saboya* ha tenido brava eleccion; si es del ingenioso y fecundo Scribe, tanto peor para Scribe. ¡Qué títulos y qué analogía entre los dos títulos! *Las Fronteras de Saboya, ó el marido de tres mujeres*, vale tanto como si dijéramos: *El Peñon de Gibraltar, ó el buey suelto bien se lame*. Vamos á ver: ¿qué han hecho *las Fronteras de Saboya?* ¿Qué pasion dramática las acucia, ó á qué exceso reprensible se han propasado? ¿Qué leccion útil de moral van á sacar las demás fronteras de los otros países del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?

Nada de eso; la comedia se titula *las Fronteras de Saboya*, porque en ella se habla de pasar las susodichas y cada vez más inocentes fronteras; de suerte que á cualquier otra frontera le está sucediendo todos los dias multitud de chascos por ese estilo.

El marido de tres mujeres es un buen especiero que ha tomado su pasaporte para pasar la frontera; una señora, á cuyo marido andan buscando para prenderle, hurta el pasaporte al especiero, dándole en cambio el de su marido, de donde resulta que prenden al especiero y le quieren hacer creer que es marido de la señora; él está además casado con su mujer, como suele suceder á todo marido, y por un *quid pro quo* inverosímil, otro personaje de la comedia, tan preciso como las fronteras, cree que el especiero está casado en secreto con su novia. Pero era preciso que fuese el marido de tres mujeres, porque con una mujer ó una frontera ménos, ya el título no llamaba bastante gente. Adornan la piececita multitud de sandeces acerca de los especieros, que en el original son gracias, porque la clase de los especieros en Francia hace el mismo papel que en Grecia hacian los beocios; es decir, que tienen una fama que les es peculiar, y que da motivo á alusiones locales.

En conclusion, *Las Fronteras de Saboya*, ó no debian haberse traducido, ó debian haberse traducido bien, ó debian haberse sil-

bado. Desgraciadamente ni se han silbado, ni se ha dejado de traducir, ni se han traducido bien. Siempre se deduce de la comedia una importante verdad, á saber: que en *Las Fronteras de Saboya* no se debe ser especiero, porque allí siempre hay un marido á quien quieren prender, y que le hurtan á uno el pasaporte, de resultas de lo cual queda uno casado con tres mujeres; escarmiento el más atroz que puede ofrecer una comedia, puesto que aun el hallarse casado con una seria castigo muy suficiente para la imprudencia de ser especiero. Todo lo cual no sucede en ninguna otra frontera del mundo.

El último bufon es muy superior á *las Fronteras*. Véase sino. Todo el mundo sabe que una de las cosas más degradantes para la humanidad, despues de los príncipes que tenian asalaridos bufones, eran los bufones asalariados de los príncipes. Rigoleti es el último bufon, sin contar con el autor y el traductor de la piececilla, que son posteriores á él. Parece que un gran duque de Baden quiso resucitar la loable costumbre de mantener un bufon, y tiene al efecto en su corte á Rigoleti, que es por lo tanto su privado. Rigoleti tiene un protegido, jóven barbilampiño y capitan. El gran duque quiere hacerlo coronel, con tal que se case con una baronesa de quien su alteza está ya cansado, y quiere casarse él mismo con la condesa Laura, huérfana y pupila suya, á pesar de las intrigas del embajador de Hesse-Cassel, que quiere casarlo con la hija de su rey. Pero el capitan Alfonso está enamorado y es correspondido de Laura. Se va á dar un baile de corte en los salones de palacio, donde hacen la guardia unos soldados de no sé qué regimiento de infantería con el fusil al hombro, que debe de ser costumbre allí en Baden. A este tiempo se entra con franqueza en el cuarto del soberano un famoso ladron, amigo antiguo de Rigoleti, el cual se viene al baile, porque si anduviera por la calle le prenderian. Rigoleti, para que no le vean, le encierra en una cámara del gran duque. El soberano se le encuentra, y en vez de mandarlo á la horca, le da la delicada comision de sacar de los bolsillos de todos los concurrentes al baile cuanto traigan. El soberano es una alhaja. El ladron lo hace como se lo encargan: el gran duque averigua por ese medio ingenioso los amores de su rival, y se queda con las alhajas de sus convidados: parece que en Baden los reyes no son tan ricos como en España, y se industrian para vivir. Su alteza quiere perder á su rival, pero á este tiempo Rigoleti descubre que antes de ser bufon era hombre, y por lo tanto podia tener hijos: ahora bien, uno de esos hijos que podia tener es Alfonso, y lo tuvo fuera de legítimo matrimonio en la hermana del gran duque. Parece que en Baden no tiene el diablo por dónde desechar á la familia real; de consiguiente si Rigoleti no es precisamente cuñado del gran duque, Alfonso es indudablemente su sobrino: el soberano en vista de eso,

> Y por temor de alguna carambola,
> Tapa sus indecencias con la cola.

calla, casa á Laura con Alfonso, y se casa él generosamente con

la princesa de Hesse-Cassel, lo cual dice en voz alta á los señores comparsas, que son la corte, y que en el vaudeville original son el coro; porque los traductores ni siquiera han caido en la cuenta de que esas comparsas numerosas del original son una exigencia forzada del canto; lo cual no existiendo en la traduccion, y siendo casi siempre de muy mal efecto aquella aglomeracion de personajes mudos y ridículamente ataviados, puede y debe las más veces suprimirse.

En fin, *El último bufon* es el vaudeville traducido por el último traductor.

DE LAS TRADUCCIONES.

DE LA INTRODUCCION DEL VAUDEVILLE FRANCÉS EN EL TEATRO ESPAÑOL.

LA VIUDA Y EL SEMINARISTA,

LOS GUANTES AMARILLOS,

PIEZAS NUEVAS EN UN ACTO.

Varias cosas se necesitan para traducir del francés al castellano una comedia. Primera, saber lo que son comedias; segunda, conocer el teatro y el público francés; tercera, conocer el teatro y el público español; cuarta, saber leer el francés; y quinta, saber escribir el castellano. Todo eso se necesita, y algo más, para traducir una comedia, se entiende, bien, porque para traducirla mal, no se necesita más que atrevimiento y diccionario: por lo regular el que tiene que servirse del segundo, no anda escaso del primero.

Sabiendo todas estas cosas, no se ignora que el gusto en teatros es variable; que en tanto hay efectos teatrales, en cuanto se establece entre el autor y el espectador una comunidad de afectos y de sensaciones; que de diversidad de costumbres nace la diferente expresion de las ideas; que lo que en un país y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar á ser en otros una necedad vacía de sentido; que un carácter nuevo en Francia puede ser viejo en España: no se ignora en fin que el traducir en materias de teatro casi nunca es interpretar; es buscar el equivalente, no de las palabras, sino de las situaciones. Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan ajenos que estén en relacion con las costumbres del país á que se traduce, y expresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente: de donde se infiere que por lo regular no puede traducir bien comedias quien

no es capaz de escribirlas originales. Lo demás es ser un truchiman, sentarse en el agujero del apuntador, y decirle al público español: *Dice M. Scribe*, etc., etc.

Esto con respecto á la comedia; por lo que hace al drama histórico, á la tragedia, ó cualquiera otra composicion dramática cuya base sea un hecho heróico, ó una pasion, ó un carácter célebre conocido, estos ya son cuadros igualmente presentables en todos los países. La historia es del dominio de todas las lenguas; en ese caso basta tener una alma bien templada y gusto literario ejercitado para comprender las bellezas del original; no se necesita ser Víctor Hugo para comprender á Víctor Hugo, pero es preciso ser poeta para traducir bien á un poeta.

La tarea, pues, del traductor no es tan fácil como á todos les parece, y por eso es tan difícil hallar buenos traductores; porque cuando un hombre se halla con los elementos para serlo bueno, es raro que quiera invertir tanto trabajo solo en hacer resaltar la gloria de otro. Entonces es preciso que sea muy perezoso para no inventar, ó que su país tenga establecida muy poca diferencia entre el premio de una obra original y el de una traduccion, que es precisamente lo que entre nosotros sucede.

Nuestro teatro moderno no carece de buenos traductores. Entre todos se distingue Moratin: nótese cómo en *el Médico á palos* españoliza una comedia, produccion no sólo de otro país, pero hasta de una época muy anterior: hace con ella el mismo trabajo que Molière habia hecho con Terencio y Plauto, y que Plauto y Terencio habian hecho sobre Menandro. No era Marchena tan superior en este trabajo, porque no era Marchena poeta cómico, pero merece un lugar distinguido entre los traductores. Gorostiza fué ménos delicado, si tan buen traductor, porque alcanzó un tiempo en que era más fácil revestirse de galas ajenas; y así, sin que queramos decir que siempre fué plagiario, muchas veces no vaciló en titular originales sus piraterías.

Posteriormente la traduccion fué entre nosotros una necesidad: careciendo de suficiente número de composiciones originales, hubo de abrirse la puerta al mercado extranjero, y multitud de truchimanes con el Taboada en la mano y valor en el corazon se lanzaron á la escena española.

El vaudeville, género de composicion dramática puramente francés, fué una mina inagotable: género complexo, verdadero *melodrama* en miniatura, así participa de la ópera como de la comedia: hijo de las costumbres francesas, bástale su diálogo diestramente manejado y erizado de puntas epigramáticas; esto, y algunos casos monótonos que giran casi siempre sobre temas semejantes, bastan á adornar una idea estéril que pocas veces produce más de una ó dos escenas medianamente cómicas. El pueblo francés, tan cantor como mal músico, se paga de eso, y tiene razon, porque no le da más importancia que la que tiene, y porque rico el teatro de cómicos excelentes, el juego mímico y la perfeccion del arte prestan interés del otro lado de los Pireneos á la composicion más desnuda de mérito y originalidad.

Pero aquí donde el vaudeville empieza por perder la mitad de su ser, es decir, la parte música, aquí donde no es la expresion de las costumbres, aquí donde el público ha menester de composiciones más llenas, de más ingenio y enredo, su introduccion debia de ser muy arriesgada, y solo se le podia admitir en cuanto á comedia, y á cuenta de comedias. Son solo admisibles, pues, en la escena española aquellos vaudevilles que giran sobre un argumento y un enredo cómico de algun bulto, y aquellos en que queda material para llenar una pieza en un acto aun despues de suprimida la música, y eso sin darle grande importancia, sin tratar de llenar con ellos una funcion entera. La empresa que todavía tiene los teatros emprendió esto, y trató de sustituirles á nuestros sainetes, piezas verdaderamente cómicas nacionales y populares, pero cuya muerte era próxima desde que los ingenios se desdeñaban de componerlas, y que, por lo repetidos y sabidos que están ya del público, apenas podian ser ya de utilidad. Otra mira se llevó en esto: los sainetes tienen el inconveniente de halagar casi siempre las costumbres de nuestro pueblo bajo, por los términos en que están escritos, en vez de tender á corregirlas y suavizarlas poniéndolas en ridículo; todo lo que fuese proponerse ese fin sustituyendo á los palos, á las alcaldadas y á las sandeces de los payos, rasgos, agudos y delicados de ingenio, era laudable.

Pero esto no podia conseguirse sin revestir los *vaudevilles* de la misma nacionalidad y popularidad de que aquellos gozaban: solo así se podia introducir un género nuevo, y eso fué lo que se descuidó. De aquí que todo el triunfo que han podido conseguir los vaudevilles ha sido pasajero y efímero, y son muy pocos los que han quedado en el caudal, y no han pasado rápidamente despues de unas cuantas noches de representacion.

¿Y cuáles son los que han quedado? Aquellos que tenian más analogía con nuestras costumbres, ó aquellos en que una idea verdaderamente cómica y original se hallaba bien adoptada y desarrollada por un traductor hábil.

Ocasion es esta de hacer justicia á quien la merece: uno de los que mejor han traducido *vaudevilles*, uno de los que hubieran podido españolizar el género nuevo, es don Manuel Breton de los Herreros. Seguramente, si todos los vaudevilles que se han adoptado hubiesen sido y se hubiesen traducido como *la familia del Boticario*, como *No más muchachos*, y otros del mismo traductor, verdaderos modelos de esa clase de trabajo, solo elogios tendrian que salir de nuestra pluma. Son solo comparables con las traducciones del señor Breton algunas de otro jóven bien conocido: ya nuestros lectores habrán adivinado que hablamos del señor de Vega; y decimos algunas, porque no las ha cuidado todas igualmente; pero siempre le harán honor *el Gastrónomo sin dinero*, *el Cambio de diligencias*, *Quiero ser cómico*, y otras, en algunas de las cuales, sobre todo, está tan bien hecha la traduccion, que puede llamarlas casi originales.

Tanto nos hemos remontado, que apenas sabemos ahora pa-

sar de los señores Breton y Vega á los traductores ó truchimanes de *la Viuda y el Seminarista* y de *los Guantes amarillos*.

Parece que de las dos cosas que hemos dicho ser necesarias para traducir mal una comedia, los traductores de estas dos novedades no han tenido más que una, esto es, el atrevimiento, porque á haber tenido tambien diccionario, imposible es que hubiesen hecho tan mezquinos truchimanes.

La Viuda y el Seminarista es una comedia (algun nombre le hemos de dar) de pobrísima intriga, y donde solo campea una escena medianamente cómica, producida por la situacion del seminarista, mozalbete sin experiencia, de quien la viuda y su amante se valen para anudar sus rotas relaciones No merece una análisis, y nos contentaremos con decir que reprobamos altamente la especie de compromiso que se impone de algun tiempo á esta parte al público con la coplita final: bueno que el traductor pida perdon cuando lo hace tan mal; pero malo es, y malísimo, que el público se lo conceda. La desaprobacion del público es el mejor correctivo de la abyeccion en que vemos caer de dia en dia el teatro, y la indulgencia mal entendida es la muerte del arte.

Aconsejaremos al señor Lombía que se vista mejor, y que tenga más calor, que finja el amor en papeles de enamorado, para lo cual no seria inútil que se enamorara, si fuese posible; con eso formaria él una idea y nos la podria dar á los demás: otrosí, le aconsejamos que pregunte al señor Latorre, ó á cualquiera otro de los actores que lo saben, qué uso se debe hacer de los guantes los cuales sirven generalmente para ponérselos en las manos, y al mismo tiempo sabria cómo se deben tener cuando no se llevan puestos: no los reuniria en forma de hacecillo, ni los agarraria á dos manos: hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendria tentaciones de deducir que no están acostumbrados á ellos.

Los Guantes amarillos, que hemos visto estrenar en el teatro del *Vaudeville* de París al inimitable Arnal, para quien se escribieron, es uno de los más ingeniosos juguetes que pueden presentarse en la escena, y ha gustado en cuantos teatros de Italia y de Inglaterra se ha traducido. La prueba de su mérito es el éxito mismo que ha tenido en Madrid, donde no se nos ha dado ni una sombra del original: repetimos que estas piezas necesitan una traduccion atinada. Necesitan además tales composiciones dramáticas muchos ensayos, y suma viveza en la representacion. El papel del maestro de baile debiera haberse reservado á toda costa para el señor Guzman: el señor Lombía entiende tanto de representar á un maestro de baile como de fingir el amor; ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el señor Lombía maestro de baile que se vista de luto riguroso á las ocho de la mañana, sin habérsele muerto padre ni madre; y de frac y pantalon colan, como si fuera á asistir á un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalon colan negro con carreras de botones de metal, á manera de botin manchego? En una palabra, el teatro español es una confusion:

algun autor, algun actor. algun traductor; fuera de esas excepciones todo es caos, y un completo olvido, por mejor decir, una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamacion.

Diga usted esto sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica autores, actores y traductores en masa. y en realidad ¿quién tiene razon? ¿De parte de quién está el público? Lo ignoramos: el público pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor ni una traduccion: ¡es posible que haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia! No. Si ha de seguirse nuestra opinion ciérrense las teatros; porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.

CATALINA HOWARD,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

Catalina Howard es una creacion singular. Su objeto es pintar una pasion, pasion terrible cuando se arraiga, sobre todo en una mujer, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educacion. Alejandro Dumas ha creido buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composicion de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

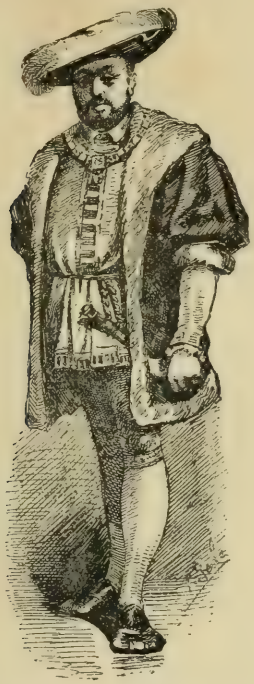
La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardientes é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nacion preponderante, ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre más sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mujeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasajeros y funestos amores. Buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sancion imposible á sus desórdenes, no vaciló en segregarse á sí y á su pueblo de la Iglesia católica, y declararse jefe de la comunion anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un exámen histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos solo del cuadro diestramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una jóven de extraordinaria belleza, de baja extraccion, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginacion mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambicion es su pasion dominante, las demás no deben ser en ella sino instrumentos medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mujeres novelescas, y en ese concepto se halla secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino,

y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia mujer, no halla más arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir despues con ella encerrado en su castillo. Inú-



til precaucion. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasion del rey, se aviene mal con su posicion. La oferta de la mano de la hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que, fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuramente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro, y da la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su mal lograda dicha. Su venganza se extiende hasta dar celos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina, y ésta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Lóndres al ejecutor, sin el cual deberia demorarse la ejecucion á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo que decapita á su esposa, y que, no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

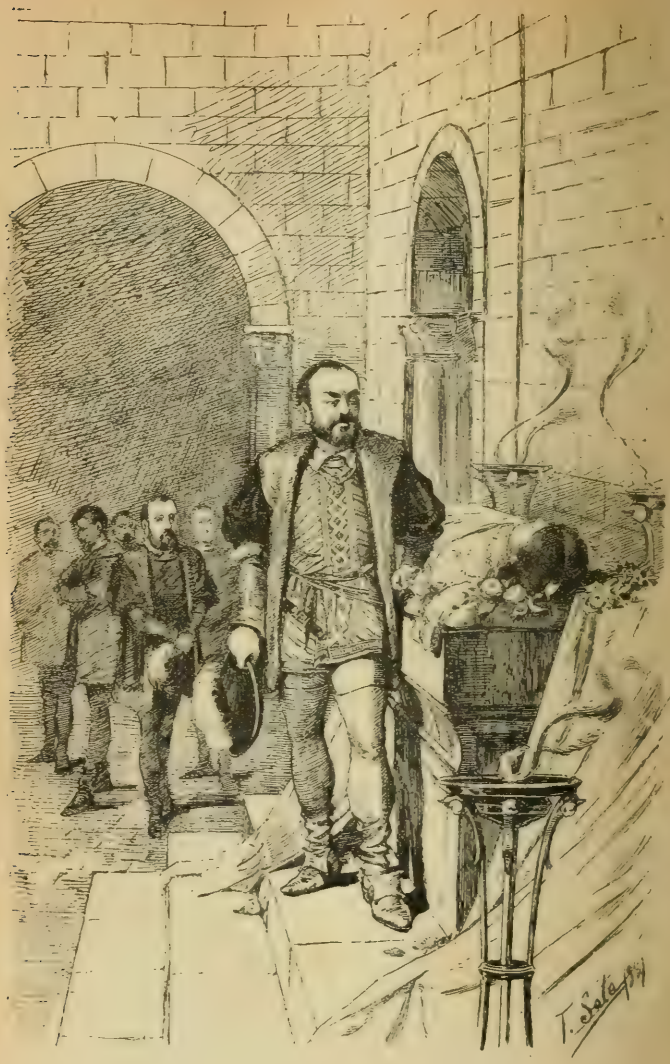
Si se busca moral en este drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificacion moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él: invisible para los demás, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo más poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En *Catalina Howard* ve la moral en accion. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay más verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre, no como dogma, sino como interés.

Considerando bajo este punto de vista esta creacion, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la

extremada venganza de Ethelwood: estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una mujer ambiciosa; á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambicion en la mujer: Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambicion era preciso colocarla

en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraido á Catalina de su crímen; pero tal es la pasion dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es mujer y á la vuelta del dolor natural en su sexo, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensacion generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede ménos de volver á su idea fija, á la ambicion, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba: rasgo


T. Sala

que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazon humano.

Es tan cierta esta observacion, que no dudamos en apelar á las mujeres culpables. Dígannos si al engañar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ternura hácia su víctima, si un sentimiento interno de justicia y generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia más tierna, con protestas sinceras de buena fe, al mismo esposo á quien engañaban, acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el co-

razon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquel por este. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad moribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje que á nuestro pesar rinde á nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro francés moderno las sabe como él, y nadie es por

tanto más dramático que él, incluso Víctor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser más lírico que dramático, más brillante que profundo.

Otro rasgo no ménos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasion domina el corazon, por más que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: bájese de la horca al que la pasion del robo domina, y póngasele en situacion de volver á robar, pondrá otros medios, será más cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladron. Puédese prescindir de las acciones, variar la eleccion de ellas; de las pasiones nunca, porque son nuestra organizacion; porque la pasion es el hombre mismo; porque la pasion es semejante al agua que, comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento.

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno, á la fria combinacion de las comedias del siglo XVIII, oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varia el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No; al teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que más nos afectan en la vida; y en la vida actual ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reirse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan sériamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aquí que no se darán comedias de Molière y Moratin, intérpretes de épocas más tranquilas y sensaciones más dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirian; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no pueda apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañador le conduce á gustarla.

Fuerza es confesar sin embargo que en España la transicion es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolucion, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos pueden apenas compararse con los de la vecina nacion. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolucion literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poéticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de *boulevard* y por el melodrama de la *Porte Saint-Martin* hasta conquistar el Teatro-Francés; y entre nosotros en un año solo hemos pasado en política de Fernando VII á las próximas constituyentes, y en literatura de Moratin á Alejandro Dumas; y es de tener en consideracion que el

clasicismo aristotélico y horaciano habia tenido tiempo de cansar al público francés desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleon, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comella hasta nosotros ni han trascurrido más que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado más que tres comedias y media de Moratin, otras tantas de Gorostiza, alguna de algun otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Molière y de autores franceses de segundo órden. En una palabra, que estamos tomando el café despues de la sopa.

Hé aquí una de las causas de la oposicion que así en política como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar y de caminar por grados, procedemos por brincos, dejando lagunas y repitiendo solo la última palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razon de la poca solidez de las innovaciones. La traduccion es mala, y ha sido mal puesta en escena, por lo que hace al ornato.

En cuanto á la representacion háse conocido que habia empeño particular en que *Catalina Howard* saliese bien representada: argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodriguez nos ha convencido de que nadie puede reemplazarla en su buena diccion, y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurreccion sobre todo nos ha parecido excelente, y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada que desear en la del Parlamento.

A BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ.

Jornada segunda del Trovador; acto tercero de la Conjuracion de Venecia; Riego en las Cabezas de San Juan, ó el dia 1.° de Enero de 1820; acto tercero del Diablo predicador.

No habiendo en la funcion á beneficio del señor Lopez ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recien-venido escribe á algun punto de provincia á su familia:

«Querida esposa:

«Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo extrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia.

«Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno; pero ¿qué importa? dije yo. Veamos la funcion, que más me ha de enterar ella que el anuncio.

«La cosa segun conté tenia cinco actos.

«Primer acto. Comienza la funcion con un tal don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; esta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenia, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora precisamente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

«Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no habia muerto, y los criados del conde don Nuño: sale Leonor ya monja, da un grito, se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

«Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar más, le cuenta á su papá cómo ella tenia un querido, y se casó con él de secreto, y cómo estando juntos de noche en un ameno cementerio donde se veian, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido, prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y, abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender porque no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que habia previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en eso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que tenga hijos, tanto más cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Ve-

necia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entenderia, porque tampoco tuvo hijos.

»Acto cuarto. De allí á poco dos cuadrilleros de la santa inquisicion andan buscando á don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Astúrias, deja la mochila y se va; en seguida viene un sacristan, y un administrador de un grande y dos del resguardo: el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

»Acto quinto. Fray Antolin, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interés en que fray Antolin no coma; por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna á san Francisco: entonces fray Antolin le echa un largo sermon, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermon, la tierra se traga á don Feliciano, y viene el arcángel san qué sé yo cuantos, y habla con el diablo vestido de fraile: aparece Astarot en figura de don Feliciano, da limosna á san Francisco, y el guardian es un excente sujeto.

»Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusion en la cabeza que no te lo puedo ponderar: envíotelo á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que falto de ese deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía yo debia de haberlo entendido todo.

»Sácame por Dios de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son mios, y ya ves si esto es cosa de afligir á un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaria la consecuencia de que ni son tuyos ni mios, en cuyo caso nos echaremos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

»Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

»Queda tuyo, etc.»

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.

LOS BARATEROS,

ó

EL DESAFÍO Y LA PENA DE MUERTE.

> Debiendo sufrir en este dia... la pena de muerte en garrote vil..... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de Marzo último á Gregorio Cané...
>
> *Diario de Madrid del 15 de Abril.*

La sociedad se vé forzada á defenderse, ni más ni ménos que el individuo, cuando se vé acometida: en esta verdad se funda la definicion del delito y del crímen; en ella tambien el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una accion el delito ó el crímen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone otro fin destruir al criminal, sino el crímen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresion, convencerse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detencion prévia es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados estos comienza la detencion á ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenacion; en el intervalo que trascurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privacion que no sea indispensable, ni mucho ménos influir moralmente en la opinion del detenido.

De aquí la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se ha-

brá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvian las estrepitosas carcarjadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crímen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutricion de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solucion misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que vé la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos dias existian en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecian parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. He aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la proteccion que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso al sentar el pié en el patio de la cárcel se vé insultado, acometido, robado por los séres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza*, ó *la que yo me forje aquí* » Hé aquí el resultado del desórden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existian allí: dos barateros; dos séres que se creian con derechos á imponer leyes á los demás, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion: este defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala*. Hé aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confia su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del

Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oir acabar la salve: un segundo trascurre apenas, y con el último acento del cántico llega á los piés del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño, pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á dispertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice más caso que de tí, puede contagiarme con su putrefaccion; y por ende mando que el cuerpo se encierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegian. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la proteccion. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para tí; porque yo tengo jueces para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo alguaciles para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solo fueron de él ocasion.

Y el baratero: ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mia; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mia, y por la religion no puedo disponer en ella; pero si no es mia siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es más mia que tuya, ¿en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de comun acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra comun cuestion?

Y la sociedad: Algun dia, baratero, tendrás razon; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdiccion; en el dia la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha trascurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar...

Y el baratero: ¿Y cuántas lunas trascurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo...?

Y la sociedad: Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporacion, de-

biste aguardar á lo ménos á ser opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley.

Y el baratero: ¿Y la igualdad ante la ley, sociedad...?

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquisteis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composicion el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del sér, y que solo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un mónstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriéndolo todo?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de tí, ó sociedad; porque no comprendo...

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi dia llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los mios, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debia morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su dia no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto a la justicia de la que se llama su sociedad y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

FÍGARO

AL DIRECTOR DE EL ESPAÑOL.

Fígaro.—Señor director de *El Español*, pido la palabra...
Director.—¿Para qué?
Fígaro.—Para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.
Director.—El señor Fígaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Señor director de *El Español:* En la primera carta que á mi vuelta del extranjero publiqué, dí los motivos por qué me decidia entonces á escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer á ningun partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningun estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca más objeto que el de contribuir, en lo poco que pudiese, al bien de mi país, tratando de agradar al mayor número posible de lectores: para conseguirlo creí que no debia defender mas que la verdad y la razon; creí que debia combatir con las armas que me siento aficionado á manejar cuanto en mi conciencia fuese incompleto, malo, injusto ó ridículo.

Esta es la razon porque constantemente he formado en las filas de la oposicion; no habiendo habido hasta el dia un solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creido obligado á decírselo así claramente á todos. Si yo tuviera alguna importancia política ó literaria, tal vez sentaria en este lugar doctrinas ó acumularia profesiones de fé. Felizmente no tengo ninguna importancia, y solo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo comun con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido á usted estos dias un artículo riéndome de lo que en el dia me parece risible, sin cuidarme de si estaba ó no en el sentido de su periódico, sea este el que fuere Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo, sin duda, con sus opiniones: no pudiendo exponerme á escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, segun el uso del dia, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir para verme impreso: bastante censura nos ponen los gobiernos á los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Si *El Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso, sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que explícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serian para mí más dolorosas que haber de renunciar

á las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el dia.

Además de cuanto llevo expuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta, añada que así rehuso pertenecer á un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaria hacer parte de un periódico de ciega oposicion, *quand même;* y para que no se pueda dar á este paso más motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí así el ministerio Isturiz como el ministerio Mendizabal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen más importancia que la del bien ó del mal que puedan hacer á mi patria.

En el ministerio Mendizabal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido ó la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en práctica en el dia para hacer la oposicion; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como Gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo á los alborotos, á las multas ó á la cárcel, yo no me siento con miedo á nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos ministros vengan detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama: el acierto es, pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto á alabar, no es mi mision; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero, pues, su respuesta para saber el partido que debo tomar, y solo me queda que hacer presente á usted que cualquiera que ella sea, tolerante como yo soy con las opiniones de los demás, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posicion á costa de su periódico.

En el ínterin queda su atento amigo y servidor,—*Fígaro.*

ABEN-HUMEYA,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS, NUEVO EN ESTOS TEATROS.

SU AUTOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No hace muchos dias que anunciamos la próxima representacion de esta obra de un ingenio distinguido ciertamente en nuestra literatura moderna, por sus obras anteriores, en las cuales ha adquirido lauros muy lisonjeros como erudito, como escritor didáctico, como hablista, y aun como poeta: al anunciarla no quisimos en manera alguna prevenir el juicio del público, y solo nos ceñimos á exponer que se habia representado ya en París, y la especie

de éxito de urbanidad y galantería que en aquella capital habia logrado.

Parece sin embargo que nosotros no estábamos bien informados; posteriormente hemos visto y aun leido en el anuncio que del *Aben-Humeya* ha hecho la empresa de estos teatros, que *en los de París fué recibido con entusiásticos aplausos, y coronado con los honores del más positivo triunfo.* Así seria, y nosotros nos apresuramos á dar la enhorabuena al autor y al drama; no se la hemos dado antes, porque no sabíamos lo que en París habia ocurrido. Pero despues de leido el cartel, el cual debe saberlo como saben los carteles esas cosas, seria imperdonable en nosotros el menor asomo de duda: apreciando como apreciamos el autor, es para nosotros un alegron el haber rectificado por esta vez nuestros erróneos datos; en lo sucesivo no nos volverá á suceder decir que no gustó en París; quedamos plenamente convencidos de que *Aben-Humeya* ha llegado á *nosotros precedido de una gran reputacion adquirida dentro y fuera de España*, es decir, europea.

Es verdad que en París no se ha representado demasiado el *Aben-Humeya;* y esto es claro: era preciso hacer de él, en atencion á su mucho mérito, una gran distincion que lo diferenciase esencialmente de las demás cosas que gustan en aquel París; y como á cualquier drama que gusta le sucede representarse mucho, no quedaba más medio de distinguirlo que representarlo poco.

Y en Madrid ¿qué ha sucedido? Lo mismo que en París.

Ya muchas veces nos hemos quejado de la posicion difícil en que se encuentra el periodista que tiene que juzgar á un hombre de mérito generalmente reconocido: bien se puede dar el caso que un hombre de un gran talento haga un drama de muy poco valor: esas cosas se ven todos los dias; pero siempre corre el riesgo de parecer arrogante ó envidioso el que acomete con un juicio crítico de un ingenio como el autor de *Aben-Humeya*, no estando como no estamos nosotros precedidos, ni aun seguidos, de ninguna especie de reputacion adquirida dentro ni fuera de España.

Por esta vez, y bien considerado el *Aben-Humeya*, no corremos riesgo maldito de parecer envidiosos, por más que haya gustos que requieran palos. Pero en trueque tenemos otro tropiezo que nos detiene muy mucho. Cuando además de ser el autor hombre de pró en literatura, ha sido hombre de valía, políticamente hablando, es decir, cuando es exministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si esta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad. Por eso si nosotros fuésemos capaces de desear que volviese á ser ministro el señor Martinez de la Rosa, seria en esta ocasion, en que quisiéramos poder aparecer independientes, y decir francamente lo que de *Aben-Humeya* pensamos. El autor nos pone en el más duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas; y obligándonos á alabárselos, nos ponia en el aprieto de parecer aduladores; y ahora que no es ministro empieza á dar los peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso.

Resignémonos, sin embargo, con nuestra suerte, y evitemos con nuestra indulgencia toda murmuracion y todo juicio temerario. Cuando escribimos *indulgencia* no queremos decir que daremos torcedor á nuestra conciencia, no; la crítica debe ser muy severa con los que se presentan y pasan en el mundo por modelos, para evitar que los que empiezan imiten sus defectos; sino es nuestro propósito advertir que será más lo que de nuestra opinion callemos. que lo que digamos.

Conocido es el asunto histórico escogido por el autor, y tanto que fuera ridícula ostentacion de eruditos disertar largamente sobre él; nosotros no estamos encargados de juzgar la historia, sino el drama. Desde luego confesamos la predileccion con que miramos siempre ese género. En otra ocasion hemos probado, y hablando, si mal no se nos acuerda, del mismo autor, que el drama histórico es la única tragedia moderna posible, y que lo que han llamado los preceptistas tragedia clásica, no es sino el drama histórico de los antiguos.

Dos géneros de composicion pondríamos al frente de la literas tura dramática: 1.° los hechos gloriosos ó los funestos resultadode los extravíos de las pasiones, fundados en la verdad, que los hace ejemplos irrecusables, presentados á los hombres ó para su imitacion ó para su escarmiento; este es el drama histórico, ó la tragedia antigua, no variando en las formas por caprichos de escuelas, sino por la variacion que la diferencia de creencias y preocupaciones de costumbres y de leyes hace imperiosas en la literatura; 2.° los vicios y ridiculeces personificados y fundados en la verosimilitud que les sirve de verdad, presentados para leccion ó deleite; esta es la comedia dicha clásica, y caida en desuso por las formas estrechas y lánguidas en que la han querido encerrar los preceptistas; pero susceptible en nuestro entender de nuevo interés, y de ninguna manera agotada como se dice vulgarmente.

El cuento fantástico, hijo de la imaginacion del autor, y en que no se deducen los hechos imperiosa y precisamente de los datos admitidos en la base del argumento, ese hecho inventado y vestido en forma de drama, en el cual el espectador puede concebir á cada accion otra consecuencia que la que le atribuye el ingenio, ese que no tiene verdad histórica en su favor que convenza, ni más verosimilitud que una concesion gratuita, ese es el verdadero género bastardo.

Y en cuanto á las disputas de las escuelas y pandillas, como las vemos estribar, más que en el fondo, en las formas, nos será permitido reirnos de ellas, en atencion á que creemos que las formas son variables hasta el infinito, porque siempre habrán de seguir la indicacion del espíritu de la época. El poeta escribe para ser entendido, y mal pudiera serlo el que no se sujetase al lenguaje, al modo que tienen de revestir sus ideas aquellos que han de aplaudirlo ó censurarlo.

Suele tener el drama histórico el inconveniente de dar destruido el interés al espectador, que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar personajes de quien ya la

imaginacion se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta; solo el artificio y el gran talento del autor y la eleccion de un hecho, aunque histórico, algo oscuro, pueden hacer triunfar el ingenio. En el argumento de *Aben-Humeya* el autor ha huido perfectamente de esas dificultades. Pero en cuanto al artificio, poco feliz nos parece haber estado, y de esto se convencerá cualquiera por poco que medite el plan.

Los moriscos de las Alpujarras se rebelan en el reinado de Felipe II, y eligen por jefe á Aben-Humeya, último vástago de la antigua dinastía; degüellan á los cristianos que alcanzan en un limitado espacio de terreno, y se constituyen independientes. Muley-Carime, suegro de Aben-Humeya, reprende y ataca los excesos; dos de los principales rebeldes desaprueban la precipitacion con que se eligen rey antes de tener reino, y la arrogancia con que el elegido acepta el prestigio y la autoridad real. Aprovéchanse de la blandura de su suegro para desacreditarle y tildarle de traidor á los ojos del vulgo, fácil de fascinar, envolviendo á Aben-Humeya en la ruina de su deudo.

El capitan general de Granada envia á Lara á intimar la rendicion á los rebeldes: Lara es asesinado, y sobre él se encuentran pruebas de las relaciones que conserva Muley-Carime con los castellanos. Aben-Humeya, en la alternativa de castigar á su suegro ó perderse con él, le envenena, pero tarde: la faccion contraria se ha apoderado ya de su palacio, y Aben-Humeya perece víctima de la sedicion.

Pobrísimo es el artificio, ningun interés presenta, ningun resorte dramático, ni nuevo ni viejo. Una sola escena hay en él, aquella en que Aben-Humeya echa en cara á Muley su delito: ninguna pasion domina, ningun carácter prepondera, ningun hecho importante se desenvuelve; el estilo mismo es generalmente inferior á otras obras del autor: ¿dónde está el fuego de la creacion?

Y vamos á lo más importante. Un personaje histórico oscuro no puede ser digno del teatro sino cuando sus hechos llevan envueltos en sí el éxito ó la ruina de la causa pública. Pero ¿cuál es aquí la causa pública? ¿cuál es la leccion moral ó política que ha querido darnos el autor con la muerte de Aben-Humeya? Si hubiera probado que los moros rebeldes perdieron su causa por la desunion que dejaron introducirse entre ellos, grande objeto era este, y aun oportuno; pero para eso era preciso haber continuado el drama, era preciso habernos dado el resultado de la tal desunion. Porque habiéndolo dejado en la muerte de Aben-Humeya, la leccion que resulta es que cuando uno quiere ser rey no debe tener por suegro á un moro que escriba á un cristiano. ¡Profunda leccion por cierto! Por tanto *Aben-Humeya* no es un drama hecho, sino una exposicion de un drama por hacer. Si hubiera empezado por donde acaba, el autor hubiera tal vez llegado á hacer un drama. ¿Por qué se acaba en el tercer acto y no continúa? Si el objeto es Aben-Humeya, represente una pasion, un carácter, una situacion; si no, ¿quién es él, y qué significa su muerte para ocuparnos

una noche entera? Si es la rebelion morisca, ¿qué importa que muera Aben-Humeya?

En la manera de buscar los efectos teatrales nótanse medios ya explotados por el autor y por otros. En el primer acto varios conconjurados se quejan diciendo cada uno una frase á su vez, como en *la Conjuracion de Venecia*. La eleccion de *Aben-Humeya* nos recuerda el *Pelayo* de Quintana; la degollacion de los cristianos en el templo y una conjuracion estallando en medio de una diversion popular, entre gente sencilla, ajena de que la muerte está tan cerca de la vida, y el dolor del placer, es contraste ya presentado en *la Conjuracion*. En el diálogo igual afectacion de sensibilidad y ternura, igual afectacion de sencillez que degenera á veces en trivialidad, como el *déjame*, que en tono de marido dice á su cansada mujer Aben-Humeya, y que arrancó risas. No pasaremos sin embargo en silencio el elogio debido á un afecto teatral bien entendido, como es el sonido de la campana de los cristianos, aprovechado para inflamar los ánimos por Aben-Humeya en la cueva. Empero ¡bueno fuera que autor de tanto ingenio no hubiera acertado á producir en todo un largo drama cosa alguna que de alabar fuese!

Despues de lo que llevamos expuesto fácil es conocer que no creemos que *Aben-Humeya* dé gloria alguna á su autor. Felizmente tiene obras que le han colocado ya en un puesto muy distinguido; y nosotros, por su gloria misma, no quisiéramos que le hubiese dado la importancia de escribirlo de nuevo en castellano, una vez que ya en francés habia salido flojillo, como el santo de Zamora, cuya historia tenemos contada en uno de nuestros antiguos artículos. Porque no faltará malicioso que á propósito de eso recuerde el soneto célebre contra una composicion escrita por Lope en cuatro lenguas, que empieza:

Hermano Lope, bórrame el sone-
De versos de Ariosto y Garcila...

y concluye:

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
Que supuesto que dices boberi-
Te vendrán á entender cuatro nacio-

No seremos nosotros los que hagamos tal aplicacion, si bien por otra parte, ¿quién pudiera darse por ofendido de participar de las vicisitudes de Lope?

Háse puesto en escena *Aben-Humeya* con un esmero digno de mejor drama, y no han contribuido poco á entretener á los espectadores el país nevado, el órgano, los villancicos, la cueva, los muchos moros que andaban por aquellas sierras, el palacio y el negro, improvisados de Aben-Humeya, y el nuevo telon de intermedios, presentado con tanta coquetería, y tan buenos efectos de luz.

Por esta vez la empresa merece los mayores elogios, y no se los queremos escasear. No ha sido tan buena la representacion, si se exceptúa al señor Latorre. Romea mayor no ha entendido el papel, y le ha hecho sin dignidad ni color: mucho sentimos dar este disgusto á un actor que tan frecuentemente se hace acreedor á nuestros elogios. Y reasumiendo nuestra opinion, concluiremos diciendo que al acabarse la funcion sale uno todavía con deseos de drama, á cuyo propósito contaremos al autor, si nos lo permite, una anecdota que nos hizo reir la primera vez que la oimos.

Un periodista francés, hombre de mérito y buen gusto, andaba perseguido por un conocido suyo, que estaba empeñado en llevarlo á comer á su casa. Era el periodista gastrónomo además, y no hubo de parecérselo tanto el obsequioso anfitrion. Rehuia pues cuanto le era posible prestarse al ofrecimiento; escapósele empero un dia decir que se iba á comer á la fonda delante del otro que andaba acechando siempre una ocasion semejante. Fué forzoso pagar la imprudencia, y condescender aquel dia. No se habia engañado el periodista, y la comida fué reducida como las esperanzas. Todo ella se volvió platos de adorno, mudanzas de cubiertos, entremeses y ramilletes. Acabada que fué, quiso el anfitrion dar á su huésped una prueba de su buena voluntad, y díjole levantándose: «Ya sabe usted la hora á que se come en casa, y lo que se come; cuando usted guste podemos repetir este buen rato.» A lo cual respondió sentándose de nuevo el desgraciado, que se sentia vacío: «¡Oh! amigo mio, pues entonces, si á usted le parece, puede disponer que se repita ahora mismo.»

PANORAMA MATRITENSE,

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE.

ARTÍCULO PRIMERO.

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres.—Escritores franceses modernos que más se distinguen en este ramo de literatura.

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fué desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habian estudiado ya al hombre y la sociedad de su tiempo; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirse: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros dias: algunos, no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta la Bruyère los resulados de su

observacion del corazon humano en caractéres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese desleir en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros sentenciosos y lacónicos, como Larochefoucault y Vauvenargues, se limitaron á colecciones de aforismos morales. Prefirieron muchos la sátira, verdadera composicion poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, una fábula más ó ménos intrincada para desenvolver una leccion moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marmontel, madame Genlis Mme. Cottin Fielding y otro creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó Montesquieu excitar nuevamente la curiosidad con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales solo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que, segun cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abrian la boca hablando con literatos, sino para decirles: *Hágame usted cartas persas*. Pero en cuanto á estos diversos géneros enunciados, nada tenia que envidiar la literatura española á las extranjeras: nuestro teatro, tan pródigo de fabulas estériles, encontró á veces en Calderon mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcon, Tirso, Moreto, y los que los siguieron, escritores excelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales, ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nacion que puede citar á Cervantes, á Quevedo, á Mateo Aleman, á Luis Velez de Guevara, al autor de la *Celestina*, del *Gil Blas*, sea quien fuere, á Samaniego, á Iriarte, á Isla, Iglesias, no puede ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con tood, del *Espíritu de las leyes* en el coronel don José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habian considerado al hombre en general tal cual le da la naturaleza: pintores, habian retratado el mar, con su bonanza y sus tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habian pintado tal cual esta ó aquella marina lo ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habian escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habian reconstituido el mundo, hubiesen empezado á tomar las sociedades caractéres especiales que las distinguiesen, no era fácil retratar caras, sino especies. La religion cristiana, que vino á infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó á darles nuevo aspecto, creando individuos donde antes no habia sino muchedumbres más ó ménos sujetas á la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo más necesarios los unos hombres á los otros, comenzaron á nivelarlo todo y á imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entonces empezó á ser sociedad lo que hasta entonces no habia sido sino reunion, y cada sociedad entonces tomó caractéres diferentes,

segun la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma: cesó la uniformidad, que solo podia hallarse en el principio, y que solo la llegada al mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caida del vasto imperio romano que habia abarcado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por el camino más en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el dia de la nueva nivelacion, de la igualdad completa; á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalon más alto de la civilizacion humana nos ha de volver á reunir algun dia como nos tenia reunidos á la caida del imperio.

Unos empezaron más pronto á tener caractéres distintivos de los demás. En ellos forzosamente despuntaron escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general como anteriormente se lo habian dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinacion, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia fué Addison en *el Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, país que siguió en el órden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, así que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la Sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habian de distinguirla, así que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron tambien escritores destinados á pintar las faces que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban más que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros, y no de una verdad absoluta. No hubiera, pues, llegado nunca el género á intronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfeccion de las artes traia consigo: tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicacion. Los periódicos fueron pues los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debia de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajo el pseudónimo de *l'Ermite de la Chaussée d'Antin*, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan más vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquella la misma diferencia que entre una y otra nacion, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageracion, y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones más adelantadas no se contentaron ya con observarse á sí propias y bosquejarse,

sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes*, *paseos*, *ojeadas*, *novelas*, *cartas*, *etc.* Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetracion, ¿qué podrá suceder á los que guiados solos de un interés de expeculacion, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demás? Dos males han procedido de aquí: como todo el que mira no ve, la mayor parte de estas obras despues de haber excitado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su extravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituidas como están del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observacion hasta un punto que torna imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que, pecando por esto, no es verdad más que el dia que ve la luz: fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputacion con ella del autor. De aquí tanta reputacion pasajera, que no teniendo existencia propia vive como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es pues necesario que el escritor de costumbres no solo tenga vista perspicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir además cuales son los verdaderos trozos que bastan á dar la fisonomía: descender á los demás, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones ha visto la Francia, donde más cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, extenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Ladvocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres, cuya reunion pudiese publicarse bajo el título general de *París*, es el cuadro más vasto, el monumento más singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra más grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ¡para qué! para enterrar á un rey: salvo la duracion, pues las arenas literarias no dejarán más que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavía las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escribiesen mal. No podremos ménos sin embargo de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantandores trozos titulados *Les Béotiens de Paris*, de Louis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que, como escritor de costumbres, no dudaremos em poner á la cabeza de los demás es Balzac, despues

de admirado el cual, pues no puede ser leido sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero tambien de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada, asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia ¡cuán pocas veces ridícula!

Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedia el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confin, para ver asomado allí ¿qué? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.

No citaremos ni á Eugéne Sue, ni á Alfred de Vigny, ni á George Sand, ni á otros que parecen rozarse con el fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fe, ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo más importante de lo que parece en el dia para nuestro país.

Solo concluiremos esta reseña citando á Paul de Kock para rebatir una opinion demasiado extendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y de verdadero genio Paul de Kock, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas; ni goza de otra consideracion que la de un emborronador de papel, con cierto chiste, y eso no todos los dias.

Despues de haber dado una idea del orígen de este género de literatura que empieza á cultivarse ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que solo puede existir en el país para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible su version á otras lenguas, y despues de haber expuesto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritos que descuellan en él en otros países, pasemos á examinar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Curioso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.

PANORAMA MATRITENSE,

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE.

ARTÍCULO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observacion

con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educacion establece entre unas y otros; que tenga, además de un instinto de observacion certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; he de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educacion; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precision en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de expresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que más han brillado los esfuerzos del ingénio, la alegoría espira ya en el dia á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á este ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se pone el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja; desde el momento en que los demás sean los más fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula, y la alegoría entera viénese al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua y sin uso ni aplicacion posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Cooper, el autor del *Espía* y del *Bravo;* el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada *The Monikins*; escribe para un país completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales solo el riesgo de fastidiar corria. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wandon *al país de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y, como todo el que escribe en país libre de trabas

para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir: él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicacion de esta série de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos despues del Madrid físico, que en su excelente Manual habia diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podia ménos de ser de grande utilidad y deleitacion. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del *Panorama* ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observacion con singular tino y gracejo, y exponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres; aquí no olvidaremos otra dificultad que se ofrecia: la España está, hace algunos, años en un momento de transicion; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organizacion social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratin, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando despues que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duracion de la obra, y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: *La calle de Toledo*, *La comedia casera*, *Las visitas de dias*, *Los cómicos en cuaresma*, *Las férias*, *La capa vieja*, *La casa á la antigua*, *La procesion del Córpus*. Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: *Las costumbres de Madrid*, *El dia 30 del mes*, *Las tiendas*, *Riqueza y miseria*, *La político-manía*, *Las tres tertulias*, *Las niñas del dia*, *Las casas de baños*.

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: *1802 y 1832*, el ingenionísimo de *El aguinaldo*, *El ex-*

Tranjero en su patria, *El sombrerito y la mantilla*, *La vuelta de Paris.*

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados: *El retrato*, *El amante corto de vista*, *Tomar aires en un lugar*, *El barbero de Madrid*, *Pretender por alto*, *Los paletos en Madrid*, *El patio de Correos*, etc.

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo.*

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si ménos erudito, más pensador y ménos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecucion.

Un mérito más tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre flúido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida; hija acaso de la sobra de meditacion, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animacion tambien necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta, defecto, en verdad, muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho tambien algunos á su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama.*

Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el Curioso Parlante, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion, tenemos sí la persuasion de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustracion de nuestro país, nos mueve más á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion más, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la

penca satírica, que por lo regular manejamos con más dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.

ANTONY,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros.

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresion de este drama, más importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposicion alguna para la risa con que suele *Fígaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror en España toda innovacion: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al génio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho ménos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaria de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nacion compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.°, una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influen-

cias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido: 2.°, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando solo puede ganar. Clase que vé la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la vé: cree más cerca los objetos porque los desea: alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni que la luz quema cogida á puñados; 3.°, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el extranjero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demás: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que, encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos ver enredados por algunos años á esos fanales del saber extranjero, así como quisiéramos ver á los más célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolucion social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues solo podria satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilizacion humana, que en cada estacion ha ido dejando una creencia, una ilusion, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fé antigua, necesita crearse una fé nueva, y darnos la literatura expresion de esa situacion á nosotros; que no somos aun una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele: «¿Adónde vas? ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se pueda llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenia un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? nada.»

El hombre entonces que viajaba ¿qué responderá?—«Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando.» Y sin embargo, es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, tambien es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo mas allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba «al fin no hay nada,» ¿no merece su execracion?

Rara lógica: ¡enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir!

Hé aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caducada de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y hácennos más daño aún, porque ellos, al ménos, para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjennos al ménos la diversion del viaje, y no nos desengañen antes: si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito; si no hay un vergel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡Desórden sacrílego! ¡inversion de las leyes de la naturaleza! En política don Cárlos fuerte en el tercio de España y el Estatuto en lo demás: y en literatura, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Eugène Sue y Balzac.

Con indignacion lo decimos; sepamos primeramente adónde vamos; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado; no quieran haber llegado los unos, cuando están los otros todavía en la posada; porque si hay algun obstáculo en el tránsito, unidos, los venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

Lamennais lo ha dicho antes y mejor que nosotros:

«Una roca obstruye la via pública que recorremos: ningun hombre solo puede remover la roca; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamás á los que transitan juntos.»

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperacion, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice: «Destruyamos todo, y veamos lo que sale; ya sabemos lo pasado, hasta al presente es pasado ya para nosotros: lancémonos en el porvenir á ojos cerrados; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganicémoslo.»

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado? ¿tenemos presente? ¿Qué nos importa el porvenir? ¿Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes: si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre rios de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los piés destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos tambien la libertad, y así es esclavo el que pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un dia.

Habíamos pensado dar desde luego un análisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposicion de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo

examinaremos la *desorganizacion social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.

ANTONY,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS.

ARTÍCULO SEGUNDO.

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresion de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente: reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, solo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fraccion poco nacional y ménos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, sér moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginacion exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una mujer jóven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que ésta y aquel nunca tenian, en punto á amores, el mismo gusto. De aquí pasa el poeta á pintar la tiranía de la familia, imágen y orígen de la del gobierno: cada hijo puesto en escena desde Menandro acá en las comedias clásicas, es una viva alusion al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mútuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestion en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, segun parece, que una mujer casada debe estar mal casada, y que no se da mujer que quiera á su marido. El marido es en el dia el coco, el objeto espantoso, el mónstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡Infelices! ¿Hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella; ¡habrá bribon! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡pícaro! ¡Luego el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer porque el poeta tiene la alta mision de reformar la sociedad. La institucion del matrimonio es absurda segun la literatura moderna, porque el corazon, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos: la perfeccion á que camina

el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la mujer que más le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado despues de su pasajera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, segun las leyes de más reciente capricho, nuevos séres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demás? *¡Hé aquí*, dicen, *la naturaleza!* Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo sér viviente necesita padres hasta su completa emancipacion; y los animales todos se reunen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela, sin embargo, individuo del nuevo órden de cosas, no puede amar á su marido; confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazon que no ame, y en el dia con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el trascurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasion amorosa es siempre un volcan, que se consume á sí propio abrasando á los demás.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende no casándose con ella? Antony: ¿quién podia ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debian ser todos los hombres. Es el sér más perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfeccion! Hijo de sus obras, vulgo inclusero, es la personificacion del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algun dia. Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso; somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera, pues, corresponder á la era nueva, vea cómo se compone para no nacer de nadie. Lo demás es anularse, es en grande para la sociedad, lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido sin embargo de los padres, que no tiene, una figura privilegiada: ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educacion esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho como hombre que sabe mucho; pero este sér, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. *¿Por qué?* preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para

organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo más justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y, segun el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fé. Desde que hay mundo, en toda sociedad el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demás: en los tiempos feudales, en los del despotismo más injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia.

En los siglos de más desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de san Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, la aristocracia la más injusta, ha sacado siempre sus pro-hombres del lodo. ¿Quién eran, al nacer, Richelieu, Mazarin, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavía Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ¡Dumas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleon, Bernadotte, Itúrbide, los mariscales de Francia, la revolucion de 91, la revolucion de Julio, el ministerio francés, el ministerio español, la Europa, en fin, entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay jerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas, que ocupa uno de los primeros puestos en la consideracion pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Qué preocupacion le ha impedido usufructuar su industria, y sobreponerse á los demás? ¿La literatura, la sociedad le han desechado de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendia por ventura que solo por ser mulato, y antes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompensa sus injustas invectivas con aplausos, é hincha de oro sus gabetas. ¿Y por qué? porque tiene talento, porque acata en él la inteligencia. ¡Y esa inteligencia se queja, y quiere invertir el órden establecido! Decirnos que un inclusero no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie, *¿quién es su padre?* sino *¿cuáles son sus obras?*, que no pregunta *¿tienes apellido?* sino *¿tienes frac?*, *¿cuál es tu alcurnia?* sino *¿cuál es tu educacion?* es el colmo de la mala fé.

Una vez expuesta la posicion de Antony y de Adela, sigamos el análisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pe-

cho, lo arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en exposicion En el teatro los acontecimientos deben ser dedeccion forzosa de algo; la accion ha de ser precisa; lo demás no es convencer pintando lo que sucede, sino hacer suceder para pintar lo que se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony ya vendado, que un hombre enamorado de una mujer casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupacion: ¡cuánto mejor y más natural es vivir en casa de su querida, que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero para vencer á esa sociedad injusta cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea mujer de otro, se arranca el vendaje exclamando: «¿Con que estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien; ¿y ahora me quedaré?»

Ya tenemos aquí un medio ingenioso de permanecer en donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría en que no ha pensado el autor! En quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar: huésped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno: la naturaleza lo manda así, porque la delicadeza es otra preocupacion social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una mujer que resiste á una pasion trata de salvarse del peligro, corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolucion.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Strasburgo felizmente no se hizo solo para las mujeres que huyen de sus amantes. Tambien los amantes pueden ir á Strasburgo. Antony toma caballos de posta, llega antes á una posada, la toma entera: para una pasion todo es poco; y cuando llega Adela, ni hay caballos para ella, ni cuarto: el viajero que ha madrugado más le cede uno, y cuando Adela va á recogerse, éntrasele el amante por la ventana, y el telon, más delicado que el autor, tiene buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaria, sino probablemente *una vista interior de una pasion tomada desde la alcoba*, cuadro tanto más inútil, cuanto que será raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los trasportes de Adela y de Antony una idea bastante aproximada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulo de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo que son viajes, lo que son posadas, y lo que es tragina en este mundo. Siempre deduciremos que estas pasiones fuertes no son plato de pobre. Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en París haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las

pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y así es que bien podemos exclamar al llegar aquí: ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á París asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin meternos á escudriñar la intencion del autor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en su resultado, como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son más fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriosamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasion de su mujer, debe llegar de un momento á otro; Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasion con una prudencia suficiente, se encierra con Adela; de suerte que pueda el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupacion de esta sociedad tan mal organizada, clávasele en el pecho á su amada, exclamando á la vista del marido: *¡la amé, me resistia y la he asesinado!*

Ridícula, inverosímil exageracion de un honor mal entendido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que mientras la preocupacion social llame virtud á la resistencia de una mujer, y haga depender de la conducta de ésta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una mujer se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el más débil, es decir, el hombre y la mujer, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo; la sociedad existe, porque no puede dejar de existir; no siendo leyes sus caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas; y examinadas filosóficamente, tienen una plausible explicacion: son consecuencia de su organizacion y de su modo de ser; es preciso que haya pasado y pase aun por las que realmente lo son para llegar á ideas más fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede ménos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el dia adoptados y respetados han de trasformarse ó caer, ha de ser el tiempo solo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el extirparlos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones: desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una mujer, aun faltando á su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasion que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una mujer aun sucumbiendo despues de una resistencia no ménos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una mu-

jer que se halla realmente bajo el influjo de una pasion cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crímen mismo, y el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes más inspiracion que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos: ¿quiere más concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno, quedan sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una mujer faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se expone usted á que toda mujer, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante: desde ese momento la mujer más despreciable se creerá autorizada á romper los vínculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entonces á Dios últimas ilusiones que nos quedan, á Dios amor, á Dios resistencia, á Dios lucha entre el placer y el deber, á Dios diferencia entre mujeres virtuosas, criminales y mujeres despreciables. Y lo que es peor, á Dios sociedad, porque si toda mujer se creerá Adela, todo hombre se creerá Antony, achacará á injusticia de la sociedad cuanto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una mujer, dirá: *yo tengo una pasion irresistible que es más fuerte que yo*; y convencido de antemano de que no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios, creido de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo; no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

Hé aquí la grande inmoralidad de un drama escrito por desgracia con verdad en muchos detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no sólo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene más puntos de contacto, *Antony* ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.

HERNANI,

Ó

EL HONOR CASTELLANO,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

No dejaba de ser aventurada la presentacion de *Hernani* en la escena española: *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió majestuosamente la marcha de

la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Victor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos á que solo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Retrato de Victor Hugo á la edad en que escribió el *Hernani.*

Ya hemos dicho repetidas veces que Victor Hugo es más poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginacion ahoga casi siempre en él la voz del corazon, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatar al público francés, amigo de declamaciones y de pinceladas históricas; la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscripto de Aragon, le aseguraron un

triunfo, que todavía no podia atribuirse á un partido literario, á cuya formacion iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existian: tomando aquí las producciones extranjeras, no en el órden en que ven la luz, sino buenamente cuando y como podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista despues de haber apurado nosotros hasta los excesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debia hacer parecer pálido y descolorido despues de *Lucrecia Borgia* y de *Catalina Howard*: y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interés que debia excitar en España un asunto español, tambien se ocurria la nueva dificultad de ser más necesaria á *Hernani* que á ningun otro drama una buena traduccion.

En esto, por fortuna, así Víctor Hugo como el público español han sido felices. Y la traduccion que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Víctor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predileccion, con cariño: un lenguaje purísimo, un sabor castellano, una versificacion cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de más dificultad y de más mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezon de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demás como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con más placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor, en vez de explayar más y desleir algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los ménos límites posibles, sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grande poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor tambien poeta. Es difícil, traduciendo á Víctor Hugo, tomarse libertades. Por lo demás, concluiremos el elogio de esta traduccion diciendo, que escenas enteras hay escritas de tal modo, que no las desdeñaria Calderon mismo. Hace muchos años que no habíamos visto ninguna que tanto nos satisfaciese, si se exceptúa la de *Los Hijos de Eduardo*, hecha por don Manuel Breton de los Herreros tambien con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo tambien con *Hernani*, haríamos una injusticia al autor y á la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galan, ni en que se presenten á la boda más ó ménos obstáculos dramáticos. El mérito de *Hernani* está en la concepcion misma de la obra; en la pintura de Cárlos I de España, mozalbete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Cárlos V de Alemania, em-

perador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él á toda la ambicion humana, á la grandeza de la mision que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demás son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el que más resalta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Ruy Gomez, de la posicion violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el cuarto acto, donde don Cárlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su *honor castellano*, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un quinto acto, fundado en la venganza del viejo don Ruy Gomez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposicion en cualquier situacion en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y celoso tañe cada vez más fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor más puro y el porvenir más lisonjero de dos amantes felices. Ideas son estas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: «Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leurs ramures, on peut compter les places d'un hommé par le nombre de ses serments,» en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador más grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razon de la misma especie; pero Hernani se contenta con echarse á pechos un frasquete del más rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres: *muerto, muerta.*

Este final desgraciado, que no podia presumirse en el trascurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos, como parecia hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habian sido oidos.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

ARTÍCULO PRIMERO.

En los tiempos antiguos y antes de la invencion de la imprenta, la historia, viviendo á la ventura de rebuscos ó de eventuales hallazgos, más se podia considerar como un espejo mal azogado que solo representaba á trozos objetos informes, que como un intérprete fiel y un juez severo de los hechos pasados. Apoyada en la tradicion, las más veces fabulosa ó exagerada, prestábase fácilmente á la falsedad y á la adulteracion á que la quisiesen sujetar las pasiones de los pocos que en recoger y trasmitir anales se ocupaban.

Posteriormente el orgullo de las testas coronadas hubo de conocer la importancia de la pluma para conservar á la posteridad sus grandes hechos ó sus intrigas políticas, y cada rey mantuvo cronistas con el objeto de clasificar y glosar su reinado; pero fácil es conocer la poca confianza que á los pueblos debian merecer tales compilaciones, hechas á expensas de un rey, por personas allegadas ó agradecidas, y á quienes solo podia el elogio ser lícito. Con pocas excepciones, la historia vino á ser no un cuadro fiel de las costumbres, de las necesidades, de las revoluciones de los pueblos, sino un retrato, favorecido como todo retrato, y de tamaño colosal, de cada príncipe ó magnate, que reasumia en sí propio la importancia toda de sus gobernados. De tal suerte llegó á adquirir este carácter, que aun en tiempos modernos en que la tendencia de las ideas es muy otra, y en que han variado esencialmente los principios, en que se ha reconocido por fin que los reyes no son delegados de la divinidad, sino apoderados del pueblo, todavía conserva la historia sus regios atavíos, y su especialidad insultante para la generalidad de los hombres. Aun en manos muy hábiles la historia es apenas todavía la cronista de los pueblos: primer cortesana en los palacios, y la última por lo visto que los ha de abandonar, tarda en comprender su verdadera mision, y cree haber trasmitido á la posteridad los hechos y las costumbres de una nacion cuando ha referido los caprichos ó los usos de un príncipe.

Pero los tiempos han corrido, y la invencion de la imprenta á la disposicion de todo el mundo ha sido un puerto contra un naufragio para clases y generaciones enteras: hecha industria lucrativa, todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creido con ojos para ver, con oidos para oir, todo el que se ha figurado tener las cualidades de testigo (cualidades más difíciles de poseer de lo que parece para no ser testigo á la manera de las paredes,

dentro de las cuales pasan los acontecimientos,) todo el que ha sentido dentro de sí ó la pereza de obrar, ó la insuficiencia de producir cosas dignas de ser por otros escritas, ha asido de una pluma, y ha exclamado: *Yo, que no hago nada, escribiré lo que hacen los demás; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada.* De aquí multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viajes impresionales y de impresiones viajeras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aquí la multitud de *observaciones*, *relaciones*, *reflexiones*, y *ojeadas*, sin contar con el sinnúmero de anuncios que empiezan con *De*, como: De *los acontecimientos de la guerra de tal*, de *la conjuracion de cual*, de *la oportunidad*, etc., etc.; de aquí ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la mujer, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo: memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda, acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á ninguna. De aquí, en fin, para la pobre historia otro escollo, no ménos peligroso que el en que el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entonces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relacion, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hácia un rio para perderse en él, ensuciándole y entrabando su curso; y solo por azar algun limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que solo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna con una inmensa luna colocada en un salon de máscaras, y donde mezclados rebullen y se codean, se obstruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aunan y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparacion, la algazara del orgullo, y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la gira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el ahullido de la envidia, el grito de la ambicion, y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, ó del mérito sofocado.

Hé aquí el sonido de la celebrada trompa de la historia, encargada de trasmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquella es luz y ejemplo, norte y guia.

Así ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre tal multitud de datos contradictorios no hallará ménos obstáculos para establecerse que en las épocas en que no tenia á su disposicion una sola trompa por donde resonar. La mentira á la órden del dia y al alcance de todos desde la vulgarizacion de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haria de los partidos interesados en ataviarla y lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense sin embargo á los ojos de los más estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pié multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el comun desprecio hasta la razon y la justicia, cuando entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinion pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa excepcion, y que deben al ménos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista: don Manuel Godoy, grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personaje histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevacion, la colosal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto, hacian desear que rompiese un silencio, con el cual autorizaba tácitamente cuanto de su administracion se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorber en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en derredor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las régias alfombras que entapizaban los escalones del trono, cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el dia, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinion á las márgenes de un rio extranjero, se presenta á las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas, sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia, para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oir, y solo entonces se concibe el interés extraordinario que deben inspirar al público las memo-

rias de ese hombre todavía más extraordinario, así por su elevacion como por su caida.

Y decimos extraordinario por su caida, porque conocido el corazon humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en uno vida y privanza es ménos digno de lástima que aquel que fué condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo despues de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes más que el desengaño; desengaño semejante al cieno que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en París, es la personificacion del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley comun de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del príncipe de la Paz caido, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo despues de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fué delincuente, y ante el cual debe espirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo tambien si no fué delincuente, y si la alta posicion en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crímen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestion; la lectura de las memorias del príncipe y los demás datos que la opinion pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinion pública es quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros, meros articulistas de un periódico, solo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posicion del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abraza, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho mérito literario que puede encerrar; tarea que hubiéramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicacion de estas memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

ARTÍCULO SEGUNDO.

En nuestro artículo anterior, hemos indicado que los hombres perdonan más fácilmente el crímen que la fortuna. No somos nosotros quien lo decimos; verdad es harto conocida. La rápida elevacion del príncipe de la Paz debió granjearle, pues, muchos y poderosos enemigos: la marcha de los acontecimientos del siglo contribuyó no poco á envolverle en la ruina de las viejas creencias; pero es fuerza ser imparcial, y no pedir á la débil humanidad más de lo que buenamente pueda dar de sí: la posicion de un ministro de Cárlos IV, á fines del siglo pasado, y en la España de entonces, no era seguramente la de un jefe popular de revolucion. Hacer por tanto un crímen al príncipe de la Paz de haber sido ministro de un déspota, y de haberse opuesto á la propaganda de la revolucion francesa, es juzgar al hombre de entonces segun las ideas del dia. El grito de la revolucion lanzado á orillas del Sena y eco del Norte de América, no tuvo ni podia tener en las demás naciones de Europa la mejor acogida: no hallándose los demás pueblos en la situacion peculiar de la Francia, manifestóse en todos, más ó ménos, una oposicion no tanto debida á los naturales esfuerzos de sus gobiernos, como á las costumbres mismas de los gobernados. Pruébanlo así entre nosotros los donativos verdaderamente voluntarios con que se anticipó la España á los deseos del Gobierno de Cárlos IV, y que excedieron con mucho á los que produjo en Francia misma el entusiasmo revolucionario. Espérese además en buen hora de los filósofos y de los escritores, de los tribunos de los pueblos, el empuje reformador; exigir empero de los reyes y de sus ministros que se derriben á sí mismos en favor de principios innovadores, es desconocer completamente la naturaleza de las cosas. Cuando aun en el dia, y despues del vuelo que han tomado las ideas de reforma, se ve constantemente á esos mismos tribunos del pueblo plantear, una vez llegados al poder, sistemas de resistencia contra los propios principios populares que los han elevado, querer que el favorito de Cárlos IV se hubiera constituido en la España de 1790 agente de la revolucion francesa, es querer imposibles. La libertad no se da, se toma. Todo Gobierno encierra por otra parte en sí un principio de *statu quo*, sin el cual dejaria de ser Gobierno, pues le faltaria el principio de la propia conservacion. Ni la naturaleza de las cosas, ni el corazon humano, ni la política podian prestarse á semejantes exigencias; por tanto, solo queda una manera racional de juzgar al príncipe de la Paz: es fuerza trasladarse á los tiempos en que ejerció su influeucia, considerarle únicamente ministro de un Gobierno monárquico absoluto, pues que este es un hecho innegable, y en tal concepto exa-

minar si en calidad de tal su administracion fué acertada ó desacertada, ominosa para el país, tiránica ó benéfica, estéril ó productiva. Y descendiendo despues del ministro al hombre, considerar si los actos públicos de su vida, si su manera de existir y de usar de su favor y de su riqueza fué criminal y de escándalo para el país, por su influencia en las públicas costumbres.

Cuantos escritores españoles y extranjeros han hablado del príncipe de la Paz, copiándose unos á otros, han tratado de presentarle bajo una luz poco favorable; quién le presenta como un coplero, una especie de bardo ó trovador que conquistó el favor de una corte muelle con indignos manejos y serviles bajezas. Achácanle los desastres de la guerra con la Francia de 1793 á 1795, y los de la posterior con la Inglaterra en los años siguientes. Designado por Napoleon para una especie de trono improvisado sobre las ruinas del Portugal, ofrécenle á sus lectores como habiendo tenido gran parte en el viaje de Bayona y en la abdicacion forzada de la familia real de España. Achacóle la voz pública proyectos de más temeraria ambicion; díjose que habia aspirado al trono español, y que para ello habia malquistado, educado mal y aun calumniado al príncipe heredero, Fernando VII despues, que entonces era el objeto de los deseos de la nacion, porque así las naciones como los individuos están á veces sujetas á no saber lo que se desean.

El abate Pradt, el general Foy, el biógrafo Arnault, Jouy, el canónigo Escoiquiz, y el mismo Muriel, de quienes aquellos se hicieron eco, han adoptado esas ideas y las han propalado. El silencio de don Manuel Godoy no hizo más que corroborarlas. Así que, don Manuel Godoy debia comenzar por explicar la causa de tan singular silencio. Parécenos que lo hace en sus Memorias con tino y gran color de verdad. Ya hemos dicho que no nos erigimos en jueces: no nos creemos competentes para ello; solo somos expositores de hechos. A la generacion presente, á la juventud del dia ya separada de los acontecimientos, y ménos interesada en ellos que nuestros padres, toca pesar las razones del proscripto.

Despues de explicada la causa de su silencio, el príncipe pasa á dar la clave de su elevacion. Seguramente este era en sus memorias el punto más delicado, y que más ansiará la expectacion pública ver aclarado; pero don Manuel Godoy, con una delicadeza extremada y propia de un español de los tiempos de Calderon, pasa rápidamente sobre esta circunstancia, y despues de haber dado una explicacion por lo ménos verosimil, y de todo punto decorosa, se apresura á entrar en el descargo de sus actos administrativos.

Sea cual fuere la verdad, preguntaremos al lector si puestos en iguales circunstancias que el antiguo guardia de la real persona, ¿hubiera habido muchos que hubieran hecho voluntaria dimision de la carrera que la fortuna les abria? Despues de hecha esta pregunta, y de convenir en que el número de los héroes y de los santos es infinitamente pequeño en este miserable mundo, pasaremos á otra cosa.

Su posicion para con la revolucion francesa, en su apogeo cuando don Manuel Godoy obtuvo el ministerio, era harto difícil.

Sin embargo, en los dos primeros tomos que anunciamos de sus Memorias, don Manuel Godoy trata de probar que la conducta que observó fué la que debió, la que no pudo ménos de observar. Que ni precipitó la guerra, ni la esquivó; que en ella, á pesar del mal estado en que encontró al país, laureles y glorias se adquirieron que sostuvieron el buen nombre español; que esa guerra no costó esfuerzos gravosos á la nacion; que conoció la hora y el momento en que, además de ser inútil y funesta aquella lucha, torcia su objeto, y que trató la paz no el primero, ni paz vergonzosa para nosotros, pues que la primera voz de paz vino de la república francesa, y pues que no nos costó ni una aldea, habiendo sido la España el único pueblo de Europa que al ajustar sus paces con la Francia no sufrió ningun desfalco en sus fronteras.

Que posteriormente no quiso ser agente de las miras de la Gran Bretaña, y, habiendo de luchar con esta ó con la Francia, prefirió la amistad de la república, salvando nuestro suelo de las desgracias sobrevenidas á los estados de Italia por su ciega obediencia á la Inglaterra; que nunca tomó sobre sí la responsabilidad de actos tan graves, sino que consultó el voto de los pueblos y el exámen de los consejos del monarca.

Que el crédito en ambas guerras fué realzado y mantenido por la sensillez y la lealtad de sus operaciones y promesas.

Que no hubo durante su administracion ni persecuciones ni grandes castigos; que trató de reprimir el primero en España el colosal poder de la inquisicion, como lo logró; que amigo de las luces, de la ciencia y de las artes, les dispensó proteccion; y en realidad, al llegar aquí no podemos ménos de llamar la atencion de nuestros lectores para recordarles un punto importante. Don Manuel Godoy encontró estos ramos en la mayor decadencia, y si protegió ó no su renacimiento, díganlo por nosotros cien nombres ilustres que en ellos se distinguieron y lograron en su tiempo mercedes y distinciones.

Sabida es la proteccion que dispensó á Moratin; sabido es que á su época van unidos los nombres de Melendez y Jovellanos, y otros infinitos que en ramos diversos presentaron un verdadero renacimiento en España: y seamos imparciales, recorramos las obras de los escritores de su tiempo, y será forzoso confesar que reinaba una amplitud para la imprenta, con que en tiempos muy posteriores nos hubiéramos contentado aun los más descontentadizos.

No es ménos interesante para lectores españoles la copia de documentos importantes y fidedignos con que don Manuel Godoy autoriza sus Memorias.

En cuanto al estilo, confesaremos que tienen el mérito de descubrir al hombre: desigual en gran manera, y viciado en general por la larga expatriacion, hemos notado con todo que siempre que habla el corazon, que siempre que el autor, inspirado de la amargura de su situacion, vuelve los ojos á esta patria que tan triste-

mente lo ha juzgado, corren de su pluma páginas tiernísimas, elocuentes, ciceronianas; en vano se buscarian ya en ellas galicismos ni defectos gramaticales; evidente prueba de que el entusiasmo es la gran regla del escritor, y el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Esa misma desigualdad constituye la originalidad de las Memorias. Es imposible, leyéndolas, no dudar muchas veces, no juzgar algunas en favor del proscripto, no asustarse del poder de la opinion y de las consecuencias de esta, si una vez se ha torcido ó maleado; es difícil no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que si hubiese sido calumniado como pretende probar, nadie despues de él tendria derecho á creerse desgraciado.

Nosotros ansiamos la conclusion de la publicacion de estas interesantes Memorias, que tanta luz van á dar á la hisoria del reinado de Cárlos IV, poco conocido y mal apreciado: y en el interin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo, sin decir que el príncipe de la Paz fuese un grande hombre, antes creyéndole inferior á las difíciles circunstancias al frente de las cuales se halló, nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean las Memorias antes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oido lo tiene todo el mundo; acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle. Triste resto de la grandeza pasada; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo á la par de las vicisitudes humanas.

MARGARITA DE BORGOÑA,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

La última vez que tuvimos que hablar del célebre autor de esta composicion dramática insistimos en la ventaja que á sus contemporáneos y rivales lleva en el artificio de sus comedias, en el interés que sabe darles, en el profuado conocimiento que tiene del corazon humano y de los efectos teatrales.

Si á alguno pudiera haberle quedado duda acerca de tales calificaciones, la representacion de *la Tour de Nesle*, vertida al castellano con algunas alteraciones del original y bajo el título de *Margarita de Borgoña*, las podria desvanecer completamente, porque esa es la obra donde Alejandro Dumas hace más gala y ostentacion de aquellas dotes.

Asunto medio histórico medio fantástico, enlazado con las costumbres de una época fecunda de argumentos de gusto moderno,

el autor le ha combinado á su manera, más bien á nuestro corto entender con la idea de producir efecto en el teatro, que con la de pintar carácter ni pasion alguna. Ménos aun se podria inferir que tuviese un objeto moral. Una intriga fuertemente trabada-efectos prodigiosos artificiosamente preparados, novedad en algunos resortes dramáticos, osadía en las formas, sacudidas violentas y dolorosas para el espectador; hé aquí la idea del autor en *la Tour de Nesle*. Idea llevada á cabo de una manera admirable, y que no permite al auditorio salir un momento de la sala mientras no ve concluida la accion y satisfecha su curiosidad; pero idea al mismo tiempo que constituye la inferioridad de esta obra con respecto á las demás del autor. Es lo que llaman los franceses un *tour de force*, una muestra del poder del ingenio, un ejemplo de lo que se puede imaginar y hacer en el teatro, pero sin resultado, sin consecuencia, como el salto mortal de un atleta, que, una vez visto y admirado, nada deja en el fondo del alma, sino el cansancio angustioso que se tiene despues de ver un gran peligro eludido. En *Enrique III y su corte*, del mismo autor, predomina un objeto histórico; en *Antony* una intencion política casi, y por lo ménos se revela allí un sistema social nuevo; es un ariete dirigido contra la actual organizacion de la sociedad, contra las ideas viejas; es una invasion en el porvenir, más ó ménos verdadera y exagerada como analizándola tuvimos ocasion de decir; pero, en fin, tiene una importancia muy trascendental. En *Catalina Howard* reina el deseo de pintar una pasion, la ambicion, que como toda pasion cuando se halla elevada al grado de vehemencia posible absorbe todas las facultades de ser, y crece en el corazon á costa de todas las demás.

Pero en *la Tour de Nesle*, lo repetimos, no hay más importancia, ni más mira profunda que la de desenvolver una intriga aterradora, por medios aun más aterradores. Supone más ingenio, pero ménos talento; más conocimiento del hombre que concurre al teatro, que del hombre que vive en el mundo. Por eso nosotros sentimos que los traductores, pues parece que han sido dos, hayan creido poder alterar el título, porque siendo este tan vago é indeterminado como su autor se lo ha puesto, á nada le comprometia; al paso que trasladar toda la importancia del drama y hacerla recaer sobre un personaje histórico como Margarita de Borgoña, es comprometer á Alejandro Dumas á deberes que él mismo no se ha impuesto.

Los demás cortes y las otras alteraciones que han sido hechas en *la Tour de Nesle* al trasladarla á la escena española, parecen haber sido concesiones hechas á nuestras costumbres y á la delicadeza de nuestro público. Si esto resulta en disfavor del drama y del autor que necesita un público hecho á su manera y educado expresamente para él, ó en disfavor del público español, esto solo los traductores que se han erigido jueces, prejuzgando la cuestion, se atreverán á decirlo. Nosotros permanecemos en la mayor duda, y no quisiéramos ofender ni á nuestro público, ni al célebre Dumas.

Difícil, pesado, inútil nos parece presentar en fila las escenas de *la Tour de Nesle*, ni detallar su argumento. Suponiendo, pues, que el que nos lea ha visto ó leido el drama, y el que no lo ha visto ni leido no ha de leer nuestro artículo, nos ahorraremos esa labor insípida, y que nunca favorece á la composicion en cuestion porque tales análisis periodísticos no producen el mismo efecto que produciría un amante ó un enemigo de una mujer que para hacer formar una idea de su belleza ó de sus defectos enseñase á las gentes su esqueleto.

Vamos á combatir de paso algunas de las inculpaciones hechas á estos dramas y al género á que pertenecen, lo cual no haremos sin decir antes que el hombre es exclusivo, generalmente hablando, en sus aficiones, de donde resulta que todo lo exagera; y que rara vez se coloca en el punto crítico y circunscrito de la verdad. Inferir de la languidez de las comedias clásicas de la escuela antigua que es forzoso para animar una comedia ponerle un asesinato en cada escena, es un extremo de horrores prodigados en *la Tour de Nesle:* inferir que solo son buenas las comedias que pintan lenta y friamente las pequeñeces de un enamorado ó de un pródigo, es otro extremo. Tan mal nos parece á nosotros una comedia lánguida, á causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no ménos inverosímil, hijo de una completa despreocupacion. Porque al fin, ¿cuál es el objeto del arte? ¡Retratar á la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto más sútil y de ménos trascendencia, puede hacer reir, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corregir avergonzando, hágase en buen hora de ese asunto una comedia. Verdad será, y será la naturaleza; y cumplirá con un objeto, el de retratar á los hombres. Más si al propio tiempo esa misma avaricia desarrollada y puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirado bajo otro aspecto pasa á ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada así puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir á semejante pasion, y puede ser tambien la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar á los hombres.

Porque, tengamos lógica y seamos consecuentes: si la pintura de un avaro que hace reir corrige segun los clásicos á los avaros, ¿por qué la pintura de un asesino que hace temblar no ha de corregir á los asesinos? ¡No es inmoral retratar á un jugador, y es inmoral retratar á un homicida!

Tales inculpaciones son hijas de la rutina. La naturaleza es el objeto del arte, lo repetimos; si es tan cierto que el hombre mata y que juega, no vemos una razon para que el homicidio salga de la jurisdiccion del teatro. El deber, pues, del poeta no es de separar estos ó aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca

y ese presentarle con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros solo recusamos la inverosimilitud; en la inverosimilitud entra la eterna conversacion, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasa, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es mentira; y entra tambien la acumulacion de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso tambien es mentira, y no hay sér, por feroz que sea, que no tenga un rincon en su existencia reservado para un sentimiento dulce.

Tal es la mezcla de la naturaleza, tal debe ser la mezcla del arte que tiende á representarla. Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin embargo en ellos. La prueba es que los señores clásicos que reconvienen á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de que su teatro clásico es un puro crímen, porque, al fin, ¿quién es Medea, y quién E tipo? ¿Qué gente es toda la familia de Atreo? ¿Dónde se pueden encontrar criminales más feroces, dónde los envenenadores y los asesinos con más frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras exclusivas de la tragedia clásica?

¡Oh! No se puede venir al teatro. ¡La Tour de Nesle! ¡El incesto, el adulterio, el parricidio!!! ¿Y qué es Edipo, y Jocasta? ¿Qué es Fedra? ¿Qué es Neron sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?

Parcialidad nada más y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no sean verdad, entonces los recusaremos; cuando estén mal manejados, mal presentados, entonces daremos la razon á los enemigos del género; entre tanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas.

Por otra parte, hemos dicho algunas veces dos verdades que repetiremos. Primera, que la literatura no puede ser nunca sino la expresion de la época: volvamos la vista á la época, y abracemos la historia de Europa de cuarenta años á esta parte. ¿Ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, ó las revoluciones las que han traido el género romántico y sangriento? Que españoles nos digan en el dia que los horrores, que la sangre no está en la naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso causa risa; pero aquella risa homérica, aquella risa interminable de los dioses de la Iliada. Segunda verdad. Que el hombre no es animal de escarmiento, y, por tanto, que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública; no solo no la forma, sino que sigue él paso á paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene más hondas causas: decir que el teatro forma la moral pública, y no esta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al revés, es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratin, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido á un drama romántico. ¿Pervierte la moral pública represen-

tar á un particular que asesina llevado de una pasion en un drama, y no pervierte la moral pública un rey asesinando á su hermano en una tragedia? El hijo de Lucrecia es inmoral; pero es muy moral Orestes, y más moral todavía Agamenon matando á su hija, los hijos de Edipo matándose uno á otro, etc., etc. ¿Y en la comedia clasica misma, en Molière, en Moratin, hay otra cosa que hijos que se burlan, que se mofan de sus padres, mujeres que buscan las vueltas á sus maridos puestos en ridículo porque quieran conservar la virtud de sus mujeres, tramposos entronizados, y acreedores escarnecidos? Todo eso es muy moral.

Seríamos injustos si antes de dar fin á este artículo no dijéramos que la representacion de *La Tour de Nesle*, que tales reflexiones nos ha sugerido, ha sido de las mejores que en Madrid hemos visto.

EN EL DIA DE DIFUNTOS DE 1836.

FÍGARO EN EL CEMENTERIO.

Beati qui moriuntur in Domino.

En atencion á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribia) que vivia en un perpétuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder tambien que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestion en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy dia de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto..., como dice alguien en *El Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un dia de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el dia de los Santos, y fundado en el antiguo refran que dice *fiate en la Virgen y no corras* (refran cuyo orígen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero, cuyo tio indiano

muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Córtes, una viuda que tiene asignada pension sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado solo liberal, un general constitucional que persigue á Gomez, imágen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos séres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimia y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvia en un sillon de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Dia de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecia vibrar más lúgubre que ningun año, como si presagiase su propia muerte. Ellas tambien, las campanas han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas tambien van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reaccion natural cuando se ha agotado una situacion, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversion... fuera, exclamé, fuera, como si estuviera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las Córtes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gomez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesion, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio!! ¡Y para eso salian de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudian á la mansion que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda

la devocion y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Necios, decia á los transeuntes, ¿os moveis para ver muertos? ¿no teneis espejos por ventura? ¿ha acabado tambien Gomez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente vereis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que dá la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdiccion del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningun jurado se atreveria á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? *¡Palacio!* Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demás tumbas; por otro mira á Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo.

Y ni los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decia: «*Aquí yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.» En el basamento se veian cetro y corona, y demás ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*, figura colosal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habian divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausóleo á la izquierda. *La armería*. Leamos.

Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P.

Dos ministerios. Aquí yace media España: murió de la otra media.

Doña María de Aragon. Aquí yacen los tres años.

Y podia haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pié decia:

El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.

Y otra añadia, más moderna sin duda: *Y resucitó al tercero dia.*

Más allá: ¡santo Dios! *Aquí yace la inquisicion, hija de la fé y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurreccion: ó todavía no la habian puesto, ó no se debia de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes habia escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecia sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gober-*

nacion. ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes!

Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡*La cárcel! Aquí reposa la libertad del pensamiento.* ¡Dios mio, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veian en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fé, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. ¡Aquí yace la subordinacion militar!

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponia el dedo en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

La bolsa. Aquí yace el crédito español. Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¡es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al revés que la puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Unica tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no habia epitafio, no habia monumento. Un pequeño letrero que el más ciego podia leer, decia solo: *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenacion de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron! ¡Lo que va de ayer á hoy! ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los teatros. Aquí reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripcion.

El Salon de Córtes. Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: este debió de ser raquítico, segun lo poco que vivió.

El Estamento de Próceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inexplicable!! Los próceres, y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincon.

Pero ya anochecia, y tambien era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olia á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removia como un moribundo que tantea la ropa: entonces no ví más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponia á cubrirle como una ancha tumba.

No habia *aquí yace* todavía; el escultor no queria mentir: pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, exclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitucion! ¡Tres veces! ¡Opinion nacional! ¡Emigracion! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecian repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del dia de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frio de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazon, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! Tambien otro cementerio. Mi corazon no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!!*

¡Silencio, silencio!!!

EL PILLUELO DE PARIS,

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

En todo este mes no nos habia ofrecido la direccion del teatro del Príncipe más que una novedad, titulada *Una causa criminal*, la cual reputamos, en nuestro corto entender, tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga más embrollada que el mismo país, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolucion sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silbada y cabizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no excede la corta vida del cartel que los anuncia.

Pero *Le Gamin de Paris* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el país para que ha sido escrita, y su traduccion, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado más de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de Paris*, es un tipo original que en ningun otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusion y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, más que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podia decir de los chicos de la candela, sino que vagamundea, travesea, alborota y crece solo por su propia fuerza sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y da lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. El *Gamin de Paris* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creido, y más que lo diga Taboada, porque la voz *pilluelo* siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de Paris* puede no tener.

Si el traductor conociese *El Libro de los ciento y uno*, esa coleccion de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de esta es fácil de exponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y, no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de Paris*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posicion del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfaccion; se avista con el general, y ayudado de una penetracion que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesar de las preocupaciones de clase que parecian separar para siembre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió más viva con la revolucion del año 30.

La revolucion francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: 1.° Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos. 2° Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos rios, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un órden de cosas cualquiera: monarquías y repúbli-

cas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna, por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces, por la cual son unos fuertes cuando son debiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de órden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual, ahora, como antes, despues como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos habia ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

Grave cuestion podríamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larg lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrian saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas, á la altura de la civilizacion á que el siglo se encuentra; añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacia del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas más perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza; el talento un camino ancho á todos para el poder. Y despues, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el más envidiable, así como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristócrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladron, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya seria tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustracion, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, segun la situacion en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustracion, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decia en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado.*

Bien es verdad que Cervantes en el dia con toda su profundidad filosófica acabaria probablemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atencion á que, si mal no nos acordamos, decia tambien en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas;* frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FÍGARO DADO AL MUNDO.

Et resurrexit tertio die.
Pasion segun los evangelistas.

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Córtes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razon.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambicion es algo, es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasion de ricos. ¿Qué más quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos á otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo más de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Canarias... ¿Ser Ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que raton.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasion, que es tontería, y si fuera pasion, seria la que más se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demás pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demás he oido decir que han llevado á muchos al sepulcro; y si

bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al ménos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercero dia.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita: para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oia con raras muestras de alegría un sermon de Pasion, respondió: «Es que estoy en el secreto.—¿Qué secreto?—Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer dia.»

Yo, que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabia tambien que habia de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto: sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernacion; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; bacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer; como tienen el estilo los más de los oradores del dia; páseseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusion de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en país donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañon y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; despues de salido del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los mios: convencido de esa verdad, juro á Dios, á fe de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan más de lo que saben, y ruego á su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres además tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comunmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimente al mundo un valle de lágrimas; á ningun mundo viene más de molde esa lacrimosa y romántica calificacion que á este donde voy á hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Córtes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad más triste que un periódico de la oposicion?

Segun ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposicion, sin duda quisieron decir

que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos más que una peregrinacion: ¡oh padre perspicaz! Peregrinacion sin duda alguna á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada dia nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza; ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da á luz, sale calabaza? ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinacion se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio ó en el ajeno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir ¿piés, para qué os quiero, sino para estos zapatos? Verdadera peregrinacion, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y, aun en caso de no tomarnos la noche, todas las demás cosas nos tomarán inclusas las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida á quien tiene ojos en la cara; á la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas fortunadas, es decir, la mansion de la felicidad: así sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecucion y de justicia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignacion el sacramento no ménos serio de la penitencia que á vuelta de hoja nos espera. Váyase, porque tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunion lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio, bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, segun lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y solo nos parecemos á las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinion, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada dia tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamía, y de las costumbres de Oriente, por más que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en él nos han precedido, y, preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual vamos á luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano,

es decir, al Gobierno, pronunciamos, como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

Cesar, morituri te salutant, es decir, *ministerio Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.*

Despues de tomada la venia de la autoridad, solo nos resta quitarnos la montera con desenfado, y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al ménos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

FELIPE II,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS.

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España solo, donde la existencia parásita que arrastra hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilizacion moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversion se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradicion; verdad es que su existencia, más ó ménos perfeccionada, en diversos paises y en distintos tiempos parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podian haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido es que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilizacion ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heróicos llenan tres y cuatro dias, semanas enteras á veces, con una representacion dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva allí constantemente el carácter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que pasen siglos para verle desaparecer completamente del mundo. La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestion de forma de Gobierno pasajera, y como efecto de esa rotacion periódica á que los sucesos del mundo están sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es más honda la explicacion de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilizacion usada y espirante, que debe desaparecer como las que le han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovacion, contra la invasion de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante

y defensora de esa civilizacion vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto á un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya mision es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece tambien agitada por convulsiones, pero en el cual no son estas los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la idquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarnecida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos, ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradicion, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirirlas; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el jóven, que el dia de hoy muera á los primeros albores del dia de mañana, sin más intervalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la deshecha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo.

La transicion es violenta, y las sacudidas que experimentamos no son otra cosa que su expresion; de ellas participa el teatro, intérprete de una organizacion social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está experimentado, todo está usado. La gran disputa del clasicismo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga el mundo antiguo. Estúdiese un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magníficas de M. Véron, desde las sátiras dialogadas de Aristófanes hasta las concepciones complicadas de Víctor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca más que seguir, y por lo regular de lejos, las huellas de la civilizacion. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de Luis XIV, las aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de Alemania, las comedias de circuntancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretension de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que solo podria verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no solo no han dado ningun impulso nuevo, sino qne le han recibido acaso sin saberlo. Víctor Hugo y Dumas han querido y creido ser originales, cuando no eran más que unos plagiarios de la política, porque la literatura es y será siempre no

una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el bautista; harto hará con ser el apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira el teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, interin se le presenta otro nuevo que absorba toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en su desengaño. El público, al levantarse el telon, está ya como el autor en el secreto de lo que van á decir, y la vida del teatro es más bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

Hé aquí la razon por qué la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; porque hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; hé aquí la razon por qué no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; porque no se concurre á él con la fé y el entusiasmo que lo suplian todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginacion no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que éste no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oidos, para embotar el pensamiento.

Despues de esta meditacion ¿qué diremos de *Felipe II*? Que es una astilla más, arrojada en la hoguera que se apaga, y por desgracia no es más que una astilla, no porque le neguemos mérito *Felipe II* es obra de un jóven que ya se ha dado á conocer con un ensayo ménos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representacion de *Felipe II* el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una accion sencilla y un argumento fácil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la accion, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creido deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aquí le daremos un consejo, que creerá tanto más imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasion de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la accion hubiera caminado más desembarazada, y el drama hubiera parecido más lleno de vida.

Los caractéres están bien sostenidos, y si no están dibujados con gran profundidad, hay por lo ménos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido más cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparacion hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debia producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin

consultarse á él, y prorumpe en manisfestaciones exteriores. Para que la confesion del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltacion hija de un peligro más inminente que aquel en que se halla el príncipe don Cárlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algun tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificacion fácil y armoniosa anuncian un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien sus sentimientos.

HORAS DE INVIERNO.

El editor de esta coleccion, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene harto acreditado su buen gusto para que su publicacion pudiera confundirse en el sinnúmero de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en *El Artista* se ha lanzado cuerpo y alma en la traduccion. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningun estímulo, del peligro, del escalon que ocupa, en fin, en las jerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad présente, tropezamos en nuestra marcha adonde quiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero así tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardon con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que solo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demás pueblos; aquí vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafíos europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro exclamaron: *Nos falta terreno, ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestion, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que habia prestado su casa para la acerba entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperacion; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aquí fué la riña.*

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo gérmen le habia lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Cárlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rin; los pueblos solevantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pasaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aquí y allí á sus muelles ocupaciones artísticas, y espasmos políticos se hicieron sentir hasta en el Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fatuas y tibias cenizas. El Norte hubo de desenvainar la espada de Waterloo, y lanzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. ¿Pero dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campiñas son fértiles, nuestros pueblos están llenos; ¿dónde hay un palenque vacío para la disputa? Y tambien se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres citados por el rumor de la próxima pelea vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos.

Más tarde el derecho divino, y la legitimidad por la gracia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar combate al derecho del hombre, y la legitimidad por la gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terreno: el Norte y los torys, el Mediodía y los whigs han acudido al primer silbido de Watman, del hombre de la noche, y las provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado, profanado su seno que habian respetado los romanos y los godos, los hijos de Cárlos Martel y los nietos de Omar, por las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradicion antigua es la España el palenque de las disputas ajenas: la España no ha visto limpio su suelo de las armas extranjeras sino cuando ha empuñado el tizon de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Cárlos I en los demás pueblos, porque antes de ese corto período de conquista, ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia?

Es una verdad eterna: las naciones tienen en sí un principio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita desparramarse á lo exterior: las naciones como los individuos, sujetos á la gran ley del egoismo, viven más que de su vida propia de la vida ajena que consumen, y ¡ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, ó ser atraido. Ley implacable de la naturaleza: ó devorar, ó ser devorado. Pueblos é individuos, ó víctimas ó verdugos. Y hasta en la paz, quimérica utopia no realizada todavía en la continua lucha de los séres, hasta en la paz devoran los pueblos, como el agua mansa socava su cauce, con más seguridad, si no con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo, que no abruma con el excedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad; y donde no llegan sus armas, no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rasgo de sangre, no

imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Amberes y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellon español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernandez de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornaran los Lopez, los Ercillas y los Calderones.

Entre tanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderancia política y militar nos ha desnudado la sucesion de los tiempos.

Ni ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte á los embates de la tempestad: no en los bajos ni en la confusion de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilizacion y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y, como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confin de la superficie; necesita irradiarse, como la luz del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oida. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntacion, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gomez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro sin actores y sin público, el teatro nacional, que, por último insulto, para mengua eterna y degradacion sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quién no lo sepa: el teatro nacional no tiene ya empresa y direccion propia: el teatro nacional ha sido confiado á la direccion misma de la ópera que ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡La dura carga que en sus hombros pesa!!!

¡Caso no ocurrido hasta la presente en país alguno, escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcon estaba reservada á dar ejemplo!

Y despues de estas reflexiones ¿queremos violentar las leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Talleyranes ó Periers, cuando en armas tenga Soults, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragos, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues y traduzcamos, y en ese sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demás: no extrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las *Horas de Invierno* rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haria con crear y con inventar? Dos amigos dirian al verle pasar por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirian por no hacer esa triste confesion. Los más no lo sabrian; las bellas creerian hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico*: algunos exclamarian: *Es buen muchacho, ¡pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaria, le llamaria inmoral y mala cabeza, ¡infernaria su existencia y la llenaria de amargura!

El Gobierno le enviaria en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaria en la calle de la Montera el dia que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

«¡Hola! poeta, ¿qué hay de Gomez?»

LA NOCHE BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO. (1)

DELIRIO FILOSÓFICO.

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diria que en dia 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo dia 24: soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus Gobiernos; y una de mis su-

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese, le serviria yo á él. En esto soy al reves del divino orador que dice *Cuadra y yo*.

persticiones consiste en creer que no puede haber para mí un dia 24 bueno. El dia 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitacion de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo ménos oye la verdad!

El último dia 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervencion, es decir lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *dia de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que solo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusion. Ora volvia los ojos á los cristales de mi balcon; veíalos empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frio exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos..,

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al ménos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta*!!!

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote:

«Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea más luminosa me ocurrió: era dia de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gabeta

unas monedas; tenian el busto de los monarcas de España, cualquiera diria que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Los miré con orgullo: «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: solo en esa forma, solo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional solo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocia su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco dias ¿qué seria de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy

es un aniversario:» y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. Miserable humanidad destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos», dice el hombre; no dice: «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo ménos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigia á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencion y la culpa; aquella ágria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traidos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

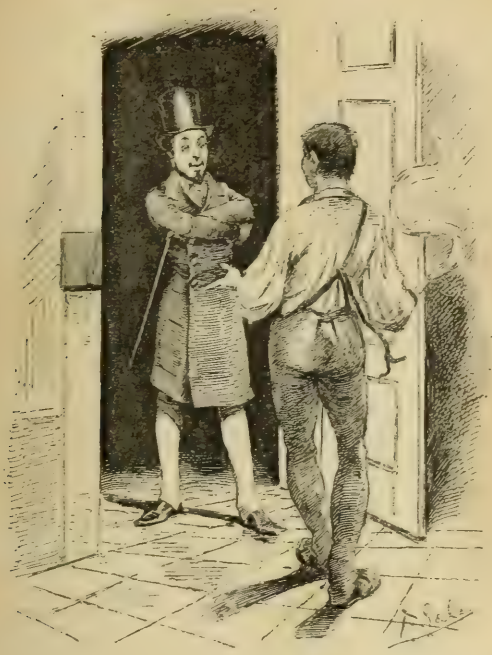
¡Las cinco! hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza: ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al dia siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pesamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la Junta de enajenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á tas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en el más

contratiempo que mi mal humor de todos los dias? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, lleno de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir,



que es bueno; las manos se confundirian con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitacion de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía seria difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer

los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venia sobre mí. ¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitabion, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro; aquella en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y raciocinó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio: pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al ménos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una exis-

tencia con una palabra dicha al oido, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasion que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazon. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de tí, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oir al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasion y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazon humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harias reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillacion, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á tí te paga el mundo como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el dia que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiais de opinion, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulacion: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragais oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de

no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazon, y vas, y lo arrojas á los piés de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confias tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo; inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al ménos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á tí mismo. Ténme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo habia caido al suelo; el órgano de la Providencia habia callado; y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco, exclamo, dia 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperacion surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana amo y criado yacian, aquel en el lecho, este en el suelo. El primero tenia todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leia *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguia llamando *noche buena*.

FÍGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO,

En el mundo mismo, ó donde paren.

Madrid, primer mes del primer año del reinado del señor Calatrava I.

Muy señores mios: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios queria, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacia cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdí por acaso la aficion.

Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto á las cartas de terneza y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser ménos que los demás en finura y correspondencia; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando: *Idolo*, ó *ángel mio;* si son de conquista, *Mi querido Fulano;* si son de amistad, *Muy señor mio y mi dueño;* si versan sobre interés ó negocios, y rematando con aquello de *Tuyo hasta la muerte, Tu constante amigo*, ó *Su seguro servidor Q. S. M. B.*: mentiras tan mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parecen á las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el dia que no escribo alguna á alguien, sea quien fuere, exclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: *¡Hoy he perdido el dia!* De donde vengo á sacar en conclusion, con harto dolor, que durante las seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente más que la friolera de 182 dias y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al *Mundo*, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que habia de volver con mis demás costumbres la aficion á mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana fué mi primera idea escribir una á mis dignos amigos y compañeros, como diria un diputado, y más, que habia por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto más práctica que un cartero; tanto que no haria nada de más el Gobierno, ó como se llame, en darme la direccion de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y más pronto que suele este establecimiento, con todo, tengo para mí que todavía me habia de lucir, y ni habia de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leida, una vez escrita, ni ménos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de Boerhaave, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: *Al doctor Boerhaave, en Europa;* y la carta llegó como si la hubiera traido él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el Mundo estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la direccion *En el Mundo;* además de que si he de juzgar del corazon de ustedes por el mio, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos dias cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mis-

mo que á Cervantes con el lugar de Argamasilla, segun los más sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos dias que soy redactor, y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que más á sus fines convino, y así seria injusto que no pareciesen mal sus determinaciones, como lo seria que á ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga experiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré, pues, en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demás lo que uno piensa, ó por lo ménos lo que quiere este uno que los demás crean que piensa. En dando, pues, el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta más sino que lo crean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podria reducirse un periódico á una coleccion de retratos; esto tendria varios inconvenientes: 1.° Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podria tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.° Que una vez dada la coleccion de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó seria cosa de andar mudando todos los dias de redactores solo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadas que tuviésemos las caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escritor público. Hay otra prueba más fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese más que en el artículo en el nombre del autor, haria más efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaria muy convencido, y eso más pareceria una lista de proscripcion que un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinacion contra lo determinado por mis compañeros, porque seria dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*, unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *junta*, y hago manifestacion de hallarme, con respeto á ustedes, en circunstancias extraordinarias, como el Gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenon. Yo soy *Fígaro:* todo el mundo sabe quién es *Fígaro*, y por si acaso álguien lo ignora, añadiré que *Fígaro* y *Mariano José de Larra* son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitucion del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reimos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.

Daremos más señas: escribimos en *El Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en *El Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en *El Español* la seccion de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueldos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro, muy en breve, algun drama espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algun folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiendo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportacion que ocurra, y pedidas cartas de recomendacion para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los habia de registrar, no hemos dejado más que las cartas amorosas, que habian de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos), aunque nada tenian de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntacion en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teníamos hechos á *Filis* por adulaciones á la república, ú otro bicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermon de difuntos al Estatuto.

Item más, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante; y en fin adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Fígaro* y dicho *Larra*, *bras dessus*, *bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y así como los anuncios de los carruajes que salen suelen añadir: *Se admiten arrobas*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposicion de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, es-

quelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el dia todos prenden) y demás, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razon *Fígaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo más por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear, ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo — *Fígaro, ó por otro nombre Mariano José de Larra.*

FÍGARO

AL ESTUDIANTE.

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni ménos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galan como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mia que me ruborizo. Yo por el contrario, no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serian más que justicia, y paréceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendríamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Además, no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algun dia, entonces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolucion primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fé mia. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenia más alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, pardiez que me asombra la determinacion. ¿Pues tiene usted más que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el dia se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gomez, le abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ú abogado, ó lo que á usted más le agrade, y mata usted así dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted más lucida, ni que más se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan bue-

nos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varon, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando, con raro candor, que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el dia ocupada en convencer á la otra media. Sin ir más léjos, ahí tiene usted al Gobierno, que son seis nada ménos, empeñado en convencernos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos más de seiscientos, empeñados en convencerles de que cualquiera de nosotros lo haria mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo seria preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan amenudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nacion que quiere tiranizarla; ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamás por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra despues? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el dia tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe más, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues, sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oirle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mio, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometia ser un zote, y le dá por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crio.

Y con esto queda de usted su afectísimo — *Fígaro.*

NECROLOGÍA.

EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE.

DOMINGO 15 DE ENERO.

Vive el malvado atormentado, y vive,
Y un siglo entero de maldad completa;
Y el honrado mortal. . . . . .
Nace y deja de ser. . . . . .
CIENFUEGOS.

Ya hace dias que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta córte las exequías del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde despues de muerto al mérito, que en vida suele, para oprobio suyo, desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazon la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte, y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religion eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *de profundis*, agonizante clamor del sér que se refugió al seno de la creacion, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdon pedido, la deprecacion de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oido del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazon, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caido, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los piés del Altísimo no es ya á la opinion de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinion de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecucion, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido más fecunda de gloria y de merecimiento que en los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricacion. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusion que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que tan fácilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el más noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un dia al que nos salve, si álguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle más que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni habia menester serlo para dejar muy atrás al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un jóven que hizo por principios y por aficion, por virtud y por nobleza de carácter, algo más que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello porque otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creia de buena fé que eran todos iguales á él. Inclinado desde su más tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por aficion, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educacion y de tolerancia que solo se adquiere en los países adelantados, donde la civilizacion ha venido á convencer á la sociedad de que para ella sólo las cosas, sólo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demás en las extranjeras, su aficion á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amberes, donde empezó al lado de experimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país, sus afectos personales, su posicion independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemia despedazada por dos bandos contrarios que algun dia acaso se harán mútuamente justicia. El corazon generoso del jóven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir,

todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, mónstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió más de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, y entre los cadáveres mismos que no hacian más que precederle algunos meses. Hizo más: cuando una revolucion no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibio muchos pechos que creyeron deber distinguir el interés de la patria del interés de un Gobierno que le habia sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su mision defender el Estatuto ó la constitucion; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguia siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada más, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demás que como él pensaban habian ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció más, ofreció su opinion. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacia no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedia al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna habia encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun despues de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relacion es el mayor elogio, es el epíteto más glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aun más cobarde, esa vida llena de desinterés y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensacion el haber espirado en Bilbao, y el haber oido el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que habia sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuia.

Pero era justo; Campo-Alange debia morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razon y la imparcialidad presidian á sus escritos. ¡Qué papel podia haber hecho en tal caos y degradacion!

Ha muerto el jóven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido

antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por este que por aquella, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!

LOS AMANTES DE TERUEL,

drama en cinco actos, en prosa y verso,

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oir decir de sí: «Es un *tal fulano,*» es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazon, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al dia siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado: «Aquel es el escritor de la comedia aplaudida,» eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros dias por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: «Me has creido tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiracion; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborréceme, si quieres, pero alaba.» Y conseguir esto en veinte y cuatro horas, y tener mañana un nombre, una posicion, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenia ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo ménos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen tambien entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *Los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posicion que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos* contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los Amantes de Teruel.* Si la indignacion afila á veces

nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los Amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿qué interés puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradicion a la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á más de una persona hemos oido deducir de esa trivialidad la imposibilibad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalvan que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y ésta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y despues de *El Convidado de piedra*? Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El Convidado de piedra* se ha hecho europeo universal?

¿Qué es un celoso, sino un sér comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, por qué solo el celoso de Shakspeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Molière cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, más que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *La Peau de chagrin*?

El huevo de Colon es la parábola más significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la

humanidad; la posteridad solo decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstaculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasion, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la amante de Teruel podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazon! Era preciso sin embargo, y no había más medio para eso que poner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasion, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues solo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de este resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasion criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seduccion ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posicion de Isabel es un mónstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasion violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razon:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento más crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él más que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de

la campanada que se lo anuncia; el crímen es el único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrílego*, responde, *es injusto*.

En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo ménos como el famoso *Qu'il mourût* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesante á todos sus personajes, y esta verdad resultaria más palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la trauquilidad de sn esposo; su larga expiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amor es el sentimiento más egoista. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque tambien aman: su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria más palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasion. solo esta puede disculpar los excesos: un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es más que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos séres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéràmos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creido acaso que es ménos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion: nos parece más fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo ménos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y

en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas; confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto, ¿se nos

permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer más largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interés; y tanto vale que no le haya como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un dia entero trascurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creido necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio*, mal sonante sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de más efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que se hace más efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algun otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oidos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo: si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia; que más de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten.

FÍGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO.

Señores redactores. En este momento recibo esta carta que adjunta remito á ustedes para su publicacion y contestacion, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta:

«*Señor Fígaro.* Muy señor mio y mi dueño: (Esto estaba de más, porque en el dia ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: solo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy además habanero; esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Fígaro, que en Agosto pasado se juró la constitucion de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos *Constitucion ó muerte* Recuerdo este hecho, porque como casi nadie la ha observado, pudiera habérsele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazon en que por unanimidad se estaba poniendo el código en España, me hallaba yo en París, y me venia á Madrid; francamente me faltaba tiempo para venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo; si no es en la conciencia en que como he dicho á usted abundo, la cual, aunque es seña mucho más particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni ménos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme si seria carruaje, y dije que ya tenia el asiento tomado, y que si aludian á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenia; pero no era eso; dijéronme que era preciso más que camisas y dineros, más todavía que carruaje, *jurar allí la Constitucion.* Nunca he entendido lo que es jurar un código; por ahí conocerá usted si soy corto: alegué que yo era muy afecto á la Constitucion desde que habia visto el mucho provecho que traia á mi país; que en cuanto á jurar, no tenia costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creia yo que debia eso de tener gran fuerza; por fin, que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debia bastar, y que por lo tanto yo no juraria la Constitucion, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecia hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de constitucion.*

»Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habian engañado con buenas palabras, que aun en lo de los juramentos solia haber sapos y culebras, cuanto más en las palabras: que estas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa más pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez habia de empezar; que no era libre el hombre de tener más hábitos que los que tienen los demás con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mia, y en ello el día de mañana podria yo hacer como otros lo que más me conviniese. Juré, pues, en vista de esto, y víneme á España más contento, como quien habia hecho una buena accion y habia sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo extrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traia.

»Pero es el caso, señor Fígaro, que en el dia me encuentro con que en la Habana no sólo no se ha jurado la Constitucion, sino que no se ha debido jurar; que el Gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la constitucion no es género ultramarino, ni ménos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien más que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto solo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos: *tal para cual*. No me asombra esto, sabiendo que hay vinos que yendo hácia el Mediodía pierden, y viceversa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitucion, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados-Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitucion, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir é Roma por dispensa?

»¿Y no sabia el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la órden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

»Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé más que la vida, pues le deberé el honor y mi salvacion: y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava

Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (Q. D. H.), si algo le queda por haber.

»Suyo afectísimo.—*El Habanero.*»

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca.—*Fígaro.*

TODO POR MI PADRE,

ESCÁNDALO EN TRES ACTOS;

LA POSADERA RUSA.

SANDÉZ DRAMÁTICA EN UNO SOLO;

novedades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus y del público ilustrado de esta capital.

Dícese comunmente que las mujeres tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones que tienen tambien todos los dias su rato de calentura: nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferiremos á los mismos leones, aunque se diga de estos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son más bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y así solo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mujeres.

Nosotros tambien tenemos nuestro cuarto de hora; solo que nuestro cuarto de hora no es de calentura como el del leon, sino de verdad como el de la mujer, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras explicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como éste en la region más elevada, es decir, en una guardilla. Linda por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los países más fertiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgía ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; éste dice que en ninguna parte se dan mujeres como en Bilbao; aquel de más allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de M. Willers; nada de eso; el país más abundante de hermosas es el teatro; todavía no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestion es una de esas bellezas de comedia. que nunca desmerecen, ni encanecen ni envejecen, ni son jamás desamadas, gracias sin duda al telon que se cruza entre ellas y la vejez. La tal mu-

chacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está, como todos los padres de comedia, lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que el viejo moribundo está muy expuesto á curarse en atencion á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico como un ministro de Hacienda, y más seductor que un pastel de *Périgord*. Súbese con franqueza á la guardilla, y, gran conocedor del corazon humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolson de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por..... la heroina de la comedia en fin..... ¿qué tal será lo que hace Adela, cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por ese estilo los encontrará el curioso lector todos los dias al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede, es verdad que..... pero todo por papá. Otro tanto habia hecho papá por ella con su mamá, y esto no es más que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene sin embargo un novio á quien quiere mucho como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud, la mano allí se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisicosa para donde paran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroina, con todo, le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, *mutatis mutandis*, en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no habia visto jamás. Pero este tambien está enamorado y quiere casarse, ni más ni ménos que el novio: tiene tanta más confianza en la virtud de Adela, cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto disputan y se disparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia; rara vez aciertan; no se dan. Adela llega á los postres del desafío y se casa, ¿con quién dirán ustedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quién quiere? No, sino con el rico. ¡Oh! sacrificio noble y sublime de la virtud pobre y menesterosa. ¡Todo por papá! ¡Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galan, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa modistilla! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas; una hija de ese temple es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y de romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda al caer el telon á la memoria de los recien casados, que probablemente no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia: que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adela, con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casándolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia; consecuencia positiva: que se

le pueden dar impunemente comedias malas y de escandaloso ejemplo.

La Posadera rusa es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto emperador de Rusia, la cual gustando más de un oficial extranjero que de su marido se hace la muerta, y se escapa, seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavía que sea una buena, y... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demás no lo dice el autor, y no sabemos en qué pára. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podia hacer la princesa por su marido en la segunda. O ¿lo merece ménos un marido que un padre?

No conocemos á los traductores de estas comedias; pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen por qué picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi Padre* y *la Posadera rusa* prueban que tambien en Francia hay autores nécios: ambas merecian un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á sí mismos en instrumentos de la Providencia.

DE 1830 A 1833,

Ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZÁBAL.

PRIMERA PARTE (1).

En posesion la España hace más de dos años de dar hondas lecciones de política, ofrece al mundo el espectáculo de un parto laborioso y difícil. ¿Cuál será el fruto de sus padecimientos? ¿Cuál el término de la prueba á que la somete la Providencia? ¡Hé aquí las preguntas que se hacen unos á otros los testigos de su largo alum-

(1) Este opúsculo político, escrito por un hombre que ha sido testigo de la mayor parte de los hechos que en él se encierran, y que, dotado de toda la imparcialidad del que nada aventuraba en ellos, de un criterio exacto, podia juzgarlos desapasionadamente, nos ha parecido de bastante importancia para darle á luz. Como reseña histórica, su verdad le hace acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los documentos de que la historia se servirá un dia para redactar la crónica de nuestra gloriosa revolucion; como escrito filosófico-político, las justas reflexiones de su autor Carlos Didier, y la interesante galeria de personajes públicos que traza, le colocan en primer rango entre las producciones de esa especie que la Europa ve diariamente aparecer acerca de las cosas de España.

bramiento! La Europa, clavada la vista en la procelosa Península, estudia sus tormentos con ansiedad, deseosa de sorprender en medio de este gran desórden de todos los elementos sociales el velado secreto del porvenir: secreto difícil por cierto de penetrar, porque ni el drama deja de ser complicado, ni es la España un país como otro cualquiera: no es posible sentar un pié firme en esa tierra de misterio, más temible mientras más conocida. Otros más hábiles han salido burlados, y, para no citar más que un ejemplo, pero memorable, ¿quién espiró más amargamente que Napoleon su temeraria ignorancia?

Aquí más que en otra parte es la circunspeccion indispensable: fuerza es ser sobrio de profecías, porque gusta la España de burlar los profetas y las profecías. Por lo tanto, simples cronistas vamos á relatar los hechos: libre es el lector de sacar de ellos las consecuencias: una vez sentado un hecho, ¿no encierra en sí mismo sus premisas y sus resultados? La causa española pende todavía del tribunal supremo de la opinion: depongamos, pues, lo que sabemos, y acaso sea nuestro testimonio una prueba añadida á la instruccion del gran proceso. ¡Ojalá que pueda proyectar alguna luz sobre su fondo oscuro y nebuloso!

Pero antes de entrar en el éxamen de los hechos recientes, indispensables nos ha parecido volver algunos años atrás para tomar los acontecimientos en su orígen, y establecer su generacion de una manera clara y positiva. La España de 1835 se encierra toda en la España de 1830: remontémonos, pues, á 1830, época no ménos memorable en la historia de España que en la de nuestra vecina nacion, y marcada en los anales de un pueblo por medio de una revolucion popular, y en los del otro por medio de una revolucion palaciega.

Fernando VII acababa de sentar en el trono de España á María Cristina de Borbon, princesa de las dos Sicilias: el año se abrió con públicos regocijos; la corte desconfiada de Madrid habia roto su fúnebre silencio; el palacio habia abierto sus puertas á disposiciones mundanas; y el nuevo ídolo coronado de flores habia lanzado de él las sombras aun palpitantes de los Riegos, los Lacys y los Porlieres. ¿Qué profeta hubiera entonces osado predecir los resultados, tan próximos sin embargo, de aquel brillante himeneo? Creíamos inaugurar una reina, y realmente inaugurábamos una revolucion.

Fuerza es decirlo sin embargo: más de un fraile perspicaz, sino profeta, tuvo un presentimiento sordo de que amanecia para España una era nueva; y la pública alegría que siguió al anuncio de hallarse la reina en cinta, las fiestas que sucedieron á la anterior suspicaz tiranía, que habia visto en toda reunion hasta privada un amago de seduccion, fueron una terrible expresion del espíritu público.

Sin ir más léjos, el palacio mismo encerraba bajo el dorado artesón una especie de fraile de sangre real, que participó poco ó nada del mundano alborozo. Absorto en sus hipócritas ejercicios, contemplaba con celos y con inquietud á la jóven extranjera que

acababa de lanzar la corte apostólica en tan osadas innovaciones. Observaba la tormenta que se amontonaba sobre su cabeza, y presagiaba que ese enlace mismo, objeto de tantas esperanzas, le habia de costar un trono: este hipócrita personaje era el hermano del rey, el infante don Cárlos.

La monarquía tiene sus niveladores, así como la democracia; en todas las clases hay hombres partidarios de los extremos, que comprometen los principios exagerándolos; si Cayo Graco tenia detrás de sí á Livio Druso, Fernando VII tenia á don Cárlos. Extraño parecerá que el mismo Fernando VII pudiese ser juzgado demasiado liberal y moderado por un partido. Este partido existia sin embargo; reclutaba en los conventos, reconocia por cabecillas algunos frailes furiosos, algunos absolutistas encarnizados, y, como todos los partidos, ambiciones personales que extrañadas de los negocios aspiraban á esquilmar sus beneficios; no eran estos los ménos celosos Este partido apostólico trataba á Fernando de revolucionario. ¿No habia aceptado la Constitucion de 1812? ¿No la habia jurado en 1820? Verdad es que habia sido violada, y que la sangre de Riego habia borrado el juramento; pero al fin el crímen habia sido cometido, y los frailes no perdonan. Temian para el porvenir nuevas tergiversaciones, y fuerza es conocer que la debilidad de Fernando justificaba sus temores.

Este partido necesitaba un nombre, y habia escogido por enseña y jefe supremo á don Cárlos; no carecia el príncipe devoto de ambicion, y no tardó en embriagarle el esplendor del trono. Ya anteriormente habia prestado su nombre á varias conspiraciones contra su hermano; y si en la de 1827, que tan sangrientos resultados tuvo, no dió precisamente su nombre á la faccion, dejóselo tomar, lo cual era más bajo y más cobarde. No hubiera desenvainado entonces la espada; pero, nuevo Cain, resignado de antemano, consentia que la de los demás le allanase el camino del trono, al cual se hubiera dignado subir, aunque hubiera sido sobre el cadáver de su hermano mismo. En lo cual pecaba ciertamente solo de impaciencia, porque no teniendo entonces herederos directos la corona, él venia á serlo forzosamente; pero temian los apostólicos que viviese Fernando demasiado, y sobre todo que pensase en contraer nuevos lazos para hacer la última tentativa de sucesion directa.

Los resultados legitimaron sus temores: sus esperanzas se anonadaban en aquel enlace, y así fué que acogieron á la nueva reina con un ódio que solo esperaba para declararse una ocasion favorable. En tal estado la preñez de la reina era para ellos un rayo, era la señal de una revolucion Solo la esperanza les quedaba de que naciese una princesa. Pero Fernando amaba más á su jóven esposa que á su hermano, queria alejar á este del trono á toda costa, la reina por otra parte, cuya ruina era evidente con el advenimiento al trono de su irreconciliable rival, no estaba en ello ménos interesada. De aquí la famosa *pragmática sancion* del 29 de Marzo, que abolió la ley sálica, momentáneamente introducida por Felipe V.

Grande fué la alarma del partido monacal, y vivísimas las reclamaciones de don Cárlos contra golpe tan imprevisto. Pero en esta ocasion el clero estaba en contradiccion flagrante consigo mismo; depositario, cual se jactaba, de las antiguas tradiciones de la monarquía española, hubiera debido para ser consecuente asociarse á la pragmática sancion, pues que esta no era en efecto sino la rehabilitacion del antiguo derecho español, en vigor desde el tiempo de los godos, y constantemente practicado sin reclamacion y sin interrupcion por espacio de mil años, y hasta principio del siglo XVIII. A él debia la España el beneficio de la unidad, y la verdadera fundacion de la monarquía en la inseparable reunion de las coronas hasta entonces divididas y rivales de Castilla y Aragon. Por él habia entrado á reinar el mismo Felipe V; y bueno es notar que este mismo no habia instalado la ley sálica pura, pues que su pragmática no excluia absolutamente á las mujeres: á falta de varones eran llamadas al trono. Pero ningun ejemplo habia vigorizado esa pragmática, y de todas suertes á los ojos de esos mismos absolutistas, lo que un Borbon habia deshecho, un Borbon debia tener el derecho de rehacerlo; nada, pues, impedia á Fernando VII reedificar el edificio demolido por su abuelo; y á los ojos de los que no eran absolutistas, la cooperacion de unas Córtes sancionó la pragmática sancion, apoyada en la voluntad de dos reyes, Cárlos VI y su hijo.

Bien se hubiera podido apelar á una autoridad pública y legal de más fuerza todavía, oponiendo á las ilegales Córtes de 713, convocadas por Felipe V, las nacionales de 181°, pues que el derecho de sucesion se hallaba incontestablemente fijado por el decreto de la representacion nacional en la Constitucion de 1812; pero se tuvo miedo de despertar recuerdos eléctricos: querian, es verdad, excluir de la sucesion á don Cárlos, queríase asegurar la regencia á Cristina; pero al convertir en beneficio de la jóven reina la línea de sucesion, de ninguna manera se transigia con la idea de variar la línea política, y se esperaba continuar la tradicion de 1823 bajo los auspicios del nombre de una reina de España, á falta de príncipe de Asturias. Verdad es que la fuerza de las cosas ha alterado despues tan bellos propósitos; pero dado el primer paso era imposible retroceder. Nunca dió la Providencia leccion más fuerte á los príncipes y á sus pobres proyectos, porque nunca ha vuelto la Providencia más visiblemente contra ellos mismos sus planes de egoismo y ambicion. Pero no nos adelantemos á los acontecimientos; aquí la leccion nace de su natural sucesion.

La cuestion de sucesion á la corona es por otra parte tanto más inútil, cuanto que la humanidad civilizada, al rechazar el dogma sacrílego de la legitimidad, entendida como el acto de reinar solo por derecho divino, le ha proscrito en nombre del progreso, enemigo de la teocracia, de que aquella emana, en nombre de la inteligencia que la teocracia esclaviza. El dogma de la soberanía popular no es solo inalterable como principio abstracto, sino que es tambien necesario como garantía social, porque él es, y solo él, quien fija las verdaderas relaciones posibles entre el pueblo y el

magistrado supremo, llámese príncipe ó no, á quien está cometida la direccion de la cosa pública. Fuera de él no puede haber sido monopolio y violencia.

La publicacion de la pragmática sancion produjo una sensacion profunda, no tanto por lo que era en sí como por sus evidentes resultados. Fernando VII no prometia larga vida, y la regencia asegurada ya á una princesa jóven, dulce, afable, era para la España una fortuna tan grande, que se asió de este consuelo con un ardor que debió lisonjear en extremo á la futura regenta, estrella amiga que despuntaba en el horizonte, y en la cual se clavaron con ávida impaciencia las miradas de todos. Anunciaba por otra parte un cambio; y en el estado á que el Gobierno de Fernando habia reducido el país, todo cambio debia ser esperado como una mejora. La pragmática de 1830 además no tiene únicamente un interés de circunstancia, es una de las fases más importantes de la monarquía: hace época en la historia de la Península, porque ha sido la ocasion, sino la causa, de una revolucion radical en la forma y en el principio del Gobierno. La pragmática de Fernando no entroniza por sí sola, es verdad, la democracia española; la democracia española se entronizó ella misma por derecho propio en Sevilla en 1808; pero despues de haber salvado á la España de la eterna humillacion de la conquista, habia sido expulsada del suelo cuya independencia guareció, y habia ido á expiar su noble culpa en el destierro y en los presidios: 1820 fué una tormenta que la violencia conjuró en beneficio del perjurio: 1830 volvió á colocar gradualmente la democracia al pié del trono. La cuestion es saber si ha de volver á ocuparle, y está ya medio decidida.

Los apostólicos entre tanto no descansaron; agitáronse á la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas, y declararon, aunque en voz baja, contra la atrevida extranjera que tenia supeditado al rey; en la edad media hubieran dicho hechizado; pero todos esos murmullos se perdieron ante el gran rumor de la revolucion de Julio. Al llegar aquí cambia la escena, complícase el drama, y principia otro acto.

La nueva de la insurreccion de París produjo en Madrid una conmocion igual á la que habia producido en Europa. Alarmóse el rey Fernando, no sin motivo, porque los desterrados de Querburgo éranle bien allegados como deudos y como restauradores de su corona: en su naufragio perecia el principio de su existencia, y difícil era prever entonces dónde pararia la ola popular tan imprevistamente sublevada. La corte de España vaciló entre pareceres encontrados; los sucesos por fin vinieron á sacarla de incertidumbres.

A la sazon que estalló la revolucion, la Francia y la Inglaterra se hallaban pobladas de proscritos españoles, lastimosos restos de las catástrofes anteriores: el movimento de París les volvió la esperanza. Súpose en Madrid que los refugiados reunidos en juntas revolucionarias en Lóndres y en Paris se aprestaban á probar una intentona, y á traspasar la frontera. El Gobierno español, sacudido por un sentimiento natural de conservacion, dirigió vivas reclama-

ciones á los gabinetes de aquellas dos naciones: el primero atajó los preparativos con sólo suspender alguna de las disposiciones del *alien bill*. El francés hizo del sordo, más animó á los emigrados y les facilitó fondos; pero despues, cuando estuvieron comprometidos, los abandonó y negó, como el apóstol á los suyos. Esta página de la vida de M. Guizot será un borron eterno en la historia del país que debia haberse apresurado á lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España.

Nadie ha olvidado el resultado de la triste expedicion de 1830: un puñado de proscritos, privados de recursos, se lanzó llevado de su heroismo en la garganta de los Pirineos. Valdés y Mina fueron rechazados por Santos Ladron, feroz absolutista, que se hizo fusilar más tarde en las filas carlistas, y por Llauder, que juzgó más prudente hacerse liberal. Llauder era entonces capitan general de Aragon, alto puesto que debia á sus ciegas deferencias por Fernando VII. Empleó en la persecucion de ese Mina, de quien habia de ser poco despues el colega y el adulador, un encarnizamiento de que conservarán los habitantes de la frontera largos recuerdos. ¡Qué gloria para Llauder si hubiera podido añadir á su blason de moderna fecha la cabeza de Mina al lado de la cabez de Lacy, y encima el sombrero de la grandeza! Pero esta doble gloria no le fué dada, y hubo de contentarse con su primer hazaña de Cataluña, y la simple corona de marqués (1).

Así acabó un año comenzado bajo tan brillantes auspicios: entre tanto la reina habia dado á luz una princesa el 10 de Octubre, y al mismo tiempo que la causa constitucional era vencida en la frontera, triunfaba en la capital, puesto que el nacimiento de la heredera, obligando al partido carlista á desplegar la enseña de la rebelion, habia de forzar á la reina á buscar su salvacion y la de la monarquía en el apoyo de esos mismos hombres que á la sazon se estaban fusilando en los Pirineos.

El nacimiento de un príncipe hubiera tapado la boca á los apostólicos; hubieran podido, todo lo más, disputar la regencia á Cristina y turbar la minoría; pero ¿qué diferencia entre esa lucha parcial y la lucha de principios de que la pragmática ha sido ocasion, lucha que ha abierto sucesivamenle á los emigrados sus casas primero, las Córtes despues, y por fin los ministerios? ¡Y todo por haber nacido en vez de príncipe una princesa! Niéguese despues de eso que la Providencia, que ha sabido hacer emanar de tan ténue circunstancia tan grandes acontecimientos, niéguese que pro-

(1) ¿Quién no recuerda con dolor el éxito de la triste tentativa del general Lacy que tanto se distinguió en la gloriosa guerra de la independencia) para levantar en Cataluña el estandarte de la Constitucion? El general Castaños mandaba en Barcelona: queria salvar á Lacy, y con esa intencion envió contra él á Llauder, que habia sido protegido de Lacy, y que le debia su suerte; pero Llauder, en vez de segundar las miras de Castaños, arresto en persona á su protector, y llevó la ingratitud hasta la brutalidad. Lacy fué fusilado á pesar de las representaciones que al rey dirigió el general Castaños, y Llauder fué sucesivamente promovido á los primeros grados de la carrera militar. El cadáver de su intrépido y generoso protector fué el primer escalon de su fortuna.

tege la democracia. Quiere su triunfo, le ha resuelto; y los reyes mismos no son en su mano más que un instrumento para coronar su obra. Estas peripecias constituyen la alta parte cómica de la historia.

El drama entre tanto se complica: contémplase Fernando entre dos enemigos, el partido constitucional, representado entonces por Mina, y el partido apostólico, representado por don Cárlos. Este permeneció casi tranquilo el año 1831; la revolucion de Julio no le habia espantado ménos que á Fernando, porque en eso eran comunes sus intereses, y entrambos se veian amagados. Lo contrario le avino al partido liberal; lo que era para sus enemigos ocasion de espanto, éralo de esperanza para él; y el año entero no fué por tanto más que una continuada insurreccion; cambióse solo de campo de batalla, y se aprobó la suerte en el Mediodía. Desde el mes de Enero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, habia intentado una expedicion, que por entonces no habia cuajado. Casi al mismo tiempo el desgraciado Manzanares se estrelló en las sierras de Andalucía. En la isla de Leon hubo otra insurreccion abortada. El general Quesada, capitan general á la sazon de Andalucía, reprimió esos diversos movimientos; y aunque se le puede hacer la inculpacion de haberse constituido voluntaria y libremente instrumento de la tiranía, fuerza es hacerle la justicia de haber desempeñado su triste mision con una mesura y una humanidad de que Llauder, su colega de Aragon, no habia creido oportuno usar en circunstancias semejantes.

Todos estos movimientos empero, aunque sofocados, asombraron al Gobierno de Fernando: cobró miedo, y el terror le restituyó á sus naturales inclinaciones, es decir, á la ferocidad. Instaláronse nuevamente las inexorables comisiones militares; las reacciones fueron atroces, y el reinado del terror volvió á empezar. ¿Qué sangre vertida bastará para lavar la de tantas víctimas bárbaramente sacrificadas? La última escena de tan sangrienta tragedia fué sin embargo la más abominable. El inmortal Torrijos permanecia en Gibraltar, y clavada desde allí la vista en el sombrío horizonte español, acechaba con impaciencia sus primeros resplandores. Su presencia, su inmediacion imponian pavor, y se decidió desembarazarse de él á toda costa. El gobernador de Málaga, Moreno, especie de hiena con semblante humano, el infame Moreno tendió el lazo más execrable que hay memoria en la historia de las naciones, y al cual vino generosamente á caer la noble víctima destinada al inmundo cuchillo. Embarcóse el ilustre proscrito, atraido por engañosas sugestiones, y con él cincuenta y dos compañeros que habian de tener la gloria de participar de su patriótico martirio. Poco despues fué nombrado capitan general el verdugo de Granada.

Velemos nuestro rostro de dolor y de indignacion. ¿Y se quiere todavía que no gritemos *venganza y exterminio* sobre su partido, cómplice todo él del más espantoso crímen? ¿Y es á nosotros á quien se pide todavía generosidad?

El mes de Diciembre recordará todavía por muchos años con

caractéres de sangre tan cobarde carnicería. ¡Él cerró dignamente ese año de reaccion y de matanza! ¡Él le reasume todo entero y le bautiza! ¡Esos fueron los tristes resultados de la desgracia de Mina en los Pirineos: esos los frutos de la horrible victoria de Llauder, de ese mismo Llauder que estaba reservado todavía á dejar las huellas de sus sangrientas manos en las sillas ministeriales, en que habia de sentarse al lado de sus propias víctimas!!!

La historia de España desde 1830 es un perpétuo vaiven, 1831 habia pertenecido á los liberales, 1832 perteneció á los apostólicos; las bajas intrigas de los últimos ocuparon ese año, como los heróicas conjuraciones de los primeros habian ocupado el anterior.

La guerra civil devoraba á la sazon el Portugal: tratóse un momento en Madrid de intervenir en favor de don Miguel: esta ligereza no tuvo consecuencia, pero sirve de clave á las disposiciones de la corte de Madrid en aquella época. Debia volverse despues á la idea de intervencion: pero ya entonces se habia vuelto la rueda de la fortuna, y la intervencion debia ser en favor de don Pedro.

¿Qué hacian entre tanto don Cárlos y su partido? Reanimados por los sangrientos triunfos del Gobierno de Fernando, que trabajando para sí trabajaba tambien para ellos, pues, aunque divididos, tenian igual interés en la destruccion del enemigo comun, los apostólicos cobraron valor, y practicaron sus minas con tal destreza, que estuvieron casi á punto de quedar dueños del campo de batalla. Su único objeto era ya la revocacion de la pragmática, que alejaba del trono á su cliente: maniobraron tan hábilmente, que la pragmática fué revocada; pero, desgraciadamente para ellos y felizmente para la España, no fué por mucho tiempo. Este pequeño entremés político constituye una verdadera escena de comedia. No hay más que copiar: el drama está hecho. Cuando la historia se mete á poeta, los hace buenos.

No es fácil olvidar el mes de Setiembre: la corte estaba en la Granja, y Fernando á las puertas del sepulcro. Habia entonces en España un hombre que habia sido criado, curial, empleado de un ministerio despues, y por fin ministro. A la sazon era más que ministro amparándose del nombre de Fernando, era rey de España é Indias. Gentes versadas en esta especie de misterios aseguran que habia debido su encumbramiento á una obscena bufonada. ¡Hijos felices de las monarquías, todas las carreras os están abiertas! Pero el favor de Calomarde tenia á la sazon más sólida base en su ciega adhesion á los intereses y á las pasiones de la monarquía absoluta. Llamado al ministerio en 1824 bajo los auspicios de la invasion extranjera, su administracion no habia sido sino un tejido de errores. Calomarde fué el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que solo tendia á sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las universidades, y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcarmo político que caracteriza él solo todo su sistema. Calomarde veia con celos el ascendiente que sobre el ánimo del

monarca tomaba diariamente su jóven esposa; pero no solo no osó contrarestarlo, sino que se asoció á la pragmática sancion, cooperando á la redaccion del testamento que habia de asegurar la regencia á la augusta viuda, y que designaba los miembros de su consejo. ¡Extraña circunstancia, que solo se comprende poseyendo la clave del carácter de Fernando! Casi todos los miembros de ese consejo de regencia eran enemigos personales de Calomarde, y algunos de ellos, como el marqués de las Amarillas, se hallaban en un desfavor equivalente á un destierro. El mismo ministro habia firmado su mistificacion. Hay quien añade que el rey tenia un maligno placer en hacer leer á su favorito el testamento que en tan falsa posicion lo ponia.

Todo esto no debia adherir mucho á Calomarde en favor de la reina: rancio absolutista, temia tanto más las innovaciones, cuanto que no se le podia ocultar que la primera reforma habia infaliblemente de empezar por él: su interés, así como sus principios, si es que semejantes hombres tienen principios, le inclinaban á don Cárlos y al partido apostólico, quien supo sacar partido de la posicion falsa del ministro: hiciéronsele proposiciones, y la semilla echada en tan buena tierra no tardó en germinar. La muerte inminente del rey, que de un momento á otro se esperaba, activó la intriga. Calomarde, para quien la menor tardanza era peligrosa viró pues de bordo, y aprovechándose del estado del rey, no tuvo dificultad en abusar de él para hacer firmar á su mano moribunda una revocacion de la pragmática de 1830. No bien se hubo dado este paso tan agigantado, cuando se esparció la voz de la muerte del rey, y corrió en instantes de San Ildefonso á Madrid, y de aquí á las provincias y al extranjero.

Gran júbilo en los conventos; el cliente monacal era rey, y con él iba á ocupar el trono el absolutismo apostóilco; pero el triunfo fué de corta duracion; el rey resucita, y don Cárlos baja del trono. Nunca peripecia fué más repentina; los vencidos la víspera se apoderaron otra vez del campo de batalla, y los vencedores tocaron retirada. Tuvieron lugar entonces en palacio escenas que la historia dirá algun dia con escándalo: entre tanto la augusta infanta doña Luisa Carlota, acudiendo al rumor desde un rincon de Andalucía, llegó en el momento crítico de inclinar para siempre la balanza, y Calomarde sucumbió, yendo á buscar en el destierro la única salvacion posible para él. Cea Bermudez, ministro á la sazon en Lóndres, fué llamado al ministerio el 1.° de Octubre: la victoria de la reina era brillante, y fué completa. El 6 vió la luz un decreto que le confiaba el timon de los negocios durante la convalecencia de su majestad. Era una regencia anticipada.

El primer acto de la regenta justificaba las esperanzas que en ella fundara el partido liberal de 1830. El 15 se publicó una amnistía política, no absoluta, pues que fué seguida sucesivamente de otras tres, pero capital en el sentido de que descifraba claramente la posicion, y destrozaba el pacto impío de 1823. La monarquía acababa de empeñar un pié en la revolucion: sólo habia dado un paso, es verdad; pero ¡cuán lejos se estaba ya de las comisiones

militares del año anterior, y de la espantosa carnicería de Málaga!

Sucediéronse las reformas rápidamente, sino de hecho, al ménos el principio se proclamó: abriéronse las universidades, mejoróse la hacienda, y se creó un ministerio nuevo con el nombre de *fomento*. El pueblo no fué ingrato, y la popularidad de la reina llegó á su apogeo. En el ínterin los absolutistas no cesaban de bullir y remover sordamente ya un punto, ya otro de la península. La revocacion arrancada por Calomarde existia todavía, y no fué anulada hasta el 31 de Diciembre. Este dia se publicó un decreto en que el rey declaraba espontáneamente que habia sido sorprendido, retractaba una firma arrancada con tan indignos medios, y restablecia en todo su vigor la pragmática sancion.

Una nube se presentó sin embargo á oscurecer tan brillante horizonte. Cea acababa de llegar de Lóndres, y habia tomado posesion del ministerio; la reina no habia esperado su llegada para imprimir el movimiento á la máquina: estaba ya lanzada, lo cual no hubo de agradar á Cea. Apenas en camino este, quiso ya cejar, y publicó un manifiesto anfibológico en que aceptaba por lo ménos la herencia de Calomarde; anunciaba en verdad reformas, pero usaba de tales restricciones, que, á fuerza de atenuar la esperanza, la mataba. Amargo desengaño para el partido liberal; fiaba con todo en la reina, y podíase creer que la ambigüedad de Cea era una concesion hecha al rey; una vez muerto el rey, decíamos, él irá: su entrada en el ministerio no era ménos por eso una victoria y un progreso. Pero no sólo no moria el rey, sino que totalmente restablecido volvió á tomar las riendas del Estado el 4 de Enero de 1833, si bien asociando á la reina al consejo. Esta encontró en Cea más bien un rival que un auxiliar, y si algo podia sostener entonces al ministro, era que de paso que hacia una guerra oculta á las reformas, hacíala abierta y franca al partido apostólico, entronizando en la Península ese sistema de balancin que debia trasformarse poco despues en verdadero justo medio.

El paso más atrevido de Cea fué el destierro de don Cárlos. Su presencia era para los frailes un eterno motivo de esperanzas, un foco inextinguible de hostilidades é intrigas incesantes. El 13 de Marzo salió el pretendiente de Madrid para nunca más volver á entrar en él. Y, para que no faltase circunstancia ninguna á su triunfo, y dar un principio de ejecucion á la pragmática, se convocaron en 7 de abril las antiguas Córtes del reino para prestar juramento de fidelidad á la heredera.

El rey con ese motivo escribió á don Cárlos una carta hábilmente redactada, en que le hacia dueño de tomar parte ó no en la ceremonia, no queriendo, decia, forzar las inclinaciones de su caro hermano. Don Cárlos respondió protestando públicamente, y por el pronto todo el mundo se contentó con este pacífico trueque de frases más ó ménos fraternales.

Más eminentemente político hubiera sido aprovechar aquella ocasion de reunir, en vez de las antiguas Córtes del reino, unas verdaderas Córtes nacionales; pero esas eran premisas, cuyas con-

secuencias se temian; y habiéndose manifestado Cea hostil á toda idea de instituciones políticas, no era seguramente Fernando VII de quien se debia esperar que le obligase.

Verificóse el 20 de Junio la solemne jura, que se celebró con las fiestas más ostentosas y más verdaderamente populares que en siglos enteros se hubiesen visto. Y de allí á tres meses ocurrió por fin un acontecimiento previsto ya de muy atrás. Fernando VII murió el 29 de Setiembre. ¡Que descanse en paz! fué todo lo que pudieron decir los ménos rencorosos. Muerto el rey, abrióse el famoso testamento, cuyo contenido era ya de antemano conocido. Instalóse la regencia, y Cristina, asistida del consejo de Gobierno, tomó las riendas del Estado en nombre de Isabel II. La primera medida de la regencia fué una medida de conservacion; mantuvo á Cea en el ministerio: el primer paso de éste fué tambien conservador; su manifiesto despues de la muerte del rey es el desengaño más solemne que podia llevar un pueblo. Todo el mundo comprendió que Fernando vivia todavía en su ministro; el odioso programa no era más que una explanacion del que á su entrada en el ministerio habia dado el político estacionario; pero entonces ya no vivia Fernando VII para tomar sobre sus regios hombros la responsabilidad de las malas intenciones de un ministro; húbola él de llevar entera, y lo abrumó.

Mal principio era por cierto parapetarse en la negativa á los principios de una revolucion. Cea padeció un grave error: se empeñó en no ver más que una cuestion de sucesion donde no habia más que una cuestion de principios: creyó que Isabel sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenia en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo ni del concurso de la España liberal; de aquí su obstinacion en negarse á transigir con ella por más que quiso darle una dedada de miel ampliando la amnistía. Pero eso era tener un concepto harto ventajoso de sí mismo. La nacion no participó de ese concepto, y Cea vino abajo con el *depotismo ilustrado* que queria entronizar, y que para ningun partido era bastante. Para los absolutistas sobrara el *ilustrado*, para los liberales sobra el *despotismo*.

El error de Cea era tanto más grave cuanto que aislaba al trono, y le entregaba indefenso á los golpes de sus enemigos. Sin estar ligados precisamente como la causa lo está al efecto, la pragmática sancion y la rehabilitacion del partido democrático eran ya dos hechos para siempre travados é inseparables. Por más legítimo que fuese el derecho de Isabel, no necesitaba ménos por eso el apoyo de la España liberal. Puédese en buen hora combatir un partido oponiéndole otro partido; pero pretender como Cea combatirlos á entrambos á la vez, eso supone la intervencion de otro tercer partido que no existe felizmente en España.

Y la falsa posicion de Cea era tanto más difícil de conservar cuanto que acababan de romperse las hostilidades en las provincias. El partido apostólico se constituyó agresor, y levantó en nombre del pretendiente el estandarte de la rebelion. El primer general enviado por Cea, Saarfield, fué á cruzarse de brazos tranquila-

mente en Burgos, y fué reemplazado por Valdés, que lo fué él mismo por otros tan inhábiles como sus antecesores. El movimiento de las provincias exaltó á los liberales de Madrid, y produjo una reaccion, por desgracia demasiado poca violenta; los liberales se contentaron con desarmar el 27 de octubre á los realistas.

La impopularidad de Cea crecia á medida que se amontonaban los acontecimientos: en vano trató de desplegar una ridícula energía, decretando destierros arbitrarios, y suprimiendo periódicos; solo consiguió poner de manifiesto su impotencia. Sitiado y estrechado cada vez más por dos enemigos igualmente exasperados, atado de piés y manos, y condenado á la inmovilidad, se vió aislado, y el consejo de regencia mismo acabó por soltarle de su mano uniéndose al partido constitucional en reclamacion de garantías políticas. Los capitanes generales dieron el último golpe á la fortaleza desmantelada. El general Quesada lanzó desde Valladolid á fuer de perspicaz un manifiesto, mitad sumiso, mitad amenazador, en que pidió formalmente á la reina la destitucion de Cea. Tras Quesada vino Llauder: el protegido y verdugo de Lacy, capitan general de Cataluña, habia obrado su conversion: liberal ya entonces exagerado, ardia en amor de libertad: cubriendo una antigua enemistad personal con la máscara hipócrita de buen ciudadano, encarecia las exigencias de su colega, y poco le faltaba para pedir la cabeza de Cea.

Solo Cea, y aislado en medio de tan legítima inundacion, debia caer, y cayó. Cayó en nombre de esas instituciones que su terco sofisma rehusaba al público deseo, y que habian llegado á ser la única salvacion, la necesidad absoluta de la monarquía. Dejó pues el ministerio por segunda vez. La primera habíaselo quitado Fernando por demasiado liberal; Cristina le despedia más tarde porque no lo era bastante. La primera vez tuvo por sucesor á uno de los más furiosos absolutistas de España, á un enemigo irreconciliable de las libertades democráticas, al miembro más intolerante del Gobierno provisional de la fe en 1823, al duque del Infantado. ¿Y quién le sucede la segunda? Un ministro de la constitucion, un antiguo diputado de las Córtes de 1812, un hombre que habia expiado el doble crímen en los presidios de Africa y en la emigracion, Martinez de la Rosa. El progreso iba envuelto ya en la sola antítesis de esos dos nombres.

La pragmática, pues, empezaba ya á dar sus frutos, y desde aquí puédese decir que se entra de lleno en la revolucion. El destierro de Calomarde y la entrada de Cea no eran en el fondo más que una intriga palaciega. La destitucion de Cea y el advenimiento de Martinez de la Rosa eran la primera victoria de la democracia. Martinez de la Rosa en el ministerio era la doble rehabilitacion de 1812 y 1820, era la condenacion de 1823, era la convocacion de las Córtes.

Ahora, si Martinez de la Rosa fué consecuente con sus antecedentes, y si correspondió á las esperanzas que legítimamente se fundaron entonces en él, eso es lo que los hechos van á probar ó á desmentir en el año siguiente.

DE 1830 Á 1836,

ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZÁBAL.

SEGUNDA PARTE.

Martinez de la Rosa abre el año de 1834. Sus antecedentes son demasiado públicos para que nos detengamos mucho en ellos. Conocido ya en 1820 entre los más moderados, inspiró en 1822 bastante confianza al trono para verse encargado del timon de los negocios; pero poco feliz en su administracion, tuvo que retirarse despues de un ministerio de cinco meses, durante el cual el célebre 7 de Julio le manifestó inclinado á un golpe de estado, que tendia á sustituir á la Constitucion de 1812, demasiado popular á sus ojos, una carta, y la instalacion de dos cámaras. Sus inclinaciones podíanse mirar desde entonces ya como poco revolucionarias; podíasele acusar de tibieza hácia las ideas democráticas.

La segunda restauracion fué más clemente hácia él que habia sido la primera, porque ni aun fué desterrado. Voluntariamente pasó á Italia y á París, donde se entregó á las letras: durante su voluntario destierro Martinez de la Rosa permaneció extraño á todas las intentonas políticas de sus compatriotas. No tomó parte en la expedicion de 1830, y no siendo en realidad proscrito fué uno de los primeros que regresaron á sus hogares.

Tal era el hombre que la fuerza de las cosas llamaba al gobierno de la regenta. Su advenimiento al ministerio era efectivamente un gran paso. Pero apenas le fué entregada en tutela la revolucion naciente, todos echaron de ver que el ayo del nuevo Hércules era más idóneo, y parecia más dispuesto á enervar al robusto infante en mantillas, que á desorrollar sus fuerzas; fué en efecto el dragon mitológico enviado por la envidia para ahogar en su cuna al futuro vencedor de la hidr de las cien cabezas.

Cea habia caido por haberse negado al paso indispensable de la convocacion de las Córtes: Martinez de la Rosa no ocupaba su puesto sino con la condicion, *sine qua non*, de convocarlas. Cualesquiera que fuesen sus secretas inclinaciones, no le era pues dado hacerlo ó dejarlo de hacer: la idea de convocacion preexistia en él; era solo admitido para llevarla á efecto; no era más que el instrumento de una necesidad. Pero ¿qué vía iba á escoger? ¿En qué términos iba á restaurar el antiguo derecho nacional? Esta era la cuestion.

Hombre contemporizador y de cuasi medidas, Martinez de la Rosa no podia proceder sino por compromiso, y por compromiso procedió. Profesando tan poco afecto á la Constitucion democrática de 1812, no era probable que fuese á desenterrarla por segunda

vez: dejóla bajo su piedra sepulcral, donde yace todavía, segun parece, para siempre. Si bien existen aun en la Península una nobleza, un clero independiente, privilegios de castas y desigualdades legales; con todo, multitud de intereses se hallaban ya dislocados, cien prerogativas allanadas, y no pocas preocupaciones por tierra. La antigua forma de los tres brazos por tanto no era ya posible; ni hubiera contentado los intereses, ni las ideas, ni las pasiones: hubiérase debido empezar por desecharla completamente.

El público, sin embargo, esperaba la solucion del problema; tres meses la esperó. Por espacio de tres meses trabajó el ministerio Martinez en su grande obra política. Semejante á los antiguos sacerdotes de Egipto, el sanhedrin ministerial se recogió en el fondo del santuario, rodeóse de silencio y de soledad, rehusando admitir á los profanos á la iniciacion de sus misterios antes del dia prefijado por su idea. Llegó por fin ese gran dia; una mañana de Abril el monte Sinai hizo resonar sus trompetas, y las nuevas tablas cayeron de las nubes sobre la cabeza de Israel. El moderno decálogo hubo por nombre *Estatuto Real.*

Puesto que nos hemos tomado la libertad de hacer intervenir en este negocio al monte Sinai, bien podremos sin inconvenientes seguir la metáfora, y añadir que nunca el antiguo apólogo del *Monte de parto* tuvo más solemne aplicacion. El Estatuto fué el verdadero *ridiculus mus.* No valia por cierto la pena de colocarse á tal altura, ni de afectar tan solemne aparato la escuálida creacion. El Estatuto no fué más que un mal remedo de la carta sacramental inglesa: esto es, de la famosa máquina de tres ruedas, sin contar con una enorme herejía de más en la composicion de la cámara alta, y muchas cosas buenas de ménos en sus demás partes. La herejía política es patente: los próceres ó pares se dividen por él en dos clases, próceres natos y hereditarios, y próceres vitalicios por eleccion de la corona: ¡chocante anomalía! Se pretende formar un cuerpo que tenga unidad y armonía, y compónese de dos elementos rivales y heterogéneos; se crean en su seno dos intereses opuestos, y se instituye en él por consiguiente una anarquía permanente. Otra herejía no ménos importante es la que priva á las dos cámaras ó estamentos del derecho de hacer ellas mismas su reglamento interior; la corona es quien se le impone. Más como la iniciativa legislativa reside enteramente en el poder real, las Córtes vienen á ser una especie de consejo de Estatuto, un cuerpo consultivo.

Otras imperfecciones no ménos graves pudiéramos señalar en el engendro político del ministerio Martinez; pero seria tiempo perdido si recordamos que no es invulnerable, y que el primer paso que dé la revolucion lo derribará hecho polvo á sus piés.

No es esa sin embargo la opinion de su otorgante; complácese, exáltase en la contemplacion de su obra; el Estatuto es para él una de aquellas concepciones gigantescas y definitivas que hacen época en la historia de las naciones, y despues de las cuales el género humano nada tiene que hacer sino cruzarse de brazos y dormirse á su sombra. Es la piedra filosofal de la ciencia del go-

bierno, y admírase su autor de que poseyendo tan raro tesoro, la España se atreva todavía á aspirar á cosas mejores. No duda un momento que ha tomado puesto entre los grandes legisladores de la antigüedad: Licurgo y Carondas, dioses caidos, han de postrarse ante él: nada les queda que hacer sino velarse la faz. ¡Lástima es solo que los colegas de su ministerio, ante los cuales se leyó y discutió en más de treinta sesiones preliminares, puedan reclamar alguna parte de su gloria!

Tal cual es sin embargo, y aunque inferior con mucho á la Constitucion de 1812, por más que ésta esté lejos de ser perfecta, el Estatuto Real no dejó por eso de tener la gloria de romper el largo silencio impuesto á la España por la tiranía del perjurio y de la violencia: volvió á abrir el campo á los debates políticos; dió lugar á que los periódicos tomasen parte en las discusiones parlamentarias, y la opinion pública pudo pasar por un nuevo aprendizaje. Todo eso existe al fin, y fuerza es aceptar esas primeras y tímidas conquistas como preludio y presagio de otras más audaces y positivas. Solo como medida transitoria puede tener el Estatuto cierto valor; considerado en sí mismo carece totalmente de él, pues que ni emana de ningun principio, ni proclama principio alguno.

El mes de Marzo se señaló con dos acontecimientos graves; primero con una tercera amnistía, no absoluta: no llegó la vez de Mina y de sus compañeros de 1830 hasta el Mayo siguiente. El segundo fué la creacion de la milicia urbana: una chispa carlista se manifestó el 4 en Madrid, y aunque fácilmente sofocada, bastó á convencer de la necesidad de armar á los liberales para un evento. El alistamiento empezó por ser voluntario, y no se tardó mucho en hacerlo obligatorio por medio de una ley calcada sobre la francesa. Pero apenas formada esta milicia nacional, empezó á ser un objeto de espanto para el ministerio Martinez, y durante toda su administracion solo se pensó en ponerle trabas.

El mismo mes que vió nacer el Estatuto Real dió vida á la deseada cuádruple alianza: el último cange de firmas es de 22 de Abril. Solo la Francia y la Inglaterra estaban á la sazon representadas en Madrid, porque eran las únicas entre las grandes potencias que habian reconocido á la reina Isabel. El Austria, la Rusia, la Prusia, Nápoles misma, á pesar de los vínculos de la sangre, habian retirado el año anterior sus ministros y embajadores. Esas cuatro cortes entonces, como ahora, no tenian más que encargados de la correspondencia; algunos de estos agentes habian tenido la pretension, por lo ménos incongruente, de hacerse centro de necias intrigas carlistas, y en eso habíanles asistido cordialmente sus cofrades de la Haya y de Turin, cuyas simpatías no podian ménos de adherirse á la causa del pretendiente. Esto era abusar de la inviolabilidad que el derecho de gentes les confiere; el único papel que le sea decente representar en tales casos á la hostilidad oficial es la neutralidad del silencio. Los corresponsales diplomáticos de Madrid lo han hecho conocer, y de entonces acá han permanecido tranquilos. Roma no tenia tampoco agente alguno acre-

ditado cerca de su majestad católica; el obispo de Nicea, antiguo nuncio, vivia retirado en calidad de simple particular.

En cuanto á Portugal, el viento habia cambiado: dos años antes se habia intentado intervenir en favor de don Miguel: á la sazon doña María habia sido reconocida, y Rodil habia pasado la frontera para sostener sus derechos. Ambas córtes parecian haber olvidado sus antiguas rencillas, y vivian al ménos oficialmente en las más estrechas relaciones de amistad.

Terminada la campaña pasó Rodil al ejército del Norte y tomó el mando, pero aconteciòle lo que á sus antecesores; no hizo más que aparecer y desaparecer. Cedió el puesto á Mina. No tenia en su orígen la guerra de Navarra la importancia que ha tomado despues, con determinacion y prudencia hubiérase apagado lanaciente hoguera; pero era preciso á toda costa impedir la reunion de los dos intereses absolutista y municipal: la cosa era posible interesando á las provincias vascongadas en el órden de la sucesion; de esta suerte se les hubiera segregado de la causa del pretendiente. Pero se hizo todo lo contrario: «Sometámoslas, decia Martinez de la Rosa, y luego hablaremos.» Tratóse de humillar á los insurreccionados, y ellos son los que con lucha tan larga nos han humillado.

El descuido, la inexperiencia del ministerio Martinez y su inaccion han puesto la lucha en el punto en que está: él es quien ha cavado, ó por lo ménos visto cavar ante sus ojos tranquilamente la honda sima donde mira la España hundirse sus tesoros, desarmarse sus ejércitos y comprometerse su porvenir!

Un acontecimiento imprevisto vino á complicar el enredo: don Cárlos, despues de haber vagado por las fronteras de Portugal, habia abandonado la Península, y cuando todo el mundo creia en Madrid que resignado con su suerte yacia oscuro en un rincon de Inglaterra, apareció de nuevo en el corazon de la Navarra. La presencia del pretendiente vino á dar á la guerra un carácter imponente, que ha bastado desde entonces á fijar sobre ella las miradas inquietas de la Europa.

Pero volvamos las nuestras á Madrid, donde se presenta en escena un nuevo actor destinado á hacer un papel demasiado principal. El conde de Toreno, cuyos antecedentes no eran ménos conocidos que los de Martinez, y que regresó á España á fines de 1833, presentóse para Martinez como un rival temible, pues que la opinion le designó desde luego por jefe del gobierno ú de la oposicion. Martinez hubiera intentado en vano luchar con tan terrible atleta: forzoso era, pues, hacer del ladron fiel, y declararse amigo del enemigo temible. El ministerio hizo lugar al recien venido: brindósele con el despacho de hacienda, que fué aceptado.

No era acaso esa posicion delicada comprometida la que al conde convenia; acaso hubiera sido más político darle el ministerio del *fomento:* vacante por dimision de Búrgos, derribado por la opinion pública, y que habia servido de guion entre el ministerio de Cea y el de Martinez. Hubiérase debido llamar francamente al ministerio al conde de Toreno desde el mes de Enero, pero Mar-

tinez de la Rosa queria reservarse para sí solo la gloria de bautizar el Estatuto: esta mezquina envidia de literato explica su tenaz oposicion cuando el nuevo candidato apoyado por la Francia le fué designado por la opinion pública. Llegó hasta herir gravemente su amor propio prefiriéndole una nulidad, que era más de su gusto, porque la temia ménos: si consintió por fin en admitir á su rival por colega, fué á los últimos, y cuando debiendo abrirse las Córtes comenzaba á organizarse la oposicion. El peligro era urgente, y el instinto de la propia conservacion venció los cálculos del amor propio.

Sabido es que la apertura de las Córtes convocadas en virtud del Estatuto se verificó el 24 de Julio. El 17 habia sido testigo del sangriento desastre de los frailes; nueva ocasion de deplorar la ineptitud del ministerio Martinez, que no sudo prevenir ni reprimir el desórden, y que creyó componerlo todo tomando una venganza bárbara y hasta inícua. La víctima expiatoria de aquella calamidad fué un mozo desdichado de diez y ocho años, cuyo crímen se reducia á haber sido sorprendido con unos harapos de fraile y unas estampas. Ningun cargo grave resultaba contra él, pero no por eso dejó de sufrir la pena capital cinco meses despues del suceso, es decir, cuando olvidado ya el atentado, perdia el escarmiento hasta su supuesta eficacia.

En cuanto al desastre de los frailes no pudo considerarse como un movimiento político: efecto de la exaltacion producida por la invasion del cólera, solo se puede sacar de él una profunda é inesperada leccion, á saber: que las sospechas del pueblo español y su ira cayeron sobre los frailes, y que estos fueron juzgados envenenadores; hecho importantísimo que proyectó una luz nueva sobre el estado de las creencias populares de la Península, y probó por lo ménos que el antiguo prestigio habia cesado así en la católica España como en los demás paises.

Abriéronse por fin las Córtes: desgraciadamente produjeron pocos hombres nuevos: el cetro de la elocuencia quedó en las antiguas manos: nadie se le disputó; pero los usados campeones aparecieron más bien como veteranos cansados ya de anteriores campañas, que como soldados de refresco. Faltó la juventud, y notóse el vacío. Hubieran sido de desear más novedad, más hombres de la época: echáronse de ménos un sentimiento pronunciado de progreso, instintos más democráticos, mayor inteligencia de las nuevas doctrinas sociales, más saber, mayor conocimiento en fin de los males de la monarquía y de los remedios posibles: ménos lujo de teorías extranjeras inaplicables al país: en una palabra, las Córtes primeras del Estatuto fueron la expresion de las rancias doctrinas del siglo pasado, y una tercera edicion de las primeras y de las segundas, si bien con ménos calor y ménos fuego: faltas de luces y de patriotismo ardiente, no se hallaron bastante dotadas de instinto revolucionario, no comprendieron su misión. Las cuatro quintas partes de una sesion que duró diez meses se perdieron en debates ociosos, pueriles, episódicos. La España se presentaba allí como Job, exponiendo á la vista del mundo sus mil llagas

abiertas, en tanto que los médicos disertaban eruditamente sobre Hipócrates y Galeno. El recuerdo urgente del enfermo solo se presentaba de cuando en cuando á alarmar momentáneamente con sus agudos quejidos á los ineptos doctores.

En cuanto á los clásicos oráculos de la Península, confesemos que el tiempo les arranca diariamente sus antiguos laureles: su fama es más grande que ellos. Sin querer ofender al divino Argüelles, diremos que no nos ha parecido sino muy humano. Fuélo sin duda en los muros de Cádiz: la edad, el destierro, la persecucion, los desengaños tal vez le han arrebatado su divina auréola. La autoridad de una vida sin mancha, el prestigio de una reputacion pura, no han podido devolverle su olimpo: dios caido, sus acentos son harto terrestres. ¿Podia encontrar Apolo en medio de los pastores de Tesalia los mismos acentos que en la mesa de los dioses?

Y en realidad fuera injusto pedir á hombres de otra edad las ideas y las pasiones de la juventud. Tuvieron sus dias, pero pasaron. Hé aquí cuanto de ellos hay que decir. De la ausencia del elemento jóven en las Córtes ¿deduciremos que no le hay en España? No, sino que no ha sido llamado. El ministro del Estatuto Real, lejos de buscarle, le ha extrañado de sí porque ha temido su presencia. El hijo del hombre decia que no pueden zurcirse retazos flamantes en ropas viejas, y que mal se conserva vino nuevo en vasijas amohecidas. Martinez de la Rosa se ha hecho justicia á sí mismo sin saberlo: ha conocido que la Constitucion de antaño era caduca y usada, y ha temido que cayese hecha polvo á la impresion primera del aire fresco de la mañana.

Demos sin embargo una rápida ojeada á las Córtes y á las primeras espadas que en ellas se han distinguido.

Martinez de la Rosa es hombre de tribuna; y su error radical y permanente, el que le ha hecho tenerse por hombre de estado, es haber tomado siempre la palabra por la accion. Este error mismo prueba hasta qué punto las pasiones del orador son en él superiores á cualquier otro interés. A sus ojos una arenga es un hecho material; y así como el verdadero hombre de estado vela durante la ejecucion sobre los detalles todos de una operacion del Gobierno, así lleva hasta la más extremada minuciosidad la atencion que presta á sus discursos. ¡Cuántas veces se le ha visto á ese primer ministro de una monarquía en revolucion encerrarse horas enteras en su gabinete! ¿Y para qué? para corregir las pruebas de sus discursos: no hubiera podido tolerar que la *Gaceta* los publicase con una coma de más ó de ménos. Los negocios del Estado yacian entre tanto paralizados; pero el orador estaba satisfecho, y el ministro no pedia otra cosa.

La pompa es el carácter de su elocuencia: para desarrollarse ha menester del estímulo de la tribuna; en un salon, en sociedad, no tiene conversacion. La desconfianza que forma la base de su carácter parece entonces paralizar su lengua, se evade, elude, se parapeta detrás de los monosílabos, y esta disposicion particular de su carácter llena de tropiezos su trato político; la más sencilla

negociacion viene á ser con él una pesada labor. Es quisquilloso además, y un tanto jesuítico: á esto se agrega que carece de memoria y que es obstinado, circunstancias ambas que contribuyen poco á facilitar los negocios.

Martinez de la Rosa es sumamente laborioso, pero si trabaja mucho, tambien trabaja generalmente mal. De resultas de su inveterada desconfianza de los demás, ó mejor de la presuncion que tiene de sí mismo, perdia un tiempo precioso en ocupaciones subalternas que hubiera debido dejar á sus dependientes. Su defecto capital es el de ahogarse en los detalles; fáltale ese golpe de vista general que procede en grande, virtud tan indispensable en el estadista como en el militar. No pudiendo remontarse nunca sobre su posicion, ésta le domina siempre, en vez de ser dominada por él. En vez de conducir los acontecimientos, le conducen ellos á él; y así es que en cuanto á ministro vivia á la ventura, sin plan para el porvenir. Esto no obstante, su optimismo imperturbable venia á ser cómico á veces de puro candoroso: siempre tenia guardada una apoteosis para cada una de sus derrotas, y una explicacion gloriosa de todas sus vicisitudes ministeriales. En punto á reformas no podia ser más curioso su modo de argüir. «Un abuso establecido, decia, tiene inconvenientes, verdad es; pero esos inconvenientes son conocidos, al paso que la reforma puede acarrear otros que no lo son, y difíciles por el contrario de prever; ahora bien, vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer; luego vale más el abuso que la reforma.» Teorema brillante por cierto, y cuyos corolarios pueden llevarnos lejos: el ministro que de esa manera arguye, ya está juzgado; podrá ser un hombre de mundo, un orador elegante, un poeta distinguido, pero estará siempre dislocado á la cabeza de una revolucion.

El que en la tribuna podia aparecer como rival de Martinez de la Rosa era Alcalá Galiano, miembro de las antiguas Córtes: pasó su emigracion en Inglaterra: de aquí su anglomanía declarada y su antipatía á la Francia. Devuelto al teatro de sus primeros triunfos, se encargó del papel de tribuno.

Es el hombre de España que habla más, y oyéndole quisiéramos que hablara más todavía; con todo seria difícil. Es un manantial inagotable, y que no se detiene en su curso hasta el mar. Pero Alcalá Galiano no necesita como Martinez de la Rosa del aparato animador de la tribuna: orador en particular como en público, siempre está pronto. La palabra es su elemento. Difícilmente pudiera ser la nobleza el carácter peculiar de una elocuencia tan contínua, y en este sentido es el orador gaditano el reverso de la medalla del granadino. Su elocuencia es más familiar, á veces demasiado; nada le estorba, y de aquí que sus tiros sean por lo regular más mortíferos; una vez hecho dueño de su adversario dale mil vueltas, y no suelta la presa sino despues de haberle acribillado. No le remata de un solo golpe, pero le acosa á picaduras, que pondrian á un gigante en el mismo estado que el oso de la fábula perseguido por las abejas. Nunca hemos visto á Alcalá Galiano titubear un solo instante, ni andar buscando ni eligiendo las

frases; improvisador incansable, su facilidad, su flexibilidad sobrepujan su afluencia. En una palabra, es el orador más popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar; y el ministerio á que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños.

El orador de la oposicion pasada cuyo carácter de elocuencia se asemeja más á la de Martinez de la Rosa es Argüelles. Noble como él, severo y comedido; pero el escepticismo y la irresolucion le han arrebatado su antiguo prestigio; hombre de restricciones, no concluye jamás, y es muy comun en él que la segunda frase destruya la primera; ningun orador tiene en Europa mayor provision hecha de prudentes adverbios: *con todo*, *sin embargo*, *tal vez*, *permítasenos*, *si me es lícito*..... Doctrinario por excelencia, ha perdido el privilegio de conmover aun á los hombres de su partido. Es anglomano como Galiano, y por las mismas causas; y en cuanto á principios, como muchos en España, liberal del siglo XVIII. Se plantó en 89, y por él no pasan dias.

En cuanto al conde de las Navas, cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad, no se puede decir de él que sea un orador; ni posee el don de la palabra, ni el gesto: pero hállase dotado de singular aplomo, y de un espíritu de censura infatigable. Es el tipo perfecto de la oposicion sistemática; pendenciero, buscarruidos, martirizador, haria perder la paciencia á la paciencia misma, y si se sentasen ángeles en los bancos ministeriales, comprometerian su salvacion discutiendo con él. A pesar de esa especie de don quijotismo de oposicion, el papel que las Navas haga en cualquiera cámara es de la mayor utilidad. Necesítanse hombres de su temple, ojos de lince como los suyos, que todo lo escudriñan, lenguas indiscretas que no reconocen cortapisas, centinelas avanzadas, vigías perpétuas de la libertad; tales hombres son el mejor parapeto de los derechos públicos. Expónense á veces á algunos errores, á suposiciones exageradas hijas del celo mismo; pero el procomun compensa tan ligeros riesgos. Cualquiera que sea la opinion que del conde de las Navas se forme fuera del estamento, una vez allí es fuerza oirle, porque nunca fastidia, y divierte á veces; tiene salidas felicísimas, y á cada instante vierten sus labios epígramas oportunos, agudos rasgos de ingenio. Antípoda del estilo académico, y diciendo cuanto le ocurre sin pararse, su improvisacion tiene todo el interés de la novedad y de cosa no esperada.

Bien quisiéramos hacer mérito de los pocos hombres nuevos que, forzando la consigna del Estatuto Real, han sabido hacerse lugar en el estamento estacionario, cuando no retrógrado, y más desearíamos aun concederles la patente de oradores; pero en conciencia no es posible: los antiguos han conservado hasta ahora la corona. Lopez se habia anunciado en un principio con esplendor: pero no se ha sostenido: el malogrado Trueba no correspondió á las esperanzas formadas. Gonzalez y Caballero pudieron pretender la palma del patriotismo, nunca empero la de la elocuencia.

Algunos se distinguieron por sus conocimientos, su solidez, su exacta y aun á veces elocuente diccion, como el marqués de Tor-

remejía; y otros han callado ó han hablado poco, de cuyo saber sin embargo, y de cuya especialidad en algunos ramos no se puede dudar. Tales son Florez Estrada, reconocido ecónomo político, Montevírgen, Rivaherrera, etc. En cuanto al presidente Isturiz, es un verdadero radical; desplegó tino é imparcialidad superiores en su importante cargo; su elocuencia es enérgica, su palabra firme y decidida, y se le concede gran capacidad. Eso es lo que pronto hemos de ver. La hora de la accion ha sonado para él.

En cuanto al estamento de próceres, esa aristocracia mixta que empieza en Medinaceli y acaba en el poeta Quintana, si se admiten dos ó tres excepciones, el ilustre cuerpo ejecutaba con el más solemne silencio y la más religiosa puntualidad cada uno de los movimientos que le plugo al ministerio indicarle. Manequí dócil, nunca hizo sino marcar el paso. Esa cámara no tiene existencia propia, y su autoridad, su influencia son nulas: creacion abortada, rueda inútil que entorpece el movimiento, si la máquina se detiene, no tiene fuerza para hacerla andar; y una vez en movimiento, les es igualmente imposible detenerla, aunque se le pasase tal idea por la fantasía.

La España, á pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática; el dogma de la igualdad cristiana ha pasado de la iglesia á las costumbres, y, una vez ahí, no puede tardar en introducirse en la legislacion. Si en el destino de la familia aristocrática de los próceres hubiera estado el conquistar una importancia política, solo hubiera podido adquirirla á merced de las ilustraciones plebeyas cuya adopcion le fué impuesta; pero hasta eso le habia sido vedado: la medida careció de lógica y de eficacia. No están la vida y el movimiento por esa parte. Ni un orador ha salido de entre aquellos venerables sepulcros, ni una voz se ha echado á turbar el silencio de las catacumbas. Dejémoslos dormir en paz.

Antes de cerrar la primera sesion echemos una ojeada al exterior: pocos acontecimientos llaman nuestra atencion; una vez convocadas las Córtes, toda la vida política refluyó al centro del cuerpo social. El primer hecho extraparlamentario que merece mencion es la prision aventurada de Palafox. Aun no se habia abierto la sesion, y ya un movimiento radical, cuya bandera era la Constitucion de 1812, protestaba contra la obra incompleta del Estatuto; pero ni estalló nunca, ni aun el público tuvo datos suficientes para creerlo existente; el general Palafox impugnó su acusacion, y este acontecimiento solo pudo servir de prueba á un descontento sordo y precursor de mayores tormentas; probó que desde el principio de la campaña parlamentaria Martinez de la Rosa se veia entre dos fuegos.

El año 1835 se abrió con una insurreccion militar; este sangriento episodio costó la vida al general Canterac, que acababa de tomar el mando de Madrid, y la bolsa del despacho de Llauder, que dias antes se habia apoderado de ella. En esta ocasion dió muestras de una incapacidad imbécil difícil de creer. Falta la conspiracion del apoyo con que contaba, mal manejada, y no suficien-

temente divulgado su objeto entre los que pudieran haberla sostenido, forzoso fué capitular; pero es bueno advertir que quien capituló fué el Gobierno: los valientes que se habian hecho dueños de Correos atravesaron Madrid arma al brazo y tambor batiendo al frente de la guarnicion con quien se habian tiroteado, y fueron á unirse al ejército del Norte, única gloriosa pena impuesta á su movimiento. El pueblo, que simpatiza siempre con el débil valiente, les dió comitiva, los dejó fuera de puertas, y los proclamó los héroes de aquella jornada, que anuló á Llauder. Interpelado en el estamento, como ministro y como general, que ni habia previsto el movimiento, ni le habia sabido reprimir con las armas en la mano, y abandonado á su propia nulidad parlamentaria, corrió á refugiarse con toda la pompa de la ignominia á su capitanía general de Cataluña, que habia tenido la precaucion de reservarse, porque no era hombre como Cortés capaz de *quemar sus naves.* El pueblo catalan se encargó de quemárselas de allí á poco en el movimiento de las juntas.

Sucedióle en el ministerio el general Valdés, cuya crédula honradez no bastó á sostenerlo: su administracion fué pura, pero impotente. Llamado á reemplazar á Mina en el mando del ejército del Norte, fué á perderse en el propio abismo que á tantos habia tragado antes que á él.

Dos meses despues tuvo lugar en Málaga un movimiento más sério; pero aislado ese movimiento, y sin bandera, la victoria fué inútil, y la autoridad militar recobró el puesto. Estos no eran más que los primeros síntomas, las avanzadas de la gran insurreccion nacional, regularizada poco despues por las juntas.

Una conspiracion carlista marcó la clausura de las Córtes; pero la intentona no podia tener más que un resultado en Andalucía, teatro que escogió para darse á luz. Sorprendida cerca de Sevilla, su cabecilla fué fusilado con algunos de sus parciales, y el partido recibió la leccion con el silencio del vencido.

Cerráronse en fin las Córtes, que murieron de consuncion y fatiga: desnudas ya de interés, es lícito creer que Martinez de la Rosa no las prolongó tanto tiempo sino para prolongar su propia existencia. Los debates parlamentarios fueron el aceite de la lámpara de este nuevo *hechizado por fuerza.* Conocia que descender de la tribuna era para él bajar del ministerio, y en realidad el efecto no se hizo esperar de la causa. Las Córtes se cerraron en fines de Mayo, y el 9 de Junio Martinez de la Rosa habia cedido el puesto á Toreno.

El Ministerio Martinez se reasume todo entero en el Estatuto Real; diez y seis meses ha vivido sobre ese fondo. Una vez concedido el Estatuto, su autor creyó haber concluido su mision: ese fué su error fundamental; apenas en camino, ya quiso poner la galga: harto pronto por cierto; empresa temeraria: su mano era demasiado débil para resistir la fuerza del impulso; la cuesta era pendiente, y el carruaje le arrastró y lo echó á rodar. Martinez de la Rosa hubiera sido tal vez en tiempos pacíficos un buen ministro de bellas artes; pero no era el piloto que podia maniobrar en la tormenta.

La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies, en fin. O no supo verlos, ó no quiso aplicarles el escardillo. Ni se trataba de teorías sociales, ni de principios abstractos, sino solo de reformas administrativas; pero una vez erigida en sistema la inmovilidad, no tocó á nada por temor de tener que tocar á todo. El reinado de Martinez de la Rosa no hizo sino poner la monarquía á la orilla del precipicio.

El hombre encargado de detenerla en su ruina se presentó tarde, y la primera falta del conde de Toreno fué no haber arrebatado antes las riendas de manos de su rival. Pudo, y debió hacerlo. Pero su error fecha de mucho antes: devuelto en un principio á la vida pública, dos papeles podia representar; podia ser jefe de la oposicion, y prefirió ser ministro; sacó la corta paja, y tomó una posicion falsa; entrar en un ministerio ya formado, y cuya direccion suprema no le era desde luego confiada, era comprometer doblemente su responsabilidad, pues que aceptaba por una parte el pasado, en que no habia tenido parte, y se asociaba por otra á un porvenir que no podia dirigir á su albedrío.

No se le ocultó enteramente esto al conde de Toreno, pues que repetidas veces afectó encerrarse en los límites de su especialidad; pero esa táctica era imposible; las cuestiones generales eran demasiado inminentes, y le forzaban á acudir á la brecha, al socorro de su rival, de quien habia tenido la torpeza de hacerse colega.

A pesar de lo dificultoso de posicion tan equívoca, conservó por largo tiempo su prestigio, y, más que colega de Martinez, fué reputado su sucesor; tuvo un momento, único acaso en la vida de un hombre de estado: aunque ministro, habia conservado un pié en la oposicion: reunió á un mismo tiempo las esperanzas de la corte, del estamento y de la imprenta: el país todo no tenia más que una voz para encomiar su destreza y su capacidad: entonces debió realizar su 18 brumario: la ocasion era brillante, pero la desaprovechó: favorito mimado de la fortuna, se manifestó desdeñoso de sus favores, y ella le castigó quitándole su privanza.

Cuando en el mes de Junio tomó las riendas del Estado, la España no vió ya en él más que un cambio de nombre, no un cambio de sistema; no la engañó su instinto. Campeon del Estatuto Real, el conde de Toreno se habia hecho, por demasiado tiempo, cómplice de la política estacionaria de su antecesor para no inspirar legítimas desconfianzas: el prestigio estaba ya destruido. Debiera haber roto todo vínculo con el anterior gabinete, y haber dado su programa; su silencio pareció sospechoso, y ya desde entonces el conde de Toreno no fué más que el continuador de Martinez de la Rosa. Obligado á componer un ministerio, quiso ayuntar nombres heterogéneos; desde el marqués de las Amarillas, el hombre más aristocrático y más impopular de España, hasta Mendizábal: semejantes enlaces fueron estériles.

La fortuna, con todo, antes de volver enteramente las espaldas á su favorito, le dió la última prueba de ternura; apenas entronizado el nuevo ministerio, murió Zumalacárregui (25 de Junio). Fuera injusticia negar á este suceso una importancia que solo la

torpeza del Gobierno de Madrid pudo arrebatarla. Zumalacárregui, regalo que hizo á la causa del pretendiente la poca perspicacia de Zarco del Valle, era el hombre de la faccion; y habiendo sabido aprovechar el momento de su muerte, la lucha estaba concluida.

A este acontecimiento, de que ningun partido se supo sacar, habia precedido la peticion de intervencion, que á semejanza de Martinez repitió Toreno: paso impopular para unos, única áncora de salvacion segun otros. El conde de Toreno no podia desconocer que era su único apoyo, y la denegacion, para él inesperada, del Gobierno francés, le irritó tanto más, cuanto que sin intervencion su ministerio era imposible. Desamparado de su único arrimo se desanimó, y solo trató de prepararse una caida honrosa; pero esta es la ocasion de decir lo que pensamos. Aun en el caso de haber elegido el conde de Toreno el papel de tribuno, aun habiendo tomado antes la direccion del Estado, aun habiendo roto con el ministerio Martinez, aun sostenido por una intervencion, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no es hombre de revolucion; sóbrale excepticismo, y fáltale ambicion; no la ambicion que quema el templo de Efeso, sino la noble ambicion tan necesaria en el hombre de estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales. La ambicion de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano; de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo deja al trono y al pueblo en lucha abierta; de Napoleon, en fin, que entroniza al pueblo, que inocula la democracia á la Europa entera. Ambicion que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra con la energía y la perseverancia: ambicion, foco inmenso de la vida, de que ni una sola chispa anima al conde de Toreno. Privado de toda conviccion fuerte, única fuente de las virtudes cívicas, ni se adhiere á principios fijos, ni tiene creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo son más imperiosas en él que los intereses políticos; y poco le importa el mando, con tal que de sus ruinas pueda salvar las comodidades de la vida, y el refinamiento sibarítico que preside á sus inclinaciones. Si bien superior á Martinez de la Rosa en capacidad, no es por eso mejor ministro de revolucion. Su indiferencia le hizo poco mirado en la eleccion de los funcionarios públicos, y como rentista, como administrador, como gobernante, su reinado fué igualmente incompleto. El conde de Toreno fué únicamente uno de los primeros oradores de la cámara: su elocuencia no se parece ni á la de Martinez de la Rosa, ni á la de Galiano; más dialéctico que elocuente en la acepcion rigorosa de la palabra, discute más que persuade; convence, si no arrastra; no sorprende, pero prueba: es elegante y conciso, ingenioso y afluente. Se posee, y nunca dice sino lo que quiere decir: una vez provocado, vuélvese acre y mordaz; exasperado, su lengua es un puñal. Nadie conoce mejor que él hasta dónde puede contar con la paciencia de un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesion ha sabido casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento capaces de desarmar á su mayor enemigo.

Inútiles le fueron empero todas esas calidades: no podian evitar su ruina, por más que hubiesen acertado á retardarla. Ya llegamos al desenlace. La primera señal se dió en Zaragoza el 6 de Julio: dirigióse el movimiento popular contra los conventos: á esta primera explosion sucedió un pequeño intervalo, pero el fuego se propagaba subterráneo, y no tardó en comunicarse á Cataluña: Reus, Tarragona, Barcelona, se apresuraron á seguir el ejemplo: tales escenas de incendio y carnicería podrán ser terribles, pero su explicacion es justa y sencilla. Es fuerza no olvidar que los conventos no podian ménos de ser mirados en España como otros tantos focos naturales de la guerra civil, y los frailes como sus tesoreros. La guerra civil es la llaga más dolorosa de la Península, y la que está al alcance de todo el mundo; de aquí el desencadenamiento general del país contra los conventos y sus habitantes; herirlos es herir á la faccion y á don Cárlos, y por ahí se empieza, porque ahí está el peligro; y la sociedad acude siempre á lo más urgente. Las consecuencias podrán ser sangrientas; pero confesemos al ménos que siempre es consolador pensar que si se examinan las cosas á fondo, esas escenas mortíferas no son como se quiere suponer efectos de feroces caprichos, y de un instinto ciego y desordenado, sino la consecuencia llevada al extremo solamente del derecho de defensa que tiene toda sociedad al verse acometida, y la exageracion indispensable en tales momentos del sentimiento de conservacion de cada individuo que la compone.

Al llegar aquí empieza el importante papel que en esta revolucion estaban llamadas á representar las Juntas, cuya instalacion se refiere al mismo derecho de defensa, al propio sentimiento de conservacion.» No sabeis protegernos, dijeron tácitamente al Gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades: vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad.» Agregábase á tan justas exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administracion de Martinez, y sobre todo al que debiendo haber conocido más recientemente su gravedad, habia parecido burlar la pública expectacion, haciéndose continuador del derruido gabinete, y adoptando la responsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenia á quejarse si la nacion pedia en él una víctima expiatoria? Las Juntas todas reclamaron su destitucion.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos: primero, que no habiéndose separado en aquella crísis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un país donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional: segundo, que ese gran movimiento no produjo ningun hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolucion española? Todo lo contrario: eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es

imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto: esta es la primera faz de toda reforma social: antes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos; la lucha empieza despues, pero sorda, incierta, sin plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros antes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolucion española está en su primer grado; está en la atmósfera, digámosla así, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavía y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que le convenga; es una alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavía, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposicion, así como los del poder, no son de ella hasta ahora, sino una personificacion imperfecta; aspira á individualizarse de una manera más decisiva y poderosa. Difícil es prever todas las vicisitudes que la esperan; las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puédese sí asegurar que ya es invencible. Su contemporizacion, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué, pues, alarmarnos? Démonos, por el contrario, el parabien. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte dias y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenia delante de sí más siglos de vida que horas habia costado su nacimiento, porque tenia la eternidad.

Todo el mes de Agosto tardaron las Juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, más acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos dias su existencia ficticia; pero la rendicion de la milicia urbana de la capital, á que se siguió una reaccion contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de estos, en nada alteró la situacion general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabon á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verdadero papel mojado que declaraba rebeldes á las Juntas, y les intimaba su disolucion: manifiesto ridículo que en unas partes hizo reir, y en otras llevó á su colmo la indignacion. Las Juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba entregada á este fuego graneado de manifiestos y contra manifiestos á la llegada de Mendizábal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de Setiembre la presidencia del Consejo, despues de un imperio que no habia durado siquiera cien dias.

Mendizabal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atencion urgente en tan deshecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Establecióse un pacto tácito entre el Gobierno y el pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo, y el segundo depu-

so las armas. «¿Quereis acabar la faccion y constituiros? Yo acabaré la faccion en seis meses y os constituiré.»

Esto fué dicho en Setiembre, y ya hemos pasado el 14 de Marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podia cumplirse. En el segundo ¿comprendió el ministerio Mendizábal su posicion, su mision? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestion es esta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizábal pertenecerá solo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martinez.

Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolucion girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que más resistencia parecian ofrecerle. Y tiene razon la revolucion española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los jefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atrás; háse desarrollado con método: hemos visto á los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con órden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabon se ha roto en la cadena. Así Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martinez, y Mendizábal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quién fué colega antes de ser heredero.

La ciencia política tiene tambien su ley de generacion contínua y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un gérmen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. Hé aquí la historia.

Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros; tiene su pasado tambien, sus tradiciones y su abolorio. En Europa no queda más que un verdadero noble: ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contestánsele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpacion la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razon; ellos tienen la espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos: cualquiera que sea el nuevo giro que la revolucion va á tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera; pero vayamos. La lucha no puede ser eterna: el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va á convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalen del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.

¿QUIÉN ES EL PÚBLICO (1)

Y DÓNDE SE LE ENCUENTRA?

(Artículo robado.)

El doctor tú te lo pones
El Montalvan no le tienes,
Con que quitándote el don
Vienes á quedar Juan Perez.

Epigrama antiguo contra el doctor don Juan Perez de Montalvan.

Yo vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, ó llámese sobra si se quiere que hablar mucho, las más veces sin que nadie me pregunte mi opinion; váyase porque otros tienen el no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinion y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocenton, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezon de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigilias y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodin de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vacía de sentido, ó es un ente real y efectivo? Segun lo mucho que se habla de él segun el papelon que hace en el mundo, segun los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilustrado*, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable*: no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, *¿quién es el público y dónde se le encuentra?*

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caractéres distintivos de ese respetable señor. Paréceme, á primera vista, segun el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los días y parajes en que suele reunirse

---

(1) Aun cuando son únicamente objeto de la presente coleccion, los artículos de Larra publicados bajo el seudónimo de Fígaro, no hemos querido privar á nuestros lectores de los más importantes que vieron la luz pública en el periódico *El pobrecito hablador*, escritos anteriormente (1832.)

más gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público á imitacion de los demás. Este dia un sinnúmero de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila; veo que á primera hora llenas las iglesias la mayor parte por ver y ser visto; observa á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los piés delicados de las bellezas devotas, las hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas; aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están ó no quieren estar en casa; allí entra, habla del tiempo que no interesa, de la ópera que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: «El público oye misa, el público coquetea (permítase la expresion mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de ménos despues de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdon suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas:» idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Entróme á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible: repitiendo este dia los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: «¿Qué alicientes traen al público á comer en las fondas de Madrid?» Y me contesto: «El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.»

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salon del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro más llano visita la casa de las fieras, se dirige hácia el rio, ó da la vuelta á la poblacion por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo: «Un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no ménos interesante que asiste á las novenas y cuarenta horas, y con otro no ménos ilustrado atendidos los carteles, que concurre

al teatro, á los novillos, al fantasmagórico Mantillo y al Circo olímpico.»

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el más peligroso de todos los públicos; y como mi observacion hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materias de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados;* le veo llenar los más feos, los más oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. ¿Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aquí infiero que *el público es caprichoso.*

Empero aquí un momento de observacion. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de Leon, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinion, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapason se disparan mil epígramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del dia están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentia en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera.*

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicacion debe tener en el *mundo* que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdon de mí examinando: «El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.»

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo ménos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del moli-

no; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: «El respetable público se emborracha;» pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tal mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observacion y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los billares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece más tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelacion. Represéntase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratin acá: otra la silba despiadadamente; es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: «Está en prosa, y me gusta solo por eso; las comedias son la imitacion de la vida; deben escribirse en prosa.» Otro: «Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es más que una ficcion para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas.» Este grita: «¿Dónde está el verso la imaginacion, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frio, moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio.*» Aquel clama: «Gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginacion de nuestros antiguos era desarreglada: ¿qué tenian? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusion de clases, de géneros; el romanticismo es la perdicion del teatro: solo puede ser hijo de una imaginacion enferma y delirante.» Oido esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿á qué me canso en nuevas indigaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es tambien aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron á la Lalande, y entonces ya renuncio á mis esperanzas. ¡Dios mio! ¿dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce más norma ni más leyes que las del sentido *comun*, que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y más confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas más ilustradas que yo. Un autor silbado me dice cuando le pregunto: ¿quién es el público? «Preguntadme más bien cuántos nécios se necesitan para componer un público.» Un autor aplaudido me responde: «Es la

reunion de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias.»

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público, pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa; el público le ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscritores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. A un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los dias; y así de los demás: de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razon exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las Vidas de los españoles célebres y la traduccion de la Iliada? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oir á una cantatriz pinturera, ó el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinion pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradiccion hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la imprudencia de otro, que acaso valé ménos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crímen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razon en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinion de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus dias manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Solo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del dia: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborrona papel, y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto

hácia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el..... ¿Pero á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caractéres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razon, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *por qué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y el objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad é ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por último, que con gran sinrazon queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

Pierde, pordiosea
El noble, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goza
Los pingües patrimonios.

Jovellanos.

En prensa tenia yo mi imaginacion no ha muchas mañanas (1), buscando un tema nuevo sobre qué dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedia conversacion, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas con-

(1) Carnaval del año 1832.

tendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educacion de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar, no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque este es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazon de su mejor amigo con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquin esta fragilidad y aun suele prevalerse de ella.

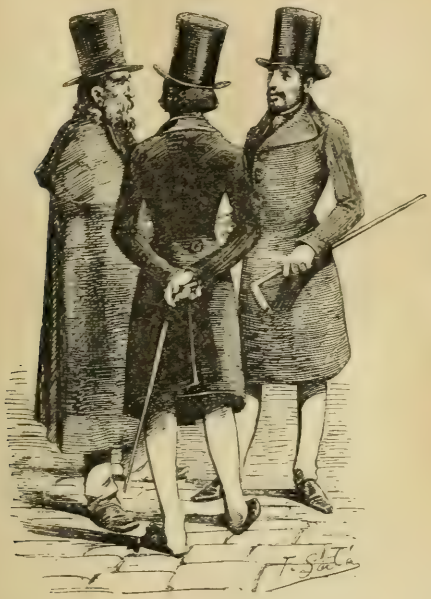
Las ocho serian y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. «¿Mi sobrino? pues debe de ser la una.—No, señor, son las ocho no más.» Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana. «Joaquin, ¿tú á estas horas?—¡Querido tio, buenas dias!—¿Vas de viaje?—No, señor.—¿Qué madrugon es este?—¿Yo madrugar, tio? todavía no me he acostado.—¡Ah, ya decia yo!—Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile, Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme.—¿Seis no más?—No más.—No se me hacen muchos.—Tenia que engañar á seis personas.—¿Engañar? Mal hecho.—Querido tio, usted es muy antiguo.—Gracias,

sobrino, adelante.—Tio mio, tengo que pedirle á usted un gran favor.—¿Seré yo la séptima persona?—Querido tio, ya me he quitado la máscara.—Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gaveta.—En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto.... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió usted dias pasados?—Sí, que te habia costado cinco mil reales.—No era mia.—Ah!— El marqués de *** acababa de llegar de París, queria mandarla limpiar y no conociendo á ningun relojero en Madrid le prometí enviársela al mio.—Sigue.—Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenia yo aquel dia un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche, es demasiado conocido.... —Adelante.—Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazon me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además, que andan las ocasiones por las nubes... —Sigue.—Empeñé la repeticion de mi amigo.—¡Por tu honor!—Cierto. —¡Bien entendido! ¿y ahora?—Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y.... —Ya entiendo.—Ya ve usted, tio.... esto pudiera producir un lance muy desagradable. —¿Cuánto es?—Cien duros.—¿Nada más? no se me hace mucho.»

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los mios. «Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion.—*Quand il vous plaira*, querido tio.»

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño digámoslo así, y comenzé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. «Tio, aquí será preciso esperar.—¿A quién?—Al hombre que sabe la casa.—¿No lo sabes tú? —No, señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos.—¿Y se les confian repeticiones de cinco mil reales?—Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está.—Este es el honrado corredor.» y entró en un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y girones, tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecian nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar vizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocia, con más lodo que cordoban; uñas de escribano, y una pierna de dos que tenia, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á este de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podia decir exactamente aquello de que *Tripas llevan piés*; metal de voz además que

á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. «¿Está eso, señorito?—Está: tio, déselo usted.—Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.—Caballero, no hay cuidado.—No lo habrá ciertamente, porque no lo daré.» Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veia escapársele de las manos su



repeticion por una etiqueta de esta especie; pero me mantuve firme, y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificacion que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: «Caballero, me dijo al oido, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de.... y otras frioleras por si usted gusta.—Gracias, honrado corredor.» Llegamos por fin, á fuerza de apisonar con los piés calles y encrucijadas, á una casa y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenian á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si ha-

blaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué seria escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de márfil de su hermoso dueño? ¡qué diálogo pudiera trabar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí una larga reconvencion sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus ministerios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero: yo imaginé que aquel debia de ser lugar más á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí á mi observacion libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar, y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso. — Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible. — ¡Un frac nuevo! ¡una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de diez y seis duros que necesito? — Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó. — Mi ropa vale más de cincuenta duros: te juro que antes de ocho dias vuelvo por ella. — Eso mismo decia el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la... — ¡Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; no me queda más recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí al diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: No se tirará un tiro por diez y seis duros un jóven de tan buen aspecto. ¡Quién sabe sino habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia...» Iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: ¡Mal hecho! — Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W***, y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar...» Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, ménos poseido ya de mi ardiente caridad. «¡Es posible! Traiga usted una alhaja. — Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... — ¡Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento. — Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho. — Con cinco

me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificacion... — Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac?» Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho. «Dentro de tres dias vuelvo por ello. Adios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene.» Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oidos las pisadas y *le fioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.... y en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion. «¡Don Fernando!» A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. «¡Señora! — ¿Me ha enviado usted esta esquela? — Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos que tiene usted ahí... — ¿Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó me muero del sofoco... — Yo, señora...— Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más mientras no le satisfaga. — Si yo fuera solo... — ¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego sólo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiére usted más billetes? no me han dejado mas que seis. Envie usted á casa por los efectos que he dicho.—Yo conozco... por mí... pero aquí pueden oirnos; entre usted en ese gabinete.» Entráronse y se cerró la puerta tras ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un reló, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: «Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reló.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia más de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero ¿qué mucho, si el

artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo ménos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

«Adios, y no falte usted á la noche,» dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. «Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe,» respondió una voz ronca y mal segura. Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H....y. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile. Los músicos tocaron, las luces ardieron. ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigia la palabra. Un *adios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

TEATROS.

¿QUIÉN ES POR ACÁ EL AUTOR DE UNA COMEDIA?

ARTÍCULO SEGUNDO.

EL DERECHO DE PROPIEDAD.

> «Veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia... Veo los ladrones muy honrados... todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.»
>
> *Luis Megia.*

¿Qué cosa es el derecho de propiedad? Si nosotros no lo decimos, ¿quién lo dirá? Y si ninguno lo dice, ¿quién lo sabrá? Y si ninguno lo sabe, ¿quién lo remediará?

Ya la fama esparció de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, la gloria del nuevo alumno de las *nueve*, ya el importante y anhelado voto del ilustrado público coronó sus sienes con la hoja inmarcesible, resonaron los aplausos, vertió el *ingenio* lágrimas de alegría, y ya va á gozar del premio de sus tareas.

Piénsalo así á lo ménos el desdichado; pero no sabe que ha escogido mala palestra para triunfar, y que en este juego, como en el ganapierde, el que gana es el que da más á comer. Si su modestia y su mala ventura quiso que retardase acaso la publicacion de su obra, levantaráse una mañana y le dará en los ojos el anuncio de ella, ya impresa y puesta en venta, que andará bizmando las esquinas de la capital. Algun librero de... de dónde no es justo decir, le ha hecho el obsequio de imprimírsela en muy mal papel, con pésimo carácter de letra, estropeado el texto original y sin pedirle licencia. Así corren impresas muchas de ellas, y esto se hace pública y libremente.

No comprendemos en realidad por qué ha de ser un autor dueño de su comedia; verdad es que en la sociedad parece á primera vista que cada cual debe ser dueño de lo suyo; pero esto no se entiende de ninguna manera con los poetas. Este es un animal que ha nacido como la mona para divertir gratuitamente á los demás, y sus cosas no son suyas, sino del primero que topa con ellas y se las adjudica. ¡Buena razon es que el pobre hombre haya hecho su comedia para que sea suya! ¡Lindo donaire! Dios crió al poeta para el librero, como el raton para el gato, y caminando sobre este supuesto que nadie nos podrá negar, es cosa clara que el impresor que tal hace cumple con su instinto, desempeña una obra meritoria, y si no gana el cielo, gana el dinero, que para ciertas conciencias todo es ganar.

Así que, asombrados estamos de la bondad y largueza de aquellos impresores honrados (que tambien los hay) que se dignan favorecer al autor con pedirle su permiso y su comedia, pagarle el precio convenido, y darla despues lícitamente al público; estos deben de entender poco ó nada de achaque de conciencias, porque, ¡cuánto más sencillo y natural es salirse á caza de comedias, como quien sale á caza de calandrias, tirar á la bandada, y caiga la que caiga... y rechine con ella la prensa y rechine el autor!

Nosotros, á fe de poetas, si es que se deja á los poetas que tengan siquiera fe, ya que tan poca esperanza tienen, les juramos no acudir á ponerles pleito, porque nunca hemos gustado de cuestiones de nombre, y tanto se nos da de que sea la divina Astrea la que saque el fruto de nuestras comedias, como de que sea el librero; con la ventaja para éste de que siquiera nos da gloria, al paso que la otra sólo nos podria dar cuidados y las conchas vacías de la ostra que se hubiese engullido. Hágales, pues, muy buen provecho á los señores tratantes en libros que esto hacen, nuestro ingenio, que mientras estemos nosotros aquí no les ha de faltar modo de vivir á los *murcianos* de nuestra literatura; y aun quizá nos demos por muy honrados y contentos.

¡Ojalá tuviesen fin aqui las lacerias del pobre autor! Pero de-

jando aparte el vil interés, y entrándonos por los campos de la gloria, ¿qué elocuente hablador podrá enumerar las tropelías que le quedan por sufrir al desventurado ingenio en su propia patria? Ved como corre su comedia de teatro en teatro; en todas partes gusta, pero acerquémonos un poco más. Aquí el corifeo de la compañía le despojó de su título, y le puso otro, hijo de su capricho, porque, ¿qué entienden los poetas de poner títulos á sus comedias? Allí otro cacique de aquellos indios de la *lengua* le *atajó* un *parlamento* ó le suprimió una escena, porque, ¿qué actor, por mal que represente, no ha de saber mejor que el mejor poeta dónde han de estar las escenas, y cuán largos han de ser los parlamentos y los diálogos, y todas estas frioleras del arte, particularmente si en su vida ha visto un libro, ni estudiado una palabra? Porque es de advertir que en materia de poesía, el que más lee y más estudia es el que ménos entiende. Y gracias si la cuchilla de aquel bárbaro victimario no le suprimió entero el papel de un personaje, aunque fuera el del protagonista, que era el que ménos falta hacia y más fuera estaba de su lugar.

¿Y aun de esta manera mutilada gustó la comedia? Pues en ese caso no habrá farsa mezquina, ni torpe drama, ni traduccion mercenaria á la cual no se le ponga el nombre del autor una vez aplaudido. Tal es la despreocupacion de los actores de provincia; para ellos todos los hombres y todos los autores son iguales, y desde el ápice de sus ficticios tronos ven á todos los mayores ingenios tamaños como menudas avellanas, y hacen justicia de unos y de otros, y una masa comun de todas sus obras, fundados en que si tal autor no hizo tal obra, bien pudiera haberla hecho; y en el supremo tribunal de estos nuevos dispensadores de la fama lo mismo vale un Juan Perez que un Pedro Fernandez.

Concluyamos pues que el poeta es el único que no es hijo ni padre tampoco de sus obras. Dedicaos, compañeros, dedicaos á las letras aprisa; ese es el premio que os espera. Y quejaos siquiera, infelices. Luego oireis la turba de gritadores que á la primera queja os ataja. «¡Qué insolencia! dicen: ¿pues no tiene valor de quejarse? ¿Y esto se permite? ¡Qué escándalo! ¡Un hombre que reclama lo que es suyo; un loco que no quiere guardar consideraciones con los necios; un desvergonzado que dice la verdad en el siglo de la buena educacion; un insolente que se atreve á tener razon! Eso no se dice así, sino de modo que nadie lo entienda; encerrad á ese hombre que pretende que el talento sea algo entre nosotros, que no tiene respeto á la injusticia, que... encerradle, y siga todo como está, y calle el hablador.»

Sí, callaremos, gritadores, que gritais de miedo; callaremos; pero solo callaremos *expontáneamente* cuando *hayamos* hablado.

FILOLOGIA.

Supuesto que por la lengua pecamos, y que por ella hemos de morir, no será mucho que dediquemos á este ramo de literatura algunas de nuestras tareas. Bien se deja conocer que la lengua es para un hablador lo que el fusil para el soldado; con ella se defiende y con ella mata. Tengamos, pues, prevenidas y en el mejor estado posible nuestras armas, y démosles á este fin un limpioncito de cuando en cuando.

Vayan, pues, por hoy para los aficionados á discurrir un par de acertijos.

¿Qué entendemos cuando vemos impreso: «El embajador ó ministro tal cerca de la corte de cual,» etc.?

¿Quiere decir que anda alrededor de aquella corte, sin poder nunca llegar á ella, como andaban las almas de los paganos, cuyas exequias no se habian celebrado, en torno de la barca del viejo Caronte? ¿ó padecen los pobres señores el tormento de la garrucha, que, como el lector sabe mejor que nosotros, consistia en colgar al paciente por los brazos de suerte que tocasen las puntas de sus piés en el suelo al estirarse, pero sin poder nunca descansarlos en él, precisamente en la misma forma que dejó suspendido la pundonorosa Maritornes al hidalgo manchego del agujereado pajar? Nosotros no entendemos de otra manera aquello de andar *cerca*, y cierto que nos da verdadera lástima y dolor que unos señores de tal categoría se hallen en tan dificultosa posicion. Líbreseles cuanto antes de aquel tormento, si es que somos cristianos, y lleguen ya por fin á sus cortes respectivas, y vivan en ellas como en tiempos de nuestros antepasados, que decian: «El embajador de Francia en la corte de España,» etc. Porque si del que se halla en una corte se puede decir que está *cerca* de ella, ¿qué inconveniente habrá en que digamos que tenemos los ojos cerca de la cara y no en la cara?

No hace mucho tiempo que vimos en la representacion de una comedia titulada *No mas mostrador*, la frase siguiente: «Si el *ridículo que nos hemos echado encima* no nos hace morir,» etc. Y en muchas partes vemos continuamente repetido este galicismo.

¿Qué cosa es un *ridículo que se echa uno encima?* ¿Se usa en castellano como sustantivo la voz *ridículo*, ni quiere decir nada usado de esta manera? Si los jóvenes que se dedican á la literatura estudiasen más nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrian mejor su lengua, se aficionarian más de ella, no la embutirian de expresiones exóticas no necesarias, y serian más celosos del honor nacional.

El bachiller.

MANÍA DE CITAS Y DE EPÍGRAFES.

Hombres conocemos para quienes seria cosa imposible empezar un escrito cualquiera sin echarlo delante, á manera de peon caminero, un epígrafe que la vaya abriendo el camino, y salpicarlo todo despues de citas latinas y francesas, las cuales, como suelen ir en letra bastardilla, tienen la triple ventaja de hacer muy variada la visualidad del impreso, de manifestar que el autor sabe latin, cosa rara en estos tiempos en que todo el mundo lo aprende, y de probar que ha leido los autores franceses, mérito particular en una época en que no hay español que no trueque toda su lengua por un par de palabritas de por allá. Nosotros, como somos tan bobalicones, no sabemos á qué conducen los epígrafes, y quisiéramos que nos lo explicasen, porque en el interín que llega este caso, creemos que el pedantismo ha sido siempre en todas las naciones el precursor de las épocas de decadencia de las letras. Verdad es que estamos muy seguros de que no ha de ir á ménos nuestra literatura; esto es en realidad caso tan imposible como caerse una cosa que está caida; pero por eso mismo no quisiéramos tener los síntomas de una enfermedad, cuyo único y verdadero antídoto acertamos á poseer.

Si el autor que escribe dice una verdad, y sienta una idea luminosa, no sabemos qué más valor le han de dar *los pocos sabios que en el mundo han sido* reunidos en su apoyo, y si su asercion es falsa, ó sienta una idea despreciable, no consideremos que haya Horacio ni Aristóteles capaz de disculpar su tontería. Agrégase á esto, que por lo regular suele tergiversarse el sentido de los autores pasados para acomodar su texto á nuestra idea, á veces en materias cuya posible existencia ni siquiera sospechó la docta antigüedad.

Verdad es que el vulgo, que ignora la lengua en que se le trae la cita, suele quedar deslumbrado. Este es el orígen del aplauso y de la algazara que se arma en el teatro siempre que un autor, conocedor del corazon humano, ingiere en su drama uno ó muchos latines, ó palabras técnicas y científicas que entienden pocos; cada cual se apresurará á reirse para que no piense el que tiene al lado que no ha entendido toda la picardía de aquella palabra. Tal es la condicion de nuestra pueril vanidad. Sucede tambien que se lee con desprecio ó indiferencia á un autor moderno, y solo se le empieza á respetar desde que se ve la autoridad del antiguo, como si estos hombres con quienes se vive diariamente no fuesen capaces de decir por sí solos cosa alguna que valga la pena de ser leida; porque está probado que no hay cosa para ser tenido en mucho como morirse, á lo cual se agrega que el vulgo ignora cuán fácil es encontrar en el dia textos para todo, y que es más difícil tener mucho saber que aparentarlo. Todo esto es verdad, y es lo único que en apoyo de las citas y epígrafes encontramos

pero el hombre verdaderamente superior desprecia estas vulgaridades.

Nosotros, que no somos hombres superiores, ni nos creemos vulgo, tomaremos de buena gana un medio igualmente apartado de ambos extremos, y desearíamos que, más celosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua á los rios extranjeros teniéndolos caudalosos en nuestra casa. Cansados estamos ya del *utile dulci* tan repetido, del *lectorem delectando*, etc., del *obscurus fio*, etc., del *parturiens montes*, del *on sera ridicule*, etc., *C' est un droit qu' à la porte*, etc., y de toda esa antigua retahila de viejísimos proverbios literarios desgastados bajo la pluma de todos los pedantes, y que, por buenos que sean, han perdido ya para nuestro paladar, como manjar repetido, toda su antigua novedad y su picante sainete.

Creemos que casi todo está dicho y escrito en castellano. No atreviéndonos, pues, á desterrar del todo esta manía, porque el vulgo no crea que sabemos ménos, ó tenemos ménos libros que nuestros hermanos en Apolo, traeremos siempre en nuestro apoyo autoridades españolas, que no nos han de faltar aunque tratásemos de poner á cada artículo siete epígrafes y cincuenta citas, como lo hacia cierto Duende satírico de pícara recordacion, que algunas veces se las hemos contado; de suerte que no habia modo de entrar á sus cuadernos sino atropellando á una infinidad de varones respetables que le esperaban al pobre lector á la puerta, como para darle una cencerrada al ver donde se metia.

Sin embargo, por si el público curioso dudase de nuestra mucha latinidad y de nuestros adelantamientos en la lengua francesa, nos reservamos el derecho de darle al fin de la publicacion de nuestros números, si lo creyésemos conducente para nuestra buena opinion, una listita de los epígrafes y citas más ó ménos oportunas que hubiéramos podido usar en el discurso de nuestras habladurías, lo cual podremos hacer cómodamente, aun sin saber mucho latin ni francés, con solo echarnos á copiarlos de los libros y papeles que andan impresos, que cada uno trae por lo ménos en su frontis su epígrafe, que le viene bien, además de muchas citas en el discurso de la obra, que le vienen mal, y de otras que de ninguna manera le vienen ni bien ni mal.

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenia otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leia la vida del santo, se oia misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba

las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni ménos aquellas novelas que, como solia decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia; solo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenia dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenia tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenia. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin órden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué sé yo qué más cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que solo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debia tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias cier-

tas de cómo no habia Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenia el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metia en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oia hablar todos los dias de aventuras escandalosas y de los amores de fulanita con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabia gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la más desatinada aficion que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenia una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloisa; y no hay más que decir sino que á los cuatro dias se veian los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrian su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debia de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podia venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.ª que hay despreocupados por este estilo; y 2.ª que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones porque estaba mi sobrinito destinado á morirse de hambre si no se le hacia meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nacion entera? Averiguóse, pues, que no tenia la niña un orígen tan preclaro, ni más dote que su instruccion novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenia empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa? — Quiero á Elenita, respondio mi sobrino. — ¿Y con qué fin, caballerito? — Para casarme con ella. — Pero no tiene usted empleo ni carrera. — Eso es cuenta mia... — Sus padres de usted no consentirán... — Sí, señor, usted no conoce á mis papás. — Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la

quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.— Entiendo. — Me alegro, caballerito;» y quedó nuestro Orlando hecho una estátua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma que hubo prohibicion de salir y de asomarse al balcon, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenian de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto á comer, ni eso hacia falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó ménos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, tambien concluia de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible, y á lo del sér que le habia dado, ménos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamente varios medios de seduccion y rapto, no dudó nuestro paladin, vista la obstinacion de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecucion y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el dia; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veian más cada dia, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el dia feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabia más que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabia más que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer le detenia hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Miéntras que Augusto pasa el dia lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y

la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohina; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducia; á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella ninguna consideracion. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazan, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero, y les promete aun proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroismo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seduccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa, sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿y sus ropas?—Corre á casa de su amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una jóven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega;

son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazon; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitacion; un chillido agudo le convence de que le han conocido: asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre y la adúltera, poseida del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crímen, y encerrándose, ántes que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

«Madre mia, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes mas sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crímen: harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre.»

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el más bello corazon se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, despues de haber leido aquella carta, y llamándome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

«Hijo... despreocupacion... boda... religion... infeliz...» son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas espe-

ranzas. Un resto; con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareceria el negarse grosería, ó por lo ménos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios, algun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblada, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho ménos de los séres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí), á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los del Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quién sin duda habia creido hacérmele más que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté solo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?—Un animal,» iba á responderle; pero me acordé de repente de quien podria ser, y sustituyendo cantidades iguales: «*Braulio eres*—» le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. «¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú?...—¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio, no he venido.—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí ¿Sabe que mañana son mis dias? Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente, exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado.—¿A qué?—A comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio.—No puedo, insisto temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias? Vete á paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...» ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? No es eso, sino que. .—Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos: en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X...

que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.» Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder; un dia malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. «No faltarás, si no quieres que riñamos.—No faltaré,» dije con voz exánime y ánimo decaido, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. «Pues hasta mañana;» y me dió un torniscon por despedida. Víle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podian entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el leclor, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy léjos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo órden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion más escogida y modales más suaves é insinuantes. Más la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que á nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco más ó ménos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas solo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omóplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta á uno cara á cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir: *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir: *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas

todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente apicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise sin embargo excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre los cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer más frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debia divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposicion, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

«Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia.—Espera un momento, le contestó su esposa casi al oido, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.... —Bien, pero mira que son las cuatro.... —Al instante comeremos....» Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

«Señores, dijo el anfitrion al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios.—No importa, te daré una chaqueta mia, siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Ph! sí, sí,

¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.—Pero Braulio.... No hay remedio, no te andes con etiquetas;» y en esto me quita él mismo el frac, *velis*, *nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual solo asomaba los piés y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirian comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creia hacerme un obsequio.

Los dias en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los dias del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se habia creido capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los dias, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

«Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el Anfitrion una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys;» frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella expresion más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. «Sírvase usted.—Hágame usted el favor.—De ninguna manera.—No lo recibiré.—Páselo usted á la señora.—Está bien ahí.—Perdone usted.—Gracias.—Sin etiqueta, señores,» exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura: siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro, y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad

hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle, decia ésta de unos pichones; están un poco quemados.—Pero, mujer....—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado?—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.—¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente!—Este pescado esta pasado.—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!—¿De dónde se ha traido este vino?—En eso no tienes razon, porque.... —Es malísimo.» Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan á menudo, servian tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos. «Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenia.—¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto: otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás....—Usted, señora mia, hará lo que.... —¡Braulio! ¡Braulio!» Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que solo quieren comer con alguna más limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos ana-

tómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. «Este capon no tiene coyunturas,» exclamaba el infeliz sudando y force-

jeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal

como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa desciende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas, al volverse tropieza con el criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusion. «¡Por san Pedro!» exclama dando una voz Braulio; difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa.» Pero sigamos, señores, no ha sido nada,» añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion, roncas ya las voces piden versos y décimas y no hay más poeta que Fígaro. «Es preciso.—Tiene usted que decir algo claman todos.—Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno.—Yo le daré el pié: *A don Braulio en este dia.*—Señores, ¡por Dios!—No hay remedio.—En mi vida he improvisado.—No se haga usted el chiquito.—Me marcharé.—Cerrar la puerta.—No se sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla, y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio.* Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle;

ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un aconte·imiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos ménos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mútuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

REFLEXIONES

ACERCA DEL MODO DE RESUCITAR EL TEATRO ESPAÑOL.

Háse apoderado hoy la murria de nosotros: no espere, pues, el lector donaires ni chanzonetas; nos hallamos en uno de aquellos momentos de total indolencia, y de *qué se me da á mí*, á que está por desgracia demasiado sujeta esta miserable humanidad, que sobre sí acarrea nuestro flaco espíritu á la otra vida, segun la más recibida opinion. ¿Serán influencias de algun astro maligno que gravite sobre nosotros? Pero esta es creencia antigua, porque tambien las creencias caducan y pasan: los modernos no creen en influencias. ¿Será el famoso *spleen*? Bien podrá ser, porque esto es más de moda en un tiempo en que es de buen tono la melancolía y la displicencia. ¿Estaremos acaso acometidos de algun acceso de tétrico sentimentalismo? Pues á fé de habladores, ni hemos estado luchando con las sombras ensangrentadas de Zaragoza, ni salimos de la representacion de ningun melodrama traducido del francés.

¿Será el mismo asunto que para el artículo de hoy hemos escogido? A la verdad no hay astro, ni sombra, ni melodrama que pueda influir en nosotros de una manera más triste. Literatos somos, mal que le pese á Minerva, y poetas de por acá: si esto no es bastante á teñir de oscuro nuestras ideas, no habrá en el mundo un solo malhumorado que tenga verdadero motivo para estarlo.

Pasemos, en fin, á nuestro artículo, que es más árduo de lo que parece, por más que desconfiemos de que pueda nuestro corto talento presentar las ideas con todo aquel órden, claridad y elocuencia que de buena gana envidiamos á otros.

TEATROS.

> El atrevimiento que tomo de dar consejos sin ser llamado merece perdon; pues el negocio es comun, todos tenemos licencia de hablar.
>
> *Mariana, Hist. de Esp. Informe dado al rey por un prelado.*

¿Qué ocasion mejor se nos ha presentado nunca, ni se nos puede volver á presentar jamás para reclamar una reforma radical en los teatros de nuestro país, que esta en que ha empezado á brillar para España una aurora más feliz, que promete por fin la realizacion de mil esperanzas justas, tantas veces desvanecidas? ¿Que esta en que nuestro sabio Gobierno se pone decidida y enérgicamente á la cabeza de la nacion, cuyo cuidado le está cometido para marchar hácia el bien? Ninguna. Aprovechemos este momento. Abramos los ojos sobre nuestra situacion, y hagamos patentes nuestras razones con la sumision de buenos vasallos, con la confianza de hombres que tienen un Gobierno ilustrado. Digamos por fin cosas muchas veces dichas por personas muy superiores á nosotros, y constantemente desoidas por sujetos ménos bien intencionados que nosotros.

No es este el lugar ni la época ya de una larga disertacion acerca del objeto de los teatros, y de las ventajas, que bien dirigidos y administrados pueden reportar á una nacion dispuesta á recibir la instruccion, y á un Gobierno decidido á dársela. Demasiado conocido y sabido es por todos que, en el actual estado de sociedad que alcanzamos, esta que en sí no es más que una diversion, es una diversion indispensable; una diversion que dirige la opinion pública de las masas que la frecuentan; un instrumento del mismo gobernante, cuando quiere hacerle servir á sus fines; una distraccion que evita que los ociosos turbulentos piensen y se ocupen en cosas peores; un morigerador, en fin, de las costumbres, que son en nuestra opinion el único apoyo sólido y verdadero del órden y de la prosperidad de un pueblo. Verdades de

tanto bulto no serán ciertamente las que encontrarán en el dia poderosos impugnadores. La luz de la verdad disipa por fin tarde ó temprano las nieblas en que quieren ocultarla los partidarios de la ignorancia; y la fuerza de la opinion, que pudiéramos llamar mortalmente hablando, *ultima ratio populorum*, es á la larga, más poderosa é irresistible que lo es momentáneamente la que se ha llamado *ultima ratio regum*.

Concedidas, no disputadas, por mejor decir, la necesidad y la utilidad del teatro, resta saber cuáles pueden ser los medios de hacerle prosperar.

¿Cuáles han sido los obstáculos que se han opuesto constantemente en este país á la realizacion de tan vasto proyecto?

La poca importancia que se ha creido siempre poder dar impunemente á este ramo los comprende todos. De aquí ha nacido el estado particular del teatro; la posicion ridícula de los poetas, la situacion deplorable de los actores. Cosas tan íntimamente unidas entre sí no se pueden separar sin perjuicio de todas. No basta que haya teatro; no basta que haya poetas; no basta que haya actores; ninguna de estas tres cosas puede existir sin la cooperacion de las otras, y difícilmente puede existir la reunion de las tres sin otra cuarta más importante: es preciso qne haya público. Las cuatro, en fin, dependen en gran parte de la proteccion que el Gobierno les dispense.

Un público indiferenie á las bellezas, heredero de una educacion general mal entendida é instruido superficialmente, es el primer eslabon de esta miserable cadena. Cuando los poetas ven al público aplaudir dramas execrables, no sospechar siquiera la existencia de bellezas positivas, que tantas vigilias le han costado, no tarda en sucumbir y en repetir con Lope de Vega:

> Puesto que el vulgo es quien las paga, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.

Los hombres no son más que hombres, y seria mucho exigir de la débil humanidad querer encontrar siempre en cada hombre un héroe dispuesto á sacrificar los aplausos justos ó injustos, al deseo de agradar á media docena de literatos cuya aprobacion de gabinete no mete ruido. Cuando los poetas ven que falta en el auditorio ese orgullo nacional, capaz de hacer milagros donde quiera que exista; cuando oye aplaudir indistintamente las mezquinas traducciones extrañas á nuestras costumbres, y preferirlas acaso á las obras originales; cuando las ve pagar con tan poca diferencia, ¿qué mucho que no se canse en correr en pos de la perfeccion? ¡Cuánto más fácil es traducir en una semana una comedia que hacerla original en medio año!¿ Por qué ha de emplear tanto tiempo, tantos afanes por conseguir aquel mismo premio que en ménos tiempo y con ménos trabajo puede alcanzar? De aquí las miserables traducciones, de aquí la expulsion del buen género para hacer lugar al género charlatan que deslumbra con fáciles y sorprendentes golpes de teatro. De aquí la ausencia de

caractéres, de pasiones y de virtudes, para sustituirles esos traidores falsos y eternos que hacen el mal para buscar el efecto, esos crímenes no justificados, y esos vicios asquerosos pintados de una manera todavía más asquerosa.

No se crea, sin embargo, porque hemos expuesto aquí estos descargos de los poetas, que los consideramos tan inocentes como los demás: nada de eso. Dentro de poco probaremos que, si bien estas son disculpas, no son razones para seguir en el torpe camino en que se han encerrado; probaremos que si alguno debe obrar heróicamente es el poeta. Los poetas son hombres; pero si los hombres no han de ser héroes, y sobre todo ciertos hombres que se alimentan más que otros de gloria, ¿quiénes lo serán?

¿Qué no diremos de los actores? Si ven aprobado un traje inexacto sólo porque es ridículo, si oyen aplaudir un modo de decir falso sólo porque es exagerado, si ven desconocida á cada paso tal cual belleza que se les escapa, y bullíclosamente coronado de aplausos todo gesto innatural, todo ademan grotesco, ¿á qué se han de fatigar en buscar por senderos tortuosos una reputacion primer premio que anhelan, que á mucha ménos costa y por cualquier camino se encuentran adquirida?

Otro tanto decimos de las empresas. Si una buena comedia cae al lado de un melodrama furibundo, si una mala traduccion llena el teatro y sus arcas más veces que la obra original del ingenio, ¿se podrá exigir de una empresa que sacrifique sus caudales generosamente en beneficio del buen gusto, que tan pocos representantes tiene entre nosotros para agradecérselo? ¿Podremos pedirle que recompense más lo que ménos le produce? Un delirio fuera exigir semejantes sacrificios.

El público es, pues, la primera causa del abatimiento de nuestra escena. Lo repetimos á voces: *instruccion*, *educacion* para este público; instruccion sana sí, religiosa, morigerada, pero instruccion en fin. Los enemigos de la instruccion la han querido pintar siempre como perjudicial: ciertamente si es mal dirigida es un puñal en manos de un niño. Pero cuando está fundada en la religion, en la virtud y en la verdadera sabiduría, entonces no puede ser más que un bien para todos: entonces solo puede conducir al hombre á conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradiccion con el bien general, á la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el órden. Esto es lo que solo puede enseñar una sólida instruccion, que no se quede á medio camino: estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre; toda la dificultad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés. Esto se lo proporciona la sólida instruccion, que es la única de que hablamos: en este caso ésta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad.

Cuando el público verdaderamente instruido y educado conozca y aprecie todas las bellezas de las obras de imaginacion, cuando su orgullo nacional, despertado de nuevo, le haga exigir de los

ingenios originales trabajos dignos de consideracion, á los cuales puedan ligarse recuerdos patrióticos, cuando esté en el camino del buen gusto, entonces él mismo formará á los actores, porque él es solo quien puede formarlos. Entonces los autores escribirán con placer, los actores representarán con perfeccion, y las empresas recompensarán con generosidad. Entonces el mismo círculo vicioso establecido en el dia para el mal, se establecerá para el bien.

Ahora bien, si el público y su falta de instruccion es la primera causa del daño, ¿quién ha de instruirle? 1.° Causas que no son de nuestra inspeccion. 2.° A falta ó en cooperacion de estas, los autores. Sí, estamos enredados en un verdadeto laberinto de círculos viciosos: es preciso para salir de ellos que rompa alguno por medio: es preciso que alguno empiece sacrificando algo. ¡Unos por otros están las mejoras sin hacer! ¿Quién deberá, quién estará más obligado á dar principio á esta grande obra? Lo repetimos claramente, los poetas. Los que saben más tienen de ello mas obligacion. Los hombres de talento, los hombres extraordinarios (1) han sido los que en todas las naciones han dado siempre los primeros este primer impulso. Por una parte los periódicos con su imparcialidad, por otra los autores con sus obras. La naturaleza, al concederles el inmenso privilegio de su superioridad, la incalculable influencia que ejerce el talento sobre el comun de los hombres, no les dió arma tan poderosa para volverla contra sus altos fines, sino para contribuir al bien de la humanidad, para abrirle los primeros el camino Esta obligacion sagrada es la que no pueden echar en olvido sin cubrirse de ignorancia y de culpabilidad. Los hombres de talento son los que empiezan à instruir las naciones. ¿No tendremos ninguno entre nosotros? Salgan, pues, si los hay, y conquisten con su generosidad y su mérito el premio y el tributo de consideracion que se les niega. ¡Triste verdad! Verdad es que necesitan algun apoyo. Empero verdad no hay más que hasta cierto punto. Mil caminos hay; si el más ancho, si el más recto no está expedito, ¿para qué es el talento? Tome los rodeos. y cumpla con su alta mision. En ninguna época, por desastrada que sea, faltarán materias para el hombre de talento; si no las tiene todas á su disposicion, tendrá algunas. *¡No se puede decir! ¡No se puede hacer!* Miserables efugios, tristes pretextos de nuestra pereza. ¿Son dobles los esfuerzos que se necesitan? Hacerlos. Doble será el premio que les espere, mayor la gloria que los corone. ¡Oh si nosotros pudiéramos lisonjearnos de ese talento superior! Ni un momento vacilaríamos. Desgraciadamente no alcanzan nuestras fuerzas sino á decir verdades; si alcanzasen para remediarlas, no seríamos los últimos á dar el paso vencedor.

---

(1) Si esta verdad grandiosa necesitase pruebas, citaríamos solamente el nombre de Moratin. ¿Qué revolucion hizo en nuestro teatro? Mas habia que mejorar que en el dia. Por esto, despues de él, pueden arrostrar las mejoras que faltan hombres que no sean Moratines, puesto que no seria fácil encontrar muchos en cada siglo.

Hagan los poetas obras de mérito; el público las aprecia poco al principio; redoblen sus esfuerzos, y hagan ostentacion de constancia, mañana las apreciará, y pasado mañana no podrá pasar sin ellas. ¿O pretendemos que antes de hacer nada nos traigan á nuestra casa la corona de la victoria? ¿Todo lo ha de hacer la proteccion? Haga algo el mérito, y obligará á que se le proteja. *¡No me protegen!* clama la medianía. ¿Dónde está el mérito, pues, para protegerle? ¿Dónde los autores? ¿Dónde las obras (1)? ¿Quién le ha de proteger, si no existe, ó existe envilecido? Salgamos primero nosotros de nuestro envilecimiento y nos protegerán. Hagamos las obras y los protectores. Obliguémosles á que nos protejan, y nos lo deberemos todo á nosotros solos.

Cuando los poetas y la instruccion hayan formado el gusto del público, cuando éste haya formado á los actores, todos juntos formarán á las empresas, obligándolas á recompensar, porque entonces el mérito podrá imponerles la ley. Este es el camino, el que estamos obligados á tomar, por lo mismo que no tenemos otro más cómodo ni más expedito.

Hecho esto, todavía quedarán por vencer algunos obstáculos, sin cuyo desvanecimiento aun les ha de costar trabajo á las empresas de teatros recompensar dignamente el mérito de cada uno en el grado que se merezca, y sostener este primer entusiasmo. Además, si al paso que los poetas hiciesen un esfuerzo tan heróico encontrasen algun auxilio superior, ¡cuánto mas fácil y halagüeño sería el logro de nuestros deseos! Recorramos, pues, ligeramente los demás medios que pueden contribuir á facilitar la prosperidad de los teatros, despues de los dos agentes principales que dejamos indicados.

Pedimos en primer lugar para los poetas, sin miedo de parecer exigentes, lo que solos ellos no tienen en la sociedad. El derecho de propiedad. «Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes,» puede exclamar el poeta con mucha razon, si se nos permite mezclar esta expresion sagrada entre nuestras habladurías.

En un país en donde las letras han sido casi siempre el recurso del que no ha tenido otro, y donde ha sido tan escasa la gloria que han alcanzado, parece que el premio debiera haber sido mayor; más por desgracia no han recibido ni premio (2) ni consideracion.

---

(1) Ya en otro lugar hemos dicho que no contamos por nada una ó dos excepciones.

(2) Con gran dolor nuestro nos obliga el propio argumento de nuestro artículo á prescindir un momento de la gloria en favor del vil interés. Mucho tiempo hemos considerado si deberíamos hacer mérito del interés. Ciertamente que en un poema épico sería un pobrísimo episodio, y en una oda estaría tan mal colocado como el hospital en las Delicias. Pero en un papelucho de poco lucimiento y de ménos provecho, en boca de un Hablador y de un Pobrecito, nos parece que está tan perfectamente *como una pedrada en el ojo de un boticario*, y no ignora el vulgo, en cuya boca anda este caritativo refran, la exactitud de nuestra comparacion. Mágüer que pobrecitos bien traslucimos que los poetas que más gloria han alcanzado han comido, y no se nos diga que esta es

Ya en otro lugar dejamos enumerados algunos de los trabajos que esperan al vate en su aventurada carrera: efectivamente, en ocasiones se le disputa hasta el derecho de ensayar y repartir sus papeles á los actores que más le convengan, que de todo hemos visto. Apláudese en fin. ¿Cómo se paga? ¿Quién valúa la cosa vendida? Solo el comprador. ¿Cómo la premia? A su arbitrio. ¿Se sabe lo que vale una comedia? ¿Se deduce su valor de lo que cuesta y de lo que produce? ¿Puede nunca reconocer el poeta más juez capaz de valuar su talento que el público bueno ó malo para quien escribe, ó el mismo gobierno asesorado de los inteligentes que para ello crea necesarios?

¿Puede oirse en paciencia que se hayan pagado de una vez con mil ó dos mil reales comedias que han producido por espacio de muchísimos años, que producen todavía y que producirán, Dios sabe hasta cuando, tesoros á las empresas?

Nuestro ilustrado gobierno, que siempre ha manifestado en esta parte los mejores deseos, persuadido de la exactitud de estas reflexiones ú otras semejantes, conoció que el talento es una propiedad como otra cualquiera, y de mejor ley; propiedad que debe producir á su dueño en relacion de su mérito. Con el objeto, pues, de desterrar tan ignominiosos abusos se formó y publicó en el año 1807, á propuesta del Excelentísimo Ayuntamiento, cuyo celo hemos tenido ya ocasion de alabar en otra parte, un reglamento de teatros. En él se establecia el modo de pagar de una manera justa y equitativa. Un tanto por ciento era el premio establecido para las obras originales; de esta manera guardaba una proporcion exacta con el mérito de la obra y con las facultades de la empresa, pues solo pagaba ésta mucho cuando ganaba mucho. Desgraciadamente este reglamento se puede contar en el número de las cosas mandadas, pero no de las cumplidas, y nos hallamos en el año 32 peor que en el año 7; contratiempo y atraso debido tal vez á la sucesion de revoluciones que han afligido desde aquella época nuestro desventurado país.

No para aquí el desprecio de la propiedad. Los teatros de provincia se creen autorizados, representada una vez una comedia en Madrid, á sustraer copias fraudulentas, y á representarla en todas partes, muy persuadidos de que los autores no tienen dere-

---

una paradoja. No pocas veces se complacia Homero en la descripcion de los más suculentos banquetes; Horacio se burla amargamente de un mal convite. De nuestro Cervantes juramos que escribió con más que mediana hambre y apetito el capítulo de las bodas de Camacho. No hablemos de Anacreonte y de todos sus discípulos, porque sabido es que estos han trocado siempre por una gota del zumo del ¡éo todo el jugo que puede dar el arbusto de Dafne. Sabemos cuánto apreciaba nuestro Villegas el ruido de las castañas y el buen alo-que, y en qué consideracion tenia Baltasar de Alcazar la oronda morcilla, que nunca le dejó acabar su cuento. En fin, de los poetas bucólicos sabremos decir que no ha habido uno que no haya encumbrado á las nubes la dulce miel y la blanca leche. Así, pues, sostendremos á la faz de los partidarios de la aérea fama póstuma, á quienes parezca mal la ruin direccion que toman nuestras habladurías, que si los grandes poetas no han escrito para comer, á lo ménos han comido para escribir.

cho alguno á impedírselo, y clamando con la fábula: *¡Para mí los crió la Providencia!* En el mismo reglamento, que tenemos á la vista, se establecia que los tales teatros pagasen al autor con arreglo á sus facultades ni más ni ménos que los de Madrid. Pero claman los actores: *¡La costumbre es ley!* Bien haya la costumbre podrá ser así, en cuyo caso no sospecho por qué han de ahorcar á los ladrones, siendo una costumbre tan antigua la de robar. En ese caso no se podrá corrigir jamás ningun mal inveterado. ¡Mal haya si entendemos de qué manera una mala costumbre puede llegar á ser una buena ley! Pues porque es costumbre es preciso abolirla, que á no serlo excusáramos reclamar contra ello. Los abusos que existen son los que se han de desterrar, pues los que no existen no hay para qué.

Al llegar á este punto oimos á las empresas clamar: «¿Pagar más á los poetas, ni á los autores, ni á nadie? ¡Imposible! Si estamos.....»

Lo sabemos, señores empresarios, y aquí entramos en otro abuso. Hemos pedido para los poetas la justicia que puede animarlos en sus tareas. Pidamos ahora para las empresas lo que de derecho les corresponde.

Apenas se pueden creer las cargas espantosas que sobre los infelices teatros gravitan. Dejemos á un lado un número considerable de asientos de todas clases que están obligados á dar de balde por otra costumbre tan de ley y tan buena como la que llevamos arriba citada; no hablemos de algunas consideraciones que con toda clase de gentes tienen que guardar; concretémonos á decir que pasan de cuatrocientos mil reales las sumas que en metálico tienen que satisfacer anualmente á un sinnúmero de establecimientos. Y para que no se crea que nuestra maledicencia ó nuestra parcialidad nos hacen hablar, copiemos aquí el artículo 3.° del capítulo 12, título 2.° del reglamento, propuesto por un ayuntamiento celoso, aprobado por un gobierno ilustrado, y sancionado por un soberano acreedor á nuestra gratitud.

«La junta propondrá á la piedad del rey algun arbitrio para la más pronta extincion de estas cargas, pues verdaderamente no hay relacion ninguna entre los tres coliseos y los hospitales de Madrid, los frailes de San Juan de Dios, las niñas de San José y el hospicio de San Fernando. Estos son los partícipes de una buena porcion de sus productos, de que procede que los actores sean mal pagados, la decoracion ridícula y mal servida, el vestuario impropio e indecente, el alumbrado escaso, la música pobre, y el baile pésimo ó nada. De aquí que los poetas, los artistas, los compositores que trabajan para la escena sean ruinmente recompensados, y por lo mismo se vean en ella las heces del ingenio. De aquí, finalmente, la mayor parte de la decadencia y lastimoso atraso de nuestros espectáculos.»

¿Qué pudiéramos nosotros añadir á tan enérgico período? Pedimos, pues, para las empresas que se les desembarace de obstáculos y respetos inoportunos el camino de su especulacion; que manden en lo suyo, como únicos dueños, mientras téngan las em-

presas. Esto bastará á dar al teatro un impulso incalculable. Entonces las empresas, desembarazadas y libres en sus operaciones, marcarán cada dia con una mejora, recompensarán mejor á los actores, mezquinamente pagados, y á los poetas, de ninguna manera premiados.

Nada hemos dicho de las mejoras que caben en los actores, porque este mal ya promete quedar en gran parte remediado. El establecimiento de una escuela dramática dirigida por dos de nuestros mejores actores, bajo la inmediata proteccion de una reina que tanto bien ha venido á hacer á nuestro país, nos hace concebir esperanzas lisonjeras. Hasta ahora se ha creido que bastaba con tener memoria ó apuntador para ser cómico, y aun cómicos hemos conocidos que por no saber leer se hacian leer por otros sus papeles para aprenderlos. ¿Díganos si gentes de esta especie son las que pueden verter en la escena las bellezas que no saben ni leer, ni apreciar, y tomar, nuevos Proteos, la forma de todos los caractéres y genios posibles, y enseñar los buenos modales y las buenas costumbres? Nadie necesita hacer estudios más prolijos de la historia del hombre y del corazon humano si ha de ponerse la máscara de todas las pasiones, la apariencia de todas las épocas: nadie necesita tener mejor educacion que un actor si ha de ser en las tablas modelo de ella.

¡Qué de pequeños obstáculos podríamos citar aun si nos lo permitiesen los límites que en nuestros folletos nos hemos impuesto! ¡Qué de cosas nos dejamos por decir! Bastaria sin embargo para obviar todos estos pequeños obstáculos que pasamos en silencio, la realizacion de las mejoras principales que hemos propuesto, y nosotros nos tendríamos con eso solo por muy felices Desgraciadamente nuestras ideas pasarán como otras muchas que se dicen continuamente y no se oyen. Verdad es que son cosas que no se pueden acabar en un dia; pero son cosas que nunca se verán acabadas si no se empiezan alguna vez.

Fórmese, pues, el público; y si otras causas no concurren, como es de desear, á esta instruccion general tan necesaria, tomen sobre sí los que escriben para él tan ardua empresa: más generosos que hasta ahora, no doblen la cerviz al mal gusto: den la ley, y no la reciban. Reconózcase la propiedad, y séalo el talento; descárguense los teatros de las inmensas cargas que los abruman; mejórense los actores, y prémiense generosamente. Vigile una censura juiciosa para que nuestra religion y nuestras leyes sean respetadas de los escritores, pero sin oponer obstáculos jamás á la representacion de las obras inocentes. Entonces nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español, entonces el suelo de los Lopes y Calderones, de los Tirsos y los Moretos, volverá á retoñar ingenios: entonces citaremos con orgullo una literatura nuestra y una diversion racional que tienen todos los países cultos, y que nosotros, hasta ahora, hemos dejado perecer al poderoso influjo de una infinidad de concausas ominosas.

Cuando empezamos nuestro número dijimos que creíamos que no se podia presentar ocasion más favorable para exponer á la

luz del dia estas ideas; ahora, al concluirle, añadimos que no pudiera ofrecerse mejor coyuntura para lograr su verificacion. Nuestra reina, á quien tanto tenemos ya que agradecer, es quien nos inspira esta confianza: su proteccion decidida á todo lo bueno, un mes glorioso que puede contar más grandezas que tres siglos anteriores, cosas tan grandes que con solo quererlas ha llevado á cabo, nos hacen esperar que esta reforma que proponemos, y que ofrece tantas dificultades ménos, se deberá tambien algun dia á su benéfico impulso.

En el ínterin nos contentamos con desearlo, y poner todos los medios que están á nuestro alcance para cooperar á tan grande obra, y concluimos como concluia don Gutierre de Cárdenas, el parecer que dió á don Fernando el Católico.

«Este, señor, es mi parecer: si acertado, sean á Dios las gracias; si contra el vuestro, merece perdon mi lealtad: lo que vos determinárades, eso será lo mejor y más acertado.»

VUELVA USTED MAÑANA.

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados seria un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á más de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada é hiperbólica, de estos que ó creen que los hombres aquí son todavía los expléndidos, francos, generosos y caballerescos séres de hace dos siglos, ó que son aun las tribus nómades del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen á primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen, despues de

sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no las puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil, eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto ántes, siempre que sériamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fué preciso explicarme más claro. «Mirad, le dije Mr. Sans-délai, que así se llamaba; vos venís decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos.—Ciertamente, me contestó. Quince dias, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quien soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer dia se juzga el caso y soy dueño de lo mio. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto dia ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco dias; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; aun me sobran de los quince, cinco dias.» Al llegar aquí Mr. Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educacion logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro, mal de mi grado. «Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarron y formal, permitidme que os convide á comer para el dia en que lleveis quince meses de estancia en Madrid.—

¿Cómo?—Dentro de quince meses estais aquí todavía.—¿Os burlais?—No por cierto.—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa! Sabed que no estais en vuestro país activo y trabajador —¡Oh! los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores á sus compatriotas.—Os aseguro que en los quince dias con que contais no habreis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais.—¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad.—Todos os comunicarán su inercia.»

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitacion, declaró francamente que necesitaba tomarse algun tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos dias. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres dias; fuimos. «Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía.—Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente dia, porque el amo acaba de salir.—Vuelva usted mañana, nos respondió el otro, porque el amo está durmiendo la siesta.—Vuelva usted mañana, nos respondió el lúnes siguiente, porque hoy ha ido á los toros.» ¿Qué dia, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y «Vuelva usted mañana, nos dijo porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.» A los quince dias ya estuvo; pero mi amigo le habia pedido una noticia del apellido Diez, y él habia entendido Diaz, y la noticia no servia. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, habia sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo despues otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte dias en hacerle un frac, que le habia mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince dias para plancharle una camisola; y el sombrerero, á quien le habia enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos dias con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistian á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondian á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

«¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas. — Me parece que son hombres singulares...— Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.»

Presentóse con todo, yendo y viniendo dias, una proposicion de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro dias volvimos á saber el éxito de nuestra pretension. «Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy. — Grande causa le habrá detenido,» dije yo entre mí. Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era al dia siguiente, y nos dijo el portero: «Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy. — Grandes negocios habrán cargado sobre él,» dije yo. Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debia costar trabajo el acertar. «Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo.»

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debia salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenia unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondia á aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando despues de tres meses á la cola siempre de nuestro expediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. «De aqui se remitió con fecha tantos, decian en uno. — Aquí no ha llegado nada, decian en otro. — ¡Voto va! dije yo á Mr. Sans-délai; ¿sabeis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion?»

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los empeños! ¡vuelta á la prisa! ¡qué delirio! «Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares.» Es

decir que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma, ó al informe, ó á la aprobacion, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al márgen que decia: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado.» — «¡Ah, ah! Mr. Sans-délai, exclamé riéndome á carcajadas; este es nuestro negocio.» Pero Mr. Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. «¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Despues de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo á darles dinero? ¿y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras. — ¿Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.»

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresion.

«Ese hombre se va á perder, me decia un personaje muy grave y muy patriótico.— Esa no es una razon, le repuse: si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía ó de su ignorancia. — ¿Cómo ha de salir con su intencion? — Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? — Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere. ¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor? — Sí, pero lo han hecho.—Seria lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrian perjudicar los antiguos al moderno. — Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo. — Por esa razon deberian darle á usted papilla todavía como cuando nació.— En fin, señor Fígaro, es un extranjero.— ¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?— Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre. — Señor mio, exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia; está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabian más que ellas.

«Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulacion un

capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearnos solos. Este extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traia, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo ménos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la poblacion con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los Gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros: á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo ménos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados-Unidos... pero veo por sus gestos de usted, concluí interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si usted mandára podríamos fundar en usted grandes esperanzas!»

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. «Me marcho, señor Fígaro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; solo me limitaré á ver lo que haya en la capital de más notable. — ¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no querais acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven. — ¿Es posible? — ¿Nunca me habeis de creer? Acordaos de los quince dias...» Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

«*Vuelva usted mañana*, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial.» Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representábasele en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *Soy extranjero*. ¡Buena recomendacion entre los amables compatriotas mios! Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendia ménos. Dias y dias tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razon que yo ya antes me tenia, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo sobre todo, que en seis meses no habia podido hacer otra cosa sino

volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor ó más bien lo único que habia podido hacer bueno habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el dia de mañana con gusto á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para ojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo á mí mismo que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretension empezada, y las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco ménos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el trascurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once, y duermo siesta; que paso haciendo quinto pié de la mesa de un café hablando ó roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que há más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana;* que todas las noches y muchas tardes he querido durante todo este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡Eh! mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS;

TODO EL AÑO ES CARNAVAL.

(Artículo del Bachiller.)

¿Qué gente hay allá arriba, que
anda tal estrépito? ¿Son locos?

Moratin, Comedia nueva.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

. . . . . .

Animado con esta reflexion, cogí la pluma y ya iba á escribir nada ménos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamacion en el país, para contentar á todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren: pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habian de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexion era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotufas en el golfo*, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual habia contribuido no poco el esfuerzo que habia hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes:

¡Vamos á las máscaras! bachiller, me gritó.—¿A las máscaras? —No hay remedio: tengo un coche á la puerta: ¡á las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripcion. — Que te diviertas: yo me voy á acostar. — ¡Qué despropósito! No lo imagines: precisa-

mente te traigo un dominó negro y una careta. — ¡Adios! Hasta mañana.—¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasion del mundo...—¿De veras?—Te lo juro.—En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré.» De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: «¡Cómo nos vamos á divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!»

Era el coche alquilon; á ratos parecia que andábamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve, á ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusion, que temeroso yo de alguna pesada burla de carnaval, parecida al viaje de D. Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si despues de media hora de viaje estaríamos todavía á la puerta de mi casa, ó si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increible, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habria andado el coche hácia la casa, ó la casa hácia el coche; subimos la escalera, verdadera imágen de la primera confusion de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica, y dejando á su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Caton dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas despues; un indio no conquistado todavía por Colon, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Despues de un modesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenia más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, *tan piano* que nadie lo consiguió oir jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intencion de ánimo sendos encontrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresion.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y segun yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola mujer á su marido. «Acaso, decian, se habrán quedado dormidas entre la confusion

en alguna otra pieza...—Es posible, decia yo para mí, pero no es probable.»

Una máscara vino disparada hácia mí. «¿Eres tú? me preguntó misteriosamente. — Yo soy, le respondí seguro de no mentir.— Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes. — ¡Lástima grande! — ¡Mira tú qué ocasion! Te hemos visto, y no atreviéndose á hablarte ella misma, me envia para decirte que mañana sin falta os vereis en la *Sarten*... Dominó encarnado y lazos blancos. — Bien. — ¿Estás? — No faltaré.»

«¿Y tu mujer, hombre?» le decia á un ente rarísimo que se habia vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. «Durmiendo estará ahora; por más que he hecho no he podido decidirla á que venga; no hay otra más enemiga de diversiones. — Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche? — No, hasta las cuatro.— Haces bien.» En esto se habia alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: «Nada ha sospechado. — ¿Cómo era posible? Si salí una hora despues que él... — ¿A las cuatro ha dicho? — Sí. — Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? — No hay cuidado alguno, porque...» Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿Me conoces? Te conozco*, etc., etc.

¿Pues no parecia estrella mia haber traido esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecia de noche á cuantos esperaban para pegarlos? «¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas?—No por cierto, porque no esperaba encontrarte.— ¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Si no...—¿Pues qué hubo? — ¿Qué habia de haber? El que venia conmigo era Cárlos mismo. — ¿Qué dices? — Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustias! — ¿Y cómo saliste del paso? — Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos á verle; será de algun enamorado: se lo arrebato, veo que empieza *querida Anita;* cuando no ví mi nombre, respiré; empecé á echarlo á broma. ¿Quién será el desesperado? le decia riéndome á carcajada.— Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decias que esta noche nos veríamos aquí, si podia venir sola. Si vieras cómo se reia. — ¡Cierto que fué gracioso! — Sí, pero, por Dios, *don Juan, de estas, pocas.*» Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talisman de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude ménos de soltar la

carcajada al oir á un máscara que á mi lado bajaba: «¡Pésia á mí! le decia á otro; no ha venido; toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Cárlos lo cogió... — Hombre, no tengas cuidado. — ¡Paciencia! Mañana será otro dia. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. — Hiciste muy bien. — Perfectísimamente,» repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidas aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algun contratiempo para mí. Yo me habia llevado la querida de otro; en justa compensacion otro se habia llevado mi capa, que debia parecerse á la suya, como se parecia mi dominó al del desventurado querido. «Ya estás vengado, exclamé, oh burlado mancebo.» Felizmente yo al entregarla en la puerta habia tenido la prevision de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡O prevision oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; habia salido ya de la casa, habia andado largo trecho, y aun volvia la cabeza de rato en rato hácia sus altas paredes, como Hector al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: «Allí quedó, allí la dejé, allí la ví por la última vez.»

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de ménos la accion en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afan que por asistir al baile habia manifestado tantos dias seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo: no entiendo todavía á don Jorge cuando dice que estuvo en la funcion, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda diferencia estaba en él con respecto á las demás noches en ganar ó perder, vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razon en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que ví buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar á quien embromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que tambien tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último cuando observamos que los más de estos os dicen, si los habeis conocido: «¡Chiton! ¡Por Dios! No digais nada á nadie.» Seguidlos, y os convencereis que no tienen motivos ni

para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile... nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: «¿Mañana es el baile en Solis? — Pues hasta mañana. — ¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!»

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaria pasar en silencio, antes de concluirlas, la más principal que me ocurria. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los dias, y reza sus devociones; á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso solo se pone un rostro de carton sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno.— Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay dia que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué prevision! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que entrega su corazon. Su cara es tambien más pérfida que su careta; por esta no estás expuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; ¡pero la otra!!... imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y solo puede ser un pérfido guía que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algun pesar muy grande debia afligirme; pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos: el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé*: la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligia. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte; el contínuo traspirar, el estar en pié la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habian debilitado mis fuerzas en tales términos, que el hambre era á la sazon mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de comun acuerdo nos decidimos á cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venian los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas habia un plato de qué disponer; pedimos sin embargo de lo que habia, y nos traje-

ron varios restos de manjares que alguno que habia cenado antes que nosotros habia tenido la prevision de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, segun decian nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salon de baile, y cansado ya de observar y de oir sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambicion se limitó á conquistar con los codos y los piés un rincon donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginacion entre mil ideas opuestas, hijas de la confusion de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, más no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, segun dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginacion débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, segun expresion de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto.* No bien habia cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mio; poco á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso metéoro. Saltó un tapon con que venia herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fria como el mármol que se encontró con la mia; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movia á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *Abre los ojos, bachiller; si te inspiro confianza sigueme;* el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo.* «Te conozco, me dijo; no temas: vienes á observar el carnaval en un baile de máscaras. ¡Nécio! ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera carnaval, sin esperar al segundo mes del año.»

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, y no sé si sobre algun dragon alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el

águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entonces ví al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente anteojo de larga vista.

«Mira, me dijo mi extraño *cicerone*. ¿Qué ves en esa casa?—Un jóven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzon; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasion sobre todo indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

«¿Y allí?—Una mujer de cincuenta años.—Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.—¿Qué es aquello?—Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de olor; á la derecha un *polison*.—¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento.—Repara su gesticulacion de coqueta.—¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!—Más de una ha deslumbrado tus ojos en algun sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

«¿Quién es aquel más allá?—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, nécios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creia Neptuno?

«Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á la vida, tornará á las andadas. A su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un baston en una mano, una receta en la otra: *O la tomas, ó te pego. Aquí tienes la salud*, parece decirle, *yo sano los males, yo los conozco;* observa con qué seriedad lo dice; parece que cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?—Sí.—Pues oye tambien el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sabio.

«Ven á ese otro barrio.—¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas?—Sí.—Míralas con este anteojo.—¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los dias que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

«Mira una boda; con qué buena fé se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

. . . . . .

«Quién es aquel?—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo.—¿Y no es cierto? Ha ganado la de ***.—¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.—Pero... —No es

lo mismo.—¿Y la otra de ***?—La casualidad.—Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E., él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

. . . . . .

«Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de balde. Solo te quiero enseñar, antes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte.» Al decir esto pasábamos por el teatro. «Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Neron, y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree tambien. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y riete á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú?—Sí; por más señas que esta mañana los ví en misa.—Pues míralos: ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van á cenar sin más acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algun carnero verde, ó si quieres un excelente *beefsteak* hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oir á Semíramis?—¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis?—Sí; mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oiste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; á imitacion del cisne, canta y muere.»

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mio. ¡Asmodeo! quise gritar de nuevo; dispiértame empero el esfuerzo. Llena á un mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos; y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?... Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é imitando los expresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oidos: «*El mundo todo es máscaras: todo el año es carnaval.*»

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

BIOGRAFÍA. v
Mi nombre y mis propósitos.. 11
Representacion de los celos infundados, ó el marido en la chimenea. . . 14
Yo quiero ser cómico. 17
Ya soy redactor. 22
Don Cándido Buenafe ó el camino de la gloria.. 25
En este país. 30
Representacion de la comedia nueva de don Manuel Eduardo Gorostiza, titulada Contigo pan y cebolla.. 35
Don Timoteo ó el literato.. 39
La polémica literaria. 46
La fonda nueva.. 50
Poesías de don Francisco Martinez de la Rosa.. 54
Las casas nuevas.. 57
Representacion de la fonda, ó la prision de Rochester, y de las aceitunas, ó una desgracia de Federico II.. 61
Varios caractéres.. 63
Nadie pase sin hablar al portero, ó los viajeros en Vitoria. 67
La planta nueva ó el faccioso.—Historia natural. 74
La junta de Castel-o-branco. 77
Las circunstancias. 85
Representacion de la comedia original en tres actos y en verso titulada: Un tercero en discordia, de don Manuel Breton de los Herreros. . . . 83
Representacion de la Mogigata, comedia de don Leandro Fernandez de Moratin. 93
Representacion de el Sí de las niñas, comedia de don Leandro Fernandez de Moratin.. 95
Los tres no son mas que dos, y el que no es nada vale por tres.—Mascarada política. 97
El siglo en blanco.. 102
Ventajas de las cosas á medio hacer.. 105
Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas.—Bosquejo histórico, por don Francisco Martinez de la Rosa.. 107
Representacion de un novio para la niña ó la casa de huéspedes, comedia nueva original, escrita en diversos metros. 109
El hombre propone y Dios dispone, ó lo que ha de ser el periodista.. . . 113
Vidas de españoles célebres, por don José Quintana. 114

Páginas.

Representacion de la niña en casa y la madre en la máscara, comedia original de don Francisco Martinez de la Rosa. 117
Espagne poétique, por don Juan María Maury. 121
Representacion de la Conjuracion de Venecia, año 1310, drama histórico en cinco actos y en prosa de don Francisco Martinez de la Rosa. . . 125
Las palabras.. 131
Representacion de Numancia, tragedia en tres actos. 133
Jardines públicos.. 135
Representacion de tanto vales cuanto tienes, comedia original en tres actos y en verso de don Angel Saavedra. 137
Carta de Fígaro á un bachiller su corresponsal. 141
Segunda y última carta de Fígaro al bachiller su corresponsal desconocido. 144
Modas. 147
La gran verdad descubierta.. 148
El ministerial. 149
Segunda carta de un liberal de acá á un liberal de allá. 153
Primera contestacion de un liberal de allá á un liberal de acá. 155
La cuestion trasparente. 157
¿Entre qué gentes estamos? 159
Dos liberales, ó lo que es entenderse.—Primer artículo. 164
Dos liberales, ó lo que es entenderse.—Segundo artículo.. 168
La vida de Madrid. 170
Baile de máscaras.—Billetes por embargo. 174
La calamidad europea. 176
Tercera carta de un liberal de acá á un liberal de allá. 179
Lo que no se puede decir, no se debe decir.. 182
Revista del año 1834. 184
La Sociedad. 186
Un periódico nuevo. 193
La policía. 198
Por ahora.. 201
Literatura.—Poesías de don Juan Bautista Alonso. 204
Carta de Fígaro á su antiguo corresponsal. 208
El hombre globo. 211
La alabanza, ó que me prohiban éste. 216
Un reo de muerte.. 220
Una primera representacion. 224
La diligencia. 230
El duelo. 236
El album. 241
Las antigüedades de Mérida.—Primer artículo. 245
Las antigüedades de Mérida.—Segundo y último artículo. 248
Los calaveras.—Artículo primero.. 253
Los calaveras.—Artículo segundo y conclusion. 257
Modos de vivir que no dan de vivir.—Oficios menudos. 264
La caza.. 271
Impresiones de un viaje.—Última ojeada sobre Extremadura.—Despedida á la patria. 277
Cuasi.—Pesadilla política.. 282
Fígaro de vuelta.—Carta á un su amigo residente en París.. 285

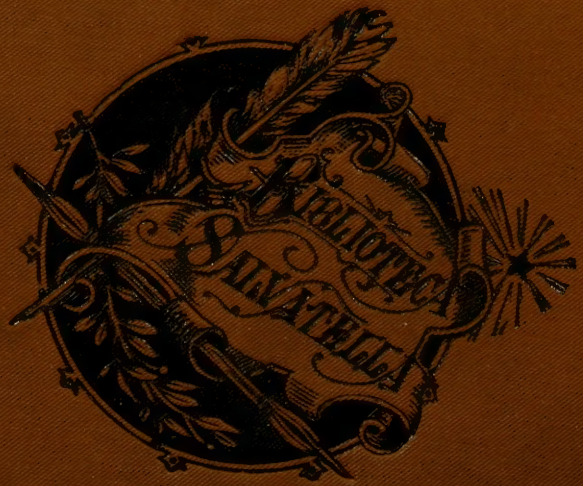
Páginas.

Buenas noches.—Segunda carta de Fígaro á su corresponsal en París, acerca de la disolucion de las Córtes, y de otras varias cosas del dia. . 290
Dios nos asista.—Tercera carta de Fígaro á su corresponsal en París. . . 299
Literatura.—Rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra.—Su estado actual.—Su porvenir.—Profesion de fe.. 311
García de Castilla, ó el triunfo del amor filial.—Tragedia en cinco actos y en verso. 317
Teresa, drama en cinco actos, de M. Alejandro Dumas. 320
Carta de Fígaro á don Pedro Pascual Oliver, gobernador civil interino de la provincia de Zamora. 323
Teatros.. 327
De la sátira y de los satíricos. 331
El Trovador, drama caballeresco, en cinco jornadas, en prosa y verso.—su autor don Antonio García Gutierrez. 336
Las fronteras de Saboya, ó el marido de tres mujeres.—El último bufon.—Comedias nuevas traducidas.. 342
De las traducciones.—De la introduccion del vaudeville francés en el teatro español.—La viuda y el seminarista, los guantes amarillos, piezas en un acto.. 344
Catalina Howard, drama nuevo en cinco actos.. 348
A beneficio del señor Lopez.—Jornada segunda del Trovador; acto tercero de la Conjuracion de Venecia; Riego en las cabezas de San Juan, ó el dia 1.º de Enero de 1820; acto tercero del diablo predicador. . . . 356
Los barateros, ó el desafío y la pena de muerte. 358
Fígaro al director de *El Español*. 362
Aben-Humeya, drama histórico en tres actos, nuevo en estos teatros.—Su autor don Francisco Martinez de la Rosa. 363
Panorama Matritense, cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un curioso parlante.—Artículo primero. 368
Panorama matritense, cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un curioso parlante.—Artículo segundo y último. . . 372
Antony, drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas.—Artículo primero. 376
Antony, drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas.—Artículo segundo. 379
Hernani, ó el honor castellano, drama en cinco actos. 384
Memorias originales del príncipe de la Paz.—Artículo primero. 388
Memorias originales del príncipe de la Paz.—Artículo segundo. 392
Margarita de Borgoña, drama nuevo en cinco actos. 395
En el dia de difuntos de 1836.—Fígaro en el cementerio. 399
El pilluelo de París, comedia nueva en dos actos.. 403
Fígaro dado al mundo. 406
Felipe II, drama nuevo en cinco actos y siete cuadros.. 409
Horas de invierno. 412
La noche buena de 1836.—Yo y mi criado.—Delirio filosófico. 415
Fígaro á los redactores del mundo, en el mundo mismo, ó donde paren. . 422
Fígaro al estudiante.. 426
Necrología.—Exequias del conde de Campo-Alange.—Domingo 15 de Enero. 428
Los amantes de Teruel, drama en cinco actos, en prosa y verso, por don Juan Eugenio Hartzembusch. 481

Páginas.

Fígaro á los redactores de *El Mundo*. 438
Todo por mi padre, escándalo en tres actos; la Posadera rusa, sandez dramática en uno solo. 440
De 1830 á 1836, ó la España desde Fernando VII hasta Mendizábal.—Primera parte. 442
De 1830 á 1836, ó la España desde Fernando VII hasta Mendizábal.—Segunda parte.. 454
¿Quién es el público y dónde se le encuentra?—(Artículo robado). . . . 469
Empeños y desempeños. 474
Teatros.—¿Quién es por acá el autor de una comedia?—Artículo segundo. —El derecho de propiedad. 481
Filología. 484
Manía de citas y de epígrafes. 485
El casarse pronto y mal. 486
El castellano viejo. 491
Reflexiones acerca del modo de resucitar el teatro español. . . . . 49[illegible]
Teatros . . . . . 50[illegible]
Vuelva usted mañana. . . . . 50[illegible]
El mundo todo es máscaras; todo el año es carnaval.—Artículo del bachiller. . . . . 51[illegible]

B



UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 10 01 06 018 1